

UNIVERSIDAD DE MADRID
FACULTAD DE DERECHO



TESIS DOCTORAL

**Los modernos problemas sociales a la luz del ideario
económico de Ludwig von Mises**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Joaquín Reig Albiol

Madrid, 2015

LOS MODERNOS PROBLEMAS SOCIALES A LA LUZ DEL
✓ IDEARIO ECONOMICO DE LUDWIG VON MISES

Tesis doctoral

La presente tesis, en la que actuó de Catedrático Director D. Jesús Prados Arrarte, fué leída el día 15 de febrero de 1958, ante un Tribunal integrado por los Catedráticos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid que, a continuación, se relacionan, habiendo merecido la calificación de Sobresaliente "cum laude"

Excmo. Sr. D. Mariano Puigdoller Oliver (Presidente)

" " " Nicolás Pérez Serrano

" " " Juan del Rosal Fernández

Ilmo. " " José Ma Naharro Mora (Ponente)

" " " Gaspar Bayón Chacón



BIBLIOTECA
DE DERECHO

La presente tesis, para la obtención del correspondiente Título de Doctor, ha sido impresa íntegra, de acuerdo con lo dispuesto por el Decreto de 25 de Febrero de 1954, si bien obligado es hacer notar que, en caso de publicación, habrían de ser suprimidos los párrafos que, señalados con un asterisco, obran en las páginas 13, 34 a 37, 42 a 44, 55, 60 a 62, 72, 74, 90, 94, 114 y 115, 131, 163 y 164, 167 y 180, a tenor de lo ordenado, con fecha 25 de Abril de 1953, por el Servicio de Censura de Libros.

INDICE

	<u>Páginas</u>
<u>INTRODUCCION</u>	1
<u>NOTA BIOGRAFICA</u>	5
<u>LA OBRA FUNDAMENTAL DE LUDWIG VON MISES</u>	7
<u>LA REPUBLICA SOCIALISTA</u>	10
I. - LA DIALECTICA DEL SOCIALISMO	10
El polilogismo	10
La inevitabilidad del socialismo	12
II. - LA IMPOSIBILIDAD DE TODO CALCULO	13
III. - EL PROBLEMA DEL VALOR	15
La eterna ley económica	17
Jalones de la investigación	18
IV. - INTENTOS DE CALCULO SOCIALISTA	20
El "cuasimercado"	21
Las ecuaciones diferenciales de la economía mate - mática	24
<u>LA TERCERA SOLUCION: EL INTERVENCIONISMO</u>	30
A) <u>EL INTERVENCIONISMO</u>	30
I. - EL ORDEN PUBLICO PREMISA DEL MERCADO ...	30
Socialismo e Intervencionismo	31
II. - FUNDAMENTO LOGICO DEL INTERVENCIONISMO ..	34
El intervencionismo filosófico	34
El intervencionismo moralista	35
III. - EL "L'AISSEZ FAIRE"	38
B) <u>LOS PRECIOS</u>	39
I. - LA REGULACION COACTIVA DE LOS PRECIOS ...	39
La función del precio	41
Acontecimientos vividos	41
II. - ANEXO: ESPLENDOR Y DECADENCIA ECONOMICA DE LA CIVILIZACION CLASICA	44
C) <u>LAS MEDIDAS RESTRICTIVAS DE LA PRODUCCION</u>	58
I. - NATURALEZA DE LA RESTRICCION	58
Los frutos de la restricción	60
Aspectos restrictivos de la "legislación social" ...	60
II. - LA RESTRICCION COMO PRIVILEGIO	63
Las tarifas como protección al obrero	65
El caso de las naciones pobres	67
La escasez y la limitada convertibilidad del capital	68
III. - PRIMER ENCUENTRO CON EL COMERCIO EXTE - RIOR	69
La cortina de humo proteccionista	

EL INTERVENCIONISMO MONETARIO	76
I. - PRELIMINARES	76
El Estado y el dinero	76
El problema del interés	78
La fábula del escarapate destrozado	80
II. - LA INFLACION	81
El origen de la inflación	81
La capacidad inflacionaria de la banca privada	83
III. - CONSECUENCIAS DE LA INFLACION	85
Injustos enriquecimientos	85
Quebrantos de los acreedores	86
Consumo y malinversión de capital	86
IV. - ARGUMENTOS ADUCIDOS EN FAVOR DE LA INFLACION	89
La política de empleo total	89
El aprovechamiento pleno de los factores de producción existentes	91
Las situaciones extraordinarias de emergencia	93
V. - EL FIN DE LA INFLACION	94
La inflación aboca a la crisis	94
La ausencia de crisis económicas bajo el socialismo	96
La ineficacia de las medidas contracíclicas	98
VI. - LA DEFLACION	99
Conclusiones	102
VII. - POR UNA MONEDA SANA Y ESTABLE	102
Antecedentes	102
La realidad actual	103
El patrón oro	106
Supuestos vicios del patrón oro	107
Reforma monetaria en Ruritania	110
VIII. - EL CONTROL DE LOS CAMBIOS EXTRANJEROS	114
Los convenios comerciales nazis	115
LA CUESTION SOCIAL	118
I. - TRABAJO Y SALARIOS	118
El trabajo, factor de producción	118
Determinación del salario	119
Salarios netos y salarios brutos	121
Paro voluntario y paro institucional	122
Capital y salarios	124
"El salario vital"	125
II. - SINDICALISMO Y CORPORATIVISMO	127
Concepto del sindicalismo	127
Errores del pensamiento sindicalista	127
Modernas influencias sindicalistas	129
Socialismo gremial y corporativismo	130
III. - CONTRA LA ECONOMIA DE MERCADO	132
Pobreza	133
Desigualdad económica	135
Inseguridad	140
Justicia social	140
IV. - ANEXOS	141
El derecho de huelga	141
La esclavitud	142
La revolución industrial	144

<u>CONFISCACION Y REDISTRIBUCION</u>	149
I. - LA FILOSOFIA CONFISCATORIA	149
Antecedentes	149
La reforma agraria	152
La fiscalidad expoliatoria	150
II. - BENEFICIOS Y QUEBRANTOS	154
El beneficio de las ganancias empresariales	154
El diario plebiscito del mercado	154
La función social de las pérdidas y las ganancias ...	155
III. - ANEXO	157
El poderío capitalista	157
<u>ARMONIA Y CONFLICTO DE INTERESES</u>	160
I. - ARMONIA SOCIAL	160
La operación del mercado	160
La armonía de los intereses sociales	162
La propiedad privada	164
El problema de la competencia imperfecta	165
II. - PERTURBACIONES DEL ORDEN ECONOMICO	167
La limitación de la descendencia	167
Los monopolios	168
Los modernos conflictos	171
III. - ECONOMIA DE GUERRA	172
La guerra total	172
La guerra y la economía de mercado	175
La autarquía	178
La inutilidad de la victoria	180
<u>MIRANDO AL FUTURO</u>	182
<u>CONCLUSIONES</u>	187

-----oOo-----

INTRODUCCION

La presente tesis doctoral se originó del modo siguiente. Hace algunos años, por casualidad, llegó a mis manos una obra, recién publicada, de Ludwig von Mises - "Human Action" - que me impresionó sobremedida, despertando memorias e inquietudes sentidas cuando, al estudiar el primer año de carrera, las sabias exposiciones escuchadas me hicieron ver la originalidad y perfección lógica de la economía, así como las enormes potencialidades que, para el bienestar de los hombres, encerraba la más joven de todas las ciencias que integran el saber humano.

En este sentido, la economía se me aparecía como la disciplina de nuestra época, por excelencia. El tema del día tenía siempre fondo económico, en la tribuna y en la calle, en el periódico popular y en la esotérica revista, en el país y en el extranjero, en la guerra y en la paz. Todo el mundo, el clérigo y el seglar, el ácrata y el absolutista y el menesteroso y el rico, todos se preocupaban de los problemas que constituyen precisamente el objeto de la ciencia económica.

Ahora bien, al abordar el estudio, se tropezaba, de inmediato, con una variedad tal de doctrinas, tan dispares y contradictorias entre sí, que devenían labor hercúlea pretender llegar a conclusiones fijas y definitivas, de las cuales cupiera partir, para ulteriores progresos. En efecto, se afirmaba, por doquier, que la teoría clásica, el librecambismo y el "laissez faire" habían sido superados, careciendo de interés para la investigación moderna. Ahora bien, los sucedáneos intelectuales que se ofrecían eran, de un lado, el marxismo, en su doble manifestación socialista y comunista, y, de otro, el intervencionismo, a su vez dividido en innumerables escuelas y programas, que iban desde el historicismo prusiano y la "Socialpolitik" de Bismark al institucionalismo americano y al "New Deal" roosveltiano, pasando por los totalitarismos de distintos colores, los nacionalismos de los nuevos pueblos asiáticos y musulmanes, las doctrinas económicas de importantes confesionalidades religiosas y mil otros pensamientos y partidos.

Pero, ni el socialismo ni el intervencionismo, bajo ninguna de sus presentaciones, permitían un exámen amplio, científico y comprensivo del mundo económico, ya que esas doctrinas, para resolver un problema, veíanse obligadas a dejar de lado, sin solución, múltiples otras cuestiones de igual rango. Estos pensadores se asemejaban al arquitecto que, para hacer las paredes de un edificio, prescindiera de la cubierta y, para colocar ésta, inutilizara las escaleras. Así, cuando abordaban el estudio de los precios, condenaban al olvido a la producción; cuando hablaban de salarios, no querían pensar en el paro; cuando pretendían mitigar la escasez de capital, destruían el sistema monetario, con sus soluciones inflacionistas.

En esta situación, desorientado por falsos profetas (Marx, Keynes y los seguidores de ambos), vine a conocer la obra de von Mises.

"Human Action", se ha podido decir, constituye el análisis más radical, amplio y riguroso que, desde el principio de los estudios económicos, se ha efectuado del funcionamiento del mercado y del capitalismo, términos utilizados siempre indistintamente por el autor. Si es posible que un solo libro pudiera cambiar el signo de la marea ideológica desatada, por doquier, en favor de socialismo e intervencionismo, "Human Action" sería ese libro (1). Pero la obra misiana comprende otros trabajos del máximo interés. Así en "Socialism", el más devastador análisis del socialismo, examínanse todos y cada uno de los argumentos aducidos en favor de dicha doctrina, con rigor lógico y fuerza dialéctica tales, que despiertan la admiración, incluso, de aquellos a quienes captó la falacia marxista. "Omnipotent government" está dedicado a analizar las causas económicas que determinaron las dos últimas guerras mundiales, evidenciándose que el nacionalismo económico y las tendencias autárquicas abogan por el conflicto armado, ya sea internacional o civil. "Bureaucracy" hace ver como el pernicioso funcionarismo, que hoy atenaza a todas las Administraciones, no es más que un síntoma de la verdadera enfermedad subyacente: el obsesivo afán intervencionista. Si los gobiernos desean controlar todas las actividades económicas, por fuerza, habrán de montar los modernos leviatanes burocráticos, cuyo mantenimiento absorbe las fuerzas productivas de las naciones, en insoportable proporción, impidiéndose la producción de muchos bienes vitalmente necesitados. "Planning for Freedom" es una recopilación de doce ensayos, a modo de introducción o simplificación de "Human Action", cuya densa materia exige, por parte del lector, un esfuerzo tal vez excesivo, para quien no dedique su actividad fundamental a los estudios económicos. Finalmente, "The Anti-capitalistic Mentality", es un estudio psicológico de las razones que inducen a las multitudes a condenar y repudiar el capitalismo cuando ha sido, la del mercado libre, la mecánica que ha permitido elevar insospechadamente el nivel de vida de las masas, pese al continuo incremento de la población. Tan contradictoria actitud deviene comprensible cuando la dialéctica misiana hace ver que la organización capitalista resulta odiosa, precisamente, por cuanto ofrece a todos la oportunidad de alcanzar las más envidiables posiciones; ahora bien, como éstas solo serán conquistadas por aquéllos pocos, entre los inúmeros aspirantes, que mejor capacidad posean para atender los deseos del con sumo, quien ve frustradas sus ambiciones, se irrita y busca justificaciones, ajenas a su personal actuación, prefiriendo condenar el existente orden social, antes que reconocer la propia insuficiencia para proveer a las necesidades más urgentes sentidas por los consumidores.

Después de estudiar ideario tan fecundo como impresionante y de reexaminar las doctrinas manchesterianas, completadas con el penetrante subjetivismo de un Jevons y un Menger, llegué a la conclusión de que, en el terreno económico, solo existe un camino viable, el del "laissez faire", es decir, el del mercado libre de trabas y adulteraciones. Y, así, surgió en mí la idea de confeccionar las presentes páginas, dedicadas a examinar los problemas sociales, a la luz de la más moderna investigación económica. La influencia misiana en ellas es manifiesta, ya que, en definitiva, el trabajo aspira a estudiar y ponderar el pensamiento de este notable autor. La paternidad espiritual de lo que subsigue corresponde, pues, al admirado profesor vienés, hoy catedrático de la Universidad de Nueva York.

(1) Henry Hazlitt, "The Free Man's Library" (Princeton, Van Nostrand, 1956) Pag. 119.

Me interesa mucho dejar constancia expresa de esto, no solo por constituir obligado reconocimiento de mi deuda intelectual, sino, además, por cuanto, así, evito, de un lado, el tener que citar, una y otra vez, en impertinente reiteración, el nombre de Mises, a lo largo de cada una de las páginas que subsiguen, facilitándose, por otra parte, la labor expositiva, ya que me permite actuar, en cierto modo, como portavoz de aquellas ideas, si bien con las salvedades luego consignadas. En definitiva, según el propio título indica, la presente tesis tiene doble aspiración; ante todo, pretende analizar el pensamiento de este genial investigador, ofreciéndolo a los lectores de habla hispana, entre los cuales, por lo general, es poco conocido y, al tiempo, quíere-se hacer aplicación práctica del ideario misiano a los más actuales temas del debate económico en el deseo de enjuiciar los problemas sociales desde un nuevo punto de vista, buscando a los mismos soluciones definitivas y eficaces.

Innecesario es decir que mis interpretaciones son puramente personales, por lo cual, en ningún caso, cabe hacer responsable a Mises de los juicios que en esta tesis formulo, ni de ninguna de las manifestaciones que en la misma consigno. He de responsabilizarme del contenido de este trabajo, de tal suerte que las críticas que pueda sugerir al erudito tribunal juzgador, solo contra quién estas páginas firma habrán de recaer.

Sentado esto, y antes de entrar en materia, quiero hacer una sucinta exposición de los temas, a continuación abordados, que son los siguientes: El socialismo como organización política, haciéndose ver la imposibilidad, bajo este régimen, de todo cálculo económico, lo cual solo puede redundar en la máxima dilapidación de los siempre escasos factores de producción, con el consiguiente empobrecimiento general; el intervencionismo, cuyas medidas ocasionan siempre resultados contrarios a los fines perseguidos, al implantar la injerencia; las cuestiones laborales, los salarios, el corporativismo y el sindicalismo son, igualmente, objeto de análisis particular, demostrativo de que es imposible, mediante fórmulas coactivas, elevar el nivel de vida de las clases económicamente débiles, cuyos intereses, en conjunto, se perjudican, si bien cabe beneficiar a ciertas minorías de trabajadores, infiriendo congruo perjuicio en la restante gran masa obrera; el comercio exterior, los problemas de divisas y el proteccionismo también se estudian evidenciándose la esterilidad de las medidas generalmente adoptadas en este terreno y sus empobrecedores efectos; igualmente se examinan las cuestiones monetarias, las consecuencias de la inflación, que, en el mejor caso, solo sirve para privilegiar a algunos grupos a costa de la inmensa mayoría; la ineludible conveniencia de implantar una banca libre; la oportunidad de retornar al patrón oro; y el ocaso del intervencionismo, cuyo fin ha de hallarse próximo, agotadas las reservas con que se alimenta el afán confiscatorio y redistributivo, de tal suerte que, pronto, los pueblos libres van a verse obligados a decidir entre dar el paso definitivo al socialismo o hacer marcha atrás y, repudiando la historia económica de las últimas décadas, retornar a la economía de mercado.

La tarea propuesta, indudablemente, si hubiera de ser agotada hasta sus últimas consecuencias, excedería a mi capacidad (1), pero, habiendo

(1) La obra fundamental de Mises abarca cerca de 4.000 páginas. Innecesario parece, pues, consignar que numerosos argumentos, consideraciones y pensamientos no han sido aludidos, si bien he ampliado algunos extremos que podían tener especial interés para el lector español.

realizado un cierto esfuerzo en el estudio del ideario misiano, me atrevo a presentar estas páginas, a los doctos especialistas que han de juzgar las, amparándome en su benevolencia y en la confianza de que alguna idea interesante puedan encerrar, si es cierto, como afirmaba Cervantes, que no hay libro tan malo que alguna cosa buena no contenga.

- - - - -

NOTA BIOGRAFICA

Nació Ludwig von Mises, el día 29 de septiembre de 1881, en la ciudad de Lemberg del Imperio Austro-Húngaro. Ludwig, al igual que su hermano Ricardo, quien, con el tiempo, llegaría a ser gran matemático, recibió una sólida educación. Los estudios equivalentes al bachillerato los realizó en Viena, en el "Akademische Gymnasium". El 20 de febrero de 1906 se doctoraba ante la Universidad vienesa en Derecho y Economía. Ejerció las leyes durante poco tiempo, ya que su afición a los problemas económicos y sociales le indujeron a profesar la cátedra de Economía de la Universidad de Viena y a aceptar el cargo de asesor económico de la Cámara de Comercio austriaca, puestos desde los cuales, durante cerca de tres décadas, combatió al socialismo e intervencionismo, hasta que su patria fué anexionada por el Reich alemán, pasando, entonces, a Ginebra, donde prosiguió enseñando en el Instituto de Estudios Internacionales.

Desde muy temprano, Ludwig von Mises combatió el intervencionismo y los nacionalismos que carcomían el delicado mecanismo de la Unión Austro-Húngara, gracias a la cual había sido posible instaurar un régimen de paz y prosperidad hasta entonces desconocida por los pueblos balcánicos y centro-europeos. Como capitán de complemento del ejército austriaco, Mises contempló, impresionado y dolorido, el desastre final de aquel Imperio, que no pudo sobrevivir a la derrota militar.

Para convencer las falacias intervencionistas, que abocaron a la desmembración de la Unión Austro-Húngara y a la primera conflagración mundial, ya en 1912, Mises había publicado su "Theorie des Geldes und der Umlaufsmittel", evidenciando los graves peligros que encerraban las tendencias inflacionarias. Sus investigaciones en esta materia, tan descuidada por otros economistas, le atrajeron la animadversión de las mayorías, que abogaban por el despilfarro fiscal y la omnipotencia gubernamental. Pero, por desgracia, los hechos vinieron a confirmar, con testimonio sangriento, la certeza de sus diagnósticos y premoniciones.

La filosofía colectivista se imponía por doquier al finalizar la primera guerra europea. Socialismo y nacionalismo eran las ideologías imperantes, que vilipendiaban al liberalismo capitalista como la fuente de todos los males. Para Mises, tales tesis no eran sino una abierta "rebelión contra la lógica". Publicó, por entonces, sus dos libros "Nation, Staat und Wirtschaft" y "Die Gemein Wirtschaft" que dieron lugar a que su autor se viera envuelto por una "conspiración de silencio" como pocos estudios han tenido que padecer.

Pero la inteligencia y el tesón de Ludwig von Mises eran difíciles de acallar. En la Suiza pacífica y serena compuso su magnum opus "Nationalökonomie, Theorie des Handelns und Wirtschaftens" que revisado y sustancialmente reescrito volvió a publicar años después bajo el título de "Human Action".

En 1940, Mises emigró a los EE. UU., donde ya había pasado temporadas, en 1926, invitado por la "Lamar Spellman Rockefeller Foundation" y en 1931, para asistir al Congreso de la Cámara de Comercio Internacio -

nal (Washington). Desde 1945 desempeña una cátedra en la Universidad de Nueva York (Graduate School of Business Administration), habiendo reunido en torno suyo una prometedora escuela de jóvenes economistas.

Ha dado lecturas y conferencias ante los más acreditados institutos de investigación de Inglaterra, Alemania, Holanda, Francia, Italia, México y Perú.

Y será la historia, quién, finalmente, ponderará la trascendencia de la obra misiana.

LA OBRA FUNDAMENTAL DE LUDWIG VON MISES

THEORIE DES GELDES UND DER UMLAUFSMITTEL, Duncker & Humboldt, München, 1912; 1924. Edición inglesa: THE THEORY OF MONEY AND CREDIT, traducida por H. E. Batson, London, 1934; nueva edición inglesa con un estudio acerca de la "Reconstrucción monetaria", Yale University Press, New Haven, 1953. Edición española: "TEORIA DEL DINERO Y DEL CREDITO", traducida por Antonio Riaño, M. Aguilar, Madrid, 1936. Edición japonesa de Yonco Azuma, 1949.

NATION, STAAT UND WIRTSCHAFT, Manzsche Buchhandlung, Wien, 1919.

DIE GEMEINWIRTSCHAFT, UNTERSUCHUNGEN UBER DEN SOZIALISMUS, Gustav Fischer, Jena, 1922; 1932. Edición inglesa: "SOCIALISM: AN ECONOMIC AND SOCIOLOGICAL ANALYSIS", traducida por J. Kahane, Jonathan Cape, London, 1936; nueva edición inglesa con epílogo, Yale University Press, New Haven, 1951. Edición francesa: "LE SOCIALISME; ETUDE ECONOMIQUE ET SOCIOLOGIQUE" traducida por B. Bastier, A. y F. Terrasse, Librairie de Médecis, París, 1938.

LIBERALISMUS, Gustav Fischer, Jena, 1927

GELDWERTSTABILISIERUNG UND KONJUNKTURPOLITIK, Gustav Fischer, Jena, 1928. Edición italiana: "LA STABILIZZAZIONE DEL POTERE D'ACQUISTO DELLA MONETA E LA POLITICA DELLA CONGIUNTURA", traducida por el Profesor Jenny Griziotti Kretschmann, Torino, 1935.

KRITIK DES INTERVENTIONISMUS; UNTERSUCHUNGEN ZUR WIRTSCHAFTSPOLITIK UND WIRTSCHAFTSIDEOLOGIE DER GEGENWART, Gustav Fischer, Jena, 1929.

DIE URSACHEN DER WIRTSCHAFTSKRISE, J. C. B. Mhor, Tübingen, 1931. Edición holandesa: "DE OORZAKEN VAN DE ECONOMISCHE CRISIS", Met een voorwoord van den vertaler Ir. A. J. Bergsma, Mouton & Co. Den Haag, 1933.

GRUNDPROBLEME DER NATIONALOKONOMIE, Gustav Fischer, Jena, 1933.

THE DISINTEGRATION OF THE INTERNATIONAL DIVISION OF LABOR en "The World Crisis" por Profesores del Graduate Institute of International Studies, páginas 245-274, Longmans, Green & Co., London & New York, 1938. Edición francesa: "LES ILLUSIONS DU PROTECCIONISME ET DE L'AUTARCIE", traducida por G. Rodet, Librairie de Médecis, París, 1938.

NATIONALOKONOMIE; THEORIE DES HANDELNS UND WIRTSCHAFTEN, Editions Unión, Geneve, 1940.

OMNIPOTENT GOVERNMENT, Yale University Press, New Haven, 1944. Edición francesa: "LE GOUVERNEMENT OMNIPOTENT", traducida por M. de Hulster, Librairie de Médecis, París, 1947. Edición española: "OMNIPOTENCIA GUBERNAMENTAL", traducida por Pedro Elcoibar, Editorial Herms, México.

BUREAUGRACY, Yale University Press, New Haven, 1944. Edición francesa: "LA BUREACRATIE", traducida por R. Florin & P. Barbier. Librairie de Médicis, París, 1946.

HUMAN ACTION, Yale University Press, New Haven, 1949. La Fundación Ignacio Villalonga prepara una edición en castellano.

PLANNING FOR FREEDOM, Libertarian Press, South Holland, Illinois, 1952.

THE ANTI-CAPITALISTIC MENTALITY, D. Van Nostrand Company, Inc. Princeton, New Jersey, 1956. Edición española: "LA MENTALIDAD ANTICAPITALISTA", Fundación Ignacio Villalonga, Valencia, 1957.

THEORY AND HISTORY, Yale University Press, New Haven, 1957.

LA REPUBLICA SOCIALISTA

LA REPUBLICA SOCIALISTA

I. - LA DIALECTICA DEL SOCIALISMO. - El polilogismo. - La inevitabilidad del socialismo. - II. - LA IMPOSIBILIDAD DE TODO CALCULO. - III. - EL PROBLEMA DEL VALOR. - La eterna ley económica. Jalones de la investigación. - IV. - INTENTOS DE CALCULO SOCIALISTA. - El "cuasimercado". - Las ecuaciones diferenciales de la economía matemática.

Se pretende, a continuación, examinar el socialismo como doctrina económica, para evidenciar que, en definitiva, constituye sistema bajo el cual resulta imposible todo cálculo económico, de tal suerte que el socialista, al final, no sabe ni qué, ni cuánto, ni cómo ha de producir. Esta realidad íntima del sistema aboca a la máxima dilapidación del siempre escaso capital, lo cual forzosamente ha de traducirse en un descenso del nivel de vida hasta límites infrahumanos. Antes de llegar a esta insoslayable conclusión, se inicia el estudio con el examen de la dialéctica marxista, en sus dos manifestaciones típicas, analizándose, de un lado, el argumento que hace referencia al polilogismo, es decir, a la diferente estructuración lógica de la mente burguesa, que solo produce "ideologías", con respecto a la proletaria, que intuitivamente aprehende la verdad, y, de otro, pondráse la supuesta inevitabilidad del triunfo socialista, que, para muchos, arguye, definitivamente, en favor de la bondad del sistema. Dedícase también cierta atención a la doctrina subjetiva del valor, ya que, aún cuando se trata de ideas bien conocidas de todos, su fecundidad es tal que difícil resulta abordar los temas económicos sin aludir, aunque solo sea de pasada, a estas trascendentes cuestiones. Termina el capítulo con el análisis de los estériles sistemas de cálculo económicos ideados por los autores socialistas para dar una aparente fundamentación lógica a sus tesis.

I. - LA DIALECTICA DEL SOCIALISMO. -

El polilogismo. -

Carlos Marx no inventó el socialismo. La doctrina estaba ya tan plenamente elaborada cuando Marx la adoptó, que él, ni añadió nada nuevo a la misma, ni jamás logró refutar las fundadas objeciones que, desde un principio, se le opusieron. Ahora bien, contribuyó decisivamente a su defensa y propagación con la teoría del polilogismo clasista. El polilogismo presenta dos aspectos principales: uno racial o nacionalista, según el cual cada raza tiene una distinta estructuración mental y lógica, y otro marxista o social, que traslada la anterior afirmación a las diferentes clases sociales.

Establecido esto, el polilogismo marxista nunca se ha preocupado por demostrar en qué difieren concretamente la lógica del burgués y la del proletario, como tampoco el polilogismo racial explica las diferencias existentes entre la estructura mental francesa y la inglesa o la alemana, - por ejemplo.

Es más, los polilogistas no logran nunca resolver el problema de las frecuentes disparidades de criterio entre los miembros de una misma clase, raza o nación, presentándoseles por igual a nazis y marxistas la necesidad de averiguar cuál es la auténtica, la genuina opinión de la raza o de la clase, tema de enorme trascendencia para el polilogista, ya que, como mantiene Oppenheimer, "el individuo se equivoca con frecuencia, por perseguir sus propios intereses; pero la clase, a la larga, nunca" (1). De nada sirve a estos efectos, el sufragio universal, medio, por otra parte, que, igualmente, odian racistas y marxistas. Menos convincente aún es la solución hitleriana, reducida a enunciar al pueblo un programa genuinamente germánico, para, con este contraste, determinar quiénes sean verdaderos arios y quiénes vil canalla, según coinciden o no con el plan trazado (2). El polilogismo, como disciplina mental, desde un principio, deja mucho que desear.

Pero conviene subrayar que Marx construyó su teoría polilogística asegurando que era aplicable a todas las ramas del saber, pues, evidentemente, hubiera sido excesivo descaro afirmar que se refería única y exclusivamente a la ciencia económica. Plántese un claro dilema: o el polilogismo tiene valor universal, resultando obligado admitir la existencia de una física, una matemática o una astronomía burguesas, distintas de las proletarias, o se atribuye a la teoría trascendencia limitada al terreno económico y, entonces, habrá que explicar la rara condición de esta ciencia, en la cual los teoremas tienen dos soluciones, una para ricos y otra para pobres.

La verdad es que Marx recurrió al polilogismo por no encontrar ningún razonamiento válido que oponer a los principios de la escuela clásica inglesa, los cuales estudiara con atrevida admiración. Fascinado por aquella sistemática, estaba tan convencido de la imposibilidad de atacarla, con éxito, en su propio terreno, que, ni siquiera, supo aprovecharse de las graves dudas que a los clásicos suscitaba su imperfecta teoría del valor. Las ideas ricardianas, aún las erróneas, afloran una y otra vez en sus escritos. Cuando Jevons y Menger inauguraron una nueva era económica, con sus penetrantes doctrinas subjetivas, Marx había publicado ya el primer volumen de "El Capital". Honda impresión debió producirle, sin embargo, la teoría marginal, cuando aplazó la publicación de los restantes volúmenes, que solo fueron conocidos después de su muerte (3).

En el terreno de la razón, el polilogismo marxista es inaceptable y, proyectado a sus últimas consecuencias conduce a la imposibilidad e inutilidad del saber. Si la mente humana, como tal, abstracción hecha de la clase social del individuo, no es instrumento idóneo para el conocimiento, obligado resulta abandonar toda investigación. Ahora bien, con ello no se ha probado, en modo alguno, que la doctrina socialista sea cierta, ni mejor que la capitalista.

(1) Vid. Franz Oppenheimer, "System der Soziologie" (Jena, 1926) II, 559.

(2) Adolfo Hitler, Discurso a la Convención del Partido, en Nuremberg, 3-9-33 (Frankfurter Zeitung, 4 septiembre 1933, p. 2)

(3) Es ésto tanto más notable por cuanto, según afirma el propio Engels (pag. 11) en el prefacio del volumen III de "El Capital", publicado en 1894, Marx cuando imprimió el primer tomo, tenía ya escritos los textos sucesivos.

Pero la idea que late en el fondo del polilogismo parece ser otra: aseverar que la formación clasista perturba el libre ejercicio de la mente, de tal suerte que las doctrinas antisocialistas son falsas porque sus defensores no son imparciales, sino apasionados lacayos del capitalismo. Aun - que pueda tener interés histórico o psicológico averiguar los motivos que - impulsaron a sus autores a emitir ciertas doctrinas, para impugnar su contenido, este dato es indiferente. Por despreciable que pudiera haber sido - la motivación de Pitágoras, al enunciar su conocido teorema, en nada queda disminuída la verdad del mismo. Los célebres "Elementos" de Euclides, sin réplica durante 25 siglos, fueron escritos por orden y al servicio de Ptolomeo I; cuando han sido puestos en tela de juicio, el ataque se ha dirigido contra su propia esencia lógica, dejando aparte aquella accidental circunstancia que, para algunos, argüiría posible servilismo hacia el poderoso.

El exámen crítico de las ideas exige demostrar las inconsecuencias, las falsedades, los errores que puedan encerrar. Pero los socialistas, encastillados en su dogma del polilogismo, jamás están dispuestos a conceder este trato, el único verdaderamente científico, a las modernas doctrinas económicas. Ahora bien, rechazar la doctrina marxista desde un punto de vista moral, como producto de la envidia o la demagogia, sería incurrir en análogo pecado.

La inevitabilidad del socialismo. -

La invención del polilogismo no fué el único servicio que prestara Marx al socialismo. Mayor trascendencia tuvo el postulado de su inevitable advenimiento. En la época creadora de Carlos Marx, triunfaban, por doquier las teorías evolucionistas, según las cuales, aún sin el concurso de la voluntad humana, el hombre, impulsado por la Providencia, el "Geist" o la Naturaleza - según las creencias religiosas de cada autor - vá ascendiendo de estados inferiores a estados superiores, cada vez más perfectos. Hegel, muerto pocos años antes de la entrada en escena de Marx, había desarrollado ya estas ideas en su sugestiva filosofía de la historia, encontrando la teoría - otro maravilloso expositor en Nietzsche, quién, precisamente, comenzaba a escribir cuando Marx iba a desaparecer.

Marx integró el credo socialista en la teoría de la evolución. El advenimiento del socialismo, afirmó, es inevitable y ésto solo es prueba evidente de que representa un orden más elevado y perfecto que el capitalismo anterior. Inútil es discutir, por tanto, los pros y los contras de la doctrina. El socialismo llegará con la inexorabilidad de las leyes de la naturaleza"(1), lo cual basta para acreditar su bondad.

Co viene hacer notar que, si consideramos marxistas a quiénes - crean en tales afirmaciones, el calificativo habrá de aplicarse a la mayor parte de nuestros contemporáneos, porque anda muy extendida la creencia - de que la llegada del socialismo es tan inevitable como deseable. Las discrepancias entre los grupos se centran en un solo punto: a cuál de ellos corresponderá la dirección de la comunidad socialista, ya que, naturalmente, hay muchos candidatos para el cargo.

Marx pretendió demostrar su profecía de la inevitabilidad del socialismo, por doble camino. Afirmó, primero, de acuerdo con la dialéctica hegeliana, que el capitalismo es la negación del principio de la propiedad pri-

(1) Vid. Marx "El Capital" (7ª ed. Hamburgo, 1914), I. 728.

vada. Si ésta al engendrar el capitalismo, lleva en sí su propia negación, el capitalismo, también, se autodestruirá, dando paso a una organización más perfecta: la socialista. Así de sencillas eran las cosas para los innumerables hegelianos que pululaban, a la sazón, por Alemania.

La segunda demostración la intenta Marx por una ruta más directa, resaltando las horribles situaciones sociales que, en su opinión, provocaba la organización capitalista. Pero su crítica es totalmente errónea. Ni siquiera los marxistas más ortodoxos se atreven a defender seriamente la tesis fundamental de Marx, cuando veía en el capitalismo un sistema - que conducía al progresivo empobrecimiento de las masas (1). Ahora bien, aún admitiendo todos los absurdos de la impugnación marxista, queda indemostrado el aserto principal: la inevitabilidad del advenimiento socialista.

Pese a las innumerables obras aparecidas a partir de Hegel y Marx, la tesis de la inevitabilidad del socialismo queda siempre por evidenciar. Se proclama, pero no se prueba. La profecía sigue desprovista de fundamento lógico, sin más apoyo que la reveladora voz interior que informaba a Marx de los planes trazados por los misteriosos poderes que determinan el curso de la humanidad.

El hecho más notable de la historia del socialismo es que, durante todo el período comprendido entre 1848 y 1920, nadie para mientes en la cuestión fundamental: el aspecto económico de la doctrina socialista. Defensores y detractores presuponen, tácticamente, que constituye una organización social realizable. Pero esto es, precisamente, lo primero que debe analizarse, para decidir, si, bajo el signo de la división del trabajo, puede existir un sistema socialista.

II. - LA IMPOSIBILIDAD DE TODO CALCULO. -

* El orden socialista exige - y ésta es su nota más peculiar - que una sola voluntad dirija la organización económica. Es indiferente quien sea el encargado de esta dirección, lo mismo puede tratarse de un rey ungido que de un dictador o incluso de una corporación, elegida por sufragio universal. Lo decisivo es que, suprimida la propiedad privada, un solo ser - unipersonal o colegiado - decide el empleo que haya de darse a los distintos factores de producción. Se pretende, así, sustituir, por una organización planificada y ordenada desde arriba, la supuesta anarquía del mercado, ocasionada por las múltiples y divergentes decisiones de consumidores y empresarios.

Para analizar desde un punto de vista crítico este planteamiento, no hace falta discutir las condiciones morales del llamado a ejercer la jefatura de la comunidad; teóricamente, puede admitirse que sea un santo. Tampoco procede impugnar sus valoraciones subjetivas - preferir los cañones a la mantequilla - y menos aún los fines últimos que persiga. Todo esto, a efectos dialécticos puede darse por bueno y excelente. Cabe imaginar, además, que los subordinados gozan de beatitud tan excelsa como la del jefe, el cual, por otra parte, también, cabe suponer posea los mayores cono

(1) La famosa "ley de la miseria creciente del proletariado", que Marx llamó "la ley general absoluta de la acumulación capitalista", carece de vigencia, en el terreno práctico, para los modernos teóricos del comunismo. Es interesante a este respecto, la opinión de Paul M. Sweezy - ("Teoría del desarrollo capitalista", Fondo de Cultura Económica, Mé -

cimientos técnicos, teniendo siempre información exacta de todos los factores de producción disponibles.

Bien, pues admitiendo todo lo anterior, ha llegado la hora de poner en movimiento la economía socialista. El jefe vá a cursar las órdenes oportunas: las generales y las particulares, las primeras y las últimas. Entre otras muchas cuestiones, vá a decidir si es más conveniente intensificar el cultivo de los campos o aumentar la producción industrial; si es mejor concentrar el esfuerzo en la industria pesada o en la ligera; si conviene más producir energía eléctrica o ampliar la red de comunicaciones, optando entre centrales térmicas o hidráulicas, carreteras o ferrocarriles. Para terminar y no hacer inacabable esta relación, baste pensar que el mando económico habrá de determinar si es más necesario fabricar automóviles o neveras, medias de hilo o de "nylon", mecheros o estilográficas, botas o alpargatas.

Aparece, así, el problema capital del socialismo: ¿Puede alguien, dada la limitada capacidad mental del hombre, resolver, de modo atinado y lógico, tal cúmulo de cuestiones, sin el auxilio indicador del mercado libre? ¿No quedará reducida toda su gestión, pese a su buen deseo y a sus indudables conocimientos, a un pueril y trágico juego adivinatorio? Trágico porque de él dependen, sin duda, la vida, la salud y el bienestar de millones de hombres, a los que un error cualquiera del jefe condenará al dolor y a la miseria.

Aquellos expuestos problemas los resuelve el sistema capitalista - merced a los precios del mercado, que indican al empresario no solo los bienes sobrevalorados por los consumidores, sino además los métodos mejores para producirlos. Producir, en definitiva, es adivinar el futuro, prever, a la vista de lo actual, cuáles serán los deseos y necesidades de los compradores de mañana. En la economía de mercado, quien acierta en el pronóstico cosecha ganancias, mientras que, quiénes se equivocan soportan graves pérdidas. Estas pérdidas constituyen la mejor protección de los intereses del consumidor, al impedir la prosecución de actividades deficitarias; es decir, mediante ellas, se hace prohibitivo para el empresario dilapidar el capital dedicándolo a producciones menormente deseadas por la comunidad. Los precios determinan el destino de los siempre limitados factores de producción, impulsándolos a colocarse al servicio de aquéllas necesidades que los consumidores estiman más urgentes.

En cambio, suprimida la libertad mercantil, el socialista se ciega por partida doble, al no saber ni qué, ni cómo, producir. En efecto, imaginemos que el jerarca económico ha decidido destinar una parte del capital existente al abastecimiento de agua de determinada población. Pásese por alto el hecho, antes aludido, de que este primer paso ya ha tenido que ser dado a ciegas, por cuanto no hay modo de saber si tal era el mejor destino para el capital en cuestión. Pero, ahora, surgen nuevos problemas. Una ciudad puede ser abastecida mediante transportar el líquido elemento a través de acueductos o, también, haciendo potable, por medios químicos o físicos, el agua insalubre existente en la localidad. El capitalismo mediante un sencillo cálculo económico, fácilmente, puede decidirse entre un sistema y otro; pero, el socialismo, ¿cómo sabrá cuál es el método mejor? Y no paran aquí las cosas, por cuanto existen otros imaginables sistemas para el

xico, 1945, pp. 32-33) cuando, en apasionada defensa de la sistemática marxista, afirma: "La ley en cuestión es deducida en un alto nivel de abstracción; el término "absoluta", usado para definirla, lo es en el sentido hegeliano de "abstracta"; no constituye, en ningún sentido, una predicción concreta del futuro".

abastecimiento deseado; cabe pensar, por ejemplo, en la fabricación de agua sintética. Si el capitalismo nunca ha recurrido a esta técnica, ello es en razón a su enorme costo, es decir, porque resulta antieconómica. Pero el socialista, sin precios de mercado, ¿por qué no habría de producir sintéticamente el agua, con la consiguiente dilapidación de medios de producción, que podrían destinarse a atender otras necesidades?

Hay un tercer problema ante el cual el socialismo se halla también inerme: es el relativo a la necesidad de producir los bienes en cantidades limitadas. Toda comunidad podría consumir, por ejemplo, muchos más tejidos que aquéllos que normalmente se producen. ¿Por qué, sin embargo, la producción no se aumenta hasta atender toda esta posible demanda? La razón es bien sencilla: la utilidad marginal de cada traje poseído es, cada vez menor; si el fabricante continuara "ad libitum" la producción para colocarla íntegra, veríase obligado a ir sucesivamente, reduciendo sus precios, con lo cual, en determinado momento, aparecerían las pérdidas. Mediante tales pérdidas, el mercado avisa al empresario y le ordena deje de malgastar capital, que debe destinarse a otras fabricaciones valoradas en más por el mercado. Suprimidos estos avisos del precio, el director socialista, maniatado por el sistema, no puede saber nunca cuando detener una producción. En la oscura caverna económica, el socialista se debate como un cíclope voluntariamente cegado.

Pero este exámen de las ideas marxistas, de momento, ha de interrumpirse por cuanto casi sin darnos cuenta, se están suscitando problemas que hacen previo examinar, sin dilación, la cuestión clave, el eje, de todo estudio económico: la teoría del valor. "Este misterioso dragón del valor que guarda la entrada de nuestra ciencia; el monstruo del valor, contra el cual se han ensañado todos los economistas"(1).

III. - EL PROBLEMA DEL VALOR. -

Todo bien que no poseamos en ilimitada abundancia deberá ser "administrado", es decir, convendrá disponer de él con arreglo a un plan; para no "dilapidarlo" (2). Como no vivimos, por desgracia, en Jauja, son muy pocos los bienes que poseemos en cantidades ilimitadas, inagotables. Entre estos "bienes libres" figura, en primer lugar, normalmente, el aire atmosférico. Así, si hacemos ejercicios respiratorios, podemos aspirarlo tan profunda y continuamente como deseemos; ahora bien, si prolongamos demasiado estos ejercicios, descubriremos pronto que, en modo alguno, disponemos de cantidades ilimitadas de tiempo y energía física. Tanto - aquel como ésta, por ser escasos, no son ya bienes libres, sino bienes económicos, bienes que debemos administrar, que debemos economizar para conseguir, con ellos otras satisfacciones.

Por constituir la regla general los bienes económicos y la excepción los bienes libres, la vida humana resulta una serie de deliberaciones y resoluciones encaminadas a lograr un cierto equilibrio entre las necesidades ilimitadas y los limitados medios de satisfacerlas.

No hay que confundir, por supuesto, la escasez de un bien económico con su rareza objetiva. La escasez significa, aquí, desproporción en -

(1) P. Guitard, citado por Mario Conde. "La Economía clásica en la Defensa de Occidente" (Barcelona, 1951), p. XI

(2) Vid. Wilhelm Röpke. "Introducción a la Economía Política" (Revista de Occidente, Madrid, 1955) pp. 21-33.

tre las cantidades existentes y nuestras necesidades subjetivas. La rareza equivale a la infrecuencia natural de un bien. Los huevos podridos, - por fortuna, son raros; pero nunca pensamos haya escasez de los mismos. Por otra parte, el valor de un bien económico, cuya rareza objetiva no sea grande, puede elevarse hasta el infinito, en determinadas condiciones. Así, en el "Ricardo III" de Shakespeare, el protagonista, para salvar su vida, llega a ofrecer su reino entero por un caballo.

La escala de estimación de los bienes abarca todos los valores: desde los negativos (huevos podridos) hasta los positivos - bienes económicos -, pasando por el cero - bienes libres -. Nuestra apetencia subjetiva es la que decide el lugar que cada bien ocupa, en cada momento, en aquella escala valorativa.

Aunque el agua y el aire son imprescindibles para la vida, por su condición de bienes libres, ilimitados, en circunstancias normales, tienen un valor que apenas rebasa el cero de nuestra estimación. Sin embargo, los diamantes, bienes no vitales, alcanzan un lugar muy elevado. Este hecho, experimentado por todos, nos coloca ante un concepto cuyo conocimiento resulta fundamental para comprender la base subjetiva de la vida económica: la utilidad marginal de los bienes.

El lugar que cualquier bien ocupa en nuestra escala de valores depende, desde luego, de su utilidad, pero no de la utilidad general, derivada del carácter vital del bien, sino de la utilidad específica, concreta, que para nosotros pueda tener una determinada cantidad de aquel bien, en un determinado momento. A esto conviene agregar que cuanto mayor sea la cantidad de que dispongamos, tanto menor será el placer que nos produzca cada suplementaria unidad, y tanto más bajo será también el lugar que ocupe dicho bien en nuestra escala de valores. Ocurre esto porque, al aumentar la satisfacción de una necesidad, disminuye la utilidad (placer) de cada dosis. Como si se produce la pérdida de una unidad solo hemos de renunciar a la utilidad mínima, en cada caso, no puede ser mayor que esa utilidad mínima la utilidad de ninguna unidad. Por tanto, la utilidad de la última dosis, esto es, la utilidad mínima, determina la utilidad de cualquier otra dosis y por ello la de la totalidad de las existencias. El lugar del agua en nuestra escala de valores no está determinado por la utilidad infinitamente grande de un vaso de agua que nos salvaría de morir de sed si solo dispusiéramos de ese vaso de agua, sino por la utilidad, por el aprecio, de la última dosis empleada para bañarnos o para regar las flores. A esta utilidad de la última dosis la denominamos utilidad marginal y ahora podemos formular las siguientes tesis: 1ª La utilidad marginal disminuye al aumentar las existencias, esto es, al acrecentarse la posibilidad de satisfacer la necesidad. 2ª La utilidad marginal determina, sin embargo, la utilidad que atribuimos a todas las otras dosis. 3ª. Al aumentar la cantidad desciende el lugar que ocupa un bien en nuestra escala de valores, en el supuesto que entre tanto no hayan variado nuestros gustos (escala de necesidades). 4ª. La utilidad de las existencias todas (utilidad total) aumenta al aumentar la cantidad, pero en grado cada vez menor, ya que la utilidad marginal, considerada en absoluto, disminuye. Sin embargo, si la utilidad marginal disminuye en medida mayor que la que corresponde al aumento de la cantidad, puede ocurrir que la utilidad total descienda incluso de un modo absoluto.

Un ejemplo aclarará lo expuesto. A todos nos ha pasado alguna vez que, tras una caminata en el rigor del verano, nuestros pensamientos acaban por girar ansiosamente en torno a un vaso de agua: medio muertos de sed nos precipitamos sobre el manantial por fin alcanzado y, ávidamente,

bebimos el primer vaso; pero ya al beber el segundo registrábamos un marcado descenso de nuestra satisfacción, y por último nos refrescamos la cara, llenamos la cantimplora y, olvidados de la sed y del agua, nos pusimos a contemplar el paisaje. Como la velocidad de descenso de la utilidad marginal del agua es extraordinariamente grande, su utilidad total fácilmente puede volverse negativa, como hubieran atestiguado las desdichadas víctimas del tormento medieval a quienes se obligaba a ingerir agua a la fuerza. También el proverbial descontento del agricultor con el tiempo, porque tan pronto llueve poco como llueve demasiado, no es en el fondo más que una prueba de que el agua se caracteriza tanto por la gran urgencia de su necesidad como por una gran velocidad de descenso de su utilidad marginal. Estas consideraciones son aplicables "pari passu" a todos los bienes apetecidos por el hombre.

La eterna ley económica. -

Vivimos cercados por la escasez. Escasez de bienes, de tiempo, de energías físicas... No podemos, apenas, satisfacer una necesidad sin descuidar otra. Por vivir en un mundo donde reina la escasez, nos enfrentamos con una doble tarea, de un lado, hemos de seleccionar nuestras necesidades, según su urgencia e importancia, pero luego, como la utilidad marginal descende con la satisfacción prolongada, hemos de interrumpir ésta, tarde o temprano, en algún punto. Tenemos, pues, que equilibrar continuamente la limitación de los medios y la ilimitación de las necesidades y para ello no nos queda otro camino que proceder a una selección y limitación de la satisfacción de la necesidad.

Con esta limitación y selección, pretendemos conseguir que el nivel de la utilidad marginal sea, en lo posible, igualmente elevado en todas las clases de satisfacción. Criterio o sistema que, en el fondo, no es sino la formulación teórica de algo muy sencillo que todos practicamos a diario. Imaginemos, por ejemplo, que un individuo se dispone a hacer la maleta para emprender un viaje. Como no puede llevar consigo todos sus efectos personales, pensará primero qué cosas necesita más (selección); al mismo tiempo procurará equilibrar la cantidad de trajes, de camisas y zapatos, de modo que guarden entre sí una proporción razonable (limitación). Así, la maleta quedará equipada idealmente cuando la utilidad marginal de los distintos objetos encerrados en ella alcance el mismo nivel y sea superior a la de cualquier otro efecto desechado.

Nuestra vida entera se compone de una continuada serie de resoluciones análogas que sirven todas a la acomodación incesante de medios y necesidades. Selección, limitación, igualdad de nivel de utilidades marginales: siempre se trata de lo mismo. Con este criterio empleamos nuestra renta, guiamos nuestros negocios, organizamos la producción, repartimos nuestro tiempo entre trabajo y ocio y aún entre vigilia y sueño. La utilidad a que renunciamos constituye "el coste de la utilidad que obtenemos, tanto en nuestra economía doméstica como en el conjunto de la economía nacional. "Economizar no es más que una elección continua entre diversas posibilidades, y la Economía no es, en el fondo, sino la teoría de las alternativas. "Valorar y preferir", tal es la ley eterna de toda la vida humana, cualquiera que sea la forma en que esté organizada; lo mismo rige en la economía aislada sin cambio, como en la actual economía de mercado, sumamente desarrollada, basada en la división del trabajo y en el tráfico monetario.

Jalones de la investigación. -

Intuida ya la idea de la utilidad marginal por Gossen (1854) (1), el principio fué desarrollado sistemáticamente, casi al mismo tiempo y de un modo independiente, por tres investigadores que lo convirtieron en la base de la teoría moderna: el austriaco Carl Menger (1871), el inglés W. St. Jevons (1871) y el francés León Walras (1874), que llevó a cabo su labor investigadora en Suiza.

Contrariamente a aquella opinión, muy extendida, de que el principio de la utilidad marginal no sería en rigor sino una "plaisanterie viennoise" y nada más, nunca se insistirá lo bastante en que no hay pensamiento económico que en la actualidad no se mueva dentro del marco de esta concepción fundamental. La frase de Pantaleoni de que en el fondo solo hay dos escuelas de Economía - la de los que la entienden y la de los que no la entienden - no es, de ningún modo, - una jocosa exageración, desde el punto de vista teórico.

La doctrina moderna, basada en el principio marginal, debe interpretarse sobre el trasfondo de aquella otra teoría, a la que ha relevado, la llamada clásica, tal como la fundara Adam Smith ("An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations" 1776), David Ricardo ("Principles of Political Economy and Taxation", 1817), Malthus ("Essay on the Principle of Population", 1798) y ampliaron después toda una serie de economistas (J. B. Say, J. H. Von Thünen, Senior, Hermann, J. St. Mill, etc.).

A los clásicos, ocioso es recordarlo, no se les ocultó que la utilidad tenía algo que ver con la determinación del valor de los bienes. Una cosa que para nada fuera útil, no podría tener valor alguno. Pero ¿determina la utilidad el valor? El caso del agua y de los diamantes pareció demostrar a los clásicos que la utilidad es, desde luego, condición previa, pero no causa, del valor de los bienes. Como no habían aprehendido el verdadero carácter de la utilidad (utilidad marginal), concluyeron que si bien cada cosa tiene su propia utilidad, su valor o precio viene determinado, sin embargo, por circunstancias ajenas a aquéllas. Pese a su agudísima sagacidad, fueron incapaces de reducir a una fórmula homogénea estas supuestas circunstancias determinantes del valor, elaborando tres distintas teorías.

Primero distinguieron dos clases de bienes: los bienes raros, que no se pueden aumentar por producción, y los bienes "producibles a voluntad". El valor de los primeros estaría determinado por su grado de rareza; el de los segundos, en cambio, por los costes de producción, o sea, por algo objetivo. Después volvían a distinguir entre un nivel normal de precios (precio natural) y los respectivos precios de mercado, que oscilan alrededor del nivel normal. Solo este último vendría determinado por los costes de producción, en tanto que el precio de mercado dependería de la oferta y la demanda.

-
- (1) Parece ser que la primera obra conocida en la que se hace notar la índole subjetiva del valor es de Samuel Bailey, "A Critical Dissertation on the Nature, Measures and Causes of Values", Londres 1825. Los franceses, sin embargo, atribuyen a Condillac la primera exposición de la idea. En España, Prados Arrarte ("Jovellanos Economista") asegura que nuestro polígrafo ya intuyó este fecundo ideario, con anterioridad a los dos citados autores. Sin embargo, tales atisbos carecieron de difusión y ha sido la moderna investigación la que ha sacado del olvido a estos precursores.

La yuxtaposición de tres distintos principios explicativos era ya harto insatisfactoria; pero, además, las dificultades aumentaban, a medida que se examinaban las cosas más a fondo. Hasta el final, la escuela clásica luchó con el problema de en qué consisten propiamente los costes de producción, siendo infructuosos sus intentos de reducir a un denominador común los distintos elementos integrantes del costo. A tales dificultades se sumó el hecho de que diversos fenómenos resultaban absolutamente imposibles de explicar por la ley de los costos de producción.

La liberación de estas torturas la trajo el descubrimiento de que los clásicos pasaron con demasiada precipitación sobre el concepto de utilidad, confundiendo la utilidad general con la específica. El hombre nunca compara, ni se encuentra ante el dilema de elegir, entre toda el agua y todos los diamantes del mundo, sino que valora, en cada momento, una determinada cantidad de agua y un número limitado de diamantes.

De paso, conviene advertir que la teoría del valor fundada en el trabajo, base teórica del marxismo, carece de viabilidad, hoy en día, al suponer una explicación objetivista del valor y de los costes. Es decir, que el punto de partida económico del marxismo tiene ya un carácter verdaderamente arcaico (1). En efecto, un traje no vale ocho veces más que un sombrero porque represente ocho veces más trabajo - relación esta última que se mantiene con independencia del valor del sombrero y del traje - sino que la sociedad está dispuesta a invertir ocho veces más trabajo en el traje, porque una vez terminado, valdrá ocho veces más que el sombrero.

Pero sería equivocado creer que la doctrina clásica haya sido solo un error estéril, que no ha conducido a nada. Al contrario, debe recalcarse, que, sin ella, resultaría imposible concebir la teoría moderna. Es más, consideradas en conjunto, hay gran similitud entre las conclusiones de una y otra escuela, si bien su fundamentación se ha modificado casi por completo. En algunos puntos - de los que podría ser buena prueba la teoría del comercio exterior - los clásicos, incluso, se anticiparon a las ideas fundamentales de la teoría moderna. La perspicacia con que aquellos teóricos llegaron a resultados aprovechables, aún partiendo de un supuesto falso, sigue siendo hoy digna de admiración.

La teoría moderna, purgada de la rígida estructura de la "legalidad natural" clásica, se ha acercado más a la realidad, y, liberada de las precipitadas deducciones político-económicas a las que se inclinaba aquella, se ha sustraído a la controversia política, convirtiéndose en auxiliar indispensable para la gestión pública. Si la teoría clásica tenía carácter ideológico, la teoría moderna tiene carácter instrumental. En resumen, la gran contribución de la nueva doctrina económica ha sido enseñarnos que el valor de las cosas no es una categoría objetiva, una condición peculiar, propia e inmutable de cada bien, sino que depende de la disposición subjetiva del interesado y es mudable de individuo a individuo y de momento a momento.

(1) Los teóricos marxistas, forzados, por la autoridad de Marx-Engels, a formular, a través del trabajo, una explicación objetivista del valor, totalmente estéril para la investigación científica, llegan a afirmar que el problema del valor no tiene interés económico alguno, tratándose de un concepto superado ya por sistemática. Así, el economista soviético Preobrazhensky dice: "En nuestro país, donde se ha establecido la economía centralizada y planeada del proletariado, habiendo sido limitada o sustituida la ley del valor por el principio de planeación, la previsión y el conocimiento juegan papel excepcional en comparación con la economía ca-

Los consumidores expresan en el mercado sus valoraciones o preferencias mediante los precios. Pero, de ello no cabe inferir que los precios sean la medida del valor, ya que éste, como genuino sentimiento subjetivo, ni admite la medida ni la ponderación. En efecto, contrariamente a la creencia popular de que se produce el intercambio cuando ambas partes coinciden en la valoración de las mutuas prestaciones, lo que verdaderamente sucede, en el mercado, es que cada contratante valora en más lo que recibe que lo que ofrece. Si trocamos un kilo de jamón por una camisa, es porque damos más valor a la camisa que al jamón. En los cambios indirectos sucede lo mismo; el vendedor valora siempre en más la cantidad de dinero recibida, mientras el comprador prefiere la cosa comprada.

Para conocer las valoraciones y preferencias de los consumidores no hay más remedio que acudir a los precios. Si el valor fuera una cualidad objetiva de los bienes, si pudiera medirse, cabría pensar en la posibilidad de una economía sin precios, en un orden socialista; entonces, sí, podría aquel imaginario director dedicar los siempre limitados medios de producción a la obtención de los objetos de mayor valor para la comunidad. Pero siendo el valor cambiante, por esencia, el socialista que quisiera producir aquello que, en cada momento, con más urgencia, se precisara, tropezaría con problemas insolubles. Suprimidos los precios, deviene imposible resolver la cuestión fundamental: determinar qué empleo debe darse a los factores de producción para que ninguna necesidad más urgentemente sentida que de insatisfecho por haber sido empleados - malgastados - en atender otro deseo, menos acuciante, los medios idóneos para su satisfacción.

IV. - INTENTOS DE CALCULO SOCIALISTA. -

Durante más de cien años, el debate político ha girado en torno al socialismo. Miles de libros han sido publicados en favor y en contra de las doctrinas marxistas. Ningún otro tema ha sido más ávidamente discutido. En favor de la causa socialista ha habido guerras y revoluciones, torrentes de sangre se han derramado, sin plantearse, jamás, nadie, ni defensores ni antagonistas, la cuestión fundamental.

Cierto es que hubo eminentes economistas - Gossen, Schaffle, Pareto, Pierson, Barone - que intuyeron el problema, pero no llegaron al fondo de la cuestión y no supieron reconocer su primordial importancia.

A partir de la revolución rusa, el problema todavía se oscureció más. No se trataba ya de una discusión teórica: existía un país, que dominaba una quinta parte del casquete terrestre, donde funcionaba el socialismo. Más tarde, vino la Alemania de Hitler, con un socialismo, si bien de otro tipo, tan genuino como el de Lenin-Stalin. Ante estas experiencias, muchos comenzaron a pensar que se podía discutir el socialismo, pero que no cabía la menor duda de que se trataba de una organización social que, mejor o peor, funcionaba. Ahora bien, al contemplar el caso de Alemania o de la U.R.S.S.

-
- (1) Ya en 1854 Gossen hacía notar "que solo al amparo de la propiedad privada cabe determinar cual sea la cantidad óptima de cada mercancía a producir en cada caso concreto. De ahí que la Autoridad centralizada de la cual, según los comunistas, corresponde determinar la tarea de cada uno y su retribución, pronto habría de advertir que se hallaba enfrentada con un problema que la mente humana es incapaz de resolver." ("Entwicklung der Gesetze des menschlichen Verkehrs", Berlín, 1889, p. 231). Pareto ("Cours d'Economie Politique," Vol. II, Lausanne, 1897, p. 364 y sig.

se pasaba con precipitación sobre el hecho de que no constituían organizaciones socialistas aisladas o ecuménicas, sino que operaban en un mundo donde todavía regía el capitalismo, donde había precios internacionales, a los que se recurría para todas las operaciones, especialmente en materia de importación y exportación. Gracias a estos precios, rusos y alemanes, con mayor o menor acierto, podían calcular y conocer el valor del carbón, del petróleo o del agludoón. Su ceguera no era aún absoluta; la contemplación del mundo capitalista les ilustraba, permitiéndoles valorar los distintos bienes económicos. Es decir, el capitalismo exterior contribuía decisivamente a la acción económica soviética o nazi. El socialismo aparece, así, como aquellas lianas trepadoras, las cuales, enroscadas al tronco, asfixian a los árboles y que, cuando aquéllos, finalmente, caen abatidos, mueren, privadas del apoyo y vivificadora savia de sus víctimas.

Si bien, durante más de una centuria, los teóricos del socialismo no se vieron constreñidos a preocuparse de la fundamentación económica de su doctrina, en los últimos años, no han podido rehuir, por más tiempo, tan ingrata labor y han tenido que enfrentarse con la necesidad de formular sistemas tendientes a hacer posible el cálculo económico en su utopía.

Se comenzó por decir que el socialismo podía calcular en especie, sin necesidad de recurrir al dinero y los precios. La idea no resiste el más somero análisis, ya que, como los niños de las escuelas saben, no cabe operar con cantidades heterogéneas (1).

Partiendo de la idea laboral del valor, igualmente, se ha recomendado la hora/trabajo como unidad de cálculo. Las objeciones son igualmente serias a esta doctrina, que olvida la diferente capacidad productiva horaria de las gentes y que, aún, una sola persona no trabaja siempre con la misma intensidad. Por si fuera esto poco, el sistema es totalmente incapaz de valorar los factores primarios de producción; ¿cuántas horas/trabajo vale la tierra?, por ejemplo. Pero lo fundamental es que ninguna teoría objetiva puede explicar el problema del valor, según, más arriba, se comprobaba.

También se ha pensado en poderar la "cantidad" de utilidad de los bienes. Sin embargo, es lo cierto, que la utilidad no tiene medida; el hombre se limita, en cada instante, a ordenar las cosas en escala de aprecio o valoración. No cabe olvidar, como antes se decía, que los precios del mercado no implican equivalencia, sino disparidad, de evaluación, ni pasar por alto el hecho de que la unidad n-1 de cualquier bien vale siempre más que la unidad n, es decir, tiene mayor utilidad.

El cuasi-mercado. -

Dejando aparte estos infructuosos intentos, procede examinar aquellas teorías que pretenden dotar al socialismo de un sistema de cálculo, injertándole algunos atributos de la economía de mercado, con pleno olvido de que ésta constituye un todo indivisible, cuyas partes, por separado, no son nada, ni pueden prestar servicio alguno. Socialismo y capitalismo constituyen dos sistemas antagónicos, que no cabe combinar.

y Barone ("Il Ministro della Produzione nello Stato Coletivista" artículo aparecido en "Giornale degli Economisti" Vol. XXXVII, 1908, p. 409 y sig) no llegaron a bucear bien en la cuestión. Pierson, puede decirse que fué quien primero vió con toda claridad el problema y comprendió su trascendencia ("Das Wertproblem in der sozialistischen Gesellschaft", 1902)

(1) Esta idea no merecería ni ser consignada si no fuera porque Otto Neurath

Las doctrinas que ahora nos interesan tienen una característica común: aspiran a la creación de un "cuasimercado", a cuyo amparo pueda el mando económico conocer las valoraciones de las cosas. En este sentido, se ha imaginado que el estado socialista autorizaría la existencia de un mercado donde las gentes pudieran libremente comprar y vender los bienes de consumo; con ello afirmarse, aparecerían verdaderos precios, que permitirían al gobierno ordenar, convenientemente, la producción. Ante este aserto, surge inmediatamente la duda de si aquellos precios serían auténticos, dadas las obligadas limitaciones de aquel artificioso mercado y la penuria de numerario concurrente. Pero, dejando aparte estas dificultades, lo fundamental es que aquellos precios, reales o no, de nada servirían a los directores socialistas para ordenar la producción. En efecto, al no ser libres los factores primarios (el trabajo, el capital, las primeras materias), el socialismo ha de ignorar cual sea el medio más idóneo para producir el bien de consumo deseado. El ejemplo del abastecimiento de agua, más arriba contemplado, ilustra bien esta cuestión; podría el mercado, tal vez, indicar que los consumidores desean tener agua potable en su poblado, pero lo que no podría señalar en modo alguno, es cuál fuera la fórmula de proporcionársela más económica. Para despejar esta incógnita sería necesario saber el precio del transporte, el de los materiales de construcción, el de la mano de obra, el de la maquinaria, el del capital. El valor que para estos factores pudiera autoritariamente fijar el Estado, al no ser real, resultaría inoperante. Ahora bien, si para evitar este escollo, se admitiera la libre contratación de las mercancías en cuestión, si se autorizara la reparación de una Bolsa del trabajo, del capital y de las primeras materias, se habría reinstaurado el capitalismo; no existiría socialismo, ni poco ni mucho.

Las sugerencias de estos neosocialistas son verdaderas paradojas. Por un lado, vehementemente, desean suprimir la propiedad privada de los medios de producción, anular el mercado y acabar con la existencia de los precios y la libre competencia; ahora bien, al tiempo, desearían organizar la utopía socialista de tal suerte que la gente procediese como si todas aquellas odiadas instituciones pervivieran. Pretenden que la sociedad juegue al mercado, como los niños juegan a guerras o a trenes. La aspiración carece, a todas luces, de viabilidad. El nuevo mercado de estos socialistas se parece tanto como las bombas y los proyectiles infantiles se asemejan a las explosiones de Hiroshima o Nagasaki.

Pero los teóricos modernos, conscientes de la demoledora fuerza argumental de la ciencia económica, cuando evidencia la imposibilidad del cálculo bajo la égida socialista, no pueden permanecer pasivos y, siempre bajo el signo del cuasimercado, han elaborado otras doctrinas que merecen mayor comentario. En efecto, aseguran que los antiguos socialistas - los anteriores a 1920 - se equivocaron lamentablemente al pensar que la implantación del socialismo exigía la abolición del mercado libre. La supresión del mercado no constituye - dicen - premisa insoslayable; la sustitución del capitalismo será sencilla e incruenta, por cuanto el único cambio necesario consiste en que los propietarios presentes (los capitalistas, los accionistas) sean desposeídos, pasando las actuales explotaciones a ser propiedad de la sociedad. Con ello, para nada se modificará la organización de las compañías y los negocios, ni se tocará la superestructura económica de la nación.

quiso aplicarla en la efímera república soviética de Munich (1919). Vid. su obra "Durch die Kriegswirtschaft zur Naturalwirtschaft" (Munich, 1919) pp. 216 y sig. y también C. Landauer "Planwirtschaft und Verkehrswirtschaft" (Munich y Leipzig, 1931), p. 122.

Los directores continuarán al frente de las empresas, laborando, como hasta ahora, para obtener la máxima ganancia, en busca siempre de la explotación más perfecta y racional. Pero los productos y rendimientos así obtenidos, en lugar de ir a enriquecer a "parásitos" y "holgazanes", pasarán, íntegramente, a beneficiar a la sociedad, a toda la comunidad socialista.

Verdaderamente, que se necesita tener una mentalidad de administrativo de tercera y un total desconocimiento de lo que es la moderna vida mercantil, para poder pensar de este modo. Quiénes así razonan ignoran que la actuación de los directores de empresa, sus compras y sus ventas, todo ello solo constituye una pequeña parte de las operaciones del mercado, cuya función principal consiste en distribuir el capital existente entre las diversas ramas de la producción. Los empresarios y capitalistas crean las sociedades y demás entidades mercantiles, las amplían o restringen, las disuelven y las fusionan entre sí; compran y venden los correspondientes títulos representativos de su capital; conceden, deniegan y recuperan créditos. Las funciones de quienes estos financieros ponen directamente al frente de sus empresas son mucho más modestas, limitadas a ejecutar los planes que aquellos promotores y capitalistas les señalan. En el desempeño de sus cargos los directores han de ajustarse, por otra parte, a las condiciones del mercado, derivadas no de su propia actividad directorial, sino de la actuación de empresarios y capitalistas, quiénes, en su deseo de obtener lucro, distribuyen los escasos factores de producción entre las diversas empresas, sirviendo así los deseos de los consumidores. Cualquiera que tenga la más mínima experiencia del mundo de los negocios sabe perfectamente la imposibilidad de equiparar la función del hombre de empresa, del capitalista, que arriesga su propio dinero o el de aquellas personas que representa (accionistas, socios), con la misión de un director, que no expone capital y cuyos servicios se pagan mediante un salario. No se empaña esta clara distinción, porque, a veces, sobre todo, en los negocios pequeños, el propio empresario capitalista desempeña la función de director.

Resalta, pues, la inconsecuencia de los planes examinados. El director propiamente dicho, no puede actuar sin las instrucciones de sus superiores y sin el auxilio del mercado, que le permite saber si está ejecutando aquellos mandatos del modo más económico. Por su parte, los jefes de la república social tampoco podrían instruir al director, en sustitución de los capitalistas, ya que ellos mismos carecerían de visión, al haber abolido el mercado. Es decir, estamos otra vez, como al principio, enfrentados con el problema del cálculo, pese a haber dado un rodeo, introduciendo en la discusión la figura subordinada del director capitalista (1).

La heterodoxia de los neosocialistas, indudablemente, no puede llevarles a preconizar el mantenimiento del empresario y promotor independiente, dentro de su sistemática, ya que supondría renuncia total a aquel mando económico único, consustancial con el socialismo. Pero, es que, ade

-
- (1) Socializantes y dirigistas, conscientes de que la acerada dialéctica de la más moderna crítica económica, al evidenciar la imposibilidad del cálculo económico bajo el socialismo, viene a enervar, para siempre, sus pretensiones intervencionistas, invocan, como argumento de máxima autoridad, el parecer de Lerner ("The Economics of Control", New York, 1944), quién, con mil distinguos y salvedades, supone podría el dirigente socialista efectuar "cálculos cuantitativos". Ahora bien, las tesis de Lerner, que desde un principio, dejaban mucho que desear, ya que, como él mismo reconoce, los cálculos del socialista, en el mejor de los casos, por fuerza, han de referirse a las personales valoraciones subjetivas del jerarca, sin que pueda éste nunca saber las verdaderas apetencias y aspiraciones

más, ello no sería posible, por cuanto, suprimida la propiedad privada, la actuación de los imaginarios capitalistas, que ya nada propio arriesgarían, conduciría al caos más absoluto. El azar y la inseguridad del albur mercantil recaería íntegramente, sobre la sociedad; los más audaces, los menos escrupulosos, dilapidarían el capital social en locas empresas.

No es posible diluir unas gotas de capitalismo en el orden socialista, para hacerlo económicamente eficiente. La disyuntiva es clara. Si los propietarios particulares controlan el empleo de los factores de producción, hay mercado, hay precios para todos los aludidos factores y es posible el cálculo económico. Si, por el contrario, es el estado, con su aparato coercitivo, quien decide el empleo a dar a los medios productivos, desaparece el mercado, los precios y el cálculo económico. Pensar en un orden socialista dotado de mercado y precios supone una "contradictio in terminis", tan flagrante como proyectar un cuadrado triangular. La producción no puede estar dirigida más que por individuos deseosos de cosechar ganancias propias o por funcionarios estatales a quienes se concede, al efecto, supremo y exclusivo poder. En el primer supuesto, se producirían aquellas cosas de las que el particular piense derivar los máximos beneficios y, como quiera que éstos han de cosecharse a través de los bienes sobrevalorados por el mercado, resulta que, pese a su impulsión puramente egoísta, la propiedad privada de los medios de producción labora por la mejor satisfacción de las apetencias del consumidor. Por el contrario, en el segundo caso, serán fabricados aquellos objetos que el funcionario subjetivamente decida. Y se plantea la pregunta: ¿Quién conviene más que mande, los consumidores o el jerarca? ¿Quién debe decidir si determinado capital se destina a la producción del bien A o del bien B? Estas preguntas no admiten respuestas ambiguas ni evasivas. Hay que contestarlas limpia y derechamente.

Las ecuaciones diferenciales de la Economía Matemática. -

Los autores socialistas, últimamente, han pretendido recurrir a las diferenciales para resolver este insoluble problema del cálculo económico, dentro de su economía. Quedaría incompleto el presente estudio si no se dedicara cierto espacio al estudio de esta cuestión.

La ciencia económica, para lograr una representación más gráfica de los asuntos que examina, recurre a la imaginaria construcción de la economía en equilibrio, es decir, aquélla a la cual tiende la mecánica del mercado, sin que jamás llegue a alcanzarla. Los empresarios actúan al percibir que hay una diferencia entre el costo actual de los factores de producción y el precio futuro que los consumidores estarán dispuestos a pagar por la mercancía terminada. Las adquisiciones que, atraídos por esa ganancia, efectúan los empresarios, provocan una tendencia alcista en los precios de los factores de producción de que se trata, los cuales, si no se produjera ya ningún cambio en las condiciones del mercado, subirían hasta nulificar aquellas diferencias en que se basa el beneficio empresarial. Pero, el cambio y la mutación son consustanciales a nuestro mundo... El hombre modifica incessantemente su escala subjetiva de valoración. En cuanto una necesidad está saciada aparece otra. Los adelantos técnicos, los cambios de población, las variaciones de capital y mil otras causas provocan un permanente flujo en la realidad mercantil, de tal suerte que aquel hipotético estado de equilibrio jamás es alcanzado.

del desgraciado pueblo sojuzgado, han sido no solo aniquiladas por la dialéctica misiana ("Socialism", 1951, pp. 135/142, 516/521 y "Human Action", 1949, pp. 694/711), sino que el propio Hayek ("Individualism and Economic Order", 1948, pp. 119/208), por su parte, también supo evidenciar la inanidad lógica de las mismas

La economía en equilibrio presupone que todos los factores de producción están siendo utilizados de tal forma que cada uno de ellos rinde el máximo servicio. Con arreglo a tal planteamiento, carecería de utilidad cualquier diferente utilización de dichos factores de producción. Ese mundo puede ser representado por un sistema de ecuaciones diferenciales, las cuales, en lenguaje matemático, limitanse a expresar que si intervienen en la producción de p , m unidades de a y en la de q , n unidades del mismo factor a , no cabe sean mejor atendidas las necesidades mediante un distinto empleo de a .

Ahora bien, el precio futuro que el empresario vislumbra, nada tiene que ver con el hipotético precio de equilibrio. La acción empresarial no se interesa, en absoluto, por esas situaciones y precios de equilibrio, nociones totalmente extrañas a la realidad, las cuales son solo auxilios que la flaca razón humana emplea al ser incapaz de aprehender mentalmente la incesante inquietud de la vida, si no es contrastándola con la noción del perfecto reposo. Cada cambio representa, para el teórico, un paso más en el camino que conduce al estado de equilibrio y reposo, el cual, sin embargo, solo sería alcanzado si no surgieran datos nuevos en la constelación de fuerzas operantes. Conocidas solo las circunstancias actuales, nadie es capaz de saber cual sería el precio de equilibrio. Resulta, además, que ese conocimiento de nada serviría. No es la anticipación de los precios de equilibrio lo que impulsa al hombre a innovar y modificar, sino la visión de los precios que han de alcanzar un reducido número de bienes en el momento de su venta. Cuando el empresario inicia determinada operación, solo conoce los comienzos de una transformación que, daría origen, finalmente, a una situación de equilibrio si ya no se produjeran más cambios.

Para poder utilizar las ecuaciones del estado de equilibrio, es preciso conocer las valoraciones correspondientes a dicha situación de reposo. Al plantear los sistemas de ecuaciones en cuestión, esa escala valorativa se supone conocida. Pero, en el mercado, sin embargo, solo se conocen las actuales valoraciones. El empresario advierte que la distribución de los factores de producción no concuerdan con el valor de los bienes de consumo e intenta remediar ese desarreglo. Nada sabe, sin embargo, acerca de cómo se rán valorados, ni siquiera por él mismo, los bienes, el día en que se llegara a establecer el equilibrio. Esa valoración reflejará las nuevas condiciones resultantes de sucesivas alteraciones de la producción.

Llamemos D_1 al día de hoy y D_n al día en que se alcance el estado de equilibrio. Análogamente, designemos las siguientes magnitudes en correspondencia a cada una de esas dos épocas del modo siguiente: sean V_1 y V_n las respectivas escalas de valoración; O_1 y O_n el número de factores de producción originaria; P_1 y P_n al de factores de producción manufacturados, y representemos por M_1 y M_n los binomios $O_1 + P_1$ y $O_n + P_n$. Por último, llamemos T_1 y T_n el progreso técnico correspondiente a cada uno de aquellos dos momentos. Para resolver estos sistemas de ecuaciones es preciso conocer V_n , M_n igual a $O_n + P_n$ y T_n . Sin embargo, solo se conoce V_1 , M_1 igual a $O_1 + P_1$ y T_1 .

No cabe afirmar, como algunos suponen, que los valores correspondientes a D_1 y D_n serán idénticos, fundándose en que el estado de equilibrio no puede ser alcanzado si aparecen cambios en los datos. La ausencia de modificaciones, condición requerida para llegar al estado de equilibrio, se refiere a los cambios que pueden interferir el acoplamiento del mercado a aquellos impulsos que iniciaron la tendencia hacia equilibrio. El estado de equilibrio no puede ser alcanzado si aparecen circunstancias que aparten el sistema del camino que conduce al equilibrio. Pero, mientras no se alcance el equi

librio, el sistema se encuentra en permanente evolución, que de modo incesante varía los datos. El proceso tendente al equilibrio implica modificaciones continuas en las circunstancias del caso.

Las magnitudes representadas por P_1 no corresponden a las valoraciones de hoy. Son consecuencia de actos motivados por valoraciones, conocimientos técnicos y realidades anteriores que naturalmente difieren de las actuales. Precisamente, por cuanto P_1 no corresponde a los datos presentes, es por lo que el sistema no se halla en equilibrio. Hay fábricas, herramientas y otros factores de producción cuya existencia no se acomoda al estado de equilibrio. Es preciso, por otro lado, crear nuevas fábricas, herramientas y factores de producción si aquél ha de ser alcanzado. El equilibrio surgirá solo cuando haya desaparecido esa parte de P_1 que entorpece la evolución necesaria y se hayan manufacturado los factores de producción que correspondan en momento a los datos V , O y T . Lo que interesa no es conocer las circunstancias correspondientes al estado de equilibrio sino la manera de transformar, mediante sucesivos pasos P_1 en P_n . Ahora bien, para alcanzar este objetivo, de nada sirven los sistemas de ecuaciones.

Tampoco se consigue resolver el problema, mediante eliminar P y tomar en cuenta solo la variable O . Ciertamente es que el modo de aprovechar los factores originarios de producción determina la calidad y cantidad de los factores de producción obtenidos. Ahora bien, la información que el indicado cauce brinda se refiere siempre a un sistema de equilibrio. Nada nos dice acerca de los métodos y procedimientos que deben ser adoptados para llegar al mencionado estado de equilibrio. Conocemos P_1 , realidad de donde deben partir nuestros cálculos, los cuales jamás cabe basar en una hipotética P_n totalmente desconocida.

Aparecerá el equilibrio cuando los métodos de producción queden perfectamente ajustados a las valoraciones de los consumidores y a los últimos progresos técnicos. Los factores de producción se aprovecharán del modo más adecuado, aplicándose las técnicas de mayor eficacia. Pero, la realidad actuales muy otra. El mercado opera con variables que no corresponden al estado de equilibrio. Esas variables, evidentemente, no pueden ser utilizadas en sistema de ecuaciones que se refieren exclusivamente a ese hipotético estado de equilibrio. El conocimiento de las condiciones correspondientes al estado de equilibrio de nada le sirve a quien tiene que actuar en la realidad presente. Lo que importa es hallar la fórmula que permitirá utilizar, de la manera más económica, los medios existentes, herencia de un pasado en el que las valoraciones, la técnica y la distribución de bienes eran diferentes a las actuales. Para esto, de nada sirven las ecuaciones.

Supongamos que el gobierno de un país, de la Europa Central, a mediados del Siglo XIX, por un milagro, hubiera conocido la moderna técnica y producción americana. Suponemos, por tanto, que la meta aspirada es perfectamente conocida. Sin embargo, el método a seguir para alcanzar el objetivo deseado sigue siendo una insoluble incógnita. Precisa, ineludiblemente, del cálculo económico. Porque, ese imaginario gobernante se encuentra ya con un capital, que ha de aprovechar del mejor modo posible. Ha de emplear no solo elementos naturales, sino también, aquellos bienes de capital producidos ayer con un fin determinado y que no son transformables, ni adaptables a las técnicas americanas. La riqueza está integrada por artefactos y dispositivos que surgieron de una constelación de valoraciones, conocimientos técnicos y otras variables, las cuales difieren de los correspondientes valores actuales. Su estructura, cantidad, calidad y distribución, constituyen datos de esencial importancia en la elección de los futuros movimientos económicos. Algunos de ellos resultarán totalmente inutilizables en el futuro y habrán de ser abandonados

a título de pérdida. Pero, en su mayor parte, habrán de ser utilizados, si no se quiere recaer en la extremada pobreza del hombre primitivo. La gente tiene que vivir mientras se adapta el aparato productivo a las nuevas circunstancias. Al director económico no puede resultarle indiferente el destino de sus súbditos mientras se opera el radical cambio en los métodos de producción.

Los socialistas de todos los matices, repiten, una y otra vez, que la enorme riqueza acumulada les permitirá poner en práctica sus ambiciosos proyectos. Pero, mientras esto afirman, olvidan que la mencionada riqueza viene integrada, en gran parte, por bienes de capital producidos en el pasado y que, en el momento actual, se encuentran ya más o menos anticuados. A su modo de ver, la producción ha de montarse de tal suerte que asegure la mayor abundancia a las futuras generaciones. Los hombres actuales constituyen una generación perdida, sin otra misión más que la de trabajar y padecer en beneficio de los que aún no vieron la luz. Ahora bien, las gentes no solo quieren crear un mundo mejor para sus biznietos, sino que además, aspiran a disfrutar, en lo posible, de la vida. Pretenden aprovechar los bienes de capital disponible del modo más eficaz. Apuntan a un futuro mejor, pero exigen que sea alcanzado de la manera más económica. Por eso es imposible prescindir del cálculo económico.

Constituye grave error suponer que la simple articulación en fórmulas matemáticas de unos datos que no corresponden al estado de equilibrio puede informarnos de las circunstancias que concurrirían en ese hipotético estado de equilibrio. No menos equivocada es la tesis según la cual el conocimiento de las condiciones propias del estado en equilibrio, puede auxiliar al hombre en sus esfuerzos por hallar la mejor solución a los problemas económicos que la cotidiana actividad plantea. Por lo tanto, no parece necesario insistir en que, aún en el supuesto de que los procedimientos matemáticos permitieran el cálculo económico, el número fabuloso de ecuaciones que diariamente sería preciso resolver, haría imposible su aplicación práctica (1).

ooooooooOOOOoooooooo

A lo largo del presente estudio se ha preferido no hacer hincapié en otros incuestionables vicios del socialismo, en razón a que son temas abiertos a la discusión y acerca de los cuales cabe la valoración personal. No es que se pretenda, por ello, negar la exactitud de aquellas autorizadas opiniones, según las cuales el establecimiento del socialismo implicará un enorme descenso en la productividad; la pérdida de todas las libertades cívicas; la anulación de toda actividad religiosa, que no sea mera idolatría del gobernante; la implantación de un estado policial y burocrático; la reaparición de tormentos y castigos corporales contra cualquier desviacionismo. Todo esto cierto, así como que la selección socialista llevaría al poder no a los mejores capacitados para servir los deseos de la gran masa consumidora, sino a los más audaces y, sin escrúpulos, que, indudablemente, se preocuparán más de su propio bienestar que de las necesidades del desgraciado pueblo gobernado. (2) Todo

(1) Acerca de este último problema algebraico, imposible siquiera de abordar, en un estudio como el presente, vid. Pareto "Manuel d'économie politique", 2ª ed. París, 1927, pp. 233 y sig.; Hayek, "Collectivist Economic Planning", London, 1935, pp. 207-214; y Hazlitt, "The Great Idea", Appleton, New York, 1951, pp. 226-233.

(2) En estas materias, es impresionante el juicio que merece la experiencia soviética a mentes tan poco sospechosas de reaccionarismo como la de Bertrand Russell en "The Practice and Theory of Bolshevism" (London, George Allen,

ésto, con ser exacto, es puramente de carácter adjetivo. Lo trascendente, al examinar el socialismo, consiste en destacar se trata de una doctrina económica impracticable, que hace imposible todo cálculo, hasta el punto de que el dictador socialista no puede saber nunca ni cuánto, ni cómo, ni qué ha de producir. Esta es la verdad íntima del sistema, que ninguna mente imparcial puede desconocer.

LA TERCERA SOLUCION: EL INTERVENCIONISMO

LA TERCERA SOLUCION: EL INTERVENCIONISMO

A) EL INTERVENCIONISMO. - I. - El orden público premisa del mercado. - Socialismo e Intervencionismo. - II. - Fundamento lógico del intervencionismo. - El intervencionismo filosófico. - El intervencionismo moralista. - III. - El "laissez faire". -

B) LOS PRECIOS. - I. - La regulación coactiva de los precios. - La función del precio. - Acontecimientos vividos. - II Anexo: Esplendor y decadencia económica de la civilización clásica. -

C) LAS MEDIDAS RESTRICTIVAS DE LA PRODUCCION. - I. - Naturaleza de la restricción. - Los frutos de la restricción. - Aspectos restrictivos de la "legislación social". - II. - La restricción como privilegio. - Las tarifas como protección al obrero. - El caso de las naciones pobres. - La escasez y la limitada convertibilidad del capital. - III. - Primer encuentro con el comercio exterior. - La cortina de humo proteccionista.

En el presente capítulo, que inicia el examen del intervencionismo, pueden apreciarse tres partes. Se comienza con el examen de lo que es la intervención económica, para pasar al análisis de los fundamentos lógicos de las doctrinas dirigistas y al estudio del "laissez faire", contrastando esta filosofía con lo expuesto en primer lugar. Los precios constituyen el objeto de la segunda parte del capítulo, que se dedica al examen teórico de los efectos de la regulación de los precios, contemplando, a la luz de la doctrina, acontecimientos vividos que vienen a confirmar las deducciones de los economistas. Por último, se estudian las medidas restrictivas a que recurren las autoridades para desviar la producción de aquellos cauces, que, libremente hubieran adoptado, deteniéndose la atención en algunos aspectos de la política laboral, así como en las consecuencias del nacionalismo proteccionista. La conclusión a que se llega, finalmente, es que el intervencionismo no solo es incapaz de alcanzar los objetivos deseados, sino que, además, origina situaciones más lamentables aún que aquellas que pretendía remediar.

A) EL INTERVENCIONISMO

I. - El orden público premisa del mercado. -

El mercado precisa de defensas, que protejan su libre y tranquila operación, de posibles ataques provenientes, tanto del exterior, como del interior. Para impedir la violencia y el fraude, para asegurar el cumplimiento de los pactos concertados, para proteger la integridad de las personas y de las cosas, la sociedad monta el aparato estatal. En efecto, el funcionamiento del mercado se enerva y deteriora, si falta una fuerza coactiva, que libre, de los apun-tados peligros, a quienes, en el ámbito mercantil, operan. La eterna ley económica - valorar y preferir - hace que el hombre compare las desventajas de la imposición estatal con los beneficiosos resultados de la división del trabajo bajo el signo del mercado, concediendo, en tal contraste, mayor utilidad subjetiva.

a estos beneficios que a aquellas incomodidades. El Estado aparece así como un costo, que el individuo soporta por cuanto le permite alcanzar objetivos mayormente estimados que aquellas otras satisfacciones cuyo disfrute impide el gasto estatal.

Es de hacer notar que, al sentar lo anterior, no se pretende ponderar la trascendencia moral del robo o de la estafa, de la falsedad o del homicidio. El que tales acutaciones sean condenadas por los decálogos religiosos resulta intrascendente para la economía, ciencia humana que, como la matemática o la física, nunca puede pretender operar en el campo de lo sobrenatural. El economista, al aseverar, por ejemplo, que el incumplimiento de los pactos libremente convenidos perjudica a la operación del mercado, se equipara al biólogo cuando afirma que la supresión de oxígeno aniquila la vida humana. Consignado el aserto y demostrada su certeza, estos técnicos no tienen por qué preocuparse de si el hecho de faltar a la palabra dada o de impedir la respiración tienen, además de sus efectos económicos o biológicos, otras repercusiones en la esfera supraterrrestre. Es más, si así lo hicieran, dejarían de ser economistas y biólogos, para transformarse en teólogos o moralistas. Tal vez la función de estos últimos sea más trascendente que la de los primeros, pero, en todo caso, no cabe negar que también aquellos se ocupan de cuestiones de cierto interés. Esta disgresión, sin embargo, conduciría al examen de materias ajenas a los temas que, de momento, interesan.

Es un hecho, históricamente cierto que, durante el pasado siglo, los países de occidente elaboraron sistemas de gobierno altamente favorables a la operación de la economía de mercado, en la esfera interna de cada nación, y aún lograron extender la aplicación de estos fecundos principios prácticamente por toda la faz del globo. Ello fué posible, sin que existiera ningún poder coercitivo mundial, sin la implantación de ningún imperio ecuménico, simplemente, porque los estados civilizados concedían la necesaria protección a todas aquellas personas que operaban lícitamente dentro de sus fronteras, sin distinción de nacionalidad, clase o religión. Así, por ejemplo, el español, que enviaba naranjas a Londres, no abrigaba la menor duda de que la judicatura inglesa obligaría al adquiriente de sus frutos, en caso de incumplimiento, a abonar el precio pactado, precisamente, en la moneda y condiciones convenidas. Por su parte, el inglés que exportaba maquinaria o instalaba una industria en España, también estaba seguro de que los órganos del Estado español constreñirían a las partes para que hicieran honor a los pactos válidamente celebrados. Es así, pues, como pudo montarse la economía de mercado, no solo dentro del marco nacional, sino también en toda el área internacional.

Ahora bien, al considerar estos hechos, que registra la historia y comprobar que las contempladas circunstancias no se hubieran producido sin la coexistencia de una actividad estatal amparadora del libre juego mercantil contra el dolo y la fuerza, muchos pensaron si el poder público debía, en verdad, limitarse a esa función, puramente adjetiva, de protección; si no sería mejor que el estado interviniera activa y decisivamente en el mercado, corrigiendo, mejorando y completando su operación; si no existía más alternativa que socialismo o capitalismo; si no había terceras soluciones, que ni fueran comunismo ni tampoco libre e irrestringida economía de mercado. Tales inquietudes, hoy en día, universalmente sentidas, constituyen el tema cuyo análisis inicia el presente capítulo.

Socialismo e Intervencionismo.

No existen más que dos sistemas de organización social: el basado en la propiedad privada de los medios de producción (capitalismo, economía de mercado) y el que se fundamenta en el dominio estatal de esos mismos fac-

tores productivos (socialismo, comunismo).. Ambos órdenes de vida resultan antagónicos, inconfundibles; no pueden combinarse, ni es posible la transición gradual del uno al otro.

En efecto, con respecto a unos mismos factores de producción, no puede haber más que propiedad privada o propiedad pública. El que, dentro de determinada organización, ciertos bienes pertenezcan al estado mientras otros quedan en manos de los particulares, no arguye la existencia de un sistema mixto; se está todavía operando en el ámbito del mercado y es posible el cálculo económico; las empresas - las privadas y también las públicas - saben perfectamente si, en su gestión, ganan o pierden. Lo mismo sucede cuando, en la esfera internacional, comercian los países socialistas con las organizaciones capitalistas, permitiéndose a los primeros comparar costos y rendimientos, operación que les resulta imposible, en su economía interna, según antes se veía.

La certeza de lo anterior, sin embargo, no empece para que cualquier gobierno, si tiene la suficiente osadía y resolución, hoy en día, pueda, al igual que, una y otra vez, sucedió, durante la historia, interferir la operación del mercado, obligando a la producción y al consumo a adoptar cauces que no hubieran seguido bajo un régimen de libertad. Ahora bien, antes de entrar en el examen de las consecuencias que acarrea la injerencia gubernamental, conviene detenerse y distinguir el socialismo del intervencionismo, conceptos científicos dispares que, sin embargo, en algunos supuestos suelen confundirse.

Hay dos modos de realizar el socialismo. El primero - tipo ruso o leninista - es esencialmente burocrático; todas las empresas fabriles, entidades comerciales y explotaciones agrícolas quedan nacionalizadas, pasando a ser departamentos administrativos, operados por funcionarios públicos. El segundo - tipo Hindenburg o alemán - , nominal y aparentemente, conserva la propiedad privada de los medios de producción y pretende manejar unos supuestos precios, coercitivamente fijados por la superioridad. El empresario desaparece, transformándose en simple administrador de unos bienes sobre los que no tiene facultades de disposición. Este "Betriebsführer", según la terminología nacionalsocialista, aparentemente, dirige la empresa que le ha sido confiada; compra y vende; contrata y despide obreros; contrae créditos y los cancela. Ahora bien, en todas esas actividades, ha de atenerse incondicionalmente a las órdenes del organismo oficial rector de la economía (el Reichswirtschaftsministerium de Hitler), que le indica cómo y qué ha de producir, dónde ha de proveerse de materias primas, cuánto ha de pagar por ellas, a quién y a qué precio debe vender, etc. Tal organización es tan genuinamente socialista como la marxista, por cuanto no deja, en manos del particular, ningún factor de producción.

Incidentalmente, es de hacer notar que no fué por una casualidad por lo que Rusia adoptó el modelo burocrático y Alemania el modelo Zwangswirtschaft. Rusia es el país más extenso del mundo y está poco poblado. Contiene dentro de sus fronteras los recursos más ricos. La naturaleza le ha dotado mejor que a ningún otro país. Sin gran daño para el bienestar de su población puede renunciar al comercio extranjero y vivir bastándose económicamente. Si no fuera por los obstáculos que puso el zarismo a la producción capitalista y por las limitaciones del sistema bolchevique, hace tiempo que los rusos, aún sin comercio extranjero, hubieran disfrutado del nivel de vida más elevado del mundo. En un país así no es imposible la aplicación del sistema burocrático de producción, con tal de que la administración se halle en situación de usar, para el cálculo económico, de los precios fijados en los mercados de países capitalistas extranjeros y de aplicar las técnicas desarrolladas por las empresas del capitalismo extranjero. En esas circunstancias el socialismo no dá por resultado el completo caos; dá únicamente la extremada pobreza. Hace pocos años

muchos millones de personas se morían literalmente de hambre en Polonia, la región más fértil del mundo.

En un país predominantemente industrial, las condiciones son distintas. La población ha de vivir en gran medida de alimentos y de primeras materias importadas. Las importaciones han de ser pagadas mediante la exportación de artículos manufacturados, producidos principalmente con primeras materias importadas (1).

Su fuerza vital reside en sus fábricas y en su comercio exterior. Perturbar la eficiencia de la producción industrial equivale a poner en peligro las bases de su subsistencia. Si sus factorías producen peor o a más costo que las extranjeras, no podrán competir en el mercado mundial. Al disminuirse las exportaciones se restringirán correlativamente las importaciones de alimentos y demás artículos imprescindibles.

Alemania es un país predominantemente industrial. En los años que precedieron a la primera guerra mundial, cuando sus empresarios aumentaron firmemente sus exportaciones, los progresos fueron enormes. No había en Europa otro país donde el nivel de vida de las masas subiera tan rápidamente como en la Alemania imperial. El socialismo alemán no podía ni pensar en imitar el modelo ruso. El intentarlo hubiera destruido inmediatamente el aparato del comercio de exportación alemán. Hubiera hundido súbitamente en la miseria a una nación mimada por los triunfos del capitalismo. Los burócratas no pueden competir en los mercados extranjeros, no florecen sino donde están protegidos por el Estado con su compulsión y coerción. Los socialistas alemanes se vieron pues forzados a recurrir a los métodos que ellos llamaron socialismo alemán, que son ciertamente mucho menos eficientes que la iniciativa privada, pero mucho más que el sistema burocrático de los Soviets.

El sistema alemán tiene otra ventaja. Los capitalistas alemanes y los "Betriebsführers", antiguos empresarios, no creían en la eternidad del régimen nazi. Estaban, por el contrario, convencidos de que el dominio de Hitler acabaría un día y que entonces volverían a poseer sus plantas industriales. Recordaban que también el programa de Hindenburg los desposeyó virtualmente de sus propiedades durante la primera guerra mundial. Por eso administraban sus negocios con extraordinario celo, haciendo todo lo posible para evitar el despilfarro y conservar el capital invertido. Si el socialismo alemán consiguió una adecuada producción de armamento, aviones y buques fué gracias a los egoístas intereses del Betriebsführer.

El socialismo sería totalmente irrealizable si se estableciera como sistema mundial de producción, privándose así de la posibilidad de hacer cálculos económicos. Limitado a uno o a unos pocos países en medio de una economía mundial capitalista, no pasa de ser un sistema ineficiente. Y, de los dos modelos, el alemán es menos imperfecto que el ruso.

(1) Aunque la nación que tiene la industria más grande y más eficiente es Estados Unidos, no es un país predominantemente industrial, pues disfruta de un equilibrio entre sus industrias de transformación y la producción de alimentos y primeras materias. Por otra parte, Austria, cuya industria es pequeña comparada con la de Estados Unidos, es predominantemente industrial porque depende en gran parte de la importación de alimentos y primeras materias y debe exportar casi la mitad de su producción industrial.

Pero el intervencionismo es cosa muy distinta a cualquiera de las dos examinadas formas de socialismo. La injerencia gubernamental, en este caso, no pretende suprimir el mercado; quiere mantener la diferenciación entre la propiedad pública y la propiedad privada. Aspira, desde luego, a que la producción y el consumo se desenvuelvan diferentemente a como lo hubieran hecho en libertad y, al efecto, se dan órdenes y se establecen prohibiciones. Ahora bien, tales disposiciones constituyen actos aislados, que no quieren abarcar toda la economía. Esta es la característica del intervencionismo: que el gobernante, ya sea por convencimiento, ya por impotencia material, permite que la ley del mercado siga regulando, en parte, el sistema económico.

II. - FUNDAMENTO LOGICO DEL INTERVENCIONISMO.

En la nave dirigista, hay pasajeros de la más variada condición. Allí se tropieza con el millonario y el sindicalista, con el ácrata y el absolutista, con el patrono y el obrero, con el estudioso y el zafio, con el militar y el pacifista. Allí, están todos; aquello parece remozada Arca de Noé, por la variedad.

Lo curioso de tan abigarrado concurso es que sus componentes, todos y cada uno, esperan verse favorecidos al socaire del intervencionismo; grán error éste, por cuanto la interferencia gubernamental, en el mejor de los casos, lo más que logra, si no daña a la totalidad, es beneficiar a unos, perjudicando congruentemente a los demás. Pero, ésto, de momento, no interesa. El tema epigráfico hace necesario examinar la legitimidad lógica en que pretenden ampararse las doctrinas dirigistas. Estas pueden agruparse en dos grandes grupos, integrados, respectivamente, por aquellos razonamientos que justifican la idea desde un punto de vista filosófico - constitucional y aquellos otros que la defienden desde un terreno moral o religioso.

El intervencionismo filosófico.

Desde la escolástica medieval, hasta nuestros días, diversas escuelas del pensamiento, entre cuyos más destacados representantes cabe citar a un Fichte, un Schelling o un Hegel, han pretendido resolver el problema de determinar cuáles sean las legítimas y genuinas funciones de la gestión política. Farten, en sus investigaciones, precisamente, de las ideas de estado, gobierno, ley o justicia, sin percatarse de que están incurriendo en manifiesta petición de principio. Estos conceptos no son más que instrumentos que el hombre crea, para alcanzar objetivos determinados, de tal suerte que es preciso fijar cual sea el fin apetecido antes de ponderar si cierta organización social es idónea o no para alcanzarlo. Las doctrinas que nos ocupan, tal vez, sin darse cuenta, van contra la más elemental lógica dialéctica. Así, si pretenden justificar la confiscación del particular por la autoridad pública, crean un imaginario gobierno dotado de facultades confiscatorias y, después, concluyen que éstas, por definición, han de ser concedidas al estado.

* "De lege ferenda", no cabe hablar de justicia ni injusticia, conceptos que solo, "de lege lata", cobran virtualidad, al enjuiciarse el caso concreto a la luz de la norma legal, ya promulgada. La ley nueva "per se" no puede ser justa ni injusta, cuando no hay otro mandato superior con el cual comparar el pronunciamiento. Las leyes solo pueden ser valoradas en orden a su idoneidad para realizar los fines apetecidos (1).

(1) El propio Santo Tomás de Aquino rehuye el concepto de justicia al definir la ley como "rationis ordinatio ad bonum commune, ab eo qui curam comunica

* La naturaleza es totalmente ajena a lo justo y a lo injusto. El "no matarás" no forma parte de ninguna supuesta "ley natural". El mandato prohibiendo el homicidio cobra valor, para unos, cuando el Dios del Sinaí lo es - tampa en las tablas, para otros, cuando lo promulga el gobernante laico, especificando cuando es ilícito - asesinato, infanticidio - y cuando está permitido - autodefensa, guerra, ajusticiamientos.

En el mismo sentido, el gobierno y el estado no constituyen fines, sino medios, para la realización de un determinado sistema de organización social. Por tanto, es supérfluo hablar de legítimas funciones de gobierno, ya que el número y la calidad de éstas dependerán del orden que se quiera plasmar.

Existe tal confusionismo en la materia, que hay quienes aseguran, por ejemplo, que los economistas se contradicen cuando, pese a condenar la injerencia estatal, no se oponen a que el gobierno regule la circulación rodada. El argumento es, a todas luces, falaz, por cuanto la ordenación del tráfico, evidentemente, compete a la entidad, sea estatal, municipal o privada, que opere los caminos. El director de la compañía ferroviaria fija el horario de los trenes y el regente del hotel es quién decide si habrá o no música en el comedor durante el almuerzo. Si los ferrocarriles o el hotel son del estado, será un funcionario estatal quien resuelva aquellas cuestiones. En un teatro oficial, el gobierno señala las óperas que hayan de darse; ahora bien, lo que no se sigue es que, si el teatro pertenece a una empresa privada, sea también la administración quien decida este extremo. Desde luego, no implica intervencionismo, siguiendo con los ejemplos, el que el director general de correos elija el color de los sellos.

* Impertinente, en verdad, sería, insistir en ideas, no solo autoevidentes, sino, además, bien conocidas de todos. Pero, de lo expuesto, conviene retener la imposibilidad de justificar las medidas intervencionistas como formando parte de las funciones gubernamentales. Lo mismo puede decirse que la vigilancia de los precios es de competencia estatal como que es de incumbencia del poder público esquilar a los perros vagabundos. El estado tendrá las funciones que la sociedad quiera darle. Más adelante, se verá por qué es nocivo permitir a la administración que intensifique la vida mercantil; de momento, baste con dejar constancia de que no hay ninguna ley suprema, ninguna norma de eterna justicia que conceda al aparato estatal investidura dirigista.

El intervencionismo moralista.

* El pensamiento, que, bajo el presente apartado, se pretende analizar ha sido especialmente elaborado por representantes de las distintas confesiones religiosas. Para sus defensores, el sistema abogado es algo distinto; a su amparo, se engendrará un mundo mejor, que no será ni capitalista, ni socialista, ni intervencionista. En efecto, no habrá capitalismo, por cuanto los mandatos de la conciencia prevalecerán sobre el afán de lucro; tampoco habrá socialismo, toda vez que el nuevo orden mantendrá la propiedad privada; y tampoco será intervencionismo, en razón a que el gobierno no necesitará dirigir coactivamente al mercado, ya que los propios individuos, convencidos de la bondad del sistema, libremente aplicarán a las relaciones económicas las normas que dicta la moralidad, la rectitud y la justicia.

* En este sentido, se afirma que si las gentes, en el terreno económico, dejaran un poco de lado su preocupación por el beneficio egoísta y el lucro personal y se acordaran más de sus obligaciones morales, no sería necesario el intervencionismo estatal, para ajustar y ordenar la vida social. Lo preciso

- síguese diciendo - no es tanto que cambien los gobiernos o que se modifiquen las leyes, sino la purificación interna del hombre, la vuelta a los mandamientos de la caridad, la repudiación de la codicia y del egoísmo. Por tal camino, se logrará conciliar la propiedad privada con la justicia distributiva, eliminándose los perniciosos efectos del capitalismo, sin mengua de las legítimas libertades individuales. Se habrá destronado - conclúyese - al Moloch capitalista, sin necesidad de, en su lugar, entronizar al Moloch estatal.

* Planteado, así, el tema, procede examinar si esa supuesta organización - ni socialista, ni capitalista, ni intervencionista - puede funcionar.

* En la economía de mercado, el individuo es libre para proceder como le plazca, dentro de los límites que le impone la ajena propiedad. Las resoluciones del particular son decisivas; sus conciudadanos han de tomarlas en cuenta y es la propia operación del mercado la que coordina estas autónomas acciones, canalizando la producción hacia las metas deseadas por el consumo. De esta suerte, resulta innecesario imponer la cooperación social, mediante órdenes y prohibiciones. Toda actuación antisocial, dentro del mercado, lleva en sí su propio castigo. Al no haber oposición entre los intereses de la sociedad y los del individuo, no es necesario ningún sistema de fuerza para resolver esos inexistentes conflictos.

* Traspasada la frontera del mercado, se halla la esfera de la coacción y la fuerza, es decir, la muralla protectora que la sociedad levanta para que la vida económica pueda desenvolverse libremente. Aquí, todo son normas, discriminando lo legal, de lo ilegal; lo que está permitido, de lo que está prohibido. Estamos ante el mundo de la imposición, montado sobre una impresionante exhibición de armas y cárceles, de jueces y horcas.

* Pues bien, los reformistas que nos ocupan, en definitiva, pretenden que, para la buena operación del mercado no es suficiente este aparato coercitivo y que, paralelamente, debiera imponerse un cuerpo de normas éticas que desviarán la producción y el consumo de los cauces que, libremente, hubieran adoptado, sin otra cortapisa, que la ajena propiedad privada. Quieren suprimir aquellos motivos que dirigen al individuo dentro de la economía de mercado (los denominan egoísmo, afán de lucro, codicia) y sustituirlos por otros impulsos (hablan de conciencia, altruismo, rectitud). Están convencidos de que tal reforma moral bastaría para instaurar un sistema de cooperación social, mejor que el capitalista, sin necesidad de recurrir a las especiales medidas estatales, exigidas, tanto por el socialismo, como por el intervencionismo.

* Pero los defensores de estas doctrinas no se percatan del papel que aquellas motivaciones, tan condenadas, desempeñan en la operación del mercado. No se dan cuenta de que si la economía libre puede funcionar sin injerencias administrativas, es porque nadie ha de desviarse de la conducta que mejor sirve a sus intereses particulares. Constituye grave error creer que el mercado puede mantenerse si, a las razones egoístas de los individuos que lo impulsan, se agregan otras motivaciones de orden moral. El mercado, con esta camisa de fuerza, se deteriora, para dar lugar a otras organizaciones sociales, que el economista será el último en condenar "per se". Lo trascendente, a estos efectos, es notar que no basta con decir al individuo que, además de su conveniencia personal, al actuar en el mercado, debe cuidar de determinadas obligaciones morales o éticas; no es suficiente indicarle que, en algunas circunstancias, no ha de comprar en el mercado más barato, ni vender en el más caro. Hay que establecer claramente cuando ha de renunciar al beneficio previsto y en qué circunstancias ha de disponerse a soportar pérdidas, aún cuando esté en su mano el evitarlas. La dirección total y casuística del orden económico deviene ineludible.

* Dice el social-cristiano: el empresario falta a la caridad, cuando, aprovechándose de una situación de superioridad, echa abajo los precios y, en desalmada competencia, fuerza a otros productores a retirarse del mercado. Pero, ¿cómo debería proceder el empresario "altruista"? ¿Es qué, tal vez, en ningún caso, había de vender a menor precio que sus competidores? ¿O es que hay circunstancias específicas en las que sí es lícito forzar la baja?

Pero, también, dice el social-cristiano: el empresario es desaprensivo y explotador, cuando, sirviéndose de la coyuntura del mercado, eleva los precios de tal suerte que impide al económicamente débil adquirir los bienes precisados. Y, de nuevo, se plantea la interrogante: ¿cómo debería proceder el empresario "bueno"? Por bajo que sea el precio solicitado, mientras no se trate de un bien libre, siempre habrá algunos que no podrán comprar o, por lo menos, no comprarán tanta mercancía como quisieran. Este problema, concretamente, no lo resuelve ningún "precio justo". Son estas realidades las que aprovecha el mercado para forzar a las gentes a laborar en los cauces deseados por el consumo, de tal suerte que, si bien el individuo es libre para desatender las apetencias de los consumidores, en caso de hacerlo, verá disminuidos sus ingresos, limitándosele el acceso a los bienes económicos. * Pero, para el moralista, la cuestión deviene insoluble, porque ¿cómo justificar el que unos hijos de Dios adquieran las cosas deseadas, mientras otros se van con las manos vacías? ¿Qué carisma adorna a los primeros, que no tengan los segundos? Indudablemente por más que hurgue el comerciante "honrado" los entresijos de su conciencia, jamás podrá encontrar, dentro de sí, el precio justo que deba solicitar por sus productos. Como bien decía Balme, el criterio de conciencia es esencialmente falible en cuanto se sale de los límites de nuestro interior. La conciencia sirve para enjuiciar las actuaciones propias, no las ajenas. Y criterio de conciencia es el único de que dispone, para ordenar la economía, este intervencionismo moralista que estamos examinando (1).

No es necesario ahora, entrar en el examen de las consecuencias ineludibles de toda desviación de los precios que libremente hubiera fijado el mercado. Si el vendedor se opone a rebajar el precio, por no dañar a sus competidores, al menos una parte de su "stock" quedará invendido; por otro lado, si el precio solicitado es inferior al de la coyuntura económica, la oferta resultará insuficiente para atender la demanda, y habrá quienes, pese a estar dispuestos a pagar el coste fijado o aún cantidades superiores, se vean privados de la mercancía.

Conviene, por tanto, reiterar que, en la órbita social, es insuficiente decirle al empresario que NO se deje guiar por la coyuntura económica, por la situación del mercado. Hay que instruirle en cada caso concreto; hay que dirigir y estructurar toda la vida mercantil. No cabe duda de que este camino conduce directamente al socialismo; a la abolición de la propiedad privada. Ahora bien, que el socialismo sea laico o teocrático resulta, a todas luces indiferente, desde el punto de vista económico, ya que, tanto el uno como el otro, han de dar lugar a las consecuencias que ya, anteriormente se examinaron.

Preciso es recordar, por otra parte, que las mutaciones de los precios constituyen vehículo de progreso económico. Si se hubiera aplicado la doctrina tomista del "justo precio", hoy en día, se viviría igual que en el siglo XIII; todo cambio hubiera resultado imposible. Las cifras de población serían muy inferiores a las actuales y, aún aquellos escasos supervivientes, vivirían mucho peor que las enormes masas modernas. Si, durante los 100 últimos años, no hubiera prevalecido un precio tan bajo para los productos agrícolas que lanzó

(1) La cita de Balme, que no he compulsado, está tomada de Antonio Menchaca ("Cara a España", Gráficas Hersa, Madrid, 1956, p. 31)

al campesino hacia la ciudad y la industrialización, hoy en día, todavía el 95% de la población se dedicaría al campo y todo el mundo viviría peor.

Es de destacar, por otra parte, en este orden de ideas, que la interferencia en los precios no supone, en definitiva, sino una autodeificación de los propios deseos y aspiraciones. Ningún obrero español sentiría inquietudes de conciencia si se le pagara un jornal, como en América, de 100 pesetas a la hora. Ningún inquilino, cuando paga rentas irrisorias y expolia los legítimos derechos dominicales, cree que va contra los mandatos de la moral. No hay industrial que sienta remordimientos ante un alza de los productos que fabrica. En verdad, la conciencia no sirve de aguja de marear en el piélago económico, como tampoco sirve de nada para resolver ecuaciones de quinto grado. La conciencia tiene otra misión más elevada y trascendente: salvar el alma para la vida ultraterrena.

Nótese, en este sentido, que la economía es una ciencia modesta, de escasos vuelos, puramente instrumental, que no pretende estructurar la vida del hombre ni el orden social. Estas altas misiones quedan en manos de otros pensadores; la economía no dice, por ejemplo, que sea bueno y conveniente el empleo total, el incremento de los salarios, la elevación del nivel de vida, simplemente asevera que, si otros, los caudillos, los jefes, quienes tienen a su cargo la cura física y espiritual de los hombres, consideran interesantes y aconsejables aquellos fines, para alcanzarlos, habrán de aplicar los medios descubiertos por el estudio económico, sin que ninguna otra sistemática les pueda llevar a la meta apetecida.

III. - EL "LAISSEZ FAIRE". -

Hace ya casi dos centurias, los pensadores liberales, que consideraban la economía de mercado como la mejor organización social, condensaron su filosofía en la conocida frase "laissez faire, laissez passer". Al objeto de implantar el mercado libre, aseguraban aquellos precurosores, convenía abrogar las leyes, usos y costumbres que impedían al hombre eficiente e industrial prevalecer sobre el torpe e ineficaz; que perturbaban la circulación de las mercancías, dentro y fuera de las fronteras; que prohibían desplazarse al individuo y aplicar su capacidad allí donde más estimada fuera por sus semejantes. Esto es, pura y simplemente, lo que se quería significar con la famosa máxima del "dejad hacer".

En nuestra edad de apasionado dirigismo, la fórmula ha caído en desgracia. La opinión pública la considera como la máxima representación de la depravación moral y la ignorancia supina. El intervencionista plantea la disyuntiva entre que el mercado sea operado por "fuerzas ciegas y automáticas" o por una "dirección socialmente planeada". He aquí el gran triunfo del dirigista: haber convencido a las masas de que tal era la esencia del problema. Aceptada la premisa, quien pretenda entregar el ente social al libre juego de impulsos incontrolados, indudablemente, o es un irresponsable, o se inspira en motivos inconfesables; cualquier ordenamiento racional de la vida económica, por mediocre que sea, siempre ha de resultar superior a la ausencia de todo plan. Con arreglo a estas ideas, el "laissez faire", para nuestros contemporáneos, significa: "dejad que perduren las desgracias, no interfiráis, no hagáis nada para mejorar la suerte de la humanidad doliente". Y, como es más fácil dejarse llevar, creyendo estupideces y fábulas, que enfrentarse enérgicamente con los problemas, el hombre moderno gusta de vivir inmerso en tamañas falsedades.

Porque, lejos de lo que piensa el dirigista, la alternativa no se plantea entre un rígido automatismo, de un lado, y un ordenamiento consciente, del otro. La duda no se suscita entre la presencia o la ausencia de un plan. El

problema consiste en determinar QUIÉN vá a planear y dirigir. Si será el hombre, individualmente, o el Estado, en nombre de todos. El "laissez faire" no implica que, con exclusividad, operen unas supuestas fuerzas ciegas e incontroladas. Antes al contrario, significa: dejad a cada uno que resuelva cómo quiere cooperar en la social división del trabajo; dejad que sean los consumidores quienes determinen lo que los empresarios hayan de producir; no permitáis que el gobierno, por sí y ante sí, amparado en los resortes de la represión, resuelva y decida, soberanamente, asuntos tan trascendentes. Este es el mensaje que el occidente decimonónico proclamó a los vientos.

Pero, en el mercado, replica el dirigista, no se producen aquellos bienes que las gentes de verdad necesitan, sino los que mayor beneficio pueden reportar. Por tanto, la dirección económica deviene ineludible, al objeto de encauzar la producción, para que sean satisfechas las verdaderas necesidades. Ahora bien, con tan alambicada peoración, nada se ha adelantado, por cuanto queda en pie la cuestión originaria: ¿quién vá a sentenciar cuáles sean las verdaderas necesidades?

En este orden de ideas, Lasky, durante mucho tiempo presidente del partido laborista inglés, ofrece un instructivo ejemplo. En efecto, decía este ilustrado profesor, en una ocasión, que la acción tutelar de un gobierno se cuidaría de que "el ahorro se canalizara hacia la construcción de viviendas sanas y alegres antes que en salas de cinematógrafo (1)". No interesa el que personalmente, uno pueda coincidir con el admirado catedrático, valorando en más las habitaciones que los cines. El hecho es que los consumidores, las mismas masas inglesas que, con sus votos, llevaron al poder al partido laborista, habían hecho otra elección. Si los interesados, en vez de gastarse su dinero en las taquillas de las salas de espectáculos, hubieran preferido invertirlo en la adquisición de viviendas, sin necesidad de ningún tutelaje estatal, por impulso puramente lucrativo, la industria se hubiera lanzado hacia la edificación. Ahora bien, lo que Mr. Lasky quiere, de verdad, es desafiar la voluntad de los consumidores y sustituir, por sus propias valoraciones, los verdaderos deseos de aquéllos. Los dirigistas, en definitiva, pretenden suprimir la democracia del mercado y elevar en su lugar, la dictadura económica. Por eso, les repugna tanto el "laissez faire", cuando dice: dejad que cada uno libremente valore y prefiera.

B) LOS PRECIOS

I. - La regulación coactiva de los precios. -

El gobierno o las organizaciones por él autorizadas interfieren la estructuración del mercado en el deseo de modificar el nivel que libremente hubieran adoptado los precios, los salarios o el interés. Mediante la fijación de tasas máximas o mínimas, el poder público aspira a defender a los compradores, en el primer caso, o a los vendedores, en el segundo. Según la constelación de fuerzas políticas que prevalezca, el estado adopta unas u otras medidas. Así, a lo largo de la historia, han sido decretados precios máximos y mínimos, salarios máximos y mínimos; solo el interés constituye notoria excepción, jamás le han sido aplicadas limitaciones mínimas, siempre se le fijaron tasas máximas. Es curioso comprobar que los poderes constituidos, en

(1) Emisión radiofónica, bajo el título "Revolution by consent", publicada en "Talks", X, núm. 10, (octubre 1945).

toda ocasión, han desconfiado de las actividades financieras, del ahorro, del crédito; las leyes antiusurarias son tan antiguas como la humanidad.

Si la fijación del nivel de los precios, de los salarios o del interés llega a abarcar a toda la economía, se ha implantado un socialismo de tipo germano. El ideario socialista ya ha sido examinado, por lo que no procede insistir. Las doctrinas que, ahora, van a ser analizadas son aquellas que se proclaman defensoras de la propiedad privada, institución que aseveran solo puede pervivir mediante una justa corrección de la operación del mercado; aquellas que pregonan su anticomunismo y su afección a la libertad individual.

El tema debatido consiste en determinar si el poder público, que se ha fijado unas metas - la elevación del nivel de vida o el incremento de las retribuciones laborales o la multiplicación de la riqueza nacional, por ejemplo - puede alcanzarlas mediante la aplicación de tasas, o si, lejos de ello, tales interferencias no producirán situaciones contrarias a los fines apetecidos.

La historia es un vasto catálogo de dirigismo. Una y otra vez, reyes y emperadores, dictadores y demagogos, han pretendido manipular el mercado. Terribles y sanguinarios castigos se decretaron contra quienes desatendían los mandatos y prohibiciones de la superioridad. Miles de víctimas sucumbieron en cruentas persecuciones, que contaban con el cálido concurso de la masa. Pero, tales intentos acabaron siempre en el más lamentable de los fracasos. Quienes comulgaban en estas espúreas doctrinas, amadas por los pueblos y los gobiernos, siempre atribuyeron el insoslayable desastre a la flaqueza del poder público. La acción estatal - decían - fué débil; hubo quienes escaparon al rigor de la ley; como el hombre es, por naturaleza, ruin y pecador, se precisaba mayor energía y perentoriedad por parte de las fuerzas armadas de la sociedad. Estos argumentos se han repetido durante siglos y siglos, sin que aquéllos, mayormente perjudicados por la propia estulticia, los componentes de la grán masa, hayan deseado nunca detener su distraída atención en la posibilidad de que el problema, el "quid" de la cuestión, no esté precisamente, donde piensan.

La verdad es que nada impide a un gobierno resuelto, que cuente con el apoyo de la opinión pública, imponer tasas e interferencias económicas; ahora bien, lo que sucede es que tales actuaciones, lejos de resolver los problemas, los empeoran. Los primeros atisbos de verdad los columbró la humanidad al tratar un problema específico; el de la moneda. Durante siglos, los gobiernos se dedicaron, en busca de una subrepticia fuente de ingreso fiscal, a envilecer la moneda circulante, sustituyendo los metales nobles por otros de menor ley o valor, con la pretensión de que el mercado aceptara los nuevos medios de pago a la par con los antiguos. Al buscar las causas que siempre condenaban al fracaso a tales tentativas, ya al comienzo de la edad moderna, se columbraron los principios de la, después, llamada "ley de Gresham": "el dinero malo expulsa al bueno". Pero, todavía tenían que transcurrir muchas décadas hasta que los estudiosos, avanzado el siglo XVIII, entrevieran la interconexión de todos los fenómenos económicos y comprendieran que el efecto bautizado por Gresham no era sino una manifestación específica, un caso particular, de otra ley general.

A continuación, se estudia el caso de los precios máximos, dejando para el capítulo dedicado a "la cuestión social" el análisis de los precios mínimos y, concretamente, el supuesto de los salarios coactivamente impuestos.

La función del precio. -

El precio de mercado, en cada instante iguala la oferta y la demanda. Si el precio, en un determinado momento, es N , por esa cantidad, todo el que quiere comprar compra y todo el que quiere vender vende. Al margen de los que, por N , compran y venden, quedan dos amplios sectores. De un lado, los que no venden o, lo que es lo mismo, no producen para vender, al precio N y solo lo harían si el precio fuera $N + 1$. Y, de otra parte, quedan los que no compran a N pero adquirirían si el precio fuera $N - 1$. Cualquiera que sea el precio, siempre hay gente que no compra o no compra tanto como adquiriría si el precio fuera inferior y siempre hay gente que no vende tanto como enajenaría si el precio fuera superior. El precio, en todo caso, iguala la oferta y la demanda. Si aumenta la oferta, el precio baja y, consecuente - mente, se incrementa la demanda con aquéllos que, al precio anterior, todavía no compraban. Por la misma razón, si crece la demanda, el precio sube, ensanchándose, entonces, la oferta con aquellos que aún no vendían al precio anterior.

Consecuentemente, el gobierno, al fijar un precio inferior al del mercado, da lugar a que se incremente la demanda y a que se contraiga la oferta. La producción deviene insuficiente; hay que recurrir al racionamiento, con todos sus inconvenientes. Ahora bien, el racionamiento, evidentemente, jamás puede resolver el problema de fondo. Porque, como queda visto, la función del precio es doble; por un lado, segrega de los infinitos compradores y vendedores potenciales aquéllos que efectivamente compran o venden; pero, por otra parte, y ésta es su misión trascendental, dirige la producción hacia la obtención de unos bienes u otros, dedicando los escasos factores productivos a aquellos cometidos que satisfacen las necesidades más urgentemente sentidas.

Cuando el gobierno interfiere el precio de un bien determinado, es porque lo considera de especial necesidad y conveniencia social. Precisamente marca la tasa máxima para permitir que el mayor número posible lo adquiera. Ahora bien, la regulación estatal impide producir a los proveedores marginales. Con independencia del artificioso incremento de la demanda, la producción se contrae, dedicándose los factores correspondientes a la obtención de otros bienes, cuyo precio no haya sido coactivamente rebajado. Es decir, la interferencia ha producido un efecto totalmente contrario al pretendido por el gobierno. Si antes aquel bien tan deseado resultaba escaso y había gentes que no podían adquirirlo, ahora, es más escaso todavía y menos personas aún pueden disfrutarlo.

Puede el Estado ante este inesperado giro, proseguir por el camino de la intervención, regulando todos los precios y salarios, pero, entonces, paso a paso, destruye el mercado, para implantar el "Zwangswirtschaft" alemán. Los consumidores dejan de dirigir la producción; es el gobierno quien, sin apelación, decide que, cuánto y cómo debe producirse. El intervencionismo, como se vé, conduce al socialismo; pero, mientras se produce este cambio, evidentemente, la manipulación estatal no sirve sino para empeorar las propias situaciones que se pretendían resolver.

Acontecimientos vividos. -

Pocos ejemplos, en este sentido, resultan tan instructivos como la regulación de rentas urbanas, que, para combatir la escasez de viviendas, se implantó en España hace más de 30 años. El problema no se arregla, antes al contrario, se agudiza, con el transcurso del tiempo. Lo notable es que, por

la indole especial del bien intervenido, resulta indudable que las disposiciones dictadas en la materia han tenido aplicación efectiva; los arrendadores enajenan, mes tras mes, el derecho a ocupar su propiedad a precios notablemente inferiores a los del mercado, viéndose impotentes para rescindir los conciertos arrendaticios. Pues bien, pese a que, en este caso concreto, difícil ha de resultar a los intervencionistas alegar que no se han cumplido sus deseos y aspiraciones con toda fidelidad, perdura, durante décadas, haciéndose cada vez más aguda, la insuficiencia de viviendas. ¿Cabe ejemplo más elocuente para evidenciar la incapacidad gubernamental para resolver ningún problema de base económica? ¿No es evidente que, desde el punto de vista del gobierno y de aquellos usuarios a quienes se quería proteger, la cuestión es - tá, hoy en día, peor que cuando se dictaron las primeras normas intervencionistas? El dirigista, para justificar tan lamentables resultados hablará de guerras y revoluciones, de coyunturas especiales, de la ruindad de caseros y capitalistas. Pero, todo esto es, a los efectos examinados, intrascendente.

* La insuficiencia de vivienda se debe, única y exclusivamente, a que se ha contraído la producción por la implantación de tasas máximas. Y es que el dirigista cree, sin ver más allá de sus narices, que la producción es una cosa que está ahí, que la da Dios, como la lluvia o el sol y, por lo tanto, no hay más problema que distribuirla justamente, según las legítimas necesidades de cada uno; no quiere comprender que la economía es un todo indivisible, cuyas partes, resecaadas, carecen de función y de sentido. Los vocablos producción, consumo, distribución, son instrumentos lógicos, herramientas del pensamiento, es decir, conceptos, que el hombre, en la ciencia económica, al igual que en las restantes ramas del saber, utiliza, para facilitarse la comprensión de aquellos fenómenos excesivamente complejos y abstrusos, para nuestra limitada capacidad mental. En toda economía hay siempre operando una caleidoscópica constelación de fuerzas que, a través del mercado, se integran en una resultante: el precio. Este estructura la oferta y la demanda (1). Si se manipula aquella resultante, si se perturba su intensidad, se origina el caos en el conglomerado de fuerzas actuantes. Ahora bien, como esas fuerzas que operan en el mercado son, de un lado, realidades físicas inmodificables y, de otro, los propios deseos de los hombres (la apetencia de viviendas, en el ejemplo antes contemplado), solo variando estos últimos cabría cambiar la resultante originada. Dados unos hechos - físicos y humanos - determinados, hay un precio que permite la satisfacción de las aspiraciones de los ciudadanos. Ahora bien, como éstas no se pueden variar mediante decretos ministeriales, si se modifica el precio originado por la estructuración del mercado, los deseos humanos quedan por fuerza insatisfechos, la gente es menos feliz. Y, una vez más, el obsesionante estribillo: la economía no sabe qué es mejor para el hombre, si la felicidad o la infelicidad material; pero lo que el economista pregona a los gobiernos "soidissant" paternos es que si desean, según proclaman, hacer felices a sus pueblos no deben interferir la operación del mercado; ahora bien, si lo que quieren es hacerles materialmente desgraciados, conviene persistan por los iniciados cauces intervencionistas.

* Otra experiencia económica, también harto elocuente y conocida, que viene a completar lo más arriba consignado, es la que hace referencia al suministro de artículos alimenticios, en España durante los 10 ó 12 años que subsiguieron a la guerra civil. Todo el mundo recuerda que no había pan, ni aceite, ni patatas, ni nada. El gobierno, con el unánime consenso de la opinión pública española - y esto último conviene nunca olvidarlo - lleno de buena fé, en el deseo de ayudar a las clases humildes, había decretado unos precios máximos, coincidentes, en sustancia, con los que regían en 1936, como si todo si

(1) Mercado, oferta, demanda, nuevos conceptos con los que el hombre logra aprehender la vasta unicidad de la economía. Todo es uno, indivisible, en el mundo científico.

guiera igual, como si un conflicto armado, largo y sangriento, pudiera ser económicamente inocuo. No hay duda de que tales disposiciones tenían que perturbar gravemente la producción, como efectivamente lo hicieron, y aparecieron las cartillas de racionamiento y el hambre por los burgos españoles. Ahora bien, a diferencia de la legislación de alquileres, antes examinada, el gobierno no pudo hacer cumplir las normas de abastos y apareció el "estraperlo" el mercado negro, que materialmente salvó de la inanición a millones de españoles, como todo el mundo recuerda. El "estraperlo" evitó el colapso de la producción, permitiendo a inúmeros empresarios marginales ofrecer artículos que, a los precios oficiales, no se hubieran producido. Pero, claro está, el suministro, a través del mercado negro, había de soportar, aparte de los de producción, otros costes enormes, artificialmente creados, por la pugna contra todas las instituciones armadas, contra las astronómicas multas, contra la imposibilidad de utilizar medios normales de transporte, etc. etc. Los precios, consecuentemente, eran muy elevados. En esta trágica interinidad, padeciendo sinsabores sin cuento, pasó el pueblo español años y años, hasta que, el gobierno decidió variar de política, no porque se hubiera percatado de los perniciosos efectos que ocasionaba, sino porque quería elevar los ingresos del campo. Mediante sucesivas medidas, los antiguos precios oficiales fueron aumentados, en forma prodigiosa. El pan pasó de 1, -- peseta a 6 ó 7 pesetas el Kg.; el aceite, de 2, 50 a 12 ó 15 pesetas el litro; las patatas de 0, 40 pesetas a 2, 50 ó 3 pesetas y así sucesivamente (1). Al propio tiempo, en gran parte, fueron suprimidas las cortapisas a la posesión y circulación de las mercancías. Como por ensalmo, se acabó la escasez y, con ella, las cartillas; las mujeres compraron, otra vez, en las tiendas y en los mercados y ya no tuvieron que esmerarse, como agua de mayo, a aquella furtiva mujeruca que, bajo el sucio refajo, traía el pan de cada día o al marido que, en la cartera, entre los papeles, solía esconder unas pastillas de jabón o un litro de aceite. El "estraperlo" había desaparecido, decían las gentes; pero la verdad era otra. El "estraperlo", es decir, el comercio, seguía suministrando al país, como lo había hecho siempre, si bien al reducirse los costos, había sido posible rebajar los precios. Por tan extraños caminos llegaron a una coincidencia la tasa oficial y el precio del mercado y la vida del país se regularizó, sin volver, como es natural, a los valores de la preguerra, ya que para algo había habido inflaciones, dilapidación de capital e interferencia económica, en general.

* Pero el dirigista recalcitrante no se conforma con esta explicación e inventa las más variadas justificaciones para el fracaso de sus desastradas medidas. Lo malo es que la gente, allí en el fondo, también, amante de la intervención, gusta de creer tales fábulas. Las ideas que tuvieron sumido al pueblo español durante años y años, en el hambre y la indigencia suponen que la economía no es más que un problema de distribución, olvidándose de la producción, la cual es función constante del precio. El intervencionista, en justificación de sus culpas, acaba alegando que la producción es escasa, cerrando los ojos al hecho de que, si resulta insuficiente, es siempre, por hallarse intervenido el mercado.

* Por eso resulta tan instructiva la contemplación paralela de los dos ejemplos examinados. Al haber logrado el poder público tasar efectivamente los alquileres, el país sufre una aguda escasez de viviendas, desde hace más de treinta años. Mientras el gobierno se empeñó en mantener artificialmente bajos los artículos alimenticios hubo penuria. Ahora bien, como quiera que las medidas estatales solo fueron parcialmente aplicadas en la práctica, el desastre pudo paliarse, permitiéndose la aparición del mercado negro, que salvó la

(1) No he repasado, en verdad, la colección legislativa, de tal suerte que las cifras consignadas son de simple referencia.

vida a inúmeros españoles (1). Aún, hoy en día, por casi todos los productos, se están pagando precios que inflan los impuestos y los proteccionismos, las nacionalizaciones y las municipalizaciones, así como mil otras zarandajas que no sirven sino para empobrecer al consumidor. Pero éstas son cuestiones que desbordan el tema examinado. Lo fundamental a retener es que si el gobierno interviene los precios produce indefectiblemente una situación peor que aquélla que había querido corregir, restringiendo, en el caso concreto de los precios máximos, la producción y la oferta.

* Pocos se atreven, hoy en día, a afrontar derechamente, estas realidades. Nadie ha informado al pueblo español de que la supresión de los racionamientos y cartillas fue posible gracias al incremento de los precios de tasa, haciéndoles coincidir con la coyuntura del mercado. Por el contrario, se suele argüir que tan feliz resultado fue consecuencia del aumento de la producción, como si ésta, "de motta propio" creciese o menguase, por razones ajenas a la propia actuación humana. Pero eso es confundir los efectos con las causas. Aumentó la producción, conviene repetir, porque se suprimieron las tasas que, durante una década habían impuesto el hambre y la escasez. Buena prueba de lo anterior lo constituye el hecho de que, con volver a estas blecerlas, aún cuando, aparentemente, el país se halla abastecido, de la noche al día, reaparecerían las colas, los cupones, los "estraperlistas" y de más figuras que la economía mediatizada engendra.

II. - ANEXO: ESPLENDOR Y DECADENCIA ECONOMICA DE LA CIVILIZACION CLASICA.

El conocimiento de los efectos que la interferencia gubernamental en los precios ocasiona, hace ver, con meridiana claridad, las causas, de orden económico, que dieron lugar a un hecho de trascendencia capital en la historia del mundo: la caída del imperio romano de occidente.

- (1) Si pudiera montarse el "estraperlo" de las viviendas, como para los productos alimenticios, habría más casas y los españoles estarían mejor. A este respecto, conviene resaltar que la tasa de los alquileres perjudica a la inmensa mayoría del pueblo español, mientras beneficia a una reducida minoría de privilegiados. En efecto, véanse favorecidas aquellas personas que ocupan pisos cuyas rentas, en régimen de libertad, serían notablemente superiores. Pero, frente a tales beneficiados, sufren evidente perjuicio los siguientes grupos: 1) Todos los propietarios de casas. 2) Todos aquéllos que, pese a desearlo, no pueden ocupar los pisos de los anteriormente aludidos privilegiados, por cuanto a los arrendadores les está vedado el resolver los correspondientes contratos; la existencia de este grupo de perjudicados, sustancialmente tan numeroso como el de los favorecidos es indudable, ya que, si no hubiera nadie dispuesto a pagar rentas superiores a las oficialmente marcadas, no habría sido preciso el tasar las mismas. 3) Aquel cúmulo de gentes privada de habitación por la restricción de la producción de casas que la limitación de las rentas ha impuesto. 4) Todas aquellas personas que han de pagar precios fabulosos por subarriendos y "cuartos con derecho a cocina", las cuales de no hallarse restringida la producción, podrían gozar, por menos dinero, de mejores habitaciones. 5) Por último, gran número de aquellos supuestamente beneficiados que, en razón a la misma escasez provocada por las propias medidas que aparentemente les privilegian, no pueden encontrar, a su vez, locales habitables, para sí o para sus seres queridos, cuando tratan de trasladarse a otra ciudad, cambiar de domicilio, montar un comercio o un despacho, casarse, etc. Ante esta enumeración, ¿qué duda cabe hoy en día de que se está privilegiando a una estrecha minoría, inflingiéndose congruo

Carece de interés, a los efectos del presente examen, determinar si la organización económica imperial constituía sistema capitalista o no. Lo que sí puede afirmarse, sin lugar a dudas, es que, al llegar el Imperio a su cénit, en el siglo II de nuestra era, bajo los Antoninos, los emperadores "buenos", se había instaurado, por todo el ámbito romano, un avanzado régimen de división social del trabajo, al amparo de un activo comercio interregional.

El estudio de las fuentes históricas despierta honda impresión. Nunca, hasta entonces, habían presentado partes tan considerables de Europa y Africa un aspecto tan rico y civilizado ni, por decirlo así, tan moderno, en sus rasgos principales. Fueran grandes o pequeñas, ricas y lujosas, o pobres y modestas, todas las ciudades se esforzaban, a porfía, en hacer la vida urbana lo más grata y cómoda posible.

Roma, la espléndida y magnífica ciudad mundial, era, naturalmente, la más admirada y halagada de las ciudades del Imperio. Pero, con Roma, rivalizaban las capitales de las provincias prósperas: Alejandría, en Egipto; Antioquía, en Siria; Efeso, en Asia Menor; Cartago, en Africa y Lyon, en Galia. Después de ellas venían centenares de grandes y bellas ciudades de Oriente y Occidente. Pompeya, Puteoli, Ostia, Verona, Aquileya y Emona, en Italia; Tauromeniu, Siracusa y Panormus, en Sicilia; Massilia, Narbo, Arelate, Nemausus, Arausio, Augusta Treverorum, Colonia Agrippinensis, Bonna, Mogontiacum y Argentorate, en Galia y Germania; Londinium y Eburacum, en Inglaterra; Tarraco, Córdoba, Hispalis, Itálica, Emérita y Astúrica, en España; Hadrumetum, Hippo Regius, Cirta y Cesárea en Numidia y Mauritania; Cirene en la Cirenaica; Tergeste y Pola, en Istria; Salonae, en Dalmacia; Emona y Potovio, en Panonia; Tesalónica, en Macedonia; Atenas, Corinto y Rodas, en Grecia; Esmirna, Pérgamo, Sardes y Mileto, en Asia; Ancira y la Antioquía pisidia, en Galacia; Pessinus e Iconio, en Frigia; Tarso, en Cilicia; Nicea y Nicomedia, en Bitinia; Cícico y Bizancio, a orillas del Mar de Mármara y del Bósforo; Sinope, a orillas del Mar Negro, y Tomi e Istros, en su costa occidental; Panticapaeum y Oucersoneso, en Crimea; Tiro, Sidón y Aradus, en Fenicia; Heliópolis, Palmira, Damasco, Filadelfia y Gerasa, en Siria; Seleucia, junto al Tigris, en Mesopotamia; Petra y Bosra, en Arabia; y Jerusalén, en Palestina.

Entre millares de ciudades, unas cuantas, más conocidas, por las fuentes literarias. A pesar de sus diferencias de magnitud, número de habitantes, riqueza e importancia política y social, todas las ciudades del Imperio presentaban ciertos rasgos comunes. Todas ellas se esforzaban en ofrecer a sus habitantes la mayor suma de comodidades posible y todas se asemejaban más a las ciudades occidentales que a los pueblos orientales de nuestros días. Casi todas poseían un buen sistema científico de alcantarillado; agua corriente en abundancia incluso en los pisos altos de las casas; traída por medio de acueductos, de irreprochable técnica; plazas y calles bien pavimentadas y, a lo largo de estas últimas, soportales que protegían del sol y de la lluvia a los viandantes; amplios e higiénicos mercados -especialmente de carnes y pescados- dotados de agua en abundancia; grandes y hermosas termas en distintos sitios de la población; edificios perfectamente acondicionados para la práctica de los deportes y ejercicios físicos; gimnasios y palestras. Para los fines religiosos, había magníficos templos y altares, bosques sagrados y largas hileras de bellos monumentos funerarios bordeaban las vías públicas fuera de las puertas. En todas las ciudades había imponentes edificios; "curiae" -

perjuicio a la mayoría? ¿No es indudable que, mediante el "estraperlo" - aludido al principio de esta nota, sería posible ampliar la producción y - prevenir muchos de los aludidos quebrantos?

(las sedes de los Senados locales), oficinas para los magistrados, salones para los "collegia" oficiales y para las votaciones electorales, "basilicae" para los jueces, prisiones, etc. Otros edificios estaban destinados al recreo o instrucción del pueblo: teatros, circos, estadios, anfiteatros, bibliotecas públicas, "auditoria", para declamaciones y lecturas públicas y galerías de pintura. Las casas particulares eran en su mayoría muy amplias y estaban dotadas de comodidades modernas, tales como baños privados, agua corriente, buenas escaleras de piedra a los pisos superiores, etc. Todo esto es de sobra conocido. Puede decirse que, en cuanto a comodidades, belleza e higiene, las ciudades del Imperio Romano no cedían en nada a muchas ciudades modernas europeas o americanas.

¿Cuáles eran las fuentes de la prosperidad creciente de la burguesía, de aquellos centenares de millares de hombres que vivían en las distintas partes del Imperio y acumulaban en sus manos grandes propiedades, capitales enormes, casas y tiendas en las ciudades, buques por los mares y rios y animales de carga por las carreteras? En primer lugar ha de hacerse resaltar a este respecto el aumento del número de hombres ricos en todo el Imperio. La riqueza no se concentraba ya en pocas manos y escasos lugares. Se hace notar en esta época una descentralización de la riqueza. Algunos de los senadores romanos eran aún muy ricos, pero no eran ya los nababs del siglo I. a. de J. C. o los multimillonarios de la época de los Julios y los Claudios. Entre los senadores del siglo II d. de J. C. - procedentes principalmente de las ciudades de Italia y de las provincias - no eran los ricos una excepción más, por lo regular, pertenecían a la categoría de Plinio "el Joven", siendo individuos moderadamente ricos, comparativamente a sus conciudadanos, ya que el nivel general de vida se había elevado de modo impresionante. Es de notar que en el siglo II no hay noticias de senadores que sobresalgan por su simpar riqueza como los favoritos de los albores de la era imperial - Mecenas, Agripa, Séneca, Actea (la amante de Nerón), Narciso, Pallas y los demás -. La época de los monopolios y los privilegios había pasado. Juvenal habla aún, desde luego, de los millonarios que iban a la cabeza de la aristocracia de la ciudad; pero sus palabras no son ya más que una reiteración de lugares comunes. No conocemos nombre alguno que las corrobore, como sí, en cambio, muchos de épocas precedentes.

Durante este período hay hombres muy opulentos en Roma (entre los libertos más que entre los senadores), pero muchos más en las provincias que no en Italia. Cabe citar los casos de Opramoas en Licia, Eurycles en Esparta y Herodes Atico en Atenas. A falta de estadísticas, no cabe estimar la cuantía de las fortunas de estos individuos, ni compararlas con las de los ricos del siglo I de nuestra era o con los capitalistas modernos. Pero es más importante el hecho de que en el período que nos ocupa encontramos ya individuos muy ricos en todos los ámbitos del Imperio, incluso donde menos se espera, como en Rodiapolis, en Licia o en una cualquiera de las pequeñas ciudades de Africa, Galia, España o hasta Francia. Como prueba, si es que se juzga necesaria, están no solo las donaciones y fundaciones del siglo II, sino también la belleza y el lujo de los monumentos funerarios. El hecho de que los más bellos, monumentos de este orden se encuentren ya en este período no solo en Roma y en Italia, sino también en las provincias, supone indudablemente un indicio característico de las circunstancias de la época. Tales son los monumentos próximos a la modesta ciudad de Assos, excavados y restaurados por la expedición americana; los bellos templos funerarios y los sarcófagos existentes en toda Asia Menor, especialmente en Licia; los grandes túmulos de Olbia y Panticapaeum y los hipogeos ornados con pinturas, de esta última ciudad; los mausoleos de Africa y Siria, verdaderas capillas para el culto a los muertos, y en Siria, especialmente, las torres funerarias de Palmira y su comarca y los bellos monumentos del país montañoso, hoy pobrísimos, entre Alepo y Antioquía; los sepulcros ornados de esculturas descubier-

tos por toda Galia, singularmente cerca de Tréveris, en Luxemburgo y en los alrededores de Arlon. También en los nuevos países del Danubio hallan se grandes y costosas tumbas, tales como el sepulcro, ornamentado con pinturas y estatuas, de un terrateniente, cerca de Viminacium. Individuos que podían costear los gastos de tales monumentos y dejar dinero suficiente para su conservación y la de los jardines anejos a ellos, tenían que haber acumulado grandes fortunas.

Así, pues, ha de hacerse resaltar, en primer término, que el siglo II fué una era de gentes ricas y acomodadas, dispersas por todo el Imperio, y no modestos terratenientes, como los miembros de la burguesía municipal en tiempos de la República y en los albores del Imperio. Hay capitalistas en gran escala, que en muchos casos presiden la vida social de sus ciudades, y a los que todo el mundo conoce en la comarca e incluso en toda la provincia.

Las relaciones comerciales del Imperio romano se extendían a todos los vecinos y también a pueblos con los que no tenía contacto territorial. Entre Galia, los países del Danubio y Germania se desarrollaba un activo comercio. Los productos de la industria romana penetraban hasta los países escandinavos y las costas bálticas y cada vez en mayor cantidad. Desde el Danubio, el comercio se extendió a las comarcas ribereñas del Dniéper, y alcanzó en ellas gran importancia, que mantuvo a través de todo el siglo II, como lo muestran los hallazgos de monedas romanas y la frecuente aparición de objetos romanos de barro y cristal, pertenecientes a los siglos I y II, en las tumbas de aquellas regiones. Las ciudades griegas de las costas del Mar Negro, especialmente Olbia, Quersoneso, Panticapeo y Tanais, florecieron de nuevo en el siglo II. Olbia y Panticapeo mantenían relaciones con las costas meridionales y occidentales del Mar Negro. El reino del Bósforo exportaba grandes cantidades de trigo y otras materias primas, sobre todo cueros, pescados y cáñamo. Esta exportación fluía parcialmente hacia las ciudades griegas, pero en su mayor parte iba a parar, a través de las ciudades de la costa meridional y occidental del Mar Negro, a los acantonamientos del ejército romano, a orillas del Danubio y en Capadocia. Aumentaba, naturalmente, cuando los emperadores movían grandes masas de tropas de Oriente a Occidente y de Occidente a Oriente, como en tiempos de Nerón, Vespasiano, Domiciano, Trajano y Marco Aurelio. La importancia de la Rusia meridional para Roma nos la demuestra el hecho de que Olbia y las ciudades de Crimea, sobre todo la ciudad libre de Quersoneso, centro principal de la influencia romana en el sur de Rusia, estuvieran protegidas por tropas romanas contra los ataques de los habitantes de la estepa. Ignoramos cual fuera el papel que los mercaderes del Bósforo y de Olbia desempeñaron en el transporte de mercancías de la Rusia Central (pieles y cera) al Asia y al Imperio romano. Pero seguramente existió un tal tráfico y benefició a las tribus sármatas, que dominaban por entonces las estepas del sur de Rusia y el Cáucaso y enlazaban estos territorios con las grandes vías del comercio de seda chino. El comercio del sur de Rusia se hallaba parte en las manos de los reyes del Bósforo y de los mercaderes del Bósforo y de Olbia y parte en las de los mercaderes de Sino, Amisos, Tomi e Istros.

Por lo que respecta al comercio con el Sur y el Sureste, el tráfico africano con las tribus del Sahara carecía de importancia. Se importaban algunos esclavos en las provincias de Africa, Numidia y Mauritania, acaso también algo de marfil y grandes cantidades de fieras para ser mostradas al público y muertas en los anfiteatros, que ahora existían ya en todas partes. También era famosa la madera de cedro de Africa. Más importante era el comercio meridional de Egipto con los reinos de Meros y Abisinia (Axum) y, a través de estos Estados semi-civilizados, con el Africa central. Los descubrimientos hechos en Meros muestran que el Imperio romano pagaba las mer

cancías importadas del Africa central con los productos de la industria egipcia. Pero la máxima importancia correspondía al comercio de Egipto y, particularmente, de Alejandría, con Arabia, con la India y, a través de la India con China. El comercio del Imperio romano no se detenía, como anteriormente, en la región del Indo, sino que llegaba hasta la Indochina y Sumatra, y ya no se limitaba a artículos de lujo. Estos siguieron constituyendo, desde luego, una parte de la importación; pero la mayor proporción consistía en artículos tales como algodón y especias. Lo mismo sucedió con las mercancías que el Imperio exportaba a Oriente. Eran materias primas y víveres (hierro y trigo), pero, principalmente, productos de la industria alejandrina.

Nuevos documentos muestran el comercio con la costa somalí, con Arabia y la India. Una gufa aduanera del año 90 d. de J.C., hallada en Koptos, atestigua un intenso tráfico en la ruta de Koptos a Berenice, a través del desierto. Los viajeros eran en su mayoría capitanes, oficiales, maestros y marineros de la flota comercial del Mar Rojo (los capitanes aparecen denominados expresamente "capitanes del Mar Rojo"). La mención de mujeres de soldados muestra que, en Berenice, había tropas. Los soldados pertenecían probablemente a la tripulación de los buques de guerra que protegían el comercio. Se abrió una carretera entre Koptos y Berenice, se hicieron pozos y se construyeron puestos militares. Las caravanas iban escoltadas por soldados armados al servicio de Roma, entre los cuales desempeñaban papel principalísimo los árabes, familiarizados desde su niñez con el desierto. Con análogas medidas se aseguró también el tráfico entre los oasis occidentales y el Fayum y entre el Fayum y Egipto. Una policía fluvial bien organizada vigilaba la navegación por el Nilo y sus canales.

Las ruinas de Petra, en Arabia, muestran que su período de máximo esplendor comenzó después de la anexión de la Arabia Petra al Imperio romano (106 d. de J.C.). Sabido es que Trajano construyó una espléndida carretera desde Siria hasta el Mar Rojo. El siglo II fué también la era de máxima prosperidad para Palmira, en Siria; y el espléndido desarrollo de la capital de los parthos, Ctesifón, junto al Tigris, testimonia también en igual sentido. Las mejores esculturas de Palmira, los edificios más bellos, los sepulcros más suntuosos y la mayoría de las inscripciones (entre ellas la famosa tarifa de Palmira) atestiguan una intensa actividad comercial, desarrollada durante el siglo II y prolongada más allá de los reinados de Adriano y Antonino Pío. Lo cual no es nada sorprendente, ya que las expediciones victoriosas de Trajano contra los parthos y la política pacificadora de Adriano y Antonino aseguraron a Palmira largos años de tranquilo desenvolvimiento. Tanto en Palmira como en Petra, el comercio se hallaba en manos de mercaderes indígenas, que hicieron grandes fortunas. Las impresionantes ruinas de ambas ciudades y sus magníficos monumentos funerarios muestran, como los de Bosra, Gerasa, Filadelfia y Dura, ciudades que participaron en el mismo floreciente comercio, cuán opulentos eran sus mercaderes. Por su mediación afluyó la riqueza a Antioquía y a las ciudades de la costa de Siria, Fenicia, Palestina y Asia Menor.

Más, por importante que el comercio exterior fuese para el Imperio romano, no era a él al que las provincias debían su prosperidad. Incluso para Egipto y Siria el comercio interprovincial constituyó una fuente de ingresos tan saneada, por lo menos, como el comercio exterior. El comercio de trigo, tejidos de lino, papiro, cristal y productos de la industria alejandrina, elaborados en parte con primeras materias importadas (artículos de marfil y de ébano, perfumes y joyas), era para Egipto tan importante como el comercio de tránsito con mercancías provenientes de la India y China. Lo mismo puede decirse de Siria, con sus artículos de vidrio y sus tejidos de lino y de lana, teñidos con la auténtica púrpura de Tiro. La actividad interprovincial suponía la fuente principal de la riqueza de las ciudades marítimas y fluviales

de todo el Imperio y tenía por base, casi exclusivamente, artículos de primera necesidad. Centenares de inscripciones del siglo II mencionan las profesiones de los hombres de aquella época; muchas de ellas nos dan los nombres de los mercaderes ("mercatores", negociatores") e incluso nos informan de la especialidad que cultivaban. Si eliminamos los comerciantes al por menor y atendemos tan solo a los mayoristas, importadores y exportadores, vemos que casi todos ellos comerciaban en artículos del ramo de la alimentación, especialmente en trigo, vino y aceite y, luego, en metales, maderas de construcción, telas y cerámica. Muchas provincias exportaban trigo, sobre todo Egipto, Africa, Cerdeña, Sicilia y, en gran escala, Galia y España. Grecia se abastecía en Asia Menor y en el sur de Rusia. España era por entonces el país que mayor cantidad de aceite fino producía; lo exportaba a Galia, Britania, Italia y otras comarcas. El aceite africano no era tan bueno como el español, pero sí, indudablemente, más barato, por lo cual se empleaba para las lámparas y para usos de tocador. Los países que mejores vinos producían eran Italia, Grecia, Asia Menor y Galia. Sería fácil enumerar todos los artículos que comprendían la importación y la exportación provincial y el hecho capital que esta enumeración revelaría sería el de que los artículos de lujo no desempeñaban ya casi ningún papel en el comercio al por mayor, limitado más bien casi exclusivamente a artículos necesarios para la vida corriente.

Ya en el siglo I hubo, naturalmente, un comercio interprovincial, pero en el II adquirió proporciones mucho más amplias. Casi completamente nuevo fué el comercio interior que ahora se desarrolló en todas las provincias del Imperio. Egipto, Grecia, Asia Menor y Siria habían poseído siempre una excelente red de carreteras y vías fluviales y, en el interior de estos países, ahora provincias romanas, venía existiendo, ya desde siglos atrás, un activo intercambio de mercancías. También en Galia, dotada de un maravilloso sistema hidrográfico y de una excelente red de vías naturales perfectamente entretenidas, hubo siempre comercio interior. Mas, para la mayor parte del Occidente, con inclusión de Africa, y para muchas regiones del Oriente, el comercio interior no se hizo posible hasta la dominación romana. La seguridad casi completa en los viajes por tierra y por agua, la ausencia de elevados derechos de aduana y la red de carreteras romanas, promovieron un florecimiento sin par del comercio provincial, que dió, a su vez, gran impulso al desarrollo del comercio en las ciudades, como lo muestran las numerosas inscripciones que hacen mención de detallistas y tenderos, y las ruinas de sus establecimientos en la mayoría de las ciudades provinciales.

El crecimiento del comercio entre las provincias y en el interior de las mismas es indicio de una marcada tendencia a la descentralización. Italia iba perdiendo su posición dominante en la vida comercial, posición que había heredado del Oriente griego y había defendido, no sin éxito, a través de dos siglos, en tanto desarrollaba también, a la par, su agricultura y su industria. Desde luego, los comerciantes itálicos dominaban todavía el mercado danubiano, exportaban aún productos de Italia y seguían constituyendo en Roma una clase social muy nutrida y opulenta; pero no pudieron ya impedir que el comercio y la clase comerciante aumentaran notablemente en las provincias y llegaran a derrocar la hegemonía itálica.

Para el departamento imperial de la "annona" era mucho más cómodo encargar el suministro de todos los artículos necesarios para el ejército y la flota - trigo, vino, aceite, madera, cueros, cuerdas, metales, prendas de vestir, calzado, armas, etc. - a mercaderes y transportistas indígenas, familiarizados con las condiciones del mercado local y propietarios de numerosos barcos para la navegación marítima y fluvial y de otros medios de transporte, que no recurrir a los mercaderes itálicos. Los artículos necesarios al ejército eran casi todos de fácil adquisición en Galia, Britania, España

y las provincias alpinas (madera, pez, metales, cuerda), y en un país tan rico en fuentes naturales como Galia no era nada difícil desarrollar nuevos ramos de la producción agrícola e industrial, tales como la viticultura y la apicultura, la fabricación de tejidos, calzado, jabón, etc.

La creciente prosperidad de las ciudades del Imperio intensificó la demanda de artículos de calidad en su mayoría objetos de uso cotidiano en una sociedad civilizada; telas finas de lino y de lana, de colores; artículos de piel; muebles más o menos artísticos; vajillas de plata; perfumes y aceites, artículos de tocador; especias, etc. Todas estas cosas fueron haciéndose cada vez más necesarias a la población urbana de todo el Imperio y no es de extrañar que fueran importadas, en cantidad siempre creciente, de los contados centros de fabricación a las ciudades de Oriente y Occidente. Así, en las ciudades semigriegas del sur de Rusia, se han hallado artículos alejandrinos en cantidad asombrosa y, desde luego, no eran estas ciudades, en modo alguno, una excepción. Había encarnado la profecía virgiliana: "Tu regera imperio populos, romane, memento" (Eneida, VI, 851).

Se ha hecho especial hincapié, tal vez excesivo, en el exámen del comercio romano, al objeto de evitar un dilatado estudio - el cual indudablemente resultaría impropio de estas páginas - de las demás facetas de la vida económica, pensando que, basta lo expuesto, para comprender la rica y compleja actividad industrial, agrícola e incluso bancaria subyacente, que originaba todas aquellas relaciones mercantiles más arriba descritas, sin necesidad de hacer expresa referencia a las mismas.

Pues bien, entre estos hechos, es de destacar la circunstancia de haber desaparecido, en el ámbito romano, la primitiva autarquía de las ciudades-estados. Las partes del Imperio resultaban mutuamente interdependientes. El nivel de vida se había elevado, desterrándose la autosuficiencia y resulta curioso comprobar que, algún tiempo después, la escolástica medieval iba a ensalzar precisamente la superada autarquía como la virtud preeminente de toda república.

Expuesto lo anterior, es evidente no fueron las invasiones bárbaras la causa eficiente de la destrucción del secular Imperio. Antes al contrario, el mundo romano, con su maravillosa civilización, se desintegró al resquebrajarse aquel orden económico basado en la interdependencia y en la división social del trabajo. Las tribus nórdicas no hicieron más que aprovechar la oportunidad que la debilidad interna del Imperio les ofrecía. Desde un punto de vista militar, las hordas invasoras de los siglos IV y V no eran, en modo alguno, superiores a aquellas otras, fácilmente vencidas por las legiones imperiales, poco antes. Roma es la que había cambiado; su estructura era ya medieval.

Asegura Rostovtzeff, en su magna obra sobre la economía romana, que "la actitud del gobierno central, tanto en el siglo I como en el II fué libre cambista. Los emperadores mantuvieron los moderados derechos de aduanas exigidos en las fronteras de todas las provincias y propulsaron el espíritu de empresa de los mercaderes y navieros, necesarios al Estado, permitiéndoles desarrollar sus negocios y sus organizaciones profesionales. Tanto en la esfera del comercio exterior como en la del comercio interior, la política del gobierno fué una política de "laissez faire". En Egipto, y bajo los Ptolomeos, el comercio había sido más o menos nacionalizado; pero los emperadores romanos no mantuvieron este sistema, ni mucho menos lo desarrollaron. El método de la distribución de concesiones no fué por completo abandonado, pero sí muy restringido en su aplicación. Los funcionarios oficiales de la época helenística pasaron, en parte, a ser pequeños comerciantes libres y sus obliga-

ciones para con el Estado quedaron reducidas al pago de ciertos impuestos(1)."

Excesivo parece, en verdad, hablar de un "laissez faire" romano. Ciertamente que el Imperio logró implantar, en conjunto, algunos de los principios recomendados por el liberalismo económico, concretamente, la división internacional del trabajo, el orden público y el respeto a la ley en las relaciones entre los hombres. Esto solo, aplicado en el ámbito del mundo antiguo, representaba ya un enorme progreso, colmado de felices augurios y, durante los primeros siglos, bastó para incrementar la riqueza y elevar el nivel de vida de modo desconocido hasta entonces. Pero siempre fue una libertad mediatizada la que el Imperio reconoció a la economía. Desde un principio, llevaba en su seno el orden romano la semilla de la propia destrucción. El comercio de cereales y demás productos considerados de uso común estuvo siempre intervenido. Se consideraba inmoral pedir por el trigo, el aceite o el vino precios superiores a los que las gentes tenían por normales. Las autoridades municipales intervenían enérgicamente para cortar lo que consideraban abusos de los especuladores.

En consecuencia - también reconoce Rostóvtzoff -, casi todas las ciudades del Imperio, incluso las situadas en las regiones más fértiles y, sobre todo, las ubicadas en los distritos montañosos de Italia y las provincias sufrieron, de tiempo en tiempo, épocas calamitosas de escasez y carestía. La investigación moderna tropieza frecuentemente con datos que testimonian de años enteros de verdadera hambre. Tales períodos se caracterizaban por grandes disturbios sociales; los magistrados y las curias eran acusados de negligencia y los grandes terratenientes y los mercaderes de trigo de acaparamiento y especulación ilícita (2). En estas circunstancias, los motines y las manifestaciones eran cosa corriente. No resultaba fácil tarea prevenir tales desastres, y, aún en tiempos normales, costaba a las ciudades grandes sumas. Por eso el cargo de comprador de trigo era uno de los más difíciles y peligrosos de la carrera de un Magistrado municipal. No menos árdua era la función de los "agoranomoi", que correspondían a los "aediles" de Occidente; debían cuidar de que hubiera siempre pan barato y de que también los precios de los demás comestibles se mantuvieran moderados. No es, pues, de extrañar que cuando las condiciones reinantes les permitían mantener el pan a bajo precio, hecho que se atribuía a su intervención, la ciudad los honrara, haciendo constar tal merecimiento a renglón seguido de su nombre en la lista de los magistrados, como se hizo con algunos "agoranomoi" de Efeso (3).

El Estado pretendía remediar estas situaciones, mediante la "annona", política que, como bien es sabido, equivalía a la nacionalización o municipalización del grano, pero sin éxito apreciable. Al principio, los saludables efectos de la división del trabajo, del orden público y la protección dispensada a la vida y el patrimonio de los particulares pudieron compensar las perniciosas e ineludibles consecuencias de tales intervencionismos. Pero, la "pax romana", daba lugar a un permanente incremento de la demanda, al elevarse el nivel de vida y aumentar la población, no solo por su crecimiento natural, sino además en razón a los pueblos que se incorporaban al viejo torso romano y los miles de bárbaros y extranjeros que, voluntariamente, de continuo, se acogían a la protección de las águilas imperiales. Para atender tan hinchada

(1) M. Rostóvtzoff "Historia social y económica del Imperio Romano", (Madrid, Espasa Calpe, 1937), p. 309, tomo I.

(2) Rostóvtzoff, op. cit. p. 277.

(3) Dadas las dificultades que el abastecimiento de cereales creaba incluso a las ciudades agrarias son excelente ejemplo los disturbios acaecidos en Prusa, de los que nos dan cuenta Dion en su discurso 46.

demanda, no había otra solución que ampliar la producción, poniendo en marcha explotaciones, hasta entonces, submarginales. Pero las tasas de los productos hacían impracticable este camino de salvación.

Así las cosas, el desastre que se avecinaba se hizo patente cuando, durante la segunda mitad del siglo III y a lo largo del siglo IV, los emperadores, para incrementar sus ingresos fiscales, se dedicaron a rebajar y envilecer la moneda. Tales prácticas, unidas a unos congelados precios máximos, que, por sí solos, ya estaban ocasionando lamentables efectos, paralizaron la producción y el comercio de todos los artículos básicos, desintegrando la organización económica del Imperio.

El hambre se enseñoreó de las ciudades; las gentes huían a los campos, dedicándose a los cultivos más necesarios. Paso a paso, la agricultura en gran escala fué sustituida por innumerables y antieconómicos minifundios. Los grandes terratenientes, ante la imposibilidad de vender las cosechas a unos precios, nominalmente estáticos, pero, de verdad en continuo descenso, por la desvalorización de la moneda, restringieron las superficies cultivadas y comenzaron a fabricar en sus "villas" los productos industriales y artesanos que precisaban. Como los agricultores no podían vender en las ciudades, los artífices urbanos perdieron su clientela, extendiéndose el paro. La división social del trabajo se desintegraba; todo el mundo tendía a la autarquía. Las grandes fincas autosuficientes, con miles de colonos y servidores, dependientes de un solo señor, cuya voluntad era ley en su territorio, con fortalezas y organización militar, para protegerse de posibles ataques, prefiguraban ya el feudalismo. La economía imparcial se había transformado en economía medieval.

El régimen del Principado, con su maravillosa flexibilidad administrativa, su poderosa vida municipal y su amplio liberalismo económico, no es ya más que un lejano recuerdo. El mundo romano se dobla bajo un implacable régimen de estatismo e injerencia. Este sistema agotador, caracterizado por sus dos taras acostumbradas, el despilfarro integral y el mísero rendimiento, esta camisa de fuerza impuesta en forma permanente a una sociedad que desfallece, no se mantiene sino por el apoyo y la voluntad enérgica del Estado. Pero esta intervención estatal solo provocará un continuo empeoramiento de la situación.

Los emperadores quisieron corregir un estado de cosas que minaba gravemente su poderío. Pero las medidas adoptadas no solo resultaron fútiles, por cuanto no atacaban la raíz del mal, sino, además, contraproducentes. Pese a la indudable perspicacia de tantas mentes romanas, ningún contemporáneo se percató de que era la interferencia gubernamental en los precios y la valuta la causa originaria de todo el desorden.

En efecto, las medidas inflacionarias desarticulan el sistema monetario imperial, de concepción tan sólida y equilibrio tan riguroso. Se reduce el peso de la moneda de oro, el "aureus". De 7,81 gr. bajo Augusto, baja a 7,12 con Marco Aurelio, para precipitarse después su desvalorización, de tal suerte que, siendo finalmente aceptado solo por medio de la balanza, deja de utilizarse, en la práctica, como medio general de pago. La plata sufre una evolución paralela, que afectando a la vez a su peso y a su ley, es más rápida y mucho más grave. El peso del denario de plata que bajo Augusto era de 3,89 gr. es reducido por Nerón a 3,41 gr. La Ley que con Augusto había sido de 98-99 por 100 de metal noble, es de 91 por 100 desde Nerón, bajando al 70 por 100 en el reinado de Cómodo. Con Septimio Severo ya solo tiene el 50 % de metal fino y después de Cordiano III (238-44) se dejará de acuñar. Una nueva moneda de plata, lanzada por Caracalla, el antoniniano, tomará su lugar. El cobre, cuyo valor relativo acrecienta la devaluación de la moneda de plata, des

aparecerá también, poco a poco, de la circulación. A mediados del siglo III, la evolución se termina: el antoniniano queda, si no de derecho, a lo menos de hecho, como la sola especie monetaria del Imperio romano. Ahora bien, esto ocurre en el momento en que la crisis llega a su paroxismo. Para satisfacer sus necesidades crecientes, el Estado recurre a la inflación. De esta inflación, el antoniniano será a la vez instrumento y víctima. Se disminuye su peso: 5,45 gr. a 5,10 gr. cuando se lo creó; 3 gr. y a menudo menos, después. Se reduce su ley: 50 por 100 de metal fino al comienzo, 1,25 por 100 al final de su caída. Y aún se trata aquí de cifras legales que los fraudes diversos del personal monetario - disminución arbitraria del peso, sustitución de la plata por cobre, estaño, cinc y sobre todo plomo, acuñación de monedas falsas - acaban de rebajar más todavía. En fin, reducido a sustituir la calidad por la masa, el Estado acuña el antoniniano en cantidades enormes. Esta inflación gigantesca acarrea sus consecuencias habituales. El comercio exterior, ante la actitud de los importadores que exigen el pago en oro o en antiguos denarios de plata, se rarifica o detiene. En la economía interior, gracias al curso forzado, el antoniniano continúa circulando, pero su depreciación constante se traduce en una subida desmesurada de los precios. La continua depreciación fomenta la implantación del trueque en las transacciones entre particulares. El propio estado, para los servicios más trascendentales - sueldo del ejército y pago de los funcionarios - también ha de pagar en especie.

Para remediar el alza de los precios, los emperadores ingenian amplios y rigurosos sistemas de tasas. Los documentos oficiales contemporáneos, principalmente los Códigos Teodosiano y Justiniano, nos brindan información detallada. Diocleciano se lanza resueltamente por el camino de las tasas y su fracaso merece ser ponderado.

El célebre Edicto del Máximo comienza diciendo: "Apelamos a la abnegación de todos para la observación fiel y la ejecución de este Edicto que ha sido dictado por el interés general, porque, en la publicación de esta medida, nos proponemos, no solo el aprovisionamiento de algunos ciudadanos ni siquiera de una provincia, sino el del Imperio entero; aprovisionamiento que algunos individuos procuran dificultar, por todos los medios, pues ni el tiempo ni las riquezas que han adquirido han podido disminuir ni saciar su rapacidad" (1). ¡Qué sabor más moderno! El emperador sabe por experiencia que las medidas de este género exigen fatalmente la intervención coactiva. El Edicto decreta sanciones, pero su enumeración será corta. Una sola pena en caso de contravención; la muerte: "Si alguien osara contravenir a los términos de este decreto, conténgale el temor de la pena capital" (2). Muerte para el mercader que viole los artículos del Edicto; muerte para el comprador que adquiriera por encima de la tasa; muerte, en fin, para los acaparadores y detentadores de existencias ilícitas. El emperador no se contenta con amenazar; se permite, en forma algo ruda, el gusto de ironizar: "Si a alguno le parece exagerada la severidad de esta ley, se podrá guardar fácilmente, manteniéndose apartado de los peligros que son su consecuencia" (3). Las cosas sucedieron como podrían esperarse. Escuchemos un testimonio breve, pero categórico, de Lactancio (4), contemporáneo que ha visto y padecido. "Cuando Diocleciano, en medio de injusticias diversas, fijó por una ley el precio de los objetos de consumo, se produjo un encarecimiento extraordinario. Por temor, nadie que-

(1) C. I. L., III, p. 826, II, 23-26.

(2) C. I. L., p. 826 II, 19-20

(3) Id., II, 20

(4) Muertes por las persecuciones, VII, 7-8.

ría comprar ni vender y la carestía aumentó más aún. Por causa de la escasez de los productos, se derramó mucha sangre", y la conclusión - siempre idéntica en semejante materia - "Después de muchas ruinas, la ley fué abandonada por la fuerza misma de las circunstancias". El Edicto del Maximun de Diocleciano, la más grandiosa tentativa de tasación por el Estado de que la antigüedad haya guardado memoria, acaba de este modo en un fracaso completo. Los ensayos ulteriores de los emperadores en los siglos IV y V no obtendrán mayor éxito. Un suplemento de desorden y empobrecimiento, un paso más hacia la ruina, tales serán los únicos resultados provocados.

Las gentes huyen, abandonan sus profesiones y oficios, para salvarse de la pobreza y escasez que las medidas estatales provocan. Pero el gobierno no sabe remediar la situación mas que recurriendo a nuevas intervenciones y coacciones. Se dictan leyes contra quien "relictæ civitatis rus habitare maluerit" (1); y se prohíbe formalmente todo cambio de oficio, exigiéndose responsabilidad colectiva del gremio ante el estado por los actos de sus miembros. Los desertores de la profesión se ingenian en vano por hallar escapatorias; los unos buscan un refugio en el ejército, otros en la administración, otros, en fin, en el clero y, para conseguirlo, no vacilan en procurarse en al to lugar, hasta entre los que rodean al Emperador, los apoyos necesarios. Pero, a medida que se escapan, la ley, que está siempre al acecho, los descubre y los vuelve a la fuerza a su oficio originario. Y hasta sufren a veces, a título de castigo, una agravación jurídica en su estado; el colono fugitivo, encadenado de nuevo a su tierra, cae, además, en la condición de esclavo; los que le han ocultado o han favorecido su huida, incurren en la multa de una libra de oro y, además del colono interesado, han de proporcionar otro de igual valor. De vez en cuando, si los lugares vacíos en la profesión llegan a ser excesivos, la policía procede a "razzias" metódicas para encontrar a los delincuentes. Los acosan por toda la tierra, mediante implacable caza del hombre, en la cual, bajo la letra rígida de los códigos, se transparenta uno de los dramas más sangrientos y más terribles que haya conocido jamás la humanidad.

Todo se descoyunta. El gobierno estatifica la fabricación. Un suceso acaecido a comienzo del reinado de Aureliano sirve de ejemplo típico. El emperador, para poner fin a las "depredaciones" había cerrado, temporalmente a lo menos, la casa de la moneda de Roma. Los obreros se sublevaron y, por un procedimiento cuya iniciativa no pueden siquiera atribuirse nuestros contemporáneos, "ocuparon" los talleres. En aquella ocasión les salió mal la jugada. Aureliano no era hombre para perder el tiempo en vacilaciones ociosas ni en palabrerías inútiles. Aplastó la revuelta por la fuerza. Pero el asunto había sido muy duro. Costó al emperador siete mil de sus mejores soldados.

El caso de los "navicularii" - los armadores de buques - que integran uno de los más importantes gremios y, por tanto, uno de los más vigilados e intervenidos, es sangriento. La insuficiencia de los precios hace que los antiguos navieros rehuyan la profesión. Al devenir ésta obligatoria, arbitran todo género de ardides para no salir perjudicados. Se fingen naufragios, se inventan temporales que destruyen las mercancías, la entrega de la carga se realiza siempre con retraso y merma. El gobierno extrema las medidas punitivas. Constantino fija plazos máximos para la entrega de las mercancías y, en caso de naufragio, ordena, para descubrir la verdad, que se ponga en el tormento a los hijos del armador. Valentiniano I, en vista de la persistencia del mal, agrava esta disposición; si hay sospechas, se torturará a la mitad de la tripulación, cifra que su sucesor Graciano, "por razones de humanidad", limitará a dos o tres personas. De nada servirá tanta brutalidad, que no corregía la raíz económica del mal.

(1) Corpus Juris Civilis, l. un. C. X. 37

* En estas circunstancias, no es de extrañar que, de arriba a abajo de la escala social, ese mundo, arruinado por fiscalidad e injerencia intolerables, busque la evasión desesperada. Hay que abandonar toda ocupación honrada; cualquier cosa antes que un oficio del cual se conocen, por larga experiencia, las profundas miserias y el inexorable rigor. Por un capricho irónico de las cosas, aquel régimen del Bajo Imperio acaba en la apoteosis del único oficio que no lo es, la mendicidad. Los desertores de la profesional rural o urbana van a aumentar el efectivo de los mendigos que, aprovechándose de la socorredora ayuda de la moral y de la caridad cristiana, llevan una vida, si no lujosa, a lo menos exenta de tribulaciones y de las cargas que pesan sobre el mundo desesperado del trabajo. * En 382, desde luego, una ley ordenará que los mendigos de condición libre sean afectados al colonato, ley que no obtendrá verosimilmente mucha aplicación y, a lo menos hasta la caída del Imperio de Occidente, no será jamás reproducida (1).

Por si algo falta para empeorar las cosas, un funcionarismo omnipotente atenaza al Imperio. Las medidas interventoras exigen una enorme burocracia, que absorbe capitales y riquezas sin cuento. La pululación de funcionarios en el Bajo Imperio es tal que Lactancio, en tiempo de Constantino, podrá escribir (2): "El ejército de la gente que cobra se hace más numeroso que el de la gente que paga", frase ésta que, escrita hace más de mil quinientos años, continúa representando la definición más integral - y la más terrible - de que jamás haya sido objeto el estatismo.

A la vanidad de la legislación atinente a los precios máximos, corresponde la bancarrota del funcionarismo. El personal administrativo, en su conjunto, padece de una tara profunda: la venalidad, por cuanto está mal pagado, al ser tan numeroso que ni los recursos fiscales, ni las medidas inflacionarias producen lo bastante para atender estos gastos, siendo, además, de notar que el servicio civil o militar tampoco puede ser libremente abandonado.

Desde los prefectos del pretorio a los simples empleados de oficinas, el mal se recrudece, universal e inexorable. Un episodio que ocurre en Tripolitania, bajo el reinado del emperador Valentiniano I, episodio dramático por el cual bien puede decirse que "la justicia misma ha llorado", según expresión deslumbradora del historiador Amiano Marcelino (3), es harto elocuente, acerca de la venalidad de la alta administración imperial, en general, y del conde de Africa, Romano, en particular. Pero hay algo peor todavía. Más aún que entre los funcionarios superiores, la venalidad voraz y fraudulenta, "vorax et fraudulentum", para emplear el duro lenguaje del Código Teodosiano, hace estragos en las oficinas, los "officia". Es menester pagar para entrar en el despacho del gobernador, pagar también para emprender una acción en justicia, pagar siempre para obtener entrega de las piezas del proceso, pagar hasta al funcionario que se digna hacer al contribuyente el favor insigne de cobrarle los impuestos. Los emperadores, perfectamente enterados de este estado de cosas, se esfuerzan por reprimir una situación provocada por la falta de libertad. Es implacable la requisitoria que Constantino dedica al asunto y terribles las penas con que amenaza a los empleados proxenitores. El texto merece ser citado por entero: "Fuera vuestras manos ra-

(1) Los consignados datos, referentes a la decadencia económica del Imperio, están fundamentalmente tomados de León Homo, "Nueva Historia de Roma", Barcelona, Gil, 1943, pp. 223, 238, 352, 432 y 436.

(2) Muertos por persecuciones, VII, 3.

(3) Hist. Rom. XXVIII, 6, 1.

paces, "oficiales", fuera esas manos, digo, que serán cortadas por la espada. No sea venal la puerta del juez; no haya de pagarse para verle; la puerta no deshonre la entrada a su despacho; ábranse los oídos del juez lo mismo al más pobre que al rico; el "princeps" del "officium" como se le llama no despoje al que recibe; los auxiliares de ese "princeps" no practiquen la concupiscencia a costa de los litigantes; reprímanse las exacciones intolerables de los que se hacen pagar la entrega de las actas a las partes; el celo del gobernador vele sin descanso en que esa ralea no cobre nada por adelantado de los litigantes. Contra los que, en los asuntos civiles, hayan pensado que pueden exigir algo, pronuncie una represión penal, la decapitación de los culpables, y permita a los perjudicados someter el asunto al gobernador. Si éste cierra los ojos, damos permiso a todos para recurrir a los condes de las provincias o a los prefectos del Pretorio si éstos están más a mano, de manera que, instruidos por las declaraciones de esos funcionarios, podamos infligir los suplicios merecidos por tales fechorías". Desgraciadamente, esa represión teórica no halla eco en la práctica, porque hay leyes económicas que invalidan los mandatos del legislador. Al final, impotentes para suprimir la venalidad, el poder imperial la reglamenta por la fijación de una tasa oficial. Así se viene a parar al sistema de la propina legalizada, lo que, como es natural, no impide en nada, por añadidura, las extorsiones suplementarias.

Contra este funcionarismo a la vez brutal y venal, el Estado romano, preocupado por salvar sus legítimas prerrogativas, quiere edificar un sabio sistema de inspección, recurriendo a nuevas medidas coactivas. El papel principal, a este respecto, se encomienda a los "agentes", a los "curiosi", a los "explotadores", ojos y oídos del poder central, una de las creaciones más típicas y menos agradables del Bajo Imperio. Al principio, las "agentes", organizados militarmente en "schola" bajo la dirección del director de las oficinas, constituyen un cuerpo de mensajeros imperiales encargados de asegurar el enlace entre el emperador y los órganos locales de las diferentes regiones del Imperio. Con el nombre característico de "curiosos" ejercen la vigilancia general del correo imperial. Sus carreras incesantes a caballo, de un extremo a otro del mundo romano, les ponían en relación directa y constante con los hombres y las cosas, procurándoles amplia información. Pero, de esto a convertirse en espías del poder central, no distaba más que un paso: "No debeis permitir que vuestro príncipe ignore nada, escribirá Constantio II en una Constitución del año 359, de lo que hayais observado en el Imperio" (1). Verdadera policía política al servicio del poder central, pronto ejercen estrecha vigilancia sobre los jefes principales de la administración provincial - prefecto del Pretorio, vicarios, gobernadores - y sus oficinas. El emperador les encarga, desde luego, misiones de confianza y, en realidad, su poder de inspección se muestra ilimitado. Desde fines del siglo IV, la tendencia del cargo a convertirse en hereditario contribuye más todavía a aumentar su ascendiente y desarrollar sus medios de acción.

Por desgracia, en esta esfera de la inspección, como en las demás, la práctica no responde a la teoría. Los "agentes" son también funcionarios y adquieren rápidamente las taras del cuerpo a que pertenecen. Los "inspectores" inventan mil maneras de hacerse pagar sus servicios. Se trata de que los inspeccionados los "satisfagan" y no faltan las ocasiones para ello. Traer una buena noticia - cambio de emperador, nombramiento de cónsules, etc. - se torna pretexto para remuneración y, como es natural, el número de estas buenas noticias, o llamadas así, los beneficiarios no vacilan en aumentarlo. Voluntario primero, ese donativo, por una evolución lógica, no tarda en convertirse en obligatorio. Ya bajo el emperador Constantio II, el hijo de Constantino, todos los habitantes de la provincia, incluso los pobres, deben contribuir a la ofrenda. De manera que, en semejantes condiciones, es cosa normal que ese

(1) Co. Teod., VI, 29, 4.

sistema de inspección y de espionaje tenga muy "mala prensa" entre los escritores contemporáneos. El historiador Aurelio Víctor (1) nos muestra a esos agentes "inventando crímenes de cabo a cabo, difundiendo el terror por todas partes, asustando a los habitantes del Imperio, sobre todo a los que viven más lejos del emperador y practicando metódicamente el pillaje". "Nadie, escribe por su parte el rector Libanio (2), puede escapar a sus redes. El inocente parece si no paga; el malvado, a fuerza de dinero, sale de apuros". El emperador Juliano dirá de ellos: "Esa gente sabe muy bien cómo se toma, pero no cómo se debe recibir".

Los abusos llegaron pronto a ser tales que la legislación imperial volvió a entrar en escena. El mismo Juliano, que no quería a los "agentes", adoptó una medida radical: los suprime a todos, menos a diecisiete que, por añadidura, no cobrarán nada bajo su reinado. Por lo demás, pronto reaparecen a su alrededor. Valentiniano y Valente, bajo pena de fuerte multa, prohíben las dádivas forzadas, pero autorizan a los ricos a dar libremente. Desde 369, por agravación muy normal, la remuneración de voluntaria se ha convertido en obligatoria. Nuevas leyes represivas, en 369, en 383, en 389, esta última prohibiendo formalmente las dádivas forzadas, resultan ineficaces. Impotente para suprimirlas, el poder imperial, como lo ha hecho con los demás funcionarios, las reglamenta. Justiniano autorizara el pago de seis sueldos de oro al "agente" por cada mensaje que traiga, aunque se trate - y no faltan en aquella época - de noticias desagradables; reglamentación que, por lo demás, no impide las extorsiones de dinero suplementarias. Además, se establece una colusión permanente entre inspeccionados e inspectores. El Estado y los contribuyentes, como de costumbre, pagan simultáneamente las consecuencias de esto.

La inflación, lo mismo que la acción legislativa de las tasas y la acción administrativa de la burocracia, se han revelado igualmente impotentes para curar los males económicos. Con la inspección, el Estado se ha jugado su última carta en el camino de la injerencia: ha perdido. Ya no le queda más sino, de mal o buen grado, confesarlo así. Esta confesión será a la vez oficial y plena. En 364, el emperador Valentiniano I crea en las ciudades defensores - defensores civitatis o plebis - elegidos por los habitantes y encargados de defender a la población, sobre todo a los humildes, contra los abusos de poder de los funcionarios imperiales. El Estado, impotente para proteger a sus administrados contra la tiranía de sus propios funcionarios, se ve obligado, por la confesión pública de una flaqueza en adelante incurable, a encargar a los habitantes que lo hagan en su lugar. Por un fenómeno que no tiene nada de paradójico, sino su apariencia, este régimen gubernamental del Bajo Imperio, encarnación de un absolutismo de lo más implacable y tiránico que haya conocido jamás sociedad alguna, acaba en una confesión de impotencia, preludio de la catástrofe que se ve ya subir por el horizonte.

Autoridad fecunda, al principio, estatismo empobrecedor, al final, forman el deslumbrador díptico que representa la historia de Roma; dos épocas, dos sistemas, dos mundos. En la edad de oro, cuando el genio romano estructura e implanta el derecho de propiedad privada, en institución de mayor fecundidad social jamás creada por el hombre, funciona un régimen de autoridad comprensiva y eficiente, generador de bienestar y respetuoso con las iniciativas personales, en el que - defensa nacional, paz pública, justicia vigilante - el Estado se limita a sus obligaciones fundamentales y, abrazando menos para estrechar mejor, las cumple a satisfacción general. En los días

(1) Césares, XXXIX, 45.

(2) Disc. XVIII, 136.

sombríos de la decadencia, estatismo desecador, quisquilloso y ahogador que, haciendo del Imperio una cárcel para decenas de millones de hombres, al despreciar y desconocer los anteriormente tenidos por inviolables y sacros derechos dominicales de los súbditos, no producirá más que la ruina y se derumbará en la nada. Roma, en nombre de su incomparable historia, nos habla por la voz de sus muertos. No es posible que nosotros, los modernos, consideremos perdido el tiempo empleado en escuchar aquellas lejanas palabras.

La maravillosa civilización clásica pereció porque no pudo adaptar sus principios filosóficos y sus cuerpos legales a las exigencias de la economía de mercado. Todo orden social queda herido de muerte cuando las actuaciones precisas para su normal funcionamiento se condenan como inmorales, se declaran delictivas y se persiguen ante jueces y tribunales. Roma desapareció en el polvo porque le faltó espíritu liberal. El intervencionismo destruyó aquel poderoso imperio, igual que descompondrá cualquier organización social que no sepa vencerlo a tiempo.

C) LAS MEDIDAS RESTRICTIVAS DE LA PRODUCCION

I. - NATURALEZA DE LA RESTRICCION. -

Queremos examinar las medidas en cuya virtud el gobierno pretende divertir la producción de aquellos cauces que hubiera adoptado, bajo un régimen de libertad económica. Al hablar de producción, se utiliza el término en el sentido más amplio de la palabra, abarcándose no solo las actividades productivas propiamente dichas, sino también los transportes y el comercio. Por tanto, consideramos vienen a restringir la producción entre múltiples medidas, las tarifas proteccionistas, las jornadas laborales coactivamente fijadas, las prohibiciones contra la apertura o ampliación de industrias y tiendas, las limitaciones impuestas a ciertos medios de transporte, etc., etc.

Cualquier intervencionismo, desde luego, afecta a la producción. Así, las tasas máximas perturban el suministro como antes se veía. En este caso, sin embargo, el gobierno no quisiera ver restringida la producción, sino todo lo contrario. A la inversa, lo característico de la interferencia restrictiva es que esa disminución de la oferta, lejos de ser un efecto secundario y, aún, deseado, constituye, precisamente, el objetivo apetecido por la autoridad. La restricción afecta, evidentemente, al consumo y el gobierno lo sabe, pero, desde su punto de vista, valora en más lo que piensa alcanzar gracias a la medida restrictiva que el bienestar o placer que el consumidor deja de disfrutar. Es el caso de las prohibiciones decretadas contra la importación de mercancías extranjeras.

En definitiva, restringir la producción quiere decir que el poder público suprime o dificulta la producción, transporte o distribución de determinados bienes económicos o la aplicación de ciertos sistemas de producción, transporte o distribución. Las autoridades nulifican, así, algunos de los medios puestos a disposición del hombre para la satisfacción de las necesidades humanas. La interferencia impide a los individuos utilizar sus conocimientos y habilidades, su capacidad de trabajo y los factores materiales de producción del modo que les reportarían los máximos beneficios y la mejor satisfacción de sus necesidades. Tal injerencia, por tanto, hace más pobre a la gente, cuyos deseos quedan insatisfechos.

He aquí, el nudo de la cuestión. Vanas son todas las sutilezas esgrimidas, pretendiendo invalidar esta realidad. En el mercado prevalece una

irresistible tendencia a emplear cada factor de producción de aquella forma en que mejor se satisfagan las más urgentes necesidades del consumo. Si el gobierno interfiere el proceso, no logra más que desvirtuar aquella tendencia, en ningún caso puede favorecerla.

La exactitud y certeza de la expuesta tesis fué evidenciada, de manera irrefutable, por los economistas clásicos, especialmente por Ricardo, en lo referente a las barreras mercantiles internacionales, que constituyen las medidas restrictivas de mayor importancia adoptadas por los estados occidentales. Mediante tarifas, no se consigue más que desplazar la producción de las zonas en donde la productividad por unidad de inversión es mayor a otros lugares donde la rentabilidad es menor. En ningún caso, consecuentemente, se incrementa la producción; antes al contrario, se restringe, ya que, para alcanzar un mismo resultado, se ha de invertir más capital y trabajo.

El hombre medio cree, de buena fé, que el gobierno es capaz de impulsar el desarrollo económico e incrementar la riqueza nacional. Pero la verdad es muy otra. El poder público no puede ampliar un sector productivo, más que restringiendo otro. La intervención estatal distrae los factores de producción de donde el mercado los hubiera empleado a otros cometidos enormemente deseados por el consumo. En definitiva, se obliga a los hombres a pasarse sin ciertas satisfacciones, más apreciadas, compensándoles con otras que valoran en menos. La interferencia solo sirve para que la gente quede peor atendida.

En el fondo de toda la filosofía intervencionista, está la idea de que el estado es una entidad, que opera fuera y por encima del mercado, y que puede gastar, en sus empresas, riquezas propias, no provenientes de los ciudadanos. Esta es la fábula que Keynes elevó a la categoría de dogma económico, entusiásticamente acogido por todos aquéllos que, del despilfarro público pensaban derivar ventajas personales. Es perogrullesco, pero obligado resulta reiterar, una y otra vez, que el gobierno no puede gastar o invertir ni un céntimo que no haya detraído del público. Por cada peseta que el estado consume, hay un español que tiene una peseta menos, o, dicho en otras palabras, hay un compatriota que ha de privarse de las satisfacciones - ya sean de índole productiva o consumidora - que, con esa peseta, hubiera podido alcanzar. Si la autoridad gasta este dinero en bienes de consumo, reduce el capital del país y provoca una tendencia a la baja de los salarios, mientras se eleva la utilidad marginal del capital subsistente. Por el contrario, en el caso de que el gobierno lo invierta en una actividad productiva, pueden suceder dos cosas. Si el estado lo dedica a la misma producción en que el mercado lo hubiera invertido, a nada conduce el supuesto tutelaje estatal, si bien perjudica la operación de la economía nacional, al crear inquietud entre los ciudadanos, como sucede siempre con toda medida atentatoria contra el derecho de propiedad. Pero si las autoridades dedican las sumas en cuestión a producciones distintas, perjudican a los consumidores, dándoles cosas que éstos, subjetivamente, estiman menos que aquéllas dejadas de producir.

Y no se crea que, por virtud de la tributación directa progresiva, son los ricos quienes soportan tales gastos estatales. Mientras la estructura de la demanda lo permite, el ofertante de cualquier bien o servicio económico pasa la carga tributaria al consumidor, incrementando el precio y, cuando ésto no es posible, si el impuesto viene a reducir el valor líquido percibido por debajo de la estimación libre de la mercancía, se deja de producir. En ambos supuestos, es el consumidor quien soporta el quebranto, o bien pagando precios inflados, o bien prescindiendo de la utilidad que, en otro caso, habría disfrutado.

El gobierno es incapaz de hacer a la gente más próspera y feliz, pero, en cambio, puede dejarla empobrecida e insatisfecha, restringiendo la producción.

Los frutos de la restricción. -

El hecho de que la examinada mecánica reduzca el nivel de vida, por sí solo, no arguye en contra de las medidas restrictivas de la producción. Su cede como con los impuestos, que también perjudican al bienestar común; ahora bien, cuando la carga fiscal tiene por objeto preservar el funcionamiento pacífico y libre del mercado, deviene un costo reproductivo, ya que permite gozar de satisfacciones superiores a las que el gasto tributario obliga a des- echar.

Así, un gobierno puede decidir, por ejemplo, que, en caso de guerra, necesitará tener equipadas cincuenta divisiones acorazadas, y que, para ello, ha de contar con determinadas industrias pesadas, en el país. Ese complejo fabril puede crearlo mediante medidas restrictivas, imponiendo tarifas proteccionistas, que hagan rentables unos productos, los cuales, en régimen de libertad, sería más económico importar, o también cabe financie la industrialización mediante capitales obtenidos con impuestos. En definitiva, el resultado es el mismo. Es la gente la que paga el gasto. La examinada medida restrictiva ha de enjuiciarse, al igual que cualquier otro gasto bélico, ponderando, desde fuera ya de la ciencia económica, su procedencia y utilidad. Ahora bien, independientemente de este juicio, si se admite la necesidad militar, no cabe duda de que, en este caso, la restricción de la producción es medio idóneo para alcanzar el fin apetecido.

* Lo importante en esta materia es saber qué es lo que se persigue. En Madrid, por ejemplo, no hay más que 4.000 taxímetros; en régimen de libertad, habría, indudablemente, muchos más y el consumidor estaría entonces mejor atendido, pero el municipio limita a aquel número las necesarias licencias, en típica medida restrictiva. Si lo que el Ayuntamiento pretende es privilegiar a los taxistas, infligiendo congruo daño a los cientos de miles de usuarios, desde el punto de vista económico, nada cabe oponer, ya que la fórmula adoptada es adecuada para producir los efectos deseados. La economía no puede ni debe entrar a enjuiciar si conviene o no otorgar protección a los primeros y perjudicar correspondientemente a los segundos.

Ahora bien, el economista tiene que denunciar, abierta y claramente, aquellos supuestos en los que las medidas restrictivas no sirven para alcanzar los objetivos realmente deseados y, aún, dan lugar a efectos contraproducentes.

Aspectos restrictivos de la "legislación social". -

* Es oportuno referirse, en este orden de ideas, a las medidas restrictivas más populares entre todas aquellas que integran la denominada "legislación social". Tanto la opinión pública como las autoridades sucumben, en este terreno, ante fantasmáticos espejismos, convencidos todos de que el acortar la jornada laboral, el prohibir trabajar a mujeres y niños y demás medidas análogas gravan exclusivamente al patrono, constituyendo auténticos progresos y verdaderas "conquistas sociales".

* Incidentalmente, conviene dejar constancia de que las pérdidas o ganancias empresariales no guardan relación alguna con la elevación de los salarios, la reducción de las horas de trabajo, la imposición de seguros o previsiones sociales y demás supuestas ventajas del trabajador. El beneficio, dentro de la economía libre, lo cosecha quien, dadas las circunstancias concurrentes, mejor saben acomodar, en cada momento, la actuación productiva a los deseos

del mercado, es decir, aquel que logra prever las futuras apetencias del consumo y, percibiendo una disparidad entre el precio de los factores de producción y la mercancía acabada, compra aquéllos para ofrecer ésta a la demanda. Las "conquistas sociales" no son a estos efectos, más que meras circunstancias que producen cambios, mutaciones, las cuales el empresario ha de tomar en consideración, juntamente con todas las demás variaciones que, de continuo, se producen en la órbita mercantil.

* Imagínese, por ejemplo, que, en virtud de una conmoción geológica, se vaciara el Atlántico; esto, indudablemente, produciría una gran elevación en el costo del transporte entre Europa y América, al imposibilitarse el uso de la navegación, para estos fines. Los navieros tendrían que dedicar su capital a otras ocupaciones y los trabajadores del mar, también habrían de buscar otro empleo. Pero, en modo alguno, se perturbaría la posibilidad de enriquecerse, mediante el tráfico con el nuevo continente, bien fuera por tierra o por aire. Lo mismo sucede con la legislación prolaboral, la cual no tiene otro alcance que el de variar los costos de producción.

* Este entarecimiento puede obligar a abandonar ciertas actividades mercantiles, al igual que la conmoción geológica antes imaginada impedía seguir utilizando el transporte marítimo. La reducción de la producción, en ambos casos, apuntaría hacia la escasez y la pobreza del consumidor, pero no afectaría a la posibilidad de obtener ganancias. Precisamente, cuanto más intervenida está la economía, cuanto mayores cortapisas se oponen a la producción, es cuando los más hábiles y perspicaces, los que mejor preven las futuras situaciones, hacen las grandes fortunas. Los que, luego, la gente llama "nouveaux riches".

* ¿Por qué, pues, los patronos suelen oponerse a la llamada "legislación social"? Por dos razones. Primero, porque al abandonar una producción supone generalmente pérdidas para el empresario, toda vez que no puede recuperar íntegro el capital invertido. En efecto, el dueño del negocio podrá dedicar el metálico, los créditos contra terceros y, aún, el denominado "activo realizable" a otras operaciones; pero, gran parte del llamado "inmovilizado" habrá de darse por perdido. Nótese bien, sin embargo, que este quebranto del patrono para nada beneficia al obrero. Esas pérdidas pueden decirse son "sociales", nadie gana con ellas; equivalen a los daños ocasionados por los fenómenos naturales. En segundo lugar, el empresario se opone a las medidas examinadas, precisamente, porque le obligan a cambiar, exigiéndolo especial esfuerzo para volver a adaptar su actuación a la nueva situación del mercado y el cambio siempre resulta molesto.

* El error básico en que se incurre, por lo general, al tratar de esta materia, consiste en no percibir que el salario es función del distinto valor del material antes y después de trabajado. ¿Por qué gana más un tornero que un picapedrero? Simplemente, en razón a que la diferencia de valor entre el metal bruto y el mismo elaborado, es mucho mayor que la existente entre la piedra antes y después de quebrada. Como el margen de beneficio es grande, el patrono puede ofrecer salarios elevados, atractivos para los operarios. Ahora bien, si no lo hace, se quedará sin tornero, porque habrá otro empresario, más perspicaz, que preferirá reducir su beneficio, antes de quedarse sin ganancia alguna, por haber perdido al trabajador.

* Verdad es que la ciencia todavía no había elaborado suficientemente estos conceptos, cuando Marx formuló su conocida "ley de hierro de los salarios", según la cual éstos constituyen categorías históricas y nunca sobrepasan el mínimo indispensable para la supervivencia del trabajador. Lo curioso es que, hoy en día, pese a los progresos de los estudios económicos, la gente, tácitamente, sigue creyendo en aquel falso postulado marxista y en la posibilidad de elevar coactivamente la remuneración laboral.

* En efecto, si el salario es una cantidad fija, que nada tiene que ver con el valor que la actuación laboral concede al material, al reducir las horas de trabajo, evidentemente, se beneficia al obrero, ya que, aún cuando su salario, por definición, no puede variar, gozará de mayor descanso y se restringirá la capacidad explotadora del patrono.

* Ahora bien, si, por el contrario, se considera el trabajo como lo que, verdaderamente es, un bien económico, como cualquiera otro, que se compra y se vende en el mercado, el problema presenta nuevas facetas. El incremento coactivo del salario, debe de ser analizado como cualquier su- puesto en el que se impongan precios mínimos. A este cometido se dedica otro capítulo. Examinar, aquí, el tema sería desviarse del asunto objeto del presente análisis, limitado a estudiar entre las diversas medidas de restricción, el aspecto restrictivo de la producción que tiene, a veces, la política social.

* Pero, antes de volver a la cuestión, merece destacarse la manifiesta inadmisibilidad dialéctica de la célebre "ley de hierro", por cuanto no explica la disparidad de los diferentes salarios, dentro de un mismo país; menos aún, justifica por qué, el obrero americano cobra, por ejemplo, descom- tada la posible diferencia del coste de la vida, mucho más que el obrero ma- rroquí; y tampoco aclara las razones que, a lo largo del tiempo, hacen subir o bajar el salario correspondiente a cualquier trabajo determinado.

* La realidad es que las medidas laborales restrictivas no sirven si no para empobrecer. Es lamentable, desde luego, que, en Asia, millones de tiernos niños sufran hambre y miseria; que los salarios sean bajísimos, com- parados con los occidentales; que la jornada laboral sea larga y las condicio- nes de trabajo deplorables. Pero todo esto no se puede resolver más que incre- mentando la cifra de capital existente. Con medidas restrictivas, reduciendo coactivamente, por ejemplo, las horas de trabajo o prohibiendo emplear a la mujer casada, solo cabe empeorar la situación. En efecto, si el cabeza de fa- milia es tan pobre que no puede alimentar a su cónyuge y dependientes, vedar- les a éstos el acceso al trabajo, es condenarlos al hambre; si, para vivir, el hombre necesita trabajar diez horas, ciertamente, no se le favorece prohi- biéndosele laborar más de ocho.

* Estas realidades resultan difíciles de impugnar, por eso, en la tri- buna, en el periódico y, aún, en los tratados de economía, se pretende esca- motear su planteamiento. El laborista, el legislador social, con encendidas proclamas, quiere presentarse como único defensor de los pobres, singular abogado de los humildes, que exige elevar los salarios, dar más descanso al trabajador, liberar a mujeres y niños del yugo laboral, etc. Pero, ese preten- dido exclusivismo es falso e intencionadamente buscado. Cualquiera, que no sea sádico, fervientemente desea se conquisten esos objetivos. En cuanto a la meta, no hay discusión; el problema surge cuando se trata de enjuiciar los caminos idóneos para alcanzar aquellas rosadas cumbres.

* Con respecto al Oriente, en los países occidentales, efectivamen- te, el nivel de vida es mucho más elevado, los salarios reales muy superio- res, la jornada laboral corta, los niños van a la escuela en vez de a las mi- nas. Pero, todo esto no se debe a las leyes, ni a la acción del gobierno, si- no al hecho de que hay mucho más capital invertido por cabeza y, consecuen- temente, la utilidad marginal del trabajo es notablemente superior. El "lais- ssez faire", produjo el milagro occidental y a esa misma taumaturgia habrán de recurrir los asiáticos si quieren mejorar su suerte.

II. - LA RESTRICCION COMO PRIVILEGIO.

Los cambios de circunstancias acaecidos en el mercado no afectan a todos, forzosamente del mismo modo; para unos, la mutación puede representar una ventaja, mientras que, para otros, puede ser un perjuicio. Solo, después de un cierto tiempo, cuando la producción queda reajustada al nuevo hecho, se desvanecen estos efectos. Así, cualquier medida restrictiva, aún cuando perjudique a la mayoría, puede, temporalmente, beneficiar a algunas gentes; para éstas la restricción equivale a la concesión de un privilegio.

El proteccionismo constituye ejemplo clásico. La tarifa, que impide o dificulta la importación, indudablemente, daña a los consumidores, los cuales han de conformarse con una cosa peor o más cara que la extranjera. Ahora bien, al fabricante nacional se le beneficia, permitiéndosele cobrar unos precios, que la competencia de fuera le impedía solicitar. Con todas las medidas restrictivas sucede lo mismo.

Pero, conviene notar que las ventajas así concedidas son solo temporales. Con el tiempo, el privilegio vá perdiendo su capacidad para originar beneficios específicos, ya que el sector favorecido atrae a nuevas gentes y la competencia desvanece las primitivas ganancias. Los competidores son, ahora, todos nacionales; todos producen a costos superiores a los del extranjero; el consumidor, por tanto, se halla peor atendido empobrecido, en definitiva. Pero, la lucha entre los distintos empresarios no por eso es menos dura, de tal suerte que ninguno puede desviarse del precio que corresponde a las circunstancias específicas de aquel cerrado círculo. Esto hace ver por qué es insaciable el afán por continuos y mayores privilegios, al experimentar cómo los antiguos beneficios van perdiendo eficacia. Ahora bien, la supresión de una medida restrictiva, a cuya existencia la producción ya se ha adaptado, significa un nuevo desarreglo del mercado, lo que supone, a la corta, favorecer a unos y perjudicar a otros.

Examinemos el caso concreto de una tarifa proteccionista. Ruritania es un país; hace años, digamos en 1930, prohibió la importación de los curtidos, por ejemplo. Es indiferente cual fuera, concretamente, la medida administrativa empleada a tal fin. En un principio, los fabricantes nacionales se vieron grandemente favorecidos, pero estas ganancias extraordinarias fueron desvaneciéndose, a medida que se establecían nuevas tenerías. Pronto resultó que no se había hecho más que desplazar una parte de la industria mundial del cuero, de los lugares donde mayor productividad, por unidad de inversión, tenía, a otros emplazamientos menos rentables, en los cuales los costos eran mayores. El usuario es quien pagaba las consecuencias. Y como se destinaba en Ruritania más capital y trabajo a la producción de cuero, había otras industrias que, concomitantemente, o habían sido restringidas o no habían llegado a implantarse. Ruritania no importaba cuero o importaba menos que en régimen libre, por tanto, también, exportaba menos cosas. El comercio extranjero se había contraído. Nadie, ni dentro ni fuera del país, derivaba ya ventaja alguna del mantenimiento de la tarifa ruritana; antes al contrario, toda la humanidad se perjudicaba por el descenso de la producción mundial, al haberse desplazado, como antes se decía, el capital y el trabajo de aquellos lugares donde más producían a otros en los que tenían menor capacidad productiva.

Si la política adoptada por Ruritania, con respecto a los curtidos, fuera seguida, por todos los países, en todas las ramas de la producción, se llegaría a la desintegración del tráfico internacional, a la total autarquía nacional. Para los proteccionistas ésto sería una ventaja indudable. Pero el error es manifiesto, por cuanto, si la autosuficiencia es lo bueno, ¿por qué no se

guir y hacer autárquicas a las provincias, a las ciudades, a las familias y, aún a los individuos, desterrando la división social del trabajo? Nótese que, en última instancia, después de mil sutilezas y distingos, el amante de la autarquía viene a decirnos que la división del trabajo es nociva para el bienestar de las gentes. La tesis es tan monstruosa que resulta difícil creer subsista en occidente algún troglodítico pensador a quien sea necesario, todavía explicar cosas que saben los niños de las escuelas.

Dejando aparte el tema de la autarquía, que se analiza más adelante, al examinar la economía de guerra, resulta obvio que suprimir la tarifa ruritana, en definitiva, solo beneficios podría producir, aún cuando, de momento, tal vez se perjudicara a los empresarios que habían invertido sus capitales en las innecesarias tenerías, obligándose también a los obreros excedentes a buscar otras ocupaciones, dentro o fuera del país.

La existencia de estos perjudicados hace ver por qué es, políticamente, tan difícil acabar con cualquier medida restrictiva, una vez la producción se ha ajustado a ella. Aún cuando la tarifa es perniciosa para todos, su supresión, momentáneamente, daña a algunas personas. Estas constituyen, indudablemente, una minoría. En la imaginaria Ruritania solo la pequeña fracción de la sociedad dedicada a las tenerías, en el peor de los casos, puede salir perjudicada, mientras la inmensa mayoría se beneficiaría con la rebaja de los precios.

Esto es evidente, como también lo es el que, una vez reajustada la producción, todos estarían mejor, incluso los en un principio perjudicados. Pero la oposición al libremercado no se rinde fácilmente y pretende establecer una última línea de resistencia, diciendo: Concedido que, en el anterior planteamiento, solo los ruritanos dedicados al cuero tienen interés inmediato en mantener el proteccionismo; pero, si se otorga protección a todas las ramas de la producción, entonces, suprimir las tarifas perjudicará al conjunto de la nación, aunque solo sea temporalmente, y son los intereses del momento los que valen.

El argumento encierra tres errores graves. En primer lugar, no es cierto que todos los sectores industriales se perjudicarían con la supresión del proteccionismo. Aquellas ramas cuyos costos de producción fueran comparativamente más bajos progresarían y ampliarían sus negocios bajo el libremercado. Sus intereses, no solo a la larga, sino también de momento, se verían favorecidos. La tarifa no les confiere ventaja alguna, antes al contrario, la protección otorgada a aquellas mercancías, cuyos costos son en Ruritania más elevados que en el extranjero, les perjudica, al canalizar hacia explotaciones deficitarias el capital y trabajo que, en otro caso, acudiría a las primeras.

En segundo lugar, la idea de que los intereses inmediatos son los que más valora el hombre es totalmente falsa. El factor tiempo, indudablemente, tiene transcendencia humana; para el individuo no vale lo mismo la manzana que puede comerse hoy que la que podrá consumir dentro de veinticinco años. Ahora bien, este factor tiempo no es decisivo para la actuación, constituyendo una consideración más que el hombre toma en cuenta para proceder de un modo u otro. La gente ingiere amargas medicinas porque prefiere el bien estar de mañana al sacrificio de hoy. Es más, quien, de verdad, mantenga que el presente es lo único importante habrá, en definitiva, de defender la rigidez e inmovilidad más perfecta, oponiéndose a cualquier progreso técnico y, aún, terapéutico (1).

(1) Esto llegó a ser defendido por algunos pensadores nazis. Vid. Sombart, "A New Social Philosophy", pp. 242/245.

Por último, si lo que se discute es la supresión de un régimen de protección total, no cabe olvidar que, en la supuesta Ruritania, las tene-
rias se perjudicarían por la supresión de una de las tarifas, pero se benefi-
ciarían con la reducción de los precios de todas las demás explotaciones libe-
radas. Y esta tendencia, que se manifestaría desde un principio, no sería me-
ramente transitoria, como los beneficios del proteccionismo, sino duradera y
enriquecedora para todos.

La oposición a abolir la protección tarifaria sería consecuente desde el punto de vista de los curtidores si no existiera proteccionismo más que para el cuero. En tal supuesto, incluso, cabría justificar una actitud ins-
pirada en el humano egoísmo. Pero, precisamente, entonces es cuando los pro-
teccionistas tendrían perdida la partida, ya que la nación entera los avasalla-
ría. Lo curioso en el mundo actual es que el proteccionismo se defiende, pre-
cisamente, porque es comprensivo y total. Luchan contra el libre cambio agru-
paciones de gentes dispares, sin intereses comunes, todas las cuales ganarían
con la supresión, a la larga. Y, aún, las minorías que, instantáneamente, no
se vieran directamente favorecidas, compensarían sus perjuicios con ventajas,
en muchos casos mayores. Sin embargo, la ignorancia de las enseñanzas eco-
nómicas ciega a las masas modernas y cada proteccionista, por temor a per-
der los privilegios propios, defiende los ajenos, aún cuando éstos gravemente
perjudican sus intereses y hasta es posible nulifiquen sus beneficios tarifarios.

Las tarifas como protección al obrero. -

No queda con lo anterior agotado el tema y conviene analizar otra faceta que presenta el problema de las tarifas. Hay muchos para quienes el proteccionismo viene a ser un beneficio concedido a los trabajadores del país, proporcionándoles, para siempre, un nivel de vida superior al que disfrutarían bajo el libre cambio. Este pensamiento, que vamos a examinar, se agita por do-
quier, no solo en América y en aquellos países que, efectivamente, disfrutan
de unos salarios notablemente superiores a los del resto del mundo, sino tam-
bien en las zonas de economía más retrasada, a las cuales el librecambismo
fertilizaría de manera impresionante.

El proteccionista americano, por ejemplo, razona así: Si los EE. UU. suprimieran sus tarifas, los productos extranjeros entrarían en el país y, como su precio, por fuerza, al pagar salarios inferiores, sería menor que el de las mismas mercancías americanas, desplazarían a éstas del merca-
do, dejando sin trabajo a los obreros americanos de las industrias competidoras; estos parados invadirían el mercado laboral, provocando una baja de los sala-
rios, el nivel de vida de los EE. UU. en definitiva, se perjudicaría.

Nada más ajeno a la verdad. Pero, antes de evidenciar los erro-
res que encierra el razonamiento, conviene destacar que, bajo un régimen de perfecta movilidad internacional del capital y del trabajo, efectivamente, se tendería a la igualación universal de los salarios. Si no hubiera cortapisas a la emigración y todos los países autorizaran la libre entrada de capital extran-
jero, por igual cantidad y calidad de trabajo, se vendría a cobrar el mismo sa-
lario en Chicago que en Marrakesh, en Londres que en Pekín, en Moscú que en Almería. Esta realidad, evidentemente, debería aunar a todos los pueblos pobres para marchar juntos por el camino de la libertad económica. Tal vez po-
drían asustarse los anglosajones, los países nórdicos, ese 10 % de la población terrestre que vive mejor. Pero, para los parias del universo, para las nuevas naciones asiáticas, para los pueblos musulmanes, para la Europa meridional y la América latina, esa apuntada tendencia igualitaria abriría perspectivas in-
mediatas de felicidad y riqueza. Sin embargo, son estas mismas masas igna-
ras las que, con mayor furia, condenan al "oro extranjero", reclaman protec-

ciones para industrias prácticamente inexistentes y jubilosas aplauden el fe-
roz intervencionismo de sus gobernantes. En verdad, se cumple el adagio clá-
sico: "a quien los dioses quieren perder, primero, le cagan".

Igualmente, conviene destacar, por otra parte que, pese al mi-
lagroso progreso que experimentarían las naciones económicamente retrasa-
das, la implantación de un régimen mundial de libertad, indudablemente bene-
ficiaría también a los trabajadores de los países más industrializados, habi-
da cuenta de las enormes riquezas naturales existentes en el mundo y que
aguardan, estériles, por culpa del dirigismo, aliado con la xenofobia, el im-
pulso capitalista vivificador. Ello sin contar con el hecho de invertir los fac-
tores de producción donde mayor rentabilidad tuvieran, supondría un mejor
aprovechamiento del capital, equivalente a un incremento del mismo. Estas
dos circunstancias, aunadas, representarían una inyección de potencialidad
económica tal que hasta aquellos trabajadores, hoy en día, mejor pagados, ex-
perimentarían un notable mejoramiento en su nivel de vida.

Pero estos pensamientos nos apartan, ligeramente, del tema,
consistente en determinar, como antes se decía, qué efectos produciría la
supresión, en cualquier país, de las propias tarifas proteccionistas, dentro
del marco de este mundo actual, plagado de barreras migratorias y de corta-
pisas al movimiento de capitales, independientemente de lo que puedan hacer
las demás naciones. Examinemos el caso de América, toda vez que, al ser la
nación que goza de más elevado nivel de vida, según la opinión proteccionista,
citada al principio, sería la más perjudicada por el liberalismo. Permitase la
reiteración de algunas ideas ya consignadas en el apartado anterior, en aras
a la claridad expositiva con independencia de que la repetición puede estar jus-
tificada, habida cuenta de los graves errores en que se suele incurrir, al tra-
tar estas materias.

Partamos de hechos indubitables. Por un lado, resulta que el
obrero chino cobra un salario muy inferior al de su compañero norteamerica-
no y ello se debe, entre otras razones, a que las barreras migratorias le ve-
dan el ir a trabajar a California y a que las leyes de la república popular ama-
rilla impiden al capital americano interesarse en las enormes posibilidades
de aquella nación. Por otra parte, es igualmente cierto que la seda china, por
ejemplo, es mejor o más barata que el mismo producto fabricado en América.
En su consecuencia, el gobierno de los EE. UU. tiene establecidas unas seve-
ras tarifas que impiden la entrada de esta mercancía en el país, a los precios
de origen. Desde luego, resulta indiferente, a los efectos examinados, que la
baratura de la seda china se deba a que el país ofrece condiciones naturales
más favorables para la producción o a que los salarios sean allí, más bajos.

Pues bien, planteada así la cuestión, si los EE. UU. suprimen
las aludidas tarifas, no hay duda alguna de que, el consumidor, es decir, la
inmensa mayoría del pueblo americano, inmediatamente, se enriquecería e in-
crementaría su nivel de vida, ya que, con un gasto inferior, podría gozar de
cosas mejores.

Sentado esto, veamos qué sucedería con aquella minoría integra-
da por los capitalistas y obreros dedicados a la producción de la seda. Induda-
blemente, esta industria americana desaparecería o quedaría restringida a
aquellas plantas que pudieran competir con las extranjeras. Ahora bien, el ca-
pital invertido en ellas no se esfumaría, simplemente se trasladaría a otros
cometidos, es decir, aparecerían nuevas industrias o ampliaríanse las existen-
tes. La posibilidad de dar trabajo, para nada, se disminuiría, porque las pér-
didas derivadas de la inconvertibilidad de algunos factores de producción, ba-
jo el signo de la libertad, sustancialmente, se compensarían con el virtual in-
cremento de capital que supone su mejor utilización. Por tanto, para el obre-

no americano el cambio sería inocuo; en definitiva, se limitaría a coger su automóvil por las mañanas y, en vez de ir a la fábrica A, se dirigiría a la explotación B. Los únicos que podrían sufrir algo más serían los capitalistas, por la mengua que experimentaría su patrimonio, al no poder recuperar alguna parte de su activo inmovilizado. Estas pérdidas son, evidentemente, despreciables, comparadas con los beneficios que la supresión de las tarifas derramaría sobre el conjunto del pueblo americano.

Pero, al dirigista no le gusta esta exposición, que echa por tierra al pernicioso y mendaz castillo de naipes construido, en torno al proteccionismo y su secuela la intervención de divisas, y rearguye que el expuesto planteamiento constituye una típica elucubración teórica. La realidad práctica asegura que sería otra. En efecto, dice, lo que sucedería, de verdad, es que el americano, en vez de invertir su dinero en la industria del país, comprando los correspondientes productos, gastaría el capital en mercancías extranjeras; enriquecería a los de fuera, pero, en definitiva, empobrecería a los EE. UU.

El error es garrafal. Ciertamente que los chinos al aumentar sus ventas en los EE. UU. se enriquecerían, ganando más dólares, pero lo importante es que estos dólares, por más manos que pasaran, habrían de volver a los EE. UU., incrementando las ventas de las industrias americanas e impulsando la economía yanqui, lo mismo que si hubieran sido gastados dentro del país por los nacionales. Ni uno solo se perdería por el camino. Porque no hay balanzas de pagos desfavorables. El comercio exterior, lo mismo que el interior, cuadra, inexorablemente. Exportaciones e importaciones siempre se igualan. El tema es tan jugoso que, en verdad, exige dedicarle la sección III. Pero antes, examinemos otros supuestos relacionados con la protección industrial.

El caso de los países pobres. -

Lo anteriormente expuesto, indudablemente, como todas las leyes económicas, tiene vigencia general. Sin embargo hay quienes opinan que las naciones pobres constituyen supuesto especial, arguyendo que puede darse el caso de un país de recursos naturales tan míseros que toda producción resulte allí más cara que en el extranjero. Si ese desgraciado pueblo sigue se diciendo - no protege la industria propia, su empobrecimiento será cada vez mayor y llegará un momento en que, al no poder exportar nada, tampoco podrá importar, y morirá de inanición, si no cuenta con plantas propias de producción.

Este paralogismo no resiste análisis. En efecto, imaginemos, por ejemplo, un abogado de fama, que supiera escribir a máquina perfectamente; pues bien, pese a esta su habilidad, contrata a una mecanógrafa que, a lo mejor, no escribe tan bien como el letrado. Pero, ambas partes, evidentemente, se benefician; la secretaria con el nuevo empleo y el abogado por cuanto puede dedicar a su profesión, mejor remunerada, el tiempo que gastaba mecanografiando escritos. Esto mismo sucede en las relaciones comerciales entre los países pobres y ricos. Aún en el caso, verdaderamente raro, de que un país no superara a sus vecinos en ninguna producción, cabría, sin embargo, exportar, ofreciendo bienes que aquellas naciones dejaban de producir, no porque no pudieran, sino porque preferían dedicar sus factores productivos a otras fabricaciones más interesantes.

Indudablemente, esa hipotética república sería pobre, al igual que lo es todo aquel que ofrece mercancías escasamente valoradas por el mercado. Pero el caso no tiene solución, mientras no varíen las apetencias del

consumo o el sujeto, ya sea individual o colectivo, no saque habilidades mayormente estimadas. Ahora bien, lo que no cabe duda es que el proteccionismo tampoco mejoraría la situación; por el contrario, la empeoraría, según antes se indicaba.

En este orden de ideas, merece examinarse, por ejemplo, el caso de Israel. Palestina, indudablemente, es un país maltratado por la naturaleza. De este hecho sacan muchos de sus habitantes la conclusión de que la economía israelita debe ser protegida contra la competencia de los países superiores. Ahora bien, como antes se veía, no hay razón alguna para que Palestina no pueda entablar ventajosas relaciones de intercambio con estos países superiores, si se limita a aquellas ramas de la producción en que su inferioridad sea mínima. Lo que Israel no puede es suprimir la desfavorabilidad de sus condiciones generales de producción y, pretendiendo hacer rentables, mediante tarifas proteccionistas determinadas ramas, en las que su inferioridad es grande, no logrará sino empeorar la situación, aparte de que con ello la carga de la inferioridad de la producción recaerá probablemente sobre hombros todavía más débiles. Naturalmente, un país como Palestina tendrá que resignarse a ser pobre, pero aún sería más misera si no entrara en la división del trabajo de la economía mundial. Así, pues, los países pobres, menos aún que los países ricos, pueden permitirse el lujo de excluirse de la economía mundial. Según antes se observaba, en un mundo de plena libertad económica internacional, aparecería una tendencia igualitaria de rentas y salarios, ya no habría países ricos y países pobres, sino países de población más o menos densa. Pero como la libertad de movimientos, para hombres y capitales, se ve estorbada por mil circunstancias, es claro que las naciones pobres han de comprar su subsistencia en condiciones más desfavorables. Sin embargo, su situación se alivia en la medida en que la economía mundial les permite concentrar su producción en aquellas ramas en que mejor puedan entablar competencia.

La escasez y la limitada convertibilidad del capital. -

Como hemos visto, proteger a una industria que produce a costos más elevados que sus competidores, nacionales o extranjeros, equivale a empobrecer a los consumidores, obligándoles a invertir mayor capital y trabajo en la satisfacción de unas necesidades que, bajo un régimen de libertad, podrían haber sido atendidas con menor gasto. Pero es preciso examinar el problema que se plantea cuando cabe instalar una nueva industria, mejor ubicada o dotada de medios de producción más perfectos, la cual, si bien, al principio, tal vez trabaje con mayores costos que las plantas existentes, luego podría producir más barato, precisamente, por aquellos óptimos dispositivos o situación que disfruta.

Socialistas y dirigistas gustan de resaltar la imperfección técnica del sistema capitalista de producción, haciendo ver las ventajas que reportaría una más "racional" organización de las fuerzas productivas. El error fundamental en que tales ideólogos incurren estriba en no apreciar, de un lado, la escasez de los bienes de capital y, de otro, la limitada convertibilidad de los factores de producción, lo cual impide cambiar el destino del capital existente, siempre materializado en cosas determinadas, para dedicarlo a funciones distintas. Olvidan que el hombre lleva a la espalda una larga historia. No se percatan de que los factores de producción existentes fueron producidos, sobre la base de unos conocimientos técnicos determinados, para atender necesidades que ayer ocupaban en la escala valorativa un cierto lugar. Los permanentes cambios y mutaciones del mercado trastornan de continuo los planes productivos. Si, para mejor atender los deseos de los consumidores, se hace preciso variar el rumbo de la producción, ya sea en sentido cuantitativo o cualitativo, si se descubren nuevas técnicas y métodos más perfectos de fabricación, preci

so es decidir entre desaprovechar una parte del capital producido o ajustar las nuevas fabricaciones, en lo posible, al carácter específico de los existentes bienes de capital. El dilema, en la economía de mercado, lo resuelven los propios consumidores, comprando o dejando de comprar. Son las gentes, al optar entre el ferrocarril o el automóvil, la luz de gas o el alumbrado eléctrico, la tela de algodón o los tejidos de rayón quienes deciden la alternativa, induciendo a los empresarios a continuar aprovechando los existentes bienes de capital o abandonar su uso y producir los necesarios factores de producción exigidos por la nueva fabricación.

El problema es siempre el mismo, ya se trate de cambiar la ubicación de la industria, de adoptar nuevas técnicas fabriles o de variar, en cualquier forma, la producción. El nudo de la cuestión estriba en que el capital indefectiblemente resulta escaso comparado con los múltiples destinos que cabría darle para satisfacer las necesidades potencialmente infinitas de los consumidores. La operación del mercado, de modo inexorable, obliga al empresariado a utilizar los existentes bienes de capital de tal modo que se obtenga el máximo rendimiento por unidad de inversión y, consecuentemente, la industria, la agricultura y la producción en general tiende a ubicarse en los lugares más idóneos, adoptando las técnicas más adelantadas. Ahora bien, para adoptar cualquier adelanto es preciso que la mayor productividad del mismo compense no solo el nuevo capital invertido, sino además el antiguo que quedara inaprovechado. Este dilema, si se quiere servir, de verdad, a los consumidores, ha de ser resuelto libremente por el mercado, con arreglo a las valuaciones subjetivas de quienes en él operan. Primar cualquier producción, por interesante y económica que a ingenieros y especialistas pueda parecer, es ir contra las voliciones de los consumidores, privilegiando a una minoría.

* En estas materias fácil es producir graves espejismos. Son innúmeros, por ejemplo, los observadores del agro español que no comprenden como se halla tan escasamente mecanizado. Viendo al escualido labriego tras el arado romano, recurren a las más variadas explicaciones, las cuales, según el gusto de cada uno, acaban centrando las culpas en la desidia liberal, el poder de la iglesia o la acción de la masonería. El atraso técnico del campo español, sin embargo, se debe a una razón económica: falta de capital e inconvertibilidad del existente. Es indudable que con las modernas técnicas agronómicas las tierras españolas producirían más. Ahora bien, la industrialización del agro exige capitales que, en la actualidad, se destinan a otros cometidos. Industrializar la producción agraria obligaría a restringir fabricaciones, más valoradas por el mercado y a dejar de aprovechar unos capitales, hoy productivos, que cristalizaron en forma de caballos y mulas, carros y aperos, los cuales quedarían, en gran parte, sin utilización posible. Si se quiere, de verdad, proveer a las necesidades populares, en este asunto, como en todos los de índole económica, no debe encomendarse la solución del problema a funcionarios públicos. Antes al contrario, hay que dejar al mercado que resuelva libre y soberanamente. Tan pronto como en España haya capital bastante para industrializar la agricultura, sin descuidar otras producciones mayormente valoradas por el mercado, el agro español se poblará de ingenios mecánicos, si es que mediante ellos se produce a menor costo. Mientras llegue ese momento, primar la producción agrícola mecanizada equivale a empobrecer a los consumidores.

III. - PRIMER ENCUENTRO CON EL COMERCIO EXTERIOR. -

El comercio exterior, junto con los problemas laborales, tal vez constituyan las facetas económicas acerca de las cuales mayores inexactitudes han sido proferidas, a veces, por motivos interesados, pero también, en algunas ocasiones, ciertamente raras, de buena fé. La verdad es que el tráfico mer

cantil con el extranjero no presenta ninguna característica sustancial, que lo distinga del comercio interior. No hay razón científica alguna para hacer de aquel coto cerrado y particular, tema oscuro, envuelto en misteriosos velos, que solo esotéricos especialistas pueden descorrer.

Para abordar el asunto, con el debido rigor, conviene partir del hecho, en cierto modo perogrullesco, de que nadie puede comprar, dentro o fuera del país, más que por el mismo importe vendido. Consecuentemente, la balanza de pagos, sea de un individuo, de una ciudad o de una nación, siempre ha de cuadrar.

Es de hacer notar que el vendedor no atesora las cantidades percibidas, sino que las reinvierte, a su vez, comprando. Esto es importante, por cuanto la gente cree que el individuo, a medida que se enriquece, vá acumulando más y más dinero en su poder. La mentalidad popular se representa al rico gordo y satisfecho, sentado frente a una caja de caudales repleta de talegas de rubia moneda. Pero lo cierto es que la tesorería de una persona, es decir, el dinero metálico que ésta conserva en su poder, ya sea en caja, ya sea en cuentas a la vista, no es función de la riqueza poseída. Innecesario es recordar los inúmeros multimillonarios y empresas riquísimas, que disponen de unas tesorerías de lo más endebles. ¿Quiere ésto decir que esas acaudaladas personas y entidades no son ricas? Nada de eso; la escasez de numerario solo significa que han invertido su riqueza en cosas que les parecen más interesantes que la moneda.

Los mercantilistas suponen que el saldo de caja es lo que no se ha podido gastar, lo que resta después de hacer todas las inversiones deseadas. Nada más alejado de la verdad. El dinero a la vista tiene indudables ventajas, por cuanto permite a su poseedor gozar de una libertad de acción de la que carecería si tuviera invertida su riqueza en bienes de realización más difícil, pero puede decirse que es esa su única utilidad. Por eso, el hombre, en cuanto adquiere una suma dineraria, valora y compara la utilidad de conservarla en el bolsillo o de invertirla, ora en bienes de consumo inmediato, ora en bienes de capital, con vistas, en este caso, a incrementar sus ganancias futuras. De acuerdo con lo expuesto, la cantidad de dinero que cada persona, natural o jurídica, conserva en caja, depende de la utilidad marginal, del valor subjetivo que, para el interesado, tenga la posesión de numerario.

El dinero, en consecuencia, debe verse como un bien económico, sujeto, como toda mercancía, a la ley de la utilidad marginal, y que el hombre desea poseer, en todo caso, por ser medio general de pago, que el mercado acepta y, además, cuando tiene valor intrínseco, por reunir esta condición. Así, cuando un individuo considera que tiene, desde su punto de vista subjetivo, demasiado metálico, liquida el exceso e incrementa sus compras o, al menos, reduce sus ventas, y a la inversa, si considera escasa su tesorería, procede a vender o, al menos, a restringir sus compras.

Todo el dinero existente en una economía está en poder de las personas naturales o jurídicas que, dentro de ella, operan. Ahora bien, cada uno de estos miembros conserva en su caja la cantidad en metálico que le aconsejan sus apetencias subjetivas, es decir, invierte su riqueza, con arreglo a la utilidad marginal de los mismos, en múltiples bienes económicos, uno de los cuales es dinero.

Si todos los individuos de una nación, desean restringir su tenencia de numerario, procederán a comprar; los precios subirán, no solo por el aumento de la demanda, sino también por la disminución de la oferta, ya que nadie querrá vender, para no aumentar su arqueo. El proceso adquisitivo, sin

embargo, se paralizará en cuanto el mayor costo haga variar el aprecio subjetivo de la mercancía. El caso inverso es el mismo; si la gente quiere atesorar, provoca una baja de precios, y este descenso y coste de las cosas, igualmente, detiene la carrera de ventas.

En caso de inflación, cuando el gobierno arroja al mercado nuevos medios de pago, sucede, precisamente, que la gente, al no tener razón alguna para elevar su tesorería, pretende reducir el exceso de dinero incrementando las compras. Los precios suben hasta regularizar la situación. Si las autoridades no insisten en la inflación, la economía, con los nuevos precios, reanuda su marcha. Ahora bien, si prosigue la creación de dinero, continúan los precios su marcha ascensional.

Una vez adaptadas las tesorerías individuales al dinero existente, cualquier compraventa provoca un exceso de numerario en el vendedor y una restricción de metálico en el comprador. Ambos desean regularizar sus tesorerías, comprando y vendiendo, a la inversa. Lo mismo sucede con el comercio interlocal, interprovincial o internacional. Si los españoles compran en Francia, los franceses se encuentran con un exceso de dinero que, en definitiva, volverá a España, para corresponder a las ventas españolas realizadas al objeto de compensar las compras hechas en Francia. Si los españoles no practicaran estas segundas ventas, sería porque querían reducir su caja, pero, no por eso, serían más pobres. En efecto, si se hiciera un balance contable de la situación española, resultaría que las cuentas de metálico habían disminuido, aumentando congruentemente otras rúbricas del mismo signo. El Activo arrojaría el mismo saldo, después de las importaciones. Según más arriba se consignaba, la balanza internacional de pagos cuadra, inexorablemente (1).

Es de notar que lo expuesto no tiene nada que ver con pérdidas o con ganancias. En toda operación de trueque o compraventa, según reiteradamente se hace notar en estas páginas, las dos partes salen siempre beneficiadas; las mutuas contraprestaciones no se igualan, sino que cada contratante, valora, subjetivamente, en más, lo que recibe, que lo que da. En otro caso, no habría cambio, serían fuerzas contrarias e iguales que se contrarrestarían. Las ganancias y pérdidas aparecen cuando el individuo acude al mercado con su mercancía y compara el precio que los consumidores están dispuestos a pagar por ella con lo que a él le costó.

Los gobiernos de la España imperial, para aumentar sus ingresos fiscales, recurrían a rebajar el valor de la moneda circulante, en definitiva, aumentaban los medios de pago, hacían inflación. Los españoles se encontraban con un exceso de dinero y, para liquidarlo, aumentaban sus compras; cuando el alza de los precios nacionales devenía excesiva, compraban en el extranjero. Los arbitristas monetarios, al referirse a estas importaciones, sufrían graves congojas por "aquellos dineros que salieron de estos reinos". En sus escritos atribuían la pobreza del país a este numerario exportado. Pero, nótese bien, ni empobrecía a la nación, ni se perjudicaba a sí mismo, el español cuando cambiaba una bolsa de doblones, que no quería conservar en su poder, por un caballo francés o por un arma milanesa. La indudable pobreza la ocasionaban las

(1) Es de notar que en todo este análisis se presupone la circulación internacional del oro. Tratándose, como sucede, en la actualidad, de papel-moneda, resulta de evidencia aún más meridiana la certeza del aserto según el cual las sumas gastadas en cualquier importación, forzosamente han de volver al país, financiando congrua exportación. En efecto, si tomamos la peseta, por ejemplo, esta unidad monetaria no es más que un papel, sin valor intrínseco, cuya posesión solo cobra interés cuando se trata de comprar con ella cosas en España. Siendo ello así, ¿es posible, en buena lógica, pensar que

guerras, los intervencionismos y, en general, las descabelladas aventuras de la gloriosa Casa de Austria (1).

Como antes se decía, en caso de inflación, la gente que no vé motivo alguno para modificar su saldo numerario, dispone del exceso, aumentando sus compras en el país o en el extranjero. Los comerciantes del exterior, que tampoco ven utilidad alguna en incrementar su tenencia de dinero, amplían también sus importaciones del país donde tiene lugar la inflación. Este incremento de la compra hace subir los precios y, entonces, es cuando se rebaja la cotización nacional e internacional de la valuta. Pero, nótese bien, que este descenso del valor de la moneda nada tiene que ver con el comercio exterior. Igual se hubiera producido de ser la nación plenamente autárquica, si bien, en ese caso, el fenómeno lo habría provocado solo el incremento de compras de los nacionales.

* Parece que con lo expuesto queda evidenciada la total inutilidad de la intervención del comercio exterior y del tráfico en divisas. Prohibir las importaciones produce los efectos antes examinados. Por su parte, la fijación artificial de los cambios extranjeros equivale a expropiar al exportador una parte de su capital. En efecto, financieramente hablando, al Estado le es igual adquirir la divisa a un precio envilecido que pagar a su tenedor el total valor de aquella e imponerle, al tiempo, un impuesto o contribución proporcional al valor exportado, equivalente a la diferencia en más abonada, que compensara el mayor precio pagado por la divisa. Si las autoridades así procedieran, se vería que intervenir la moneda extranjera, en última instancia, no era sino primar la importación y gravar la exportación. Es ello tan monstruoso que, en verdad, los gobiernos modernos no se atreven a implantar abiertamente ese tratamiento y prefieren disimular las cosas, aún cuando los efectos para nada se varían, montando las laberínticas reglamentaciones y burocracias de los Institutos de Moneda, tapujos que logran engañar a las almas cándidas.

La cortina de humo proteccionista. -

Tal vez nos hayamos extendido excesivamente en el anterior examen del comercio exterior, siendo así que más adelante habrá que volver sobre el tema, pero ello era necesario, ya que la moderna regulación de importaciones y exportaciones, de cambios de divisas persigue los mismos objetivos y adúcese en su favor las mismas razones, con que se pretendió, desde un principio, justificar la restricción del tráfico extranjero y, concretamente, las barreras proteccionistas. Vistas, pues, así, unas y otras medidas, como manifestaciones de una misma política restrictiva, compréndese que, en el presente capítulo, convenga hacer referencia a todas ellas.

Las tarifas proteccionistas y demás medidas restrictivas del comercio exterior producen, como es evidente, efectos contrarios a los que, al implantarlos, se quería alcanzar. Aún cuando muchos se van dando cuenta de esto, lo cierto es que el intervencionista no puede prescindir de dichas medidas, por cuanto constituyen la única careta que le permite disfrazar las perniciosas consecuencias de su política.

Como antes se decía, si se instaurara plena libertad de movimientos para el capital, el trabajo y las mercancías, se produciría una tendencia igualitaria de los salarios. Tal tendencia no puede aparecer aun cuando, sus-

un francés, pongamos por caso, puede aceptar pesetas, si no es para gastárselas, él u otros cesionarios, en nuestra patria?

(1) Vid. Earl. J. Hamilton, "El florecimiento del capitalismo". (Madrid, Revista de Occidente, 1948) pp. 119 y sig.

tancialmente, exista un tráfico internacional de mercaderías, si subsisten las barreras migratorias y se prohíbe al capital desplazarse libremente e interesarse en cualquier asunto que el capitalista considere económicamente útil. Lo que, en este supuesto, acontece es que los salarios de los distintos países adoptan, entre sí, una proporcionalidad, según el capital existente, en cada uno de ellos. A este nivel de salarios, que podríamos llamar libre, dentro de cada economía nacional, tanto el que busca como el que ofrece trabajo, encuentra todo el que quiera. Hay "empleo total".

Partiendo de estas ideas, imaginemos que solo hay dos países: Ruritania y Mauritania. En Ruritania, los salarios son el doble que en Mauritania; y ahora bien, el gobierno ruritano, deseoso de mejorar el nivel de vida de las clases de economía más débil, cándidamente se lanza a la implantación de cualquiera de las llamadas "conquistas sociales". Por ejemplo, reduce la jornada laboral, sin permitir rebajar los salarios. La medida ocasiona una contracción de la producción igual que si se hubiera reducido el número de trabajadores y, al tiempo, una virtual elevación coactiva de los salarios. La gente disfruta de más descanso, pero hay menos cosas para repartirse entre todos. La manzana se ha hecho más pequeña. Si, antes, el obrero se llevaba la mitad de la manzana grande, ahora, recibe dos terceras partes de la menor. ¿Qué es mayor en términos absolutos, la mitad de una o las dos terceras partes de la otra? Teóricamente, el problema es insoluble, habría que ir sobre el terreno y examinar todas las condiciones concurrentes en cada supuesto práctico. Pero, tan árdua investigación, solo tendría interés si fuera cierto que las medidas examinadas no tuvieran otras consecuencias más que las de reducir la producción y elevar virtualmente los salarios. Sin embargo, las medidas examinadas ocasionan, en la constelación económica, toda una serie de efectos más trascendentes que hacen innecesario resolver aquella incógnita.

Los supuestos hechos constituyen un acontecimiento interno en Ruritania, pero, de rechazo, vienen a afectar también a Mauritania. En efecto, como los ruritanos producen y consumen menos que antes, han de restringir sus adquisiciones mauritanas. Desde luego, en este segundo país no se registra, como en Ruritania, un descenso general de la producción, pero algunas de las industrias de Mauritania que trabajan para la exportación, habrán de renunciar a sus mercados ruritanos. Ambos países se harán, quieran que no, más autárquicos. Para los proteccionistas ésto es una ventaja, pero, en puridad, no significa sino que se ha reducido el nivel de vida de ambos países, ya que, la gente tiene que renunciar a las mercancías que antes se intercambiaban o, al menos, ha de contentarse con nuevos productos nacionales, de peor calidad o mayor costo que los importados.

Pero estas consecuencias finales de la política de Ruritania no afectan a todas las industrias de Mauritania del mismo modo ni al mismo tiempo. Primeramente, una serie de estadios han de ser recorridos hasta que las dos economías se ajusten a la reducción de la producción ruritana. Solo entonces se habrán consumado todos los efectos y ambos países quedarán igual que antes, nada más que con un nivel de vida inferior. Los resultados primeros son distintos de los que, a la larga, se producen y, sobre todo, más espectaculares. Nadie puede dejar de percibir aquéllos, mientras que, de los segundos sólo el estudioso se percata. No es difícil ocultar al común de las gentes las consecuencias producidas a la larga, pero, por lo que se refiere a las inmediatas, algo debe hacerse para enmascararlas, pues, en otro caso, todo el mundo comprobaría que la política gubernamental originaba resultados contrarios a los que se buscaban.

En efecto, inmediatamente, la elevación de los costos debilita la capacidad competidora de la industria ruritana, en comparación con la mauritana. El incremento de dichos costos y la ineludible contracción de la produc-

ción y la oferta, hace que suban los precios en Ruritania, abriendo mercados a los fabricantes mauritanos. La verdad es que éste es sólo un efecto momentáneo; en definitiva, el total de las ventas mauritanas se reducirá, al contraerse, con motivo de la elevación de costos, la exportación ruritana. Tal vez alguna industria de Mauritania pueda permanentemente aumentar sus ventas en Ruritania. Sin embargo, en última instancia, el comercio global ruritano-mauritano no se contraerá.

El público no puede adelantarse a estos efectos finales, pero comprueba que los hombres de negocios se quejan de las nuevas leyes ruritanas, por cuanto permiten a los mauritanos hacerles feroz competencia y, en definitiva, desplazarlos del mercado. También advierte que, con los aumentados costos, algunas industrias del país han de cerrar sus puertas, dejando a los obreros sin trabajo. Por último, no es fácil tampoco ocultar a la gente la reducción de las exportaciones, que se traduce en una disminución de artículos importados.

Ante estos hechos, indudablemente, la masa empezaría a dudar de la bondad de aquella política tan progresiva, que le había sido ofrecida como panacea de todos los males económicos. Pero el dirigista, incapaz de hacer confesión general de sus culpas, se ve obligado a arbitrar fórmulas que le permitan ocultar a la vista del pueblo realidades tan lamentables. Por eso, el intervencionista ve abrirse el cielo cuando, cercado por los estragos que su propia acción desatara, se le sugiere la implantación de severas barreras proteccionistas, que impidan la competencia extranjera.

Las tarifas, en efecto, logran enmascarar los efectos inmediatos de las medidas examinadas. Se impiden las ventas mauritanas en Ruritania y las empresas que, por la elevación del costo, no podían competir con la industria extranjera, se ven libres para incrementar los precios, dentro del país en la medida exigida por los nuevos salarios (1).

Con el encarecimiento de la vida, se esfuman los apetecidos beneficios sociales. En modo alguno, se palián los efectos finales. Efectivamente, por un lado, es muy posible que el mercado, en cuanto a determinadas industrias, al menos, no logre encajar la necesaria elevación de precios, que compense el alza de los costos y, entonces, cerrarán sus puertas las fábricas y surgirá el paro. Pero, aún, no siendo así, es ineludible el descenso del nivel de vida general y especialmente, el de los económicamente más débiles, por la disminución virtual del capital existente, al desplazarse la producción, de aquellas zonas de mayor productividad, a otros lugares en donde los resultados son más escasos en relación al capital y al trabajo invertido.

* Queda pues, claro, por qué el intervencionista se acoge con tanta fruición al proteccionismo, que le permite ocultar los efectos inmediatos de sus acciones. Los resultados finales, en verdad, le importan poco al dirigista, por cuanto seguro está de que el hombre medio no logra nunca vislumbrar las relaciones de causalidad existentes entre aquellas medidas tan aplaudidas, al principio y las consecuencias, luego, tan lamentadas por todos, incluso aquellos que se creyeron beneficiados. Además, pasado el tiempo, cuando se cosechen los amargos frutos de la restricción, no ha de serle difícil hallar alguna cabeza de turco a quien responsabilizar; fácil le será, en efecto, echar mano de sequías o de heladas; de guerras, en alguna parte de la tierra, o del odio extranjero al sufrido país; y, cuando no haya otra salida, siempre le cabrá recurrir a los "desaprendidos especuladores", para cargarles la culpa de todo.

(1) Vid. , en este sentido, la función que desempeñan los "cartels", examinada al estudiar los monopolios.

EL INTERVENCIONISMO MONETARIO

EL INTERVENCIONISMO MONETARIO

I. - PRELIMINARES - El Estado y el dinero. - El problema del interés. - La fábula del escaparate destrozado. - II. - LA INFLACION - El origen de la inflación. - La capacidad inflacionaria de la banca privada. - III. - CONSECUENCIAS DE LA INFLACION - Injustos enriquecimientos. - Quebranto de los acreedores. - Consumo y malinversión del capital. - IV. - ARGUMENTOS ADUCIDOS EN FAVOR DE LA INFLACION - La política de empleo total. - El aprovechamiento pleno de los factores de producción existentes. - Las situaciones extraordinarias de emergencia. - V. - EL FIN DE LA INFLACION - La inflación aboca a la crisis. - La ausencia de crisis económicas bajo el socialismo. - La ineficacia de las medidas contrainflacionarias. - VI. - LA DEFLACION - Conclusiones. - VII. - POR UNA MONEDA SANA Y ESTABLE - Antecedentes. - La realidad actual. - El patrón oro. - Supuestos vicios del patrón oro. - Reforma monetaria en Ruritania. - VIII. - EL CONTROL DE LOS CAMBIOS EXTRANJEROS - Los convenios comerciales nazis. -

El presente capítulo, como su título indica, está dedicado a los problemas suscitados en torno al dinero. Después de algunas consideraciones preliminares, se entra en materia con el estudio de la inflación, sus consecuencias y los argumentos aducidos en favor de las medidas inflacionarias, completándose el tema con el análisis de la deflación, para sentar finalmente las conclusiones que cabe deducir de lo anteriormente expuesto. A continuación, abórdase el examen de aquellas medidas que abogan por una moneda sana y estable, dedicándose especial atención a los problemas que plantea el patrón oro y a la conveniencia de un retorno al mismo. Por último, se completa lo consignado, en el capítulo anterior, acerca del comercio exterior, con el estudio de los efectos provocados por el control de los cambios extranjeros, para terminar con el análisis de los convenios internacionales de intercambio, a través de la experiencia de la Alemania nacional-socialista.

I. - PRELIMINARES. -

El Estado y el dinero. -

El dinero no es una creación del Estado. Aunque éste desaparezca, aquél subsiste, bajo una forma u otra. Las cabezas de ganado, en que Homero valoraba el escudo de Aquiles, o las varillas de hierro, utilizadas por los pueblos primitivos, para sus transacciones, eran dinero, aun cuando no existía poder político alguno que hubiera acordado su emisión, ni decretado su curso legal, e igualmente, era dinero, en los países europeos devastados por la guerra, el café o los paquetes de cigarrillos americanos, que todo el mundo aceptaba para el intercambio comercial. Es la conducta de las gentes, al admitir como medio general de pago y reconocer poder liberatorio a una cosa determinada, la que concede a ésta, investidura dineraria.

En puridad, la función del Estado consiste en ratificar la elección del mercado, reconociendo curso legal al bien utilizado como medio usual de intercambio. Conviene, en este sentido, al orden social que el Estado defina, no solo los derechos y obligaciones para las partes dimanantes de los contratos, sino que, además, prevea la significación usual de las expresiones monetarias, al objeto de evitar confusión, cuando las prestaciones de los contratantes hayan de consistir en entregas dinerarias. Así, si compro a

ni siquiera un par de calcetines, por cincuenta pesetas, no basta con que el Estado haya definido el contrato de compra-venta, especificando que por su virtud queda transmitida la propiedad de la cosa vendida, evitando posibles confusiones con otros convenios similares como los de tipo arrendaticio o prendario. Es, además, preciso definir legalmente qué se entiende por cincuenta pesetas. Tales fórmulas jurídicas facilitan el tráfico y simplifican la contratación, sin suponer merma para la libertad contractual de quienes prefieran concertar pactos atípicos o prestaciones dinerarias en valuta distinta a la legalmente establecida.

Verdad es que, a lo largo de la historia, las autoridades, una y otra vez, aprovecharon dichas funciones dinerarias para envilecer la moneda, reduciendo su valor intrínseco. Ahora bien, en cuanto el mercado se apartaba de estas fraudulentas manipulaciones, como es natural, concedía a la valuta robajada un valor efectivo inferior a su nominal. Los precios, cotizados en esta moneda, subían congruamente. El subrepticio ingreso fiscal buscado, se desvanecía. Si el gobierno daba un paso más, por el camino de la intervención, y decretaba una paridad absoluta entre ambos medios de pago, la conocida "ley de Gresham" comenzaba a operar y el dinero "malo" desplazaba al "bueno", que desaparecía del mercado. Ya solo había una clase de moneda: la "mala". Los precios, desde luego, no descendían. El poder público había fallado lamentablemente en su deseo de "crear" moneda "buena", mediante la coacción estatal.

En este orden de ideas cabe citar un ejemplo histórico, bien conocido: el fracaso del bimetalismo. Durante el pasado siglo XIX, numerosos gobiernos, de completa buena fé, al comprobar que el mercado utilizaba, indistintamente, como medios de pago, el oro y la plata, creyeron su deber unificar el sistema monetario, señalando una relación fija de valor entre los dos metales nobles (1). El establecimiento de esta paridad rígida equivalía a tasar el precio del oro y el de la plata y, evidentemente en cuanto, por las vicisitudes del mercado, uno de los metales quedaba oficialmente sobervalorado, el otro desaparecía. El patrón monetario, por estas razones, no fue nunca bimetálico, sino alternativo. Las autoridades, al ver que el oro dejaba de circular, a medida que en la cotización libre descendía el valor de la plata, prohibieron la libre acuñación de ésta, que quedó relegada a moneda divisionaria, carente de pleno poder liberatorio, instaurándose, así, el monometalismo a base del oro.

El "laissez faire" no creyó nunca necesario suprimir la prerrogativa estatal de acuñar dinero, pero, para los gobiernos liberales, esta función no tenía otro objetivo que certificar el peso y ley de las monedas. De un lado, las piezas que, por el uso o por cualquier otro motivo, habían perdido parte de su peso, debían de ser retiradas de la circulación; de otro lado, cualquier persona podía acudir a las cecas con metal noble para que le fuera cambiado por igual peso de dinero amonedado sin gasto alguno o cargándosele simplemente el estricto coste de la operación. Con arreglo a estas ideas, se impuso el patrón oro en la gran mayoría de los países civilizados, lográndose a efectos prácticos, una plena estabilidad de las diferentes valutas, tanto dentro, como fuera de las fronteras nacionales.

La función del Estado, por tanto, en materia monetaria, como en cualquier otra esfera económica, consiste únicamente en velar por que los individuos hagan honor a sus compromisos válidamente contraídos, obligándoles coercitivamente a cumplirlos si necesario fuera.

(1) La proporcionalidad media generalmente adoptada fué la de 1/15,5. Esta circunstancia se consigna como mera curiosidad, sin que tenga trascendencia alguna a los efectos examinados.

El problema del interés. -

La aristotélica inquietud por la esterilidad del dinero, el "pecunia pecuniam parere non potest" de la escolástica y, bajo distintas presentaciones, las leyes antiusurarias, siempre renovadas a lo largo de los tiempos, todo ello constituye buena prueba de lo inaprensible que el huido concepto del interés ha resultado, durante siglos, para la mente humana, aún para las más conspicuas.

El problema de por qué el dinero prestado ha producido siempre interés, en todas las épocas y entre todos los hombres, pese a la frecuente condenación de este último por filósofos y moralistas, parecía insoluble, sobre todo pensando que el metal amonedado era cosa muerta, ni siquiera utilizable en aplicaciones metalúrgicas, ya que, al emplearlo en tales cometidos, se esfumaba su consideración dineraria. Los propios economistas clásicos dejaron el tema sin resolver. Senior (1790-1846) quiso interpretar y justificar el interés como recompensa al "sacrificio de privación" (abstinencia). Atisbaba la solución, pero su teoría, poco elaborada, hacía tal hincapié en el aspecto personal de sacrificio y abstinencia que resultaba víctima fácil para la feroz sátira de un Lasalle, cuando decía: "El beneficio del capital es la recompensa de la privación. Frase feliz, frase inestimable. ¡Los millonarios europeos, ascetas, abstinentes indios, estilistas, arrimados a una columna, sobre un pie, con el brazo y el tronco inclinados hacia adelante y, pálido el semblante, alargando un platillo para recoger la recompensa de sus privaciones! En el centro y sobresaliendo por encima de todos los abstinentes, como sacrificada y abstinente principal, ¡la casa Rothschild!" (1).

Desde luego, era algo desdichada la expresión de Senior, ya que este "sacrificio" del ahorro resulta cada vez menor al aumentar la riqueza, hasta el punto de que los millonarios y personas muy acaudaladas ahorran, pudiéramos decir, automáticamente, porque no tienen otro remedio. De ahí que, para la formación de capital en una nación, importe tanto existan grandes fortunas. En orden al origen del interés es indiferente que el ahorro sea un sacrificio o un placer, como es exactamente igual para la renta de un escritor que la composición de una novela le divierta o no.

- (1) Tipo curioso el de este Ferdinand de Lasalle, que fué el primero en lanzar el socialismo a la política activa. Nacido en Breslau en 1825, de familia judía, murió en duelo el 31 de agosto de 1864. Estudió en Berlín donde enseñaba entonces Hegel. A los veinte años se convirtió en paladín de la condesa Hatzfeld, querellada con su marido. El joven abogado judío consideró el caso de la condesa Hatzfeld como ejemplo del atropello de los poderosos contra una mujer desamparada. Lasalle demandó al conde ante treinta y seis diferentes tribunales de Alemania; escandalizó, publicando sus discursos en defensa de la condesa y, de tal manera, agobió al viejo aristócrata recalcitrante, que éste al fin tuvo que transigir cediendo una gran fortuna a su esposa. Lasalle recibió de ella una renta vitalicia de cuatro mil marcos anuales. Con esta pensión, desplegó sus gustos de elegante demócrata y socialista. Llevó el partido a la calle mediante una agitación intelectual que nunca hubieran podido desarrollar Marx y sus amigos. Convenía al espíritu de Lasalle el triunfo ruidoso. Cada proceso que se le entablaba por sus intemperancias dábale ocasión para pronunciar otro discurso en defensa propia, que después corría impreso por toda Alemania. Lasalle tenía la aguda inteligencia del judío y empleaba argumentos sutiles, que embabecaban al burgués lo mismo que al obrero. La fórmula de Lasalle consistía en fundar cooperativas socialistas con capital del Estado. "No ha subvencionado el Estado los ferrocarriles y otras industrias burguesas? ... Con mil millones de marcos los obreros establecerían una

Cuando, en 1889, Bohm-Bawerk publica su obra precursora, sobre el capital, llamando la atención acerca de la decisiva influencia del factor tiempo en estas cuestiones, comienzan a clarificarse los problemas relativos al interés (1).

El préstamo dinerario engendra interés porque el prestatario, gracias al crédito obtenido, puede consumir o invertir, para disfrutar después del producto, unas mercancías que, de otra suerte, de momento, hubieran tenido poca utilidad. A su vez, el prestamista transitoriamente, ha de renunciar a los beneficios que, mediante la adquisición de factores de producción o bienes de consumo, podía haber obtenido con el dinero prestado. Aún cuando el beneficiario le devuelva, después, el importe del crédito, aquél, durante un lapso de tiempo más o menos largo, tiene que aplazar su interés.

Por razones psicológicas, que no interesan, relacionadas, tal vez, con la circunstancia de hallarse la vida humana temporalmente limitada, es un hecho fuera de discusión que el hombre valora más una manzana que puede comerse hoy que la que tendrá a su disposición dentro de uno o de cien años. Esta es una realidad ontológica, inmodificable. Consignado este hecho, el interés aparece como un descuento de bienes futuros contra bienes presentes. Siendo así que éstos, por fuerza, han de valer más que aquéllos, para que el contrato de crédito pueda perfeccionarse, el prestatario ha de comprometerse a devolver, en su día, mayor cantidad de dinero que la recibida, constituyendo la diferencia entre una y otra suma el interés de la primera. Por eso, mientras el hombre no valore el cigarrillo que puede fumarse en este instante, igual que el de mañana, el adelanto en el disfrute que proporciona el préstamo originará interés.

El interés examinado es el que la técnica denomina originario, el cual integra, junto con otros elementos, el interés bruto o de mercado, siempre mayor que el primero. La actividad prestamista, en fin de cuentas, es un negocio mercantil, sujeto, como toda empresa de índole económica, al azar del mercado. Un crédito puede quedar impagado a su vencimiento, ya sea por malicia del prestatario, ya sea a causa de pérdidas que le haya privado de sus anteriores riquezas. Las propias garantías y avales que el prestamista suele exigir pueden quedar sin valor de un día para otro. Este riesgo mercantil lo computa el mercado, mediante incrementar el interés originario. De acuerdo con tales ideas, se comprende, por ejemplo, que si la moneda se halla afectada por cualquier proceso de desvalorización, el prestamista ha de elevar el interés, al objeto de garantizar que la suma integrada por el nominal más el interés devuelto, una vez deducido de ella el interés originario, le permitirá adquirir los mismos bienes que podía comprar con la cantidad prestada, al momento de concertarse el crédito. Igualmente, si la moneda se eleva de valor, dicha tendencia abogará por la reducción del interés en la cantidad equivalente a dicha prevista revalorización (2).

industria independiente.

- (1) El pensamiento de Bohm-Bawerk condensado en su libro "Positive Theorie des Kapitals" es, hoy en día, fácilmente accesible a través del artículo "Zins" del "Handwörterbuch der Staatswissenschaften", 4ª ed. corregida y aumentada por Weiss. Hay una edición inglesa publicada por Macmillan en 1891, bajo el título "The Positive Theorie of Capital".
- (2) Es interesante notar, a este respecto, que la inflación y la deflación, al principio, producen sobre el interés un efecto contrario al examinado. Al aumentar la cantidad de medios de pago, los prestamistas quieren incrementar los créditos y, para lograrlo, han de rebajar el interés. Lo mismo sucede, nada más que a la inversa, al reducirse la cantidad de dinero circulante, en caso de deflación. Ahora bien, pronto aparece la tendencia

El interés originario, como se vé, es independiente de las realidades de índole monetaria o de cualquier otro orden que pueda registrar el mercado. Trae su causa del diferente valor que el hombre dá a un bien presente y a ese mismo bien en un futuro más o menos remoto. Como este modo de valorar es innato en el individuo, el interés no puede desaparecer nunca. De ahí que el error de aquellas teorías que califican al interés como "precio del dinero" y suponen que la creación de nuevos medios de pago pudiera llegar a suprimirlo por completo. El interés originario ha de pervivir, mientras no cambie la naturaleza humana. Las circunstancias del mercado solo pueden variar los demás ingredientes que, en el interés bruto, acompañan al originario. En este sentido la estabilidad monetaria, la seguridad y el orden militan por la reducción de la tasa del interés, que tiende a aproximarse al originario.

Toda arbitraria rebaja del interés, coactivamente impuesta, provoca, como sucede siempre, con las tasas máximas, escasez del bien intervenido. La demanda supera a la oferta. Es preciso racionar el crédito. Ya no lo obtienen quienes, al dedicarlo a los cometidos más apreciados por el público, pueden ofrecer la máxima rentabilidad y seguridad al prestamista. Implantado el racionamiento del crédito, disfrutan de él unos cuantos privilegiados, los cuales no se ven obligados ya a seguir dócilmente los deseos del conjunto.

En la práctica, este planteamiento se enmascara con la llamada "discriminación de créditos". No se trata, aparentemente, de vedar el acceso a las fuentes crediticias a determinados grupos o personas, sino simplemente de discriminar entre las inversiones, distinguiendo las "convenientes" de las "nocivas". Se prohíbe la concesión de créditos para operaciones "suntuarias, especulativas o improductivas", otorgándose, sin embargo, cuando se trata de atender las "naturales" necesidades de la industria y el comercio. Nula es la efectividad de este control crediticio. Las sumas que los individuos y las empresas hubieran dedicado a esas inversiones "buenas" quedan liberadas gracias a los correspondientes créditos, pudiendo entonces acudir, sin trabas, con aquel dinero a las inversiones de Bolsa y demás especulaciones de "carácter nefando". El resultado es el mismo que toda intervención produce: privilegiar a unas minorías, infligiendo congruo daño al resto de la población.

La fábula del escaparate destrozado. -

Hazlitt, el polifacético economista, narra el siguiente apólogo, lleno de moraleja, como un cuento oriental (1).

El golfillo se detiene ante la tienda del panadero, contemplando la pulida luna del escaparate. De pronto, movido por subconsciente impulso, recoge una piedra y la arroja contra la brillante superficie, que se astilla en mil pedazos. Sale, furioso, el panadero, pero el chico ya ha huído en veloz carrera. La gente se reúne y observa con disimulada satisfacción el gran agujero en la luna y los trozos de cristal esparcidos sobre el pan y las confituras. Al cabo de un rato, el grupo comienza a reflexionar. Hay quienes hacen notar a los demás e, incluso, al panadero que, si bien se mira, la aparente desgracia de la luna destrozada tiene, sin embargo, su lado atrayente, ya que constituirá, para el vidriero un buen negocio. Iniciadas, así, las cábalas, los reunidos siguen pensando. ¿Cuánto cuesta una luna de escaparate? ¿Cincuenta monedas? Desde luego, es una cifra importante. Pero, al fin y al cabo, si

contraria, al percatarse los prestamistas de que, si no elevan el interés, sufren quebranto, al ser la moneda devuelta de menor valor que la entregada. En caso de deflación, la competencia, igualmente obliga a reducir el interés del mercado.

(1) Henry Hazlitt, "Economics in One Lesson", Harper, 1946, cap. II.

los escaparates no se rompieran nunca ¿qué harían los cristaleros? (1). Por tales cauces mentales, la multitud se dispara. El vidriero tendrá cincuenta monedas más, que gastará en las tiendas de otros comerciantes; éstos, a su vez, también incrementarán sus adquisiciones en los establecimientos de terceros, y la cosa seguirá hasta el infinito. El escaparate roto irá proporcionando trabajo y riqueza en círculos cada vez más amplios. Conclusión lógica es que el golfillo, lejos de constituir discolorada amenaza, aparece como un auténtico filántropo.

Pero, sigamos adelante y miremos otra cara que presenta el asunto. La gente tiene razón, al menos, en su primera conclusión. El pequeño acto de vandalismo supone, en principio, mayores beneficios para el cristalerero. Este, al conocer el incidente, se alegrará lo mismo que el de la funeraria se complace, al enterarse de un fallecimiento. Ahora bien, el panadero se encuentra con que le faltan las cincuenta monedas que pensaba emplear en un traje nuevo. Como ha tenido que reemplazar la luna, se quedará sin el traje. En vez de tener un escaparate y cincuenta monedas, ahora, tendrá tan solo el escaparate. O, puesto que pensaba comprar el traje esta misma tarde, en vez de tener un escaparate y un traje, debe contentarse con el escaparate únicamente. Si nos percatamos de que el panadero y el sastre son también, junto al cristalerero, miembros de la comunidad, apreciaremos que éste ha perdido un traje nuevo y es más pobre en esa medida.

En una palabra, la ganancia del vidriero significa pérdida para el sastre. No se ha creado ningún nuevo "empleo". El grupo de curiosos pensaba solo en dos de las partes de la transacción, el panadero y el vidriero. Habían olvidado a un potencial tercero, el sastre. Y no pensaron en él, precisamente, porque ya no entrará en escena. Dentro de unos dos días, verán la nueva luna colocada; pero nunca verán el nuevo traje, porque ése ya no se confeccionará.

oooooOOOooooo

Parecía oportuno tocar este tema antes de entrar en el estudio de la inflación y de las crisis por cuanto en los falaces razonamientos que la expuesta fábula pretende desenmascarar se apoyan las modernas corrientes doctrinales, según las cuales la cura para todos los males económicos estriba en incrementar el gasto público y privado.

II. - LA INFLACION. -

El origen de la inflación. -

La palabra inflación constituye término tan manido y empleado, generalmente, con significados tan diversos en el lenguaje corriente que carece de aquella precisión requerida por la exposición científica. De ahí que los estu

(1) Es de destacar, incidentalmente, que si se descubriera un tipo de vidrio irrompible, todo el mundo ganaría. Las fábricas reducirían la producción y los cristaleros, es posible, vendieran menos. Ahora bien, los capitales empleados en dicho comercio permitirían producir cosas nuevas o ampliar la fabricación de bienes deseados por los consumidores pero que, de momento, no pueden ser producidos por cuanto una parte del capital existente ha de dedicarse a la manufactura del vidrio. En su consecuencia, resulta evidente que las gentes vivirían mejor una vez descubierto ese vidrio irrompible. Tal vez, compensando este mejoramiento de la mayoría, la minoría vidriera sufriera unos quebrantos transitorios, pero no cabe olvidar que también estos perjudicados podrían dedicarse a las nuevas producciones hechas posibles por el indicado ahorro del capital, cosechando en estos nuevos cometidos, beneficios, por lo menos, análogos a los que obtenían sustituyendo cristales rotos.

diosos de la ciencia económica, al tratar de los temas más adelante aborda - dos, suelen rehuir el empleo de ese vocablo, prefiriendo utilizar, en su lugar, las expresiones "expansión crediticia" e "incremento de la circulación fiduciaria". Ahora bien, ha parecido mejor, en el presente estudio, menos riguroso, sacrificar la precisión científica en aras de la claridad expositiva, confiando que el lector, cuando tropiece con el vocablo "inflación", comprenderá se trata de significar todo incremento en la cantidad de dinero manejado dentro de una economía, es decir, el aumento en las cifras no solo de moneda propiamente dicha, de billetes de banco sin cobertura dineraria plena y de papel moneda, sino también cualquier expansión en los saldos bancarios retirables a la vista sin congrua elevación de las sumas depositadas.

oooooOOOooooo

En nuestro mundo, evidentemente, el Estado es quien origina la inflación. Las autoridades emplean dos instrumentos inflacionistas. El cauce primero y más simple consiste en emitir papel moneda. Ahora bien, el incremento de los billetes circulantes es fácilmente perceptible, por lo cual el gobierno, deseoso de enmascarar sus actividades monetarias, se ve en el caso de recurrir a la inflación de origen crediticio, más disimulada, echando mano de la banca oficial y, a veces, también de la banca privada.

En efecto, cuando un banco presta dinero depositado en sus cajas, no produce inflación, simplemente transfiere el uso del numerario existente de unas manos a otras. Ahora bien, si el banco abre créditos por un importe superior a las sumas que efectivamente ha recibido, entonces, si desata una presión inflacionaria, ya que artificialmente ha incrementado la cantidad de dinero circulante. Es a este mecanismo al que recurre el Estado, cuando, para velar sus propósitos inflacionistas, prefiere no incrementar la circulación fiduciaria.

En efecto, el gobierno, que necesita dinero para sí, para las empresas nacionalizadas o para sus diferentes organizaciones protegidas, ordena a la banca oficial que otorgue los correspondientes créditos, sin preocuparse del dinero que haya depositado. En su afán disimulador, cabe incluso proceda a emitir Deuda Pública, con una rentabilidad insuficiente para que sea absorbida por el mercado, obligando, sin embargo, a la institución a suscribirla. Entonces, ya ni siquiera hay crédito; aparentemente, el banco se ha limitado a comprar determinados valores, que lucen en su cartera. Ahora bien, como no por ello restringe sus demás operaciones crediticias, el resultado es el mismo; que ha entregado más dinero del que recibió de sus depositantes y accionistas.

En su insaciable afán dinerario, el Estado quiere repetir la operación con la banca privada. Pero ahora, el gobierno tropieza con la resistencia de los banqueros, quienes se oponen a entregar dinero a un deudor privilegiado, contra cuyos bienes no pueden, normalmente, proceder en caso impago, resultándoles, todavía, menos atractiva la inmovilización de sus fondos en valores sin rentabilidad ni porvenir. El gobierno, sin embargo, presiona, lanzando veladas amenazas y, para acabar de convencer al intranquilo banquero, saca de la manga una carta nueva: En efecto, le hace ver que el préstamo, en modo alguno, perjudicará sus intereses; antes al contrario, mejorarán los negocios de la institución, por cuanto la banca oficial le adelantará, en caso de necesidad, las sumas prestadas a la Administración. El particular se encuentra, entonces, con que no necesita preocuparse de los créditos oficiales y prosigue sus negocios, como si no existieran, prestando a sus clientes el dinero depositado. En definitiva, si, entre unos y otros créditos, el banco sobrepasa el límite del dinero recibido, provoca inflación.

Los nuevos medios de pago, artificialmente creados, desatan una tendencia alcista en los precios. Si el Estado hubiera financiado sus gastos mediante impuestos, habría reducido congruamente el dinero existente en poder de los particulares y, por tanto, sus capacidad adquisitiva. Así habría se compensado la tendencia alcista desatada por las incrementadas adquisiciones del gobierno. Ahora bien, como no se ha reducido el numerario de los contribuyentes, cuando el Estado se lanza al mercado con su inflada capacidad adquisitiva pone en marcha la conocida espiral de los precios.

La capacidad inflacionaria de la banca privada. -

Lo anteriormente expuesto hace preciso enfrentarse derechamente con el tema del epígrafe, por cuanto cabe la pregunta, una vez descubierto el doble origen de la inflación, si la banca, por sus propios medios, libre de toda coacción estatal, no puede también provocarla.

Pues bien, el billete de banco no es, en esencia, más que un recibo de cantidad, por cuya virtud la institución emisora reconoce haber ingresado cierta suma dineraria, comprometiéndose a devolverla, a la vista y al portador del documento. Para que pueda ingeniarse la inflación por este camino, naturalmente es preciso que la gente tenga tal confianza en el banco que esté dispuesta a aceptar los billetes al igual que la moneda correspondiente. Conquistada la confianza del público, el banco que ha emitido billetes por un importe igual al de las sumas recibidas de los depositantes, puede dar un paso más y utilizar el metálico atesorado en sus cajas para fines propios o para la apertura de créditos. De esta suerte el mercado recibe duplicado el impacto de los medios de pago circulantes, de un lado, en forma de billetes y, de otro, en moneda efectiva. Ahora bien, para que aparezca la inflación es preciso el doble golpe monetario sobre los precios. De ahí, que el banco podría disponer de una parte de los fondos depositados igual al billeteaje no empleado y guardado en caja por sus depositantes, sin provocar efectos inflacionistas en los precios. Pero, sobrepasado este límite que, por fuerza, resulta desconocido, el banco al disponer de los fondos que respaldan a los billetes emitidos, produce inflación.

De acuerdo con lo expuesto, cualquier persona o entidad que goce de facultades emisoras puede hacer inflación dentro de un sistema monetario sin patrón oro. Por ello, los gobiernos rehuyen toda posibilidad de retornar a un patrón oro, como más adelante veremos. Ahora bien, como el Estado es el único que puede emitir moneda sólo a la actuación estatal cabe imputar este tipo de inflación.

Nada tiene que ver con lo expuesto el que se autorizara a los bancos privados para emitir billetes propios. Mientras el gobierno retuviera en exclusiva la facultad emisora, la banca no podría ingeniar por ese cauce la inflación, ya que, se encontraría en posición análoga a la del Estado ante el patrón oro. Este sistema monetario hace prohibitiva la inflación a la Administración, toda vez que no puede ésta "crear" oro como "crea" billetes. A los bancos les pasaría lo mismo con sus billetes. Podrían imprimir todos los billetes propios que quisieran pero no podrían "crear" moneda legal y por tanto, habrían de mantener congruo respaldo a sus billetes en esta última valuta. En su consecuencia no habría inflación al no existir duplicidad de medios de pago circulantes. El mecanismo que impediría a la banca privada emitir billetes en proporción superior al dinero efectivamente retenido en caja, para no repetir, será examinado seguidamente, al tratar de la inflación crediticia (1).

(1) Nótese que los gobiernos occidentales, para hacer inflación sin nominalmente abrogar el patrón oro, no redimían el billeteaje emitido en este último metal, sino, a lo sumo, en plata - 83 -

Consignado lo anterior, cabe sentar estas conclusiones: 1) El patrón oro impide la inflación por la vía de la emisión de billetes; 2) Fuera de la órbita del patrón oro, cualquiera, con facultades emisoras, puede producir inflación; 3) La banca privada, sin capacidad de emisión, no podría provocar inflación por el cauce que nos ocupa.

La inflación de tipo crediticio merece examen independiente. Gran parte de las transacciones mercantiles se efectúan, modernamente, sin necesidad de un intercambio material de dinero, bastando los correspondientes cargos y abonos en las respectivas cuentas. Este mecanismo permite, sobre todo a la banca oficial, producir inflación concediendo créditos por valor superior al metálico efectivamente conservado en caja. Si el banco, por ejemplo, abre un crédito por valor de cien millones de pesetas a la empresa A, ésta no retirará el metálico dicha suma, sino que la mayor parte de ella será abonada a sus proveedores mediante simples apuntes en cuenta. Compréndese así, cómo es factible para un banco conceder créditos por importe superior al dinero efectivamente recibido.

Pero conviene notar que este tipo de inflación cobra distinta trascendencia según sea la organización bancaria vigente. Si en el país solo hay un banco y éste cuenta con facultades emisoras, la inflación crediticia, lo mismo que sucedía con la ingeniada mediante la creación de papel moneda, puede llevarse a los límites más extremos. Aún sin gozar de capacidad emisora, existiendo solo un banco o un corto número de ellos, que pueden actuar de consuno, también cabe provocar inflación, mientras no pierdan confianza los depositantes y temiendo por su seguridad retiren los fondos encomendados a la custodia de la entidad. Ahora bien, muy distintas son las cosas cuando hay plena libertad bancaria, es decir, cuando cualquiera puede, sin necesidad de "placets" ni permisos discrecionalmente concedidos, establecer su propio negocio bancario.

Como es bien sabido, la banca se basa en la confianza que al depositante inspira el banquero. La más mínima duda sentida por el cliente induce a retirar sus fondos y encomendarlos a otra institución más segura. En cuanto la desconfianza se generaliza, la institución afectada queda condenada a la desaparición. Difícilmente, volverá a actuar como banquero esa persona o entidad. Cuesta mucho ganar la confianza del público, pero perderla puede ser cuestión de horas.

El negocio bancario, como nadie ignora, no consiste más que en prestar el dinero de los depositantes, cobrando a los prestatarios un interés superior al pagado a los cuentacorrentistas. Todos los variados servicios que el banco rinde a su clientela no tienen otro objeto más que el de atraer depositantes nuevos y conservar los antiguos. En el mercado bancario, libre de trabas y protecciones, se implanta una competencia durísima entre los distintos banqueros. Cada uno quiere atraerse el dinero de las gentes, pero la gente no se lo entrega más que a quienes han sabido ganarse la confianza pública. La desaparición de cualquier institución bancaria favorece a las demás, especialmente por cuanto los potenciales nuevos banqueros poco pueden hacer mientras no hayan logrado granjearse esa confianza tantas veces aludida.

De ahí que fácil resulta comprender los insalvables obstáculos con que tropieza el banquero, en un régimen de libertad, si pretende iniciar cualquier manipulación inflacionaria. En cuanto inicia una política de expansión crediticia, sus clientes, que pueden disponer de nuevos saldos, lánzase a operaciones adquisitivas, provocando una tendencia alcista en los precios. Los clientes de los demás bancos, por un lado, a causa de esta elevación de los precios restringen sus compras, en una proporción mayor o menor. Ahora bien, las adquisiciones de los primeros ponen en manos de los segundos talo -

nes y cargos que entregarán a sus banqueros, los cuales, a través de las correspondientes oficinas de "clearing" los harán efectivos ante la institución que inició la expansión crediticia. La posición de ésta se hace pronto difícil. Los demás bancos no están dispuestos a jugar su crédito y la confianza del público, ayudando a una empresa que se ha comprometido a más de lo que puede cumplir. Como ésta, en un régimen de libertad, no puede recurrir a nadie o vuelve pronto al camino recto o, si insiste por los cauces inflacionarios, pronto comprobará que sus días están contados.

La institución afectada, indudablemente, pretenderá recurrir al auxilio estatal. Pero, cuando hay una multiplicidad de bancos funcionando, difícilmente puede el Estado ayudar a nadie. Es más, este hipotético apoyo oficial deviene imposible bajo el patrón oro, al tener vedada el Estado la "creación de moneda".

Cabe concluir, a la vista de lo expuesto, que para impedir la inflación de tipo crediticio, basta con implantar, junto al patrón oro, un régimen de libertad bancaria. Por cuanto esta libertad ciega las fuentes de dicho tipo de inflación, es por lo que los gobiernos jamás se han hallado dispuestos a decretarla. Los gobernantes de occidente hicieron inflación, aún bajo el patrón oro, por el apuntado cauce, permitiendo la existencia de unos pocos gigantes bancos, estrechamente regulados, cuyo propio tamaño servía para engañar al público, el cual no podía dudar que esas mastodónticas instituciones se habían comprometido a más de lo que podían cumplir. Consecuencia de esta política inflacionaria fueron las reiteradas crisis padecidas por las economías occidentales.

III. - CONSECUENCIAS DE LA INFLACION.

Injustos enriquecimientos. -

Por cualquiera de los dos apuntados caminos inflacionarios puede el gobierno procurarse aquel dinero, requerido por sus planes, que no se atreve a obtener mediante cargas fiscales. Veamos, ahora, las consecuencias que esa actuación gubernamental acarrea. Para simplificar las cosas, imaginemos que la Administración recurre a la inflación, mediante la emisión de papel moneda. Es indiferente que ese dinero sea invertido en bienes de consumo, en la financiación de empresas estatales o en cualquier otro cometido. Lo importante es que, de inmediato, aparece un grupo de personas, aquéllas que suministran al gobierno, las cuales experimentan un notable incremento en la demanda de los artículos, por ellas ofrecidos. El precio de tales bienes, como es natural, sube. Los enriquecidos suministradores, amplían sus compras, impulsando el alza de los factores de producción y de los artículos de consumo que les interesan. De esta suerte, la inflación vá extendiendo sus efectos de un sector a otro, hasta que, al final, aumentan los precios de todos los bienes y servicios.

Pero, lo notable es que los precios no han subido al mismo tiempo, sino en escalones sucesivos. En tanto el impacto del nuevo dinero se transmitía de un sector a otro, había quiénes se beneficiaban al vender artículos a precio caro, mientras todavía compraban a precios reducidos. Paralelamente, había otras personas que vendían cosas - su trabajo u otros bienes - cuyos precios todavía no habían subido, mientras por su parte, pagaban ya precios incrementados. Para los primeros, la inflación equivale a un privilegio, para los segundos supone desastrosa calamidad. Por eso, al agotar su potencialidad los nuevos medios de pago, cuando, al fin, el mercado se reajusta a la nueva situación monetaria, unos son más ricos y otros más pobres que antes. Como las circunstancias han cambiado, también varía la intensidad de la de -

manda de unos artículos con respecto a otros y, por tanto, la proporcionalidad entre sus respectivos precios. Conviene, pues, retener que la inflación hace subir a todos los precios, pero a unos más y a otros menos, a unos antes y a otros después, lo cual equivale a beneficiar a ciertos estratos, infligiendo cóngruo daño a los demás sectores de la población.

Quebrantos de los acreedores. -

Con independencia de estos examinados efectos sobre los precios, la inflación tiene decisiva trascendencia en orden a los pagos aplazados. En efecto, todo acreedor, que pactó con su deudor determinadas condiciones, antes de iniciarse el movimiento inflacionario, se ve perjudicado cuando éste le paga con moneda cuyo valor se ha minimizado. Si se considera que, en la vida moderna, son las más las operaciones mercantiles sin simultaneidad en las mutuas prestaciones, fácil resulta comprender los graves perjuicios que se irroga a unos, beneficiando, al tiempo, injustamente, a otros.

Cierto que, en este terreno, de momento, se privilegia a quien obtuvo crédito antes de la operación inflacionaria. Ahora bien, no por ello, ha de creerse que la inflación facilita la obtención de crédito, sino al contrario. Una vez advertido el prestamista, exigirá al prestatario condiciones más onerosas, que le compensen de posibles pérdidas ocasionadas por una nueva depreciación monetaria.

La mentalidad popular, es de hacer notar, asimila a los "ricos" con los acreedores y a los "pobres" con los deudores. Partiendo de esa idea, concédese cierto atractivo social a la inflación que, parece, viene a beneficiar a los de economía más débil, permitiéndoles cumplir sus compromisos en condiciones menos onerosas que las que les impondría la codicia usuraria. Pero el error es manifiesto. En la vida moderna, precisamente, son acreedores los llamados pobres, los cuales, por lo general, tienen que adelantar su prestación antes de cobrarla. Efectivamente, es acreedor el asalariado con respecto a su patrono; no menos lo es, contra el Banco, quien tiene una libreta de ahorros o una modesta cuenta corriente; igual sucede con quien cotiza seguros ya sean de vida, de accidentes, de viudedad o de orfandad; y es indudable la posición acreedora de aquellos que invierten sus ahorros en papel del Estado o en obligaciones industriales, buscando protección contra las veleidades de la Bolsa.

A la inversa, pueden permitirse el lujo de ser dedudores las empresas poderosas, los acaudalados fabricantes, los socios y partícipes de los grandes negocios, los latifundistas y terratenientes, que, con créditos y valores de renta fija, obtienen los ahorros populares, reunidos en los bancos e instituciones de depósito, en las entidades aseguradoras y en las bolsas y bolsines de toda la nación. El crédito lo obtienen los "ricos", no los "pobres" y, consecuentemente, aquéllos son los deudores y éstos los acreedores. La inflación, por tanto, perjudica, especialmente, a las gentes de menores medios económicos.

Consumo y malinversión del capital. -

Pero, no termina aquí, tampoco, las perniciosas consecuencias de la política inflacionaria, por cuanto el incremento de los medios de pago y el descenso del valor de la moneda perturban el cálculo económico, dando lugar a que se malinviertan los escasos factores de producción existentes. La inflación empobrece a la comunidad, siendo éste su resultado más nefando.

Conviene recordar, ahora, aquellos conceptos ya examinados, según los cuales, dentro de una economía, las cosas no se producen caprichosamente. Las fabricaciones van escalonándose, según los deseos del consumo. El capital existente se dedica primeramente, a la obtención de determinados bienes, los más urgentemente necesitados, para, sucesivamente, lanzarse a producciones de mayor complejidad, a medida que se incrementa la cifra de capital, gracias al ahorro o a la entrada de capitales extranjeros. Ahora bien, sin ese incremento, no cabe ampliar unas ramas de la producción más que a base de reducir otras.

Imaginemos que una economía se encuentra con un capital "C", que puede producir una cantidad "c" de bienes de consumo, a lo largo de un cierto lapso de tiempo, sin perjuicio para la futura capacidad productiva. Pues bien, ante el incremento inflacionario de los medios de pago, la gente, que percibe la existencia del dinero supletorio, sin percatarse de que la nueva moneda es más "pequeña" que la antigua, lánzase a producir una cantidad adicional "c3" de los mismos bienes anteriormente producidos y otra cantidad "c4" de productos que antes no se fabricaban. Y así, comienzan los desastrosos efectos de la inflación, ya que, en la realidad, no existen los capitales "C3" y "C4", ineludibles para estas producciones supletorias, las cuales se obtienen detrayendo factores de producción de otras fabricaciones, las cuales eran de verdad, habida cuenta del capital existente, desde el punto de vista de los consumidores, las más interesantes.

Es de notar que las pérdidas, es decir, el correctivo que, contra toda malinversión, maneja el mercado, cuando su funcionamiento no se halla saboteado por la injerencia estatal, quedan enmascaradas por la propia devaluación monetaria. En efecto, el empresario cree que gana, cuando, de verdad, está consumiendo sus fondos, al no percatarse de que su capital y sus ingresos están cifrados con distintas unidades monetarias. Aquél, en las unidades grandes de la moneda sana; éstos en unidades pequeñas de la valuta envilecida. Por eso, comparativamente al capital manejado, los ingresos parecen mucho mayores de lo que, en realidad, son, induciendo a proseguir unas producciones que, sin la cortina de humo inflacionaria, no se hubiera ni siquiera iniciado.

Es más, llamemos "A" a los bienes que, al término de un determinado lapso de tiempo, es preciso reinvertir en "C", para compensar el desgaste padecido. En otras palabras, "A" representa las cantidades destinadas a amortización. Pues bien, si "A" se destina a esa función reparadora del desgaste, será posible volver a producir "c."; en otro caso, "C" disminuirá y, entonces, "C-D" ya solo producirán "c-n".

Según veíamos hace un momento, la inflación perturba el cálculo económico en todos sus aspectos y, por ello, también impide ponderar correctamente las amortizaciones. Calculadas éstas en moneda depreciada resultan insuficientes para compensar el verdadero desgaste de los elementos del Activo. Provócase así, consumo de capital, en perjuicio de la futura capacidad productiva.

Cualquiera que someramente conozca el mundo económico comprenderá inmediatamente lo que se quiere decir. En efecto, imaginemos una empresa con cinco millones de capital, aportado por los socios. La sociedad invierte sus fondos en la compra de maquinaria y sabe que si todos los años amortiza un diez por ciento, al cabo de los diez años, dispondrá de unos fondos, con los que podrá sustituir por maquinaria nueva la desgastada y continuar la producción o bien podrá dedicar el capital a otras fabricaciones. Ahora bien, si no amortiza bastante, cuando transcurran los primeros diez años, habrá consumido los cinco millones de capital, ya que la maquinaria resultará

inservible, reduciéndose en esa proporción la capacidad productiva.

Y no es esto sólo, por cuanto en caso de inflación, los gobiernos suelen prohibir la revalorización de los Activos en la medida exigida por la devaluación monetaria, con lo cual, al tiempo que impiden incrementar las cantidades destinadas a amortización, permiten a la Administración gravar, como beneficios, cantidades que, en verdad, no lo son, imponiendo así una auténtica leva de capital.

Si perjudicial es lo anterior, tal vez, más nociva aún sean las ya aludidas malinversiones que ocasiona la inflación. En efecto, imaginemos que una economía, normalmente, de año en año, vá incrementando la cifra del capital existente, gracias a que toda la producción no se consume, sino que parte se reinvierte para la obtención de otros artículos. Llamemos a estos capitales adicionales "C1" y "C2"; sin inflación, "C1" hubiera permitido aumentar en una cantidad "c1" los bienes anteriormente producidos y gracias a "C2" se iniciaría la fabricación de unos bienes "c2" que antes no se producían. Es decir, las sumas que la economía tiene a su disposición, para planear la futura producción son: "A" + "C1" + "C2"; ahora bien, engañados por los nuevos medios de pago que tienen a su disposición, los empresarios proceden como si pudieran disponer de "A" + "C1" + "C2" + "C3" + "C4", lanzándose a producir no solo "c" + "c1" + "c2", sino además, "c3" y "c4". Cómo "C3" y "C4" no existen, según antes se decía, "c3" y "c4" se producen a base de reducir las fabricaciones "c", "c1" y "c2", que son las que el consumo más desea, habida cuenta de la constelación de fuerzas económicas existentes.

Si la inflación se detiene, en seguida, se produce la corrección. Los productos cuya fabricación se dificultaba por el desplazamiento del capital suben de precio y las plantas indebidamente instaladas, sufren pérdidas. Por ambas razones, el capital vuelve a canalizarse hacia aquellas producciones que el consumo valora en más. Y la economía reemprende su marcha una vez superada la crisis.

Pero el pecado inflacionario lleva en sí su penitencia. Mientras se acopla aquel reajuste, aparece el paro con sus desastrosos efectos personales, entre los obreros de las instalaciones que cierran sus puertas, hasta que la mano de obra encuentra trabajo, de nuevo con el capital que retorna a las más convenientes fabricaciones. Pero, además, y esto es quizá más grave, hay unas indudables pérdidas de capital representadas por los activos inmovilizados e irrecuperables que quedan en las plantas y explotaciones abandonadas. Tales pérdidas empobrecen al conjunto del país, hacen que disminuya la producción y provocan una tendencia bajista en los salarios reales, al incrementar la utilidad marginal del capital con relación al trabajo.

Ahora bien, si la inflación continúa, entonces, estos efectos no se presentan de forma tan palmaria. De ahí que los gobernantes no se atrevan nunca, mientras puedan, a abandonar el proceso inflacionario. Ciertamente que las malinversiones siguen produciéndose, desviándose la producción por cauces indeseados. La gente se empobrece; las cosas mayormente necesitadas, cada vez son más caras, no solo por los efectos monetarios de la inflación, sino además por la reducción de la producción, necesaria para financiar las nuevas fabricaciones. Pero el hombre medio no llega a darse cuenta de todo esto; sabe que está mal, pero, por más que mira a su alrededor, no distingue la mano oculta que mueve los hilos empobrecedores. Por eso, generalmente, no protesta; los gobernantes, únicos responsables, pueden estar tranquilos, mientras desvían las iras del pueblo hacia los "desaprensivos especuladores".

IV. - ARGUMENTOS ADUCIDOS EN FAVOR DE LA INFLACION. -

Las medidas inflacionarias son, desde luego, extremadamente populares, hoy en día. Ahora bien, su popularidad se debe a que la masa no se percata de los efectos que provocan. Las gentes lo que quieren, de verdad, es que suban los precios de las cosas o servicios que cada uno vende, sin que se eleve el coste de los restantes bienes económicos. El vendedor de patatas desea ascendant los precios de dicho tubérculo, pero airado rechaza toda subida de los artículos que, a su vez, él tiene que comprar a los demás, viéndose gravemente perjudicado en sus intereses, si estos otros precios se incrementan antes o en mayor cuantía que el de las patatas. Cuando cualquier demagogo se dirige a una reunión política, asegurando que su programa impedirá la caída de los precios, el oyente medio se entusiasma. Ahora bien, cada uno de los miembros del auditorio está pensando en un precio distinto.

Y es que para las almas cándidas la creación de dinero tiene algo de milagroso. Una mágica palabra pronunciada por el gobernante crea, de la nada, una cosa que puede ser intercambiada por cualquier mercancía. ¿Qué pobre es el arte de los antiguos nigromantes comparado con tan eximia potencialidad gubernamental! Para realizar buenas obras, para prestar admirables servicios al Estado no tiene por qué faltarle nunca el dinero, pues "puede crearlo en sus linotipias" (1). Los impuestos han perdido interés fiscal; ya solo tienen trascendencia social. La idea de financiar el gasto público mediante tributos "constituye ya una antigualla" (2). ¿Cuánta maldad y desconsideración encierran las palabras de aquellos retrógrados que quieren cegar esa fuente de riqueza dineraria recomendando la nivelación de los presupuestos, mediante ingresos puramente fiscales, debidamente aprobados por los cuerpos legislativos!

Pero no se percatan los entusiastas de la inflación de que ésta solo puede funcionar amparada en la ignorancia del público, es decir, mientras las gentes no se aperciban de que la moneda está perdiendo continuamente de valor. En cuanto el público se da cuenta de esto, iníciase la espiral inflacionista, que forzosamente aboca en la crisis, según más adelante se verá.

Las doctrinas que propugnan la inflación monetaria y la expansión crediticia, como remedio de los males económicos, varían entre sí, pero su contenido, en fin de cuentas, es siempre el mismo.

La versión más antigua y, a la vez, más cándida del pensamiento inflacionista es aquella que nos habla de una supuesta insuficiencia del dinero circulante. Los negocios van mal - asegura el tendero - porque las gentes tienen poco dinero, lo cual les impide comprarme más mercancías, según sería su deseo. Hasta aquí tiene razón; en efecto, si la gente fuera más rica podría comprarle más cosas. Pero, cuando nuestro hipotético comerciante agreega que, para remediar la situación, conviene aumentar la cantidad de dinero existente, entonces, se equivoca. Lo que precisaría el tendero, en verdad, es un incremento del dinero poseído por sus actuales o posibles clientes futuros, mientras las cantidades monetarias del resto del mercado no sufrían variación. En definitiva, lo que necesita nuestro hombre es una inflación, lindamente delimitada, de tal manera que los nuevos medios de pago vayan directamente a parar a manos de un determinado grupo de personas, su clientela, permitiéndole a él, de esta suerte, cosechar ganancias inflacionarias. Naturalmente,

(1) A. B. Lerner, "The Economics of Control", New York, 1944. p. 307 y ss.

(2) B. Rume, "Taxes for Revenue are Obsolete" (American Affairs, VIII, 1946 pp. 35/36).

todo el que aboga por la inflación lo hace por creer que se encontrará entre el grupo de los favorecidos. Nadie pide inflaciones que pueden colocarle entre los perdedores.

La política de empleo total. -

La desatinada filosofía del tendero fué refutada, de una vez para siempre, por Adam Smith y Jean-Baptist Say. Pero, en nuestros días, el mismo ideario ha sido resucitado por Lord Keynes y, actualmente, bajo el apelativo de "política de empleo total" (full employment policy) integra el pensamiento de los gobiernos del mundo, todavía no sometidos al imperio de los soviets. Ahora bien, Keynes no logró formular argumento válido alguno contra la ley de Say, ni tampoco lo han conseguido la cohorte de economistas que pueblan las oficinas de los Estados modernos, los despachos de las Naciones Unidas y las sedes de las múltiples asociaciones y entidades internacionales. Los errores que encierra la keynesiana doctrina del empleo total constituyen, en esencia, los mismos que, hace mucho, denunciaran Smith y Say.

* Como, más adelante se verá, el salario es el precio que fija el mercado para pagar cierta cantidad de trabajo, de calidad determinada. Si el individuo no encuentra comprador para su específica capacidad laboral al precio deseado, o lo reduce o permanece en situación de desempleo. Cuando el gobierno o las organizaciones sindicales imponen salarios mínimos por encima del precio del mercado, sumen a una parte de la población laboral en el paro. El número de parados será tanto mayor cuanto más se distancia el salario coactivamente impuesto del que libremente regiría. Paro institucional, es decir, no voluntario, es la consecuencia producida por aquellas medidas falsamente calificadas de "sociales". No hay más que un medio de elevar, con carácter general, los salarios: incrementar el capital por individuo existente. Y tal es el efecto del "laissez faire" económico, en tanto en cuanto su funcionamiento no resulta saboteado por la acción estatal o sindical (1).

No interesa decidir, ahora, si los políticos actuales se percatan de estos hechos. En las Universidades se suele rehuir el exámen de tales realidades (2). Las publicaciones que disienten de las doctrinas en boga tienen escasos lectores y, desde luego, no se utilizan jamás en la enseñanza oficial. Los periódicos temen criticar las creencias populares, ante el posible boycott por parte de los sindicatos. Planteadas, así, las cosas, es posible que los gobernantes, de buena fé, incidan en el error y supongan que sus medidas provocan verdaderas conquistas sociales en beneficio del pueblo, debiéndose achacar el inocultable paro resultante, no a su actuación dirigista, sino a la propia mecánica del sistema capitalista. Ahora bien, aún cuando es admirable tal ignorancia, conviene no olvidar que la carrera política de los hombres que hoy rigen los destinos de los pueblos occidentales y el porvenir de la cohorte de sus economistas y asesores se halla inexorablemente ligado a esa política progresiva, amada por la masa ignorante de las consecuencias que acarrea. La ambición política, independientemente de su impericia e ignorancia, obliga a los gobernantes a adoptar una intolerante actitud negativa contra todo intento de poner en tela de juicio sus demagógicas medidas.

Porque lo característico de quiénes propugnan las doctrinas del empleo total es su aversión a examinar el mecanismo determinante del nivel de los salarios, en el mercado. Repugna a tales ideólogos el estudio leal y sin

(1) Estos temas serán examinados, con la debida extensión, en el capítulo sub siguiente.

(2) Acerca del parcialismo con que, incluso en las Universidades americanas se enseña economía, vid. "God and Man at Yale", de William F. Buckley,

cero del tema. Jamás quieren relacionar el paro con el precio oficialmente señalado al factor laboral. En su opinión, nada tiene que ver el uno con el otro.

Ante el fenómeno del desempleo - dicen - lo que el Estado tiene que hacer es incrementar la cantidad de dinero circulante hasta que desaparezca el paro. Tal aumento de los medios de pago no es inflación - llegan a afirmar -, sino simplemente política de empleo total.

Dejemos de lado esta indudable "contradictio in terminis". Interesa más percatarse de que, cuando se aumentan los medios de pago, los precios tienden a subir. Ahora bien, si los salarios, pese a la elevación del costo de la vida, se quedan atrás en la carrera ascendente, puede ser que disminuya el paro, pero ello es debido simplemente a que los salarios reales han sido reducidos.

Conviene recordar, a este respecto, que el impacto de los nuevos medios de pago, no es registrado instantáneamente por todos los precios, sino que afecta primero a unos, desde los cuales irradia a los restantes sectores del mercado. Por eso, si bien, en definitiva, cuando el conjunto de la economía se ha ajustado al incremento del dinero circulante y el coste de la vida ha subido, prodúcese la general rebaja de los salarios reales antes contemplada, mientras esta adaptación tiene lugar, es posible que algunos sectores laborales se beneficien a costa de los restantes.

Las medidas inflacionarias carecen de virtualidad específica para remediar los problemas referentes a la retribución del trabajo. Lo más que, por este cauce, se puede lograr es expoliar, durante un limitado espacio de tiempo, a unos sectores favoreciendo a otros. Pero, sobre estos temas, volveremos más adelante, al tratar de la "cuestión social".

El aprovechamiento pleno de los factores de producción existentes. -

Otro argumento que suele aducirse en favor de la inflación consiste en afirmar que, si hay factores de producción sin utilizar, conviene aumentar inflacionariamente los medios de pago para que sean aprovechados dichos elementos productivos. En este sentido, se afirma que tal inflación sirve para crear riqueza, ya que, de otra suerte, esos factores de producción serían sólo parcialmente empleados.

Para evidenciar los errores que este razonamiento encierra basta con pensar el motivo por el cual los repetidos factores de producción quedan sin utilizar. Resulta perogrullesco, aunque indudable, que, si no se emplean, es porque han sido producidos en demasía y el mercado, al abstenerse de comprar, infligiendo pérdidas a sus fabricantes, está ordenándoles dejen de malinvertir el escaso capital existente, para que pueda ir a fertilizar otras producciones, en aquel momento y dadas las específicas circunstancias reinantes, más estimadas por los consumidores. Estamos ante un problema ya esbozado anteriormente. Desde luego, una comunidad podría absorber muchos más tejidos, pongamos por caso, de los que consume. Sin embargo, hay un punto donde la producción ha de detenerse, ya que el capital necesario para aumentar la fabricación de telas ha de destinarse a la obtención de otros bienes, los cuales el público valora en más que aquellos textiles dejados de producir.

Imaginemos, por ejemplo, que un país se encuentra con la existencia de un stock de carbón, inabsorbido por el mercado, al precio pedido

Reguery 1941 y "Collectivism on the Campus" de D. Merrill Root, Devin Adair, 1955.

por las empresas mineras. Naturalmente, si fuera rebajado ese precio, el carbón se vendería; sin embargo, los propietarios de las minas aseguran que cualquier reducción les ocasionaría pérdidas. Ante tal situación, no hay otra salida más que la de restringir la producción de carbón y, siguiendo los dictados del consumo, dedicar a otros cometidos, los siempre escasos factores de producción empleados en su extracción.

El dirigista, cegado por falsos dogmas económicos, rehuendo la contemplación amplia del problema, cree que, al reducirse la producción de carbón, ha de provocarse descenso en el nivel de vida y empobrecimiento general del país. Pero la verdad es muy otra; si se deja de extraer carbón, la comunidad no será más pobre, sino más rica, ya que el capital y los elementos de producción que absorbe dicha minería serán dedicados a la obtención de otros bienes mayormente estimados por el mercado. La gente tendrá menos carbón, pero, en su lugar, disfrutará de otras mercancías superiormente valoradas.

De acuerdo con estas ideas, es evidente que si se permite al mercado inducir a los empresarios mineros a que restrinjan convenientemente la producción, el público resultará beneficiado. Tal vez sufran transitorios perjuicios los capitalistas que invirtieron su dinero en las innecesarias instalaciones extractoras y los obreros contratados para esa excesiva producción. Pero aún esos daños minoritarios se reducen al máximo bajo un régimen de libertad ya que el mercado avisa de las mutaciones registradas por la demanda y rápidamente corta toda desviación de la producción, primero reduciendo los beneficios y, después, infligiendo pérdidas ruinosas al empresario poco dúctil. Por el contrario, cuando la inexorable realidad ha sido enmascarada por la inflación, a medida que mayores capitales van siendo invertidos en producciones indeseadas por el consumo, cada vez, resulta más difícil volver al buen camino y es la temida depresión la sangrienta medida quirúrgica que, al fin, vuelve las cosas al estado deseado por el consumo.

Mediante una política inflacionaria, evidentemente, cabe burlar los deseos de los consumidores. El Estado puede, por ejemplo, efectuar una emisión de papel moneda y bien por sí, o por entidades interpuestas, cabe que monte altos hornos, centrales térmicas o, en fin, cualesquiera plantas industriales que incrementen la demanda de carbón (1). El exceso de producción, naturalmente, será absorbido. Ahora bien, como no hay ninguna rama industrial que produzca a base de un solo elemento productivo, las nuevas utilidades del carbón darán lugar a que se incremente la demanda de otros muchos factores, tales como, por ejemplo, el cemento y los materiales de construcción, el petróleo y sus derivados, el transporte, etc. Todos estos precios irán incrementándose y como, en realidad, la nación no ha de contar con mayores capitales van elevándose, sucesivamente, de una rama industrial a otra. Y el círculo alcista pronto se cierra. Los propios carboneros, iniciadores del problema, se encuentran con que sus costos de producción también registran elevaciones y, entonces, vuelven a encontrarse con el mismo problema del principio. Al comenzar la inflación las industrias que utilizaban el carbón podían pagarlo caro gracias a que todavía compraban a bajos precios los factores de producción complementarios. Así pudieron registrar beneficios, los cuales, sin embargo, fueron desapareciendo, a medida que el impacto de la inflación

(1) También cabe otorgar, al efecto, créditos a los particulares. Ahora bien, es obligado notar que tales créditos habrán de ser concedidos en condiciones más favorables que las vigentes en el mercado bancario, pues de otra suerte de nada les servirían esa ayuda estatal a los empresarios de referencia, quienes hubieran acudido directamente a sus banqueros, sin necesidad de recurrir al gobierno. Y es, precisamente, esa reducción del costo del capital, que viene a reducir los gastos de explotación, la que les permi

iba afectando a todo el mercado, hasta que, pasando, primero, por los usuarios del carbón, las propias industrias extractoras se encontraron, como al principio, con que estaban produciendo a precios excesivos para el mercado, y que no podían vender parte del carbón extraído.

Pero no es ésto todo. Porque, en el interín, mientras la inflación iba tocando los distintos precios, al igual que, al principio, los carboneros, unos grupos fueron beneficiándose a costa de los demás, vendiendo caro y comprando barato. La inflación, por tanto, obligado es concluir, no ha servido para nada; no ha producido riqueza, simplemente ha divertido los factores de producción de unos cometidos a otros y ha empobrecido a la mayoría para injustamente enriquecer a determinados favoritos de la situación.

Las situaciones extraordinarias de emergencia. -

Todos los argumentos de tipo económico aducidos en favor de la inflación carecen de viabilidad lógica. Las falacias que encierran han sido, una y otra vez, refutadas por los estudiosos. Ahora bien, queda un argumento de orden político, que debe examinarse antes de pasar a otros temas.

No suelen los defensores de este ideario abogar por él, de modo franco y abierto, en libros y publicaciones, discursos y asambleas, ya que constituye un tema poco atractivo para ser tratado en público. Sin embargo, pese a este silencio, la idea ha quedado firmemente anclada en el subconsciente de nuestros contemporáneos.

Resulta, en verdad, curioso comprobar que quienes pretenden defender la inflación, desde este punto de vista, comienzan por reconocer las grandes ventajas que reporta al país un sistema monetario estable. No comulgan en los errores de los arbitristas inflacionarios. Saben que la artificiosa creación de dinero constituye política autodestructiva, que conduce a la crisis y al desastre, siendo incapaz de remediar ninguna situación de fondo económico. Plenamente conscientes de estas realidades, sin embargo, mantienen que, en la vida de los estados, hay emergencias que justifican el recurso drástico de la inflación. Aseguran, en este sentido, que la nación puede verse amenazada por peligros y daños mucho más graves que los derivados de la inflación. Arguyen, de esta suerte, que si, por medios inflacionarios, es posible salvaguardar el futuro de la república, la supervivencia de la comunidad, en trance de grave amenaza, no cabe la menor duda de que constituiría criminal ceguera o imperdonable desidia al no recurrir a ellos para preservar tan inestimables valores. En tales casos, ha de optarse, simplemente, entre un daño menor y otro mayor.

Para enjuiciar con rigor la argumentación expuesta, precisa percatarse, ante todo, de que la inflación no supone incremento alguno en la capacidad económica de la nación, ni tampoco sirve para elevar la voluntad combativa del pueblo. Para armar a las fuerzas del país, por ejemplo, es ineludible restringir el consumo civil. Si la mayoría está dispuesta, de verdad, a resistir, fácil ha de resultar a los gobernantes financiar el esfuerzo militar, mediante impuestos más o menos onerosos que, incrementarán la capacidad adquisitiva del gobierno, reduciendo congruamente la de los particulares. Ahora bien, si el poder público no se atreve a elevar la carga tributaria por no contar con el asenso popular para sus aventuras bélicas, de nada le servirá engañar a la gente en cuanto al coste guerrero, recurriendo a la inflación, ya que a esos batallones indeseosos de luchar de poco les valdrá el armamento fraudulentamente conseguido al faltarles lo principal, la ardorosa voluntad combativa.

te lanzarse al nuevo negocio deseado por el estado y comprar el carbón caro.

* Tras el argumento en favor de la inflación que examinamos, siempre, se esconde la misma realidad: que el gobierno pretende realizar proyectos, cuyo costo a los contribuyentes les parece excesivo, ya se trate de aventuras bélicas, de la financiación de empresas nacionalizadas que arrojan pérdidas, del montaje de ambiciosos planes de seguros sociales o de cualquier otra actividad, que el público sería el primero en recusar, tan pronto como se enterara de lo que de verdad le estaba costando su mantenimiento.

Podemos dejar de lado el juicio que el gobernar mediante engaño puede personalmente merecer, por cuanto lo único que importa destacar, al aludir al examinado argumento de emergencia, es que la inflación nunca incrementa los recursos de la nación; ninguna comunidad es más rica porque haya mayor cantidad de billetes en circulación; en el mejor de los casos, la riqueza real sería la misma, antes y después de la inflación. Luego ninguna ayuda puede reportar para resolver situación alguna.

V. - EL FIN DE LA INFLACION.

La inflación aboca a la crisis. -

La inflación es un movimiento autodestructivo. Cabe imaginar, en teoría, una moneda continuamente depreciada cuyo valor, sin embargo, no llegará nunca a cero del mismo modo que, en el terreno de la matemática, es posible idear series tendentes a un número límite sin alcanzarlo nunca o trazar curvas asintóticas que, acercándose continuamente a la asíntota, solo en el infinito llegan a cruzarla. Pero, dentro del mundo económico, esto es imposible, por cuanto, llegado un momento, el mercado repudia la envilecida valuta, la cual pierde su condición dineraria. El castillo de naipes monetario se viene abajo; la inflación ha matado a la inflación. Si la crisis no aniquila el orden social, la economía, penosamente, volverá a ponerse en marcha y, poco a poco, irán cerrándose las heridas sufridas, en un proceso largo y gravoso para todos.

La inflación, si no se detiene antes, termina, con la aniquilación de la moneda, cuando ésta deja de ser aceptada como medio general de pago. Aquellos papeles, que, antes, la gente tomaba y merced a cuyo intermedio el poder público financiaba sus planes, dejan de tener valor; ya no le sirven de nada al gobierno, que se ve forzado a admitir una nueva moneda sana, aceptable para el público, y con la cual, de momento, al menos, ha de renunciar a la inflación. Los descabellados proyectos, que por medios inflacionistas se financiaban, han de ser abandonados y aparece el "slump", es decir, aumentadas, aquellas realidades que no se querían ver. Ejemplos de inflaciones, que recorrieron íntegra su órbita, los constituyen la "Continental Currency" americana de 1781, los "Mandats Territoriaux" de la Revolución Francesa, en 1796 y el "Mark" alemán de 1923 (1).

Ahora bien, generalmente, las cosas no llegan a estos extremos. Antes de arribar a la total quiebra económica, surge la crisis. Porque hay una circunstancia curiosa en el proceso inflacionario, poco atendida por los especialistas, que merece examen, ya que explica cómo se anuncia la crisis y empiezan a caer los precios, pese a no haberse interrumpido la creación de nuevos medios de pago. En efecto, al iniciarse la inflación, se entabla una carrera entre los precios, de un lado, y la cantidad de dinero producido, de otro. Al principio, los medios de pago aumentan más deprisa que los precios. La gente, todavía, no ha perdido confianza en la moneda; no se da cuenta de que ésta va a ir envileciéndose continuamente y prefiere ahorrar, en vez de comprar, a unos precios que le parece excesivos, confiando en que ha de llegar

(1) Acerca de la inflación alemana, vid. "The Economics of Inflation", de Cons

un día en que la vida baje. Pero el proceso inflacionario vá, poco a poco, abriendo los ojos a todo el mundo; la minoría que, desde un principio, se dio cuenta de lo que sucedía y adaptó su actuación a la realidad, cosechando las correspondientes ganancias, cada vez se amplía más, hasta transformarse en mayoría, y abarcar, por fin, a toda la población. Se hace, una vez más, realidad la frase de Lincoln: "No se puede engañar a todo el mundo, todo el tiempo".

Cualquiera que haya vivido una inflación - y, por desgracia, la experiencia es harto común - se habrá apercebido de ésto. Al principio, el ama de casa deja de comprar la lámpara, por ejemplo, que necesita, esperando bajen los precios, algún tiempo después, ya la compra, al precio que sea, por cuanto columbra que mañana le costará más; finalmente, compra la lámpara, aunque esté segura de que nunca le hará falta, convencida de los quebrantos que implica la tenencia de numerario. Cuando la economía ha llegado a este punto, están contados los días de la inflación. Ha comenzado la conocida "huída hacia los valores reales"; el inevitable "crack" está a las puertas.

La subida de los precios, que, al principio, se retrasó con respecto a la creación de medios de pago, después sobrepasa a la inflación, por cuanto la gente descuenta ya, no solo la desvalorización existente, sino, además, la que piensa ha de producirse. Para que una persona venda ha de pagarle el valor de hoy más la depreciación de mañana.

Es decir, volviendo al lenguaje algebraico, si llamamos " n " a la cantidad nominal de dinero existente antes de la inflación; " V " al valor de esta moneda; " N " al dinero nominal en un momento de la inflación y " v " al valor de esta rebajada valuta, resulta que " n " multiplicada por " V " es mayor que " N " multiplicada por " v ", cuando la inflación llega a sus últimos estadios. Este hecho, comprobado por la estadística, una y otra vez, implica que la inflación, al final, provoca consecuencias similares a la de una reducción del dinero existente. Tan curiosa mecánica se comprende, volviendo a aquellas ideas ya expuestas al tratar del comercio exterior en el capítulo segundo. En efecto, el valor de la moneda sube o baja según que la gente quiera incrementar o disminuir su tenencia de numerario. Si los sujetos económicos, en caso de inflación, solo pretendieran disponer del exceso de dinero, se mantendría una proporcionalidad entre el aumento de los medios de pago y la subida de los precios. Pero como lo que sucede es que nadie quiere conservar en su poder dinero, ni siquiera los saldos que pudiéramos llamar "normales", los precios ascienden por dos causas distintas: la inflación y la creciente desconfianza en la moneda. De ahí que, por más billetes que se lancen, llega un momento en que los precios resultan inalcanzables.

Enfrentado con ésta, para él incomprensible subida de los precios, el Estado se encuentra inermes, como el niño ante la tormenta amenazadora. Por más que aumente la circulación dineraria, ya no puede alcanzar los precios. Al tiempo, se dan cuenta las autoridades de que, si insisten por el camino inflacionario, van a aniquilar el sistema monetario. Esto les asusta sobremanera, ya que, de un lado, no quieren pasar a la historia como los autores de la quiebra nacional y, por otro, - y tal vez sea ésto lo que más les amedrenta - atisban el peligro de perder sus cargos políticos. Tales temores dan lugar muchas veces a que sean precisamente los mismos que ingeniarón la inflación quienes desatan la crisis, imponiendo a los bancos restricciones en la concesión de créditos y aún disminuyendo la creación de billetes. Pero,

tantino Bresciani-Turroni, London, Urwin, 1937 y en cuanto a las aventuras dinerarias de los revolucionarios franceses, vid. "Fiat Money Inflation in France", New York, Irvington, 1952, de A.D. White.

ello es puramente accidental. Lo trascendente consiste en percatarse de que la crisis inexorablemente vá a producirse, más pronto o más tarde.

Como se decía, la espiral de los precios, al final del proceso inflacionario, asciende ya tan vertiginosamente que se produce una grave escasez de dinero. Durante el "boom", todo el mundo había hecho inversiones, había ampliado negocios, había solicitado créditos. Ahora bien, como los precios han sobrepasado al incremento dinerario, elevando enormemente los costos de producción, muchos negocios, que parecían rentables cuando el dinero fluía fácil, empiezan a registrar pérdidas catastróficas. Es más, esa elevación de los factores de producción da lugar a que, en términos generales, los beneficios se contraigan seriamente, no solo los de aquellas empresas, creadas artificialmente en la alegría del "boom" y condenadas a desaparecer, sino también los de los negocios sanos, que pervivirán. El reajuste deviene ineludible. La situación obliga a todos a reducir las compras, la contratación de obreros, la instalación de industrias. La crisis ha comenzado. Por sí sola, haría caer los precios y pondría en situación difícil, si no aniquilaba, a muchos negocios. Pero, lo grave es que generalmente, vá acompañada del "pánico". Las obligaciones aplazadas, alegremente contraídas, en el momento de euforia, comienzan a vencer. Como la vida mercantil se ha debilitado, resulta difícil hacerlas frente; ahora bien, por haber desaparecido la antigua seguridad en la pujanza de la economía, los acreedores se niegan a toda renovación crediticia y aparecen las suspensiones de pagos y las quiebras; el mercado se atemoriza; todos quieren protegerse, vendiendo; pero ya es tarde; los grandes "stocks" se liquidan; los precios se hunden; las fábricas cierran sus puertas y aparece el paro; la economía se detiene. Ha sonado la hora de la "debacle", al grito de "sálvese quien pueda".

Esto es lo que sucedió con el "crack" de 1929, fruto de las inflaciones iniciadas durante la guerra y proseguidas al término del conflicto. Y vino la crisis, que sacudió al mundo, si bien, al menos, de momento, redujo los factores de producción, capital y trabajo - a los cometidos deseados por el consumo (1).

La ausencia de crisis económicas bajo el socialismo. -

Mantienen los socialistas que la crisis económica constituye fenómeno específico e inherente a la propia mecánica del capitalismo. Con la implantación del socialismo - afirmase - la humanidad quedará liberada para siempre del paro, de la miseria y demás obligadas secuelas de la crisis.

En un sentido, esto es cierto. Como, una y otra vez, a lo largo de estas páginas se ha hecho notar, la crisis viene a ser la drástica medicina que cura los males de la inflación. La actividad inflacionaria ha provocado la malinversión de los siempre escasos factores de producción. Los empresarios, cegados por esos artificiosos beneficios que engendra la depreciación monetaria, han hecho inversiones indeseadas por los consumidores, dado el capital existente. Se han lanzado a producir cosas que solo tendría interés económico si de verdad existieran aquellos capitales a los cuales concede aparente corporeidad el espejismo de la inflación. Para financiar las nuevas fabricaciones se ha detraído capital que, sin interferencia inflacionaria, habría fertilizado las producciones deseadas por el consumo. Esta diversión del capital de funciones preferidas por el consumidor a otras de menor interés para el mismo cada vez es mayor, a medida que prosigue la inflación. Todos los

(1) El estudio más completo y autorizado de la crisis de 1929 es el del propio Presidente Hoover. Vid. Herbert Hoover, "Memoirs"; The Great Depression, Macmillan, 1951. - A este respecto, es interesante la lectura de Albert Hahn cuando llama la atención acerca de la similitud entre la actual coyun -

precios suben bajo el impacto de los nuevos medios de pago que el gobierno inexorablemente lanza al mercado. Pero, a esta alza general, se agrega, en cuanto a los bienes más necesitados por el consumo, un nuevo motivo de carecimiento: la relativa escasez de los mismos, por la diversión de parte del capital a otros cometidos. Así resulta que un porcentaje cada vez mayor de los ingresos individuales se dedica a la adquisición de esos productos más necesitados. Las ventas de las restantes fabricaciones se reducen. Para vender más estos empresarios habrían de reducir sus precios, pero ello es imposible, dado el coste de los limitados factores de producción, por lo cuales todo el mercado anda a la rebatía. Y aparece la crisis, generalmente acompañada del pánico. Se abandonan explotaciones, las fábricas cierran sus puertas, millones de parados en el país constituyen grave amenaza social.

Pero el escalpelo de la crisis ha extirpado la grave dolencia. Los deseos de la masa consumidora volverán a ser respetados y atendidos. De momento, al menos, la injerencia dirigista dejará de dilapidar capital en empresas escasamente estimadas por el consumo, habiendo necesidades vitales de la masa desatendidas. Mediante la crisis, el soberano consumidor, hace la guerra al intervenционista, empobrecedor del pueblo. La pugna ocasionará bajas y daños, pero mucho más perjudicial hubiera sido permitir prosperara el consumo y las malinversiones de capital, privándose al consumidor de su poder supremo; el de dirigir autoritariamente la producción hacia los cometidos que a él más le placen.

Contemplada así, con limpia visión, la crisis, compruébase que ésta no surge espontáneamente en la organización capitalista, sino que es consecuencia de las ingerencias estatales o sindicales en el libre juego del mercado. Consignemos claramente la conclusión: la crisis es fruto del intervenционismo. El capitalismo inadulterado no provoca crisis jamás; mediante el mecanismo de los precios, dirige, con mano de seda, la producción hacia aquellos cometidos más estimados, haciendo improductivas las actividades indeseadas por los consumidores, las cuales, por esta misma razón, para mejor servir los intereses de la masa, han de ser abandonadas. Los capitales y los obreros afectos a estas producciones, naturalmente, en cumplimiento de la voluntad mayoritaria, habrán de buscar nuevos empleos, donde ganarán más que en ocupaciones repudiadas ya por el resto de sus conciudadanos. Ahora bien, para evitar la pavorosa crisis total, hija de la injerencia, que descoyunta la economía, sumiendo en el dolor, el paro y la miseria a millones de familias, no hay más que un remedio eficaz; el de la economía libre de trabas e intervenciones.

Consignado lo anterior, es forzoso convenir con los marxistas que, bajo el socialismo, no hay lugar a las crisis. En efecto, abolido el mercado y los precios, los consumidores han dejado de dirigir la producción. Cada uno trabaja dónde y cómo el Estado le señala; compra los bienes que el gobierno tiene a bien proporcionarle, al precio oficialmente marcado; cobra salarios también unilateralmente fijados. En el paraíso socialista, solo queda un derecho individual que el hombre puede libremente ejercitar: el del suicidio. Bajo estas condiciones, evidentemente, no puede haber crisis económicas, en el sentido occidental de la palabra, por lo mismo que no hay gritos humanos en el reino de los sordomudos. La crisis la provoca, en el mercado, el consumidor, al hallarse disconforme con los cauces seguidos por la producción. Cuando ésta se halla en manos de inúmeros empresarios, es posible sancionar a unos con pérdidas y premiar a otros con beneficios, obligándoles así a seguir los derroteros preferidos por el público consumidor. Pero, cuando la dirección de la producción corresponde al ente estatal, entonces, ya solo cabe

tura americana y la de 1929, en su libro "Economic Politique et sens commun", París, Genin, 1957, pp. 173, 298 y sigs.

o aceptar o renunciar a los productos ofrecidos. El Estado cambiará de ruta cuando le plazca, si es que alguna vez le place y, mientras tanto, a los consumidores solo les cabe aguantarse.

Bajo el socialismo se registrará hambre, miseria, enfermedad y muerte, pero es impensable la crisis económica (1).

La ineficacia de las llamadas medidas contracíclicas. -

Coincide el intervencionismo económico con el credo socialista en suponer que las crisis económicas son resultado inevitable de la propia mecánica capitalista. Ahora bien, a diferencia del marxismo, que pretende resolver el problema mediante la supresión del mercado y la propiedad privada de los medios de producción, los dirigistas proponen conceder al poder público facultades bastantes para que evite la crisis, mediante las denominadas medidas "contracíclicas".

En esencia, estos ideólogos pretenden superar la crisis recurriendo a mayores inflaciones, sin percatarse de que fué la actividad inflacionaria la causante de la propia situación que se pretende remediar. Es como si quisiéramos curar las dolencias de un morfinómano a base de incrementar le las dosis de morfina. Momentáneamente, la acción del tóxico parece mejorar el estado general del paciente, pero los daños en su fisiología son cada vez mayores, llegándose, al final, a provocar la muerte del toxicómano. Con la inflación, los keynesianos pretenden aplicar análoga cura a la economía, enferma a causa, precisamente, de las anteriores actividades inflacionarias. Como quiera que la crisis es fruto de la escasez de capital sentida en aquellos cometidos mayormente deseados por el consumo y la inflación no puede crear de la nada los factores de producción necesarios para reducir los costos permitiendo bajar los precios, evidentemente, toda tentativa de remediar la situación mediante sucesivas inyecciones inflacionarias han de abocar a desastres cada vez mayores.

Los discípulos de Keynes quieren hacernos creer que la crisis la provoca una misteriosa desidia que se apodera de las gentes, induciéndolas a restringir tanto el consumo como la inversión. No se percatan de que si se reduce el consumo es porque los precios se han hecho prohibitivos, impidiendo la inversión el alza de los factores de producción, resultando a tales costos improductivas las fabricaciones contempladas. Por eso, las grandes obras públicas, cuya realización recomiendan los intervencionistas, en momentos de crisis, para detener la baja de los precios y dar trabajo, son contraproducentes, ya que dichas inversiones no vienen sino a distraer más capital (factores de producción) de los cometidos deseados por los consumidores (2).

(1) En este orden de ideas es interesante la lectura del libro de Boris Brutzkus, "Economic Planning in Soviet Russia", London, Routledge, 1935, donde el autor, economista ruso exilado, explica el error económico que supuso la construcción de la gran presa del Dnieper, timbre de orgullo para los marxistas y sus usuales compañeros de viaje, de antes de la guerra, por cuanto los rusos ansiaban zapatos, prendas de abrigo y pan mucho más que la energía de Dnieprostroy. Bajo el soviét, los consumidores se tuvieron que aguantar. Pasaron frío y hambre, tropezaron quizá con la enfermedad y la muerte, mientras proseguía insensible la babilónica construcción, sin el menor asomo de crisis.

(2) Las fábulas keynesianas han proliferado de tal manera que, incluso la Sociedad de Naciones en "Economic Stability in the Post-War World", (Genebra, 1945, II, p. 173) consideraba "las grandes inversiones públicas en proyectos oportunamente preparados como la política mejor y recomendada

Para atacar eficazmente las crisis es preciso ir a la raíz del mal, adoptando medidas que incrementen el capital utilizable, al objeto de compensar aquel que fué dilapidado y malinvertido. En este sentido, procede que el Estado minimice sus gastos y consumo y, mediante congrua reducción de los impuestos, permita a los particulares disponer de la mayor cantidad posible de capital, es decir, de medios materiales de producción. Para asegurar que el tránsito a la normalidad sea más suave, conviene abrir las puertas al capital extranjero, el cual acudirá tan pronto como se sienta protegido contra la expoliación y contra las medidas atentatorias a su libertad de movimiento. La reducción de las cargas fiscales abogará también decisivamente por la aparición de nuevos capitales, mediante los cuales será posible evitar el paro y el "crack" de la producción. Porque no cabe olvidar que será preciso abandonar muchas de las explotaciones iniciadas bajo los efectos del vino inflacionario. Por eso es necesaria la inyección de nuevos capitales al objeto de evitar el paro de quienes laboraban en dichas instalaciones clausuradas ofreciéndoles, de inmediato, nuevos empleos - concordados ahora, con los deseos del mercado - creados gracias a la aparición de aquellos capitales, los cuales proporcionarán las máquinas, las materias primas, los medios de transporte y demás medios materiales necesarios para la producción.

Esta es la idea que conviene retener: la crisis, engendrada por la inflación, no puede resolverse nunca incrementando, artificialmente, el consumo de capital, con obras públicas y demás medidas de carácter estatal, antes al contrario, aquellas graves situaciones creadas por el intervencionismo monetario solo podrán ser superadas mediante fórmulas que faciliten la aparición de nuevos capitales, provenientes del ahorro nacional o del extranjero (1).

VI. - LA DEFLACION. -

La deflación es otra manifestación del intervencionismo monetario, consistente en reducir la cantidad de dinero (2). Esta restricción de los existentes medios de pago puede producirse mediante actuaciones tanto en la

a todos los países", por caso de crisis, sin percatarse de que lo trascendental no estriba en proyectar, de antemano, grandes obras públicas, sino hallar los medios materiales para construirlas.

- (1) Es preciso hacer referencia, siquiera ligera, al caso de Suecia, ejemplo que los keynesianos alborozados citan siempre para demostrar la eficacia de las medidas contracíclicas. Ciertamente es que el gobierno sueco duplicó la cifra de gastos e inversiones estatales durante el período comprendido entre 1933 y 1939. Ahora bien, esto no fué la causa sino el efecto de la prosperidad de Suecia en aquella época, prosperidad debida exclusivamente al rearme alemán. No solo pudieron los suecos incrementar enormemente sus exportaciones a Alemania sino que, además, se vieron libres de la competencia alemana en el mercado internacional. Por esta razón, las exportaciones suecas, entre 1932 y 1938, aumentaron en la siguiente proporción, (en miles de toneladas): Mineral de hierro, de 2.219 a 12.485; lingote, de 31.047 a 92.980, ferroaleaciones, de 15.453 a 28.605; otros tipos de hierro y acero, de 134.237 a 256.146; maquinaria, de 46.230 a 70.605. En 1932 había 114.000 parados, número que, durante 1933, llegó a 165.000. Tan pronto como el rearme alemán tomó impulso, el paro fué reduciéndose de 115.000 en 1934 y 62.000 en 1935 a 16.000 en 1938. El autor del "milagro" no fué Keynes, sino Hitler.
- (2) Cabe dar por reproducidas, ahora, las ideas consignadas en el encabezamiento del apartado II, al iniciar el estudio de la inflación.

esfera monetaria, como en la crediticia.

Efectivamente, cabe que el Estado proceda a la destrucción de una parte de los billetes emitidos. Pero los bancos, también, si han concedido créditos en cuantía superior a la de los depósitos recibidos, al reducir ese excedente prestado, en busca de una mayor solidez, igualmente pueden provocar una tendencia deflacionaria.

Incidentalmente, conviene repetir, ahora, contrariamente a la opinión más extendida, que la banca "per se" carece de potencialidad inflacionaria ni deflacionaria. Solo si el comercio crediticio está protegido del embaite de la economía libre, constituyendo privilegio minoritario, pueden los bancos, en "numerus clausus", provocar desórdenes monetarios. Si las entidades de crédito prestan, únicamente, los dineros de sus depositantes y sus recursos propios, la inflación bancaria deviene impensable, según antes veíase, ni aún concediéndoles autorización para emitir billetes. Por lo mismo, los bancos no pueden tampoco dejar de prestar dinero, desatando, así, una corriente contraccionista y deflacionaria, ya que, si lo hiciesen, provocarían una tendencia al alza del interés, que atraería a los poseedores de numerario, induciéndoles a prestar por su cuenta, antes que a efectuar depósitos bancarios. Recorde mos que la posesión de metálico, ya sea en caja o en cuentas a la vista, en sustancia, no es más que una forma, entre múltiples, de invertir la riqueza propia. Cuando aparecen otras inversiones más atractivas - como aparecerían si los bancos dejasen de proporcionar créditos -, el hombre acude a ellas, en busca siempre del máximo beneficio propio. Los bancos no dan crédito, simplemente, se limitan a atender las peticiones y deseos del público, cobrando el precio - interés - que la constelación de fuerzas actuantes en el mercado impone. Pensar que, si no hubiera bancos, no habría crédito equivale a suponer que, si se suprimieran las pastelerías dejaría la gente de apetecer golosinas. El crédito es un bien económico que el público desea. Quiénes se dedican a proporcionar préstamos se llaman banqueros, al igual que son pasteleros quiénes se ocupan de suministrar pasteles. Si los unos y los otros se negasen a expender su respectiva mercancía, aparecerían, de inmediato, en el mercado libre, otros empresarios que les sustituirían, en tanto los consumidores siguieran apeteciendo pasteles e créditos. Pero, volvamos al tema de la deflación.

Examinados ya los efectos de la inflación, fácil resulta comprender que, también, la deflación ha de producir nocivas consecuencias, privilegiando a ciertos sectores, con el consiguiente perjuicio de los restantes. Así como la inflación provocaba una general tendencia al alza de los precios, la deflación ocasiona un también generalizado descenso de los mismos, los cuales bajan, si bien unos antes y otros después, unos más y otros menos, con el consiguiente lucro de ciertos grupos, compensado con el empobrecimiento de otros. Por lo que se refiere al problema de los pagos aplazados, las consecuencias son, igualmente, parejas, aún cuando, ahora, se favorece a los acreedores, con daño para los deudores. Solo en el terreno del consumo y malinversión del capital, es dispar el efecto entre una y otra fórmula intervencionista, ya que la deflación, a este respecto, resulta, sustancialmente inocua.

No es sólo por esto último por lo que es la deflación menos nociva que la inflación, ya que, además, históricamente, son contados los casos de su aplicación efectiva. Ello se debe, en primer lugar, a que una política deflacionaria supone siempre grave carga para el erario público. Por otra parte, la deflación es siempre impopular. En razón a una inveterada asociación mental que asimila el beneficio con el alza de los precios y las pérdidas con la baja de los mismos, la masa soporta mucho mejor, sobre todo, al principio, la inflación que la deflación.

Los dos ejemplos, más conspicuos, de política deflacionaria nos los ofrece la Gran Bretaña. Al término de las guerras napoleónicas, el Reino Unido quiso acabar con la inflación a la que había recurrido para financiar el esfuerzo bélico. Cegados aquellos estadistas victoriosos por su orgullo nacional, recurrieron a la deflación, en vez de a la estabilización monetaria, medida ésta que el mercado libre hubiera impuesto. Es decir, impidieron que la libra esterlina buscara su natural paridad con el oro; prefiriendo olvidar que se habían andado por el camino de la inflación; que se había dilapidado capital en el conflicto; que la libra había perdido parte de su valor. Desoccos de mantener el prestigio de la moneda nacional, reimpusieron la paridad de la anteguerra; recurrieron a la deflación, cauce económico tan erizado de peligros como el de la inflación.

Al igual que sucede con toda medida intervencionista, de momento, se benefició a una minoría, integrada, en este caso, principalmente, por quienes, con moneda desvalorizada, habían suscrito la Deuda Pública emitida durante la guerra, trato privilegiado que se compensó con un severo incremento de la carga tributaria, soportada por la generalidad del pueblo inglés. Las calamidades y sinsabores que sufrió el país fueron enormes; hubo conmociones sociales y se abrió las puertas a las ideas de Engels y Marx, que a la sazón, comenzaban a agitarse en Londres.

Cabe disculpar a las autoridades inglesas de aquella su actuación, ya que, a la sazón, la ciencia económica, todavía, no había progresado bastante, para prever los resultados. Ahora bien, lo que no admite justificación alguna es que al finalizar la primera guerra mundial, de nuevo, el Banco de Inglaterra, por el mismo "chauvinismo", de indudable carácter dirigista, recayera en idéntico error, siempre en la equivocada creencia de que los males de la inflación pueden subsanarse mediante deflación. Así, en 1925, reimpuso la paridad anterior a la guerra y a la inflación bélica. La libra, de la noche a la mañana, aumentó grandemente de valor; se podía comprar, en definitiva, más cosas que antes con una libra esterlina. Pese a los peligros económicos que estas medidas implicaban, bajo un régimen de libertad, la economía inglesa, en pocos años, desde luego mucho antes de 1931, hubiera hallado los mecanismos compensatorios naturales. Pero, las organizaciones sindicales impidieron que los salarios se adaptaran al nuevo valor adquisitivo de la libra esterlina, al no permitir una rebaja nominal, no real, de los mismos. Ello supuso una elevación verdadera y coactiva de los salarios y las consecuencias no se hicieron esperar. El aumento de los costos perjudicó gravemente la exportación; las industrias marginales cerraron sus puertas; apareció por los burgos ingleses, el terrible fantasma del paro. Los obreros que conservaron sus puestos, indudablemente, por el alza del valor de la moneda, vieron incrementados sus salarios, compensándose éstos, que pudiéramos llamar "injustos beneficios", con el quebranto económico de sus hermanos parados. Aterrorizado el gobierno y los grandes rotativos por la acción sindical nadie se atrevió a insinuar siquiera que todos los problemas los originaba la artificiosa alza de los salarios y, en 1931, el Banco de Inglaterra abandonó el patrón oro. No cabe duda de que las doctrinas inflacionistas inglesas, cuyo más destacado representante fué Lord Keynes, debieron su impulso a la política deflacionista de 1925, practicada de espaldas a las normas de la economía de mercado. (1).

- (1) Keynes, más que un teórico, era un pragmático. A la manera de todos los hombres que viven hacia afuera, que se hunden profundamente en la vida activa de su tiempo - y más si son ingleses - no gustaba de las teorías puras. Su instinto natural le llevaba a idear políticas económicas, con miras a su aplicación práctica inmediata; es la tendencia que muestran todas sus obras. Pero, como al fin, era hombre formado educativamente en las disciplinas científicas, pronto articulaba una teoría para justificar, más o menos racionalmente, las medidas que intuitivamente consideraba más adecuadas al momento (Véase sobre esto la obra de su discípulo Harrod: "The Life of J. M.

Conclusiones:

De acuerdo con lo expuesto en los anteriormente apartados, debe rechazarse, por igual, el intervencionismo inflacionista como el deflacionario, sentando las siguientes conclusiones:

1) No abogan por el bien común, por la elevación del nivel de vida, ni por los intereses generales de la nación, las autoridades que provocan inflación o deflación, antes al contrario, con tales medidas no hacen más que beneficiar a unos grupos con el consiguiente perjuicio de la mayoría.

2) Es imposible saber, de antemano, quienes van a ser los favorecidos y quienes los perjudicados por el intervencionismo monetario y, aún es posible, que quienes en un principio fueron beneficiados sean, después, los más quebrantados.

3) La inflación ocasiona, en todo caso, consumo de capital y malinversión de los escasos factores de producción. Empobrece, siempre, a la nación que la padece.

4) La inflación aboca indefectiblemente a la crisis, que será tanto más grave cuanto más inmoderada haya sido la creación de artificiosos medios de pago.

5) La política deflacionaria es costosa para el fisco e impopular con las masas. Por el contrario, la inflación engrosa el erario y atrae a los injuciosos. Los riesgos de deflación son, por tanto, mínimos, en comparación a los graves peligros del intervencionismo inflacionista.

VII. - POR UNA MONEDA SANA Y ESTABLE. -

Antecedentes. -

Los economistas clásicos elaboraron, con la máxima perfección, las doctrinas monetarias, basadas en una valuta estable, que prevalecieron a lo largo del pasado siglo. Para aquellos pensadores, constituía la del mercado la mejor organización económica que cabía dar al ente social, por cuanto la propiedad privada de los medios de producción tiende a poner los factores productivos bajo el control de los individuos más idóneos, proporcionando, así, a todos los miembros de la comunidad, la máxima satisfacción posible de sus necesidades. Quedan facultados los consumidores, dentro del mercado, para suministrarse de aquellos proveedores que, del modo más económico, les proporcionen los artículos, con mayor urgencia precisados, quedando, de esta suerte, sujetos los empresarios, los capitalistas y los terratenientes, a la soberanía del público. El "laissez faire" económico hace libres a los ciudadanos, al tiempo que proporciona crecientes medios de vida para una población en continuo aumento.

De acuerdo con estos principios, la economía clásica desarrolló sus postulados monetarios. Pero las reformas dinerarias propugnadas por tales economistas, más que fruto de teóricos análisis, venían a ser soluciones aconsejadas por la propia experiencia histórica. Este obsesivo afán de la filosofía liberal por hallar una valuta sana y estable entroncaba con aquel ideal plasmado en las constituciones políticas y en las declaraciones de los derechos del hombre. La solidez monetaria se concebía como un instrumento protector de las libertades ciudadanas contra su avasallamiento por parte del

Keynes", Londres, 1951. - Macmillan).

poder público. Si las garantías constitucionales se reclamaban en abierta reacción contra el despotismo de la monarquía absoluta, aspirábase a hallar una moneda estable, para impedir que los gobernantes empobrecieran a los ciudadanos, mediante prácticas envilecedoras de la valuta. Aquellos balbucientes principios monetarios que, desde el inicio de la edad moderna, venían resonando, entre las gentes más preparadas, fueron cuidadosamente perfeccionados por unos pensadores a quienes la experiencia histórica había hecho comprender los males que el poder público podía irrogar al país manipulando arbitrariamente el signo monetario.

De ahí que, al tratar de cuestiones ampliamente experimentadas, no solo por especialistas, sino también por el gran público, las enseñanzas económicas referentes a la moneda rápidamente se difundieron, pasando a integrar el más popular aspecto del programa liberal. Tanto los amigos como los enemigos del liberalismo convenían en que una moneda sana y estable constituía la base inmovible de la nueva política.

Las examinadas tendencias preconizaban el establecimiento de un patrón monetario metálico; la asimilación de la moneda a una cantidad determinada de metal; el otorgamiento de pleno poder liberatorio a ese signo monetario con carácter exclusivo; el canje obligatorio, a la vista y a la par, del billete circulante por metal legalmente amonedado; la posibilidad de que cualquiera acudiera con lingotes a las fábricas de moneda, para cambiarlos por el mismo peso de numerario.

Todo el mundo pronto coincidió en la conveniencia y oportunidad de aplicar los anteriores postulados monetarios. Bien es verdad que surgió el problema del patrón oro o plata. Pero la inviabilidad del bimetalismo, el cual, en la práctica, no fué más que un patrón alternante, según quedará sobrevalorado, oficialmente, uno u otro metal, junto a la inestabilidad del patrón plata, ocasionó que, al finalizar el siglo XIX, todos, estadistas, banqueros, intelectuales, publicistas y hombres de negocios, convinieran en la ineludible conveniencia de instaurar el patrón oro por doquier. Quienes se atrevían a dudar de esta doctrina oficial y universalmente aceptada, eran tenidos por arbitristas sin fundamento, cayendo sobre ellos graves acusaciones de ignorancia imperdonable o maliciosa.

Constituyó, desde luego, lamentable error el que los defensores del patrón oro adoptaran tal actitud, pues de nada sirve, y aún, resulta contraproducente, desprestigiar una ideología, por falsa y contradictoria que sea, si antes no se ha logrado evidenciar su inconsistencia lógica. La verdad triunfa, sólo cuando sus servidores están dispuestos a desenmascarar la mentira, una y otra vez, mediante esforzada aplicación mental.

La realidad actual. -

Hoy en día, todo el mundo coincide en que la situación monetaria resulta altamente insatisfactoria, siendo de desear una reforma a fondo. Ahora bien, en cuanto se trata de determinar cuáles sean las medidas que convenga adoptar, suscitase una azorante diversidad de criterios. Se oye hablar tímidamente de la conveniencia de estabilizar la moneda, de la oportunidad de rehuir tanto la inflación como la deflación. Ahora bien, con los vagos términos, al efecto, empleados no se pretende otra cosa sino ocultar el hecho incontrovertible de que la gente continúa cegada y todavía confía en las espúreas y contradictorias doctrinas inflacionarias que, precisamente, engendraron el insatisfactorio estado de cosas actual.

Los sistemas monetarios fueron heridos de muerte por actuación -

nes gubernamentales que contaban con el cálido asentimiento de una opinión pública, la cual, intencionadamente, había sido inducida al error. La moneda está enferma, pero sus dolencias se deben, exclusivamente, a que se le ha dado poder omnímodo al Estado para manipularla. Las únicas reformas monetarias que pueden salvar a la doliente valuta son aquellas que ataquen la raíz del mal, es decir las que sustraigan la moneda a la injerencia estatal.

Ahora bien, lo cierto es que nadie se atreve a hablar de poner eficaces límites a la capacidad inflacionaria - ya sea de orden monetario o crediticio - de los partidos gobernantes. Ello es natural, por cuanto, evidentemente, prohibida la inflación, serendría impracticables las populares políticas defendidas por tales grupos. De ahí que, en todos los planes de reforma se rehuya siempre el único remedio efectivo para estabilizar la moneda consistente en dejarla libremente en manos de los consumidores y, por el contrario, siempre se busque reforzar la capacidad intervencionista del poder público, ya sea en la esfera nacional o internacional (1).

En efecto, de este lado de la cortina de acero, todo el mundo está convencido de que compete al gobierno determinar qué nivel de precios, salarios y beneficios ha de estimarse justo y hacer cumplir las decisiones correspondientes mediante la fuerza coactiva. Constituye también dogma comúnmente aceptado que es conveniente mantener rebajado el interés, si la economía ha de desarrollarse en toda su plenitud, por lo que el Estado debe impulsar la concesión de créditos, con independencia del respaldo monetario existente, para financiar proyectos que, en opinión de los protegidos del gobierno, incrementarán la riqueza nacional. Por último, se aboga en favor de medidas fiscales tendientes a la igualación de las fortunas y los ingresos personales.

La plena aplicación de la primera o la última de las tendencias aludidas bastaría para la implantación del socialismo. Pero, las cosas todavía no han ido tan lejos, especialmente en América. No ha sido, aún, definitiva - mente rota la resistencia de los defensores de la economía libre. Existe una oposición, que impide a los gobernantes de occidente, de un lado, controlar los precios y los salarios en su totalidad, y de otro, confiscar todo ingreso superior al considerado justo por los capitolistas sindicales. Fuera de los países controlados por el soviético, sigue indecisa la batalla entre los amantes y los enemigos de la intervención estatal.

Pero, en esta tremenda pugna, quienes abogan por la injerencia y la socialización, no pueden prescindir del arma de la inflación. Solo gracias a ella les cabe financiar sus desenfrenados gastos públicos y demás medidas destinadas a engañar a la masa, con supuestas conquistas y progresos sociales que solo sirven para empobrecerla.

La indeseada pero inevitable consecuencia de la inflación, el alza de los precios, proporciona al dirigista buena excusa para instaurar las tasas, las cuales, a su vez, ocasionan grave escasez de los bienes más deseados por el consumo, escasez que sirve para justificar nuevas medidas intervencionistas. Los ilusorios beneficios que engendra la inflación, mediante desordenar el cálculo económico, por otra parte, brindan atractiva base tributaria al fisco, el cual, intencionadamente, aplica el calificativo de "beneficios extraordinarios", para ocultar que, de verdad, en auténtica leva de capital, se están expropiando factores de producción, lo cual ha de provocar una tendencia bajista en los salarios reales. El descontento y agitación social que crea la inflación sirve a los demagogos para proseguir por el camino de la destrucción del mercado, presentándose siempre como singulares defensores de los desvalidos.

1) Típico ejemplo del intervencionismo monetario supranacional que, ahora, se está poniendo en boga, lo constituye el Fondo Monetario Internacional, tan admirado por los socializantes de occidente.

El espectáculo que, en este orden de ideas, nos ofrecen las naciones de occidente, durante los últimos años, es, en verdad, impresionante. Todos los partidos gobernantes han provocado vastas inflaciones, apoyados por los economistas oficiales, quienes, servilmente, han proclamado a los vientos que, mediante una política inflacionaria de déficits presupuestarios y artificial expansión del crédito, se abogaba por el progreso económico, el incremento de la riqueza nacional y la elevación del nivel de vida. Ahora bien, al mismo tiempo, los gobernantes y sus acólitos achacaban a la empresa privada las inevitables consecuencias que provocaba su actuación inflacionista. Mientras aseguraban que elevando los salarios y los precios se incrementaba la "renta nacional" (computada naturalmente, en moneda depreciada) acusaban, al propio tiempo, a los empresarios de buscar lucros injustos y especulativos. Mientras recurrían a medidas restrictivas de la producción agrícola, para elevar la rentabilidad del campo, con audacia inigualable, aseguraban que la libertad económica producía escasez, hasta el punto de que si no fuera por las torpes maquinaciones del "capital" habría abundancia de todo. Millones de hombres se tragaron, sin pestañear, cosas tan tremendas.

Obligado es percatarse de que la política "progresiva" de los intervencionistas precisa ineludiblemente de la inflación. El dirigista jamás podrá apoyar la idea de retornar a la solidez y estabilidad monetaria, ya que ni puede abandonar sus costosos proyectos, aparentemente enriquecedores de las masas, pero que, en verdad, no sirven más que para hundirlas en la indigencia, ni puede renunciar tampoco al apoyo propagandístico que, a su actividad anticapitalista, le reportan las miserias e ineludibles consecuencias gestadas al calor de la inflación. Cuando el intervencionista, pomposa pero hipócritamente, habla de acabar con la inflación, no piensa en otra cosa, más que en intervenir los precios. Quiere acabar con los síntomas, que le resultan desagradables, sin atacar la verdadera causa subyacente.

Condición previa e ineludible para que sea posible retornar a un sistema monetario sano y estable es rechazar el ideario dirigista que se ha apoderado de occidente. Todo intento, hecho de espaldas a esa "conditio sine qua non", se halla, de antemano, condenado al fracaso.

Aspirar a un sistema monetario sano y estable equivale a reinstaurar el patrón oro. Ningún otro camino conduce a la ansiada meta. El patrón oro independiza el valor de la moneda de la acción gubernamental. Nullifica la más poderosa arma con que cuenta el dirigismo. Impide hacer inflación. Por eso, todos aquellos que piensan beneficiarse del despilfarro público atacan al patrón oro con fanatismo feroz.

Lo primero que hay que exigir al gobierno es que limite sus gastos a los recursos financieros que constitucionalmente le correspondan y que efectivamente haya recaudado. Es ineludible levantar barreras para impedir que los políticos puedan incrementar fraudulentamente el ingreso fiscal mediante la impresión de billetes o la apertura de créditos que no tengan una cobertura del 100 %, en moneda de curso legal. Ninguna situación de emergencia puede excusar la inflación, la cual, ni puede engendrar las armas necesarias para repelar al agresor, ni tampoco saca de la nada el capital preciso para la realización de obra alguna. La inflación jamás remedia los problemas económicos, simplemente sirve para que los gobernantes, que produjeron la indeseada situación, se disculpen.

Ahora bien, para alcanzar esas metas, es preciso, ante todo, destruir la común y falsa creencia de que el gobierno puede gastar sin embreecer a nadie. El ciudadano de mentalidad miope percibe por los sentidos las obras de la Administración; vé bosques repoblados, autopistas magnífi-

cas, albergues y colonias de descanso. Ahora bien, lo que escapa a su romántica atención es todo lo que se ha dejado de hacer por faltar el capital que absorbera la acción estatal. No vé, por entre la pompa y vanagloria de las realizaciones públicas, ni los niños famélicos, ni las mujeres descalzas, ni los dolientes enfermos que sufren y mueren por haber sido disipado el capital ineludible para crear los alimentos, las alpargatas o las medicinas que el pueblo precisaba.

* La inflación resulta tan atractiva al dirigista porque le permite llevar adelante sus descaballados y empobrecedores planes sin necesidad de financiarlos a base de impuestos. Si la gente se percatara de lo que, en verdad, le costaba a cada ciudadano el déficit de los ferrocarriles nacionalizados, los ambiciosos seguros sociales, las empresas estatales operando en pérdida, la oposición popular a tales aventuras resultaría insalvable. Ahora bien, la inflación permite suprimir esa resistencia, por cuanto la gente no advierte que los indeseados resultados fueron provocados por las maquinaciones dinerarias de los gobernantes, quienes pueden así proseguir sus planes, desatendiendo abiertamente los deseos de los consumidores.

El patrón oro.

Los principios que orientan el sistema son bien conocidos. Bajo el patrón oro puro, tal como existía antes de la primera guerra en la mayoría de los países, el dinero y el oro halláanse tan firmemente unidos entre sí, por una serie de medidas, que el valor material y el valor nominal de la moneda resultan siempre idénticos, siendo posible canjear cualquiera otra clase de dinero - billetes, moneda fraccionaria, etc. - por monedas de oro. Este mecanismo de acoplamiento se basaba en que libremente podía transformarse el dinero en oro y el oro en dinero, a un precio inalterable. Cualquiera podía llevar oro a las cecas solicitando le fuera transformado, previa acuñación, en moneda legal. El Estado, igualmente, estaba obligado a canjear el dinero circulante por oro en barras o amonedado a quien lo deseara. La adquisición y la venta, la tenencia y la importación y exportación del oro era libre. Podían modificarse los precios de todas las mercancías, pero el del oro permanecía inalterable; era "el polo en reposo en medio del fluir incesante de los fenómenos". Ropke pese a su aversión al "laissez faire", reconoce que "la inestimable ventaja del patrón oro estriba en independizar el valor del dinero respecto del antojo de los gobiernos, estabilizándolo así de una manera para la cual no se ha encontrado hasta ahora, pese a todas las afirmaciones de los reformadores ningún sucedáneo que pueda comparársele ni siquiera remotamente (1).

El llamado patrón cambio oro (gold exchange standard) se distingue del patrón oro puro (clasical gold standard) en que bajo aquél no se acuña ni circula el oro amonedado. Ahora bien, el Estado viene obligado, a la vista, a canjear la moneda de curso legal por oro en lingotes a un cambio inalterable y a este mismo precio ha de tomar todo el oro que se le ofrezca pagándolo en la moneda oficial. El comercio del oro sigue siendo libre, así como su importación y exportación. Evidentemente, cabe calificar a este sistema de patrón oro, ya que, gracias a las indicadas previsiones, garantiza un precio fijo del oro, dificulta mucho la arbitrariedad estatal y cuida automáticamente de la estabilidad de los tipos de cambio. Frente al patrón clásico ofrece la ventaja de ahorrar metal, pero esta ventaja hay que conseguirla a costa de abrir un portillo, todo lo estrecho y dificultoso que se quiera, el cual, sin embargo, pueden aprovechar los políticos en su incoercible afán manipulador.

(1) W. Ropke, "Introducción a la economía política", Madrid, Revista de Occidente, 1955, p. 128.

Consignada la apuntada salvedad, de trascendencia más bien teórica que práctica, puede afirmarse que tanto uno como otro sistema de patrón oro oponen obstáculos insalvables a la actividad inflacionaria. La inflación de origen fiduciario, bajo el patrón oro, deviene impensable. La de tipo crediticio, aún dentro de un régimen bancario intervenido, se dificulta extraordinariamente, si bien, como antes se veía, para yugular definitivamente la inflación es preciso instaurar, además, la plena libertad bancaria, esa libertad que nunca, ni aún en las épocas de mayor esplendor liberal, ha concedido al mercado la injerencia estatal.

Veámos como opera la salvaguardia del patrón oro por lo que se refiere a la inflación de origen crediticio. Imaginemos para ponernos en la más desfavorable posición dialéctica, que en el país existe un solo banco, o lo que es lo mismo que, aún habiendo varios, se pongan de acuerdo para proceder uniformemente. Nótese que el supuesto, dentro de una economía libre, no puede darse nunca, ya que la limitación de las actividades bancarias a una sola entidad o a unos pocos privilegiados ha de contar con el apoyo y la intervención estatal. Pues bien, aún en este quimérico supuesto, el patrón oro refrena eficazmente la inflación, dejándola, en todo caso, reducida a márgenes muy estrechos. En efecto, ese único banco habría de contentarse con una inflación tan menguada que no despertara la suspicacia del público y nadie ignora lo fácil que se provoca en estas materias, la desconfianza de la gente. La más mínima sospecha - fundada o infundada - acerca de la capacidad del banco para atender sus compromisos monetarios y rescatar todos los billetes emitidos, devolviendo, en oro, hasta el último céntimo, provocaría el pánico en las gentes que se agolparían ante las ventanillas reclamando sus sueldos.

Ahora bien, es innegable que mientras el ejercicio de la banca no sea libre para todo el mundo, mientras el ser banquero constituya un privilegio discrecionalmente concedido, existe la posibilidad de que estos favorecidos se pongan de acuerdo para hacer inflación. El patrón oro servirá para reducirla a estrechos límites, pero el sistema no puede reportar sus óptimos frutos más que si se decreta, al tiempo la libertad bancaria.

El patrón oro, en su consecuencia, se nos aparece como la guardia eficaz y permanente que el mercado levanta contra el peligro de la inflación. El sistema, por tanto, resultará odioso para todo aquel que quiera hacer inflación, es decir, provocar malinversiones de los escasos factores de producción existente, privilegiando a unos grupos a costa del resto de la población, en el bien entendido de que es imposible saber quiénes a lo largo del proceso inflacionario resultarán definitivamente perjudicados y quiénes beneficiados, aún cuando el conjunto ha de verse empobrecido por la diversión del capital de unos cometidos más deseados por el consumo a otros de menor utilidad social. Por el contrario, se acogerán al patrón oro quiénes quieran fomentar la riqueza y bienestar en la comunidad, sirviendo a los consumidores con aquellas cosas que, en cada momento, más apetezcan.

Supuestos vicios del patrón oro. -

La virtud preeminentemente del patrón oro, como queda visto, consiste en que independiza, por completo, el valor adquisitivo de la moneda de la actuación del gobierno y de los partidos políticos e impide a los gobernantes recurrir a otras fuentes de ingresos que no sean las fiscales, fácilmente intervenidas por la nación. Desde este punto de vista, el patrón oro aparece como presupuesto insustituible del Estado de derecho.

Se hace preciso, sin embargo, examinar, ahora, dos cuestiones suscitadas siempre que se examina el problema del patrón oro.

Rechazan unos el patrón oro por atribuirle carácter inflacionario, lo que no impide que otros grupos, igualmente, lo aborrezcan por su significación deflacionaria. En efecto, aseguran los primeros que si, de acuerdo con el principio básico del sistema, la moneda es oro y el oro moneda, al aumentarse la producción del oro, éste bajará de valor y el signo monetario cada vez valdrá menos. Por el contrario, los segundos creen que la producción de oro, por la rareza objetiva del mismo y las dificultades técnicas de extracción y transporte, en comparación con el aumento de la población, resultará, cada vez, más escasa, lo cual redundará en una alza de su valor y en una universal tendencia a la caída de los precios. Los dos argumentos merecen ser examinados, aún cuando, enfrentados, mutuamente, se destruyan.

Desde luego, nadie ha supuesto que el patrón oro pudiera dar una estabilidad perfecta y absoluta a la moneda. Naturalmente, si se incrementa la producción de oro sin que se produzca un correspondiente aumento de la población y de la producción, la moneda, inseparablemente ligada al oro, se desvalorizará, tendiendo los precios a subir, parejamente a lo que suceda cuando el Estado hace inflación. Ahora bien, una milenaria experiencia histórica demuestra que, aún cuando parece observarse en los precios secular tendencia al alza, con respecto al oro, mantienen la mayor estabilidad conocida. Ello se explica porque, en la práctica, resulta difícil incrementar la producción de oro, metal que, si bien se halla muy extendido por la superficie terrestre, solo en pocas localidades puede ser explotado económicamente. Por otra parte, aboga en el mismo sentido el corto número de zonas auríferas de interés económico existentes, ya que la competencia hace que el valor de las minas, su precio de adquisición, se halle siempre íntimamente ligado al beneficio que pueden producir, de tal manera que es muy difícil rebajar los costos de producción. En efecto, cuando se descubre cualquier sistema nuevo de extracción, inmediatamente, sube el precio de las minas, de tal manera que lo ganado por un lado se pierde por otro. No se olvide, por otra parte, que la producción de oro se halla sujeta igualmente al principio de la utilidad marginal, de tal manera que si un empresario produce demasiado, el valor del metal desciende y la producción deviene antieconómica. Finalmente, también debe tenerse presente que en los períodos de paz y tranquilidad internacional, momentos en los cuales se extrae la mayor cantidad de oro, la población y la riqueza también aumentan, tendiendo ambos procesos a nulificar los efectos que, independientemente, cada uno provocaría.

En resumen, a lo largo de la historia de la humanidad, no se ha encontrado otro patrón monetario más estable que el oro, el cual impide tanto la súbita desvalorización de la moneda, como su imprevisible revalorización. No solo por eso, con ser ya bastante, sino además porque el oro constituye la única valuta que efectivamente funciona, en la esfera internacional, los estudiosos de la ciencia económica recomiendan la implantación del patrón oro. Si estas circunstancias de hecho cambiasen, habría que abandonar el oro para estos fines y buscar otro patrón más estable, algún metal, algún elemento raro, por ejemplo. Hoy por hoy, sin embargo, la cosa no ofrece duda. Si se busca la estabilidad monetaria es forzoso ir a parar al oro, que por lo demás no tiene ningún atributo carismático.

Lo expuesto viene a refutar sustancialmente también las ideas de aquellos que ven en el oro un peligro deflacionario, pensando en la posibilidad de que aparezca una escasez monetaria "excesiva", incompatible, en su opinión, con el buen funcionamiento de las complejas economías modernas, basadas en el cambio indirecto.

A quienes así se inquietan conviene, ante todo, hacer notar que el dinero, como todo bien económico, por definición, ha de ser escaso. El aire jamás podría tomarse como patrón monetario, precisamente, por su ilimitada

abundancia, en circunstancias normales. Por el contrario, en una mina, el aire o, en el desierto, el agua, es decir, al aparecer la escasez, podrían ser tomados como base de un sistema monetario. Deviene manifiestamente resbaladizo el terreno cuando se quiere especular sobre concepto tan huido como es el de la "escasez excesiva" del dinero.

Pero conviene ir, dejando de lado estas insoslayables realidades, derechamente, al problema que inquieta a este grupo de detractores del patrón oro, en cuya opinión el programa económico exige un aumento continuo de la cantidad de dinero, al objeto de que siempre haya "bastante" para satisfacer las "necesidades de la actividad mercantil". Desde luego, se les pone en un aprieto a estos ideólogos en cuanto se les interroga acerca de la cuantía de esas "necesidades mercantiles". Pero, esto tiene escasa importancia.

Vamos a plantear el caso extremo, el de una economía que utilizara un patrón monetario cuya cuantía, por razones físicas, fuera imposible aumentar. Imagínese, por ejemplo, que en el mundo no hubiera ya más oro; todo el existente en la corteza terrestre habría sido ya extraído. Supongamos igualmente que la humanidad no hubiera descubierto los sustitutos monetarios, que modernamente se utilizan igual que el dinero en sentido estricto, tales como el papel moneda o el dinero crediticio.

Pues bien, sobre estas bases, suscítase la interrogante: ¿Es que acaso el mundo hubiera podido, en tal situación, alcanzar el moderno desarrollo económico o hubiérase estancado en una situación de atraso y miseria?

Desde luego, no hay duda de que, en tales condiciones, hubiera aparecido una continua tendencia al incremento del valor de la moneda y, consecuentemente, a la baja de los precios. El hombre corriente, plenamente habituado ya a la secular alza de los precios, asocia la subida de éstos con el concepto de beneficios y el descenso de los mismos con la idea de pérdidas. No se apercibe de que grandes fortunas se han hecho operando a la baja. Atávicamente supone que el progreso económico es solo posible en un mundo donde los precios suban, ya que, opina, ninguna inversión de capital ni adelanto técnico implantaríase si el interesado no creyera en una posterior alza de los precios.

Toda esta argumentación es falsa. En un mundo donde el dinero registrara un continuo aumento de valor, las gentes hubieranse habituado a este planteamiento, lo mismo que nuestra economía se ha adaptado, dándola por descontada, a la baja de la moneda. Hoy en día, a todos nos satisface el alza, aunque sea sola nominal, de nuestros sueldos e ingresos; en aquel supuesto Estado, la gente se preocuparía más del descenso en el costo de la vida. Si éste se reducía en mayor proporción que las percepciones el interesado se consideraría beneficiado, lo mismo que ahora se alegra cuando ve que sus ingresos han subido más que los restantes precios.

Las seculares tendencias de los precios para nada afectan la conducta de los negocios mercantiles. Al empresario no le interesan ni los precios del siglo XVIII ni los del año 2.000; para él solo tiene trascendencia el precio de mañana, el del mes que viene y, a lo sumo, del que se registrará durante unos pocos años. El azar mercantil estriba en que el individuo sabe lo que le pueden costar hoy los factores de producción, pero desconoce cuánto estará dispuesto a pagar el mercado por el bien producido. Cuando cree ver una diferencia entre el valor de éste y el de aquéllos se lanza a la producción; ahora bien, su previsión pudo ser errónea y, entonces, sufrirá pérdidas. Tal planteamiento, igualmente, aparecería ante unos precios en continuo descenso, aun cuando el empresario previera que el precio nominal de las mercancías producidas sería mañana inferior al costo nominal hoy de los

necesarios factores de producción, siempre y cuando creyera que el precio de éstos últimos bajaría al día siguiente más que el del bien fabricado. De ser ésto cierto, aún cuando vendiera con una pérdida nominal, se hallaría en posición de volver a comprar los mismos factores y aún conservar en su poder una diferencia lucrativa. Es precisa cierta imaginación para representarse este estado de cosas, pues estamos acostumbrados a discurrir por caminos trillados, manejando conceptos que la experiencia secular consagra. Ahora bien, la mente despierta comprende perfectamente cómo el mismo mecanismo que engendró el progreso moderno hubiera operado también ante una continua baja de los precios, produciendo en definitiva las mismas consecuencias.

Es importante percatarse de que la previsión de una general subida de los precios de todos los artículos no estimula la producción. Antes al contrario, aconseja la conocida "huida hacia valores reales". Lo que impulsa al empresario a producir no es la uniforme subida de todos los precios, sino el entrever que unos precios van a subir más que otros.

Estas consideraciones no militan en favor de la deflación. La injerencia estatal en el valor de la moneda es siempre nociva, en cualquier sentido que opere. Más bien, con lo dicho, se pretende salir al paso de las ideas keynesianas según las cuales el paro, la debilitación de la vida mercantil, la pobreza y la miseria son consecuencia de una "presión contraccionista" del dinero. No es cierto que "una presión deflacionaria hubiera impedido el desarrollo de la industria moderna", siendo, igualmente, inexacto que la inflación produce "el milagro de transformar las piedras en pan" (1).

Con ésto parece puede darse por terminado el examen de los dos problemas que supuestamente más preocupan a los enemigos del patrón oro, esa "vetusta reliquia", como le llamaba Keynes (2).

Reforma monetaria en Ruritania. -

Ruritania es un país pobre, comparado con los EE. UU. o con Suiza. El nivel de vida de los ruritanos resulta notablemente inferior al de los americanos o suizos.

Hubo una época, hace ya tiempo, en que el sistema monetario ruritano, era de patrón oro. Pero el gobierno comenzó a imprimir unos papeles, a los que concedió curso forzoso y pleno poder liberatorio, al cambio de un rur oro por un rur billete. Los ruritanos, bajo graves penas efectivas, se vieron obligados a aceptar el papel moneda a la indicada paridad. Sólo el gobierno quedaba excepcionado. El particular tenía que aceptar como equivalentes el rur-oro y el rur-papel, pero el Estado no; si alguien acudía a la agencia emisora con un rur-papel el gobierno no se lo canjeaba por un rur-oro, como debía haber sido con arreglo a la equivalencia oficialmente establecida. A medida que la fábrica de moneda imprimía más y más papeles, el oro fué desapareciendo del mercado. La ley de Gresham, como tantas veces en la historia, entraba en acción. El metal amonedado o bien era exportado, ya que la gente veía que con un rur-oro podía comprar en el extranjero mucho más

(1) Tomado de "International Clearing Union, Text of a Paper Containing Proposals by British Experts for an International Clearing Union", 8 de abril de 1943, p. 12, publicado por el servicio oficial del Gobierno Británico, "British Information Services".

(2) La expresión utilizada por Keynes fué "barbarous relic" en un discurso a la Cámara de los Lores, el 23 de mayo de 1944.

que con un rur-papel, o bien era atesorado por los propios ruritanos, pese a que la tenencia y exportación del oro era despiadadamente perseguida.

Todas las naciones del mundo han incurrido durante las últimas décadas, en el descrito vicioso proceder. Ahora bien, el incremento de la circulación fiduciaria no ha sido llevado, en todas partes, hasta los mismos extremos. Unos países fueron más moderados que otros. Ello ha ocasionado importantes mutaciones en la respectiva equivalencia de las distintas valutas. Cuando el rur era una cantidad de oro determinada, con cinco de éstos se compraba un dólar. En la actualidad, pese a que el dólar tiene un poder adquisitivo muy inferior al de 1933, se precisa un centenar para comprar un dólar, aún cuando, hace poco, por 80 rures se encontraban todos los dólares que se quisiera. De seguir las cosas así el dólar valdría cada vez más en moneda ruritana, no obstante el hecho de que también aquél vá depreciándose, si bien a un ritmo más lento.

El gobierno sabe perfectamente que con restringir el impulso inflacionario puede detener la progresiva desvalorización del rur. Es más, le consta que cabría mantener un cambio estable con respecto al dólar sin necesidad de llegar a la supresión total de la inflación, bastando con no sobrepasar el ritmo inflacionista de los EE. UU. Ahora bien, los gobernantes ruritanos aseguran que no pueden prescindir de la inflación, por cuanto siendo Ruritania un país pobre, de escasa productividad, no hay base para incrementar los ingresos fiscales, de tal suerte que las onerosas cargas que pesan sobre el Estado sólo mediante la inflación pueden ser financiadas. En otro caso, Ruritania tendría que renunciar a los grandes avances sociales efectuados en los últimos tiempos y recaer en el "atraso social" de la plutocracia americana. Efectivamente, en Ruritania, han sido nacionalizados los ferrocarriles y los teléfonos y se ha municipalizado el transporte urbano con el fin declarado de rescatar tan trascendentales servicios públicos de las garras extranjeras o del afán explotador del capital privado, que pretendía imponer precios a todas luces injustos; se han instaurado vastos seguros sociales, los cuales suponemos, sustancialmente, pagados por los empresarios, al objeto de liberar a las masas trabajadoras de los espectros de la enfermedad, el paro o la vejez, para completar la actuación privada, en aquellos sectores a donde el empresariado, por cobardía o abulia, no quería acudir, se han creado grandes empresas nacionales, las cuales asegúrase dan pan y trabajo a millares de familias y, además, incrementan la riqueza colectiva aprovechando innumerables recursos naturales, anteriormente inexplotados. La industria privada subsistente continúa siendo una saneada fuente de ingreso fiscal para el gobierno, mientras que las empresas nacionales no producen más que quebrantos, siendo, sin embargo, insuficiente aquella contribución particular para compensar los enormes gastos y pérdidas que anualmente implica el mantenimiento de todas esas conquistas y avances sociales. Por eso, no tiene otra salida el gobierno ruritano que recurrir a la inflación.

Habida cuenta de lo expuesto en páginas anteriores, no es necesario evidenciar, una vez más, la improcedencia e inadmisibilidad lógica de los argumentos y excusas que los gobernantes aducen para justificar aquellas sus actuaciones. Las medidas en cuestión no sólo son inadecuadas para alcanzar los objetivos deseados sino que además provocan resultados totalmente contrarios a los, en verdad, apetecidos. Vienen a rebajar los salarios reales o a provocar paro; a reducir el nivel de vida de la masa, empobreciendo al país; a enriquecer a unos pocos privilegiados, infligiendo daño enorme al resto de la población. Pero impertinente sería insistir ahora en temas que, en otros lugares, más cumplidamente se abordan. En este momento, se aspira sólo a estudiar la técnica monetaria que habría de aplicarse si el pueblo ruritano quisiera, de una vez, poner fin a los graves sufrimientos y quebrantos que el gobierno le inflige, merced al poder inflacionario que la masa voluntariamente le tiene conferido.

La contemplada reforma monetaria no suscita problemas técnicos excesivamente complejos. El primer paso consiste en cegar las fuentes de inflación. Por un lado, hay que cerrar con siete llaves la fábrica de la moneda; ni un billete más habrá de salir de ella. Por otro, es preciso yugular la inflación crediticia. Desde luego, cabe dictar leyes prohibiendo a los bancos, ya sean oficiales o privados, la concesión de créditos en cuantía superior a los fondos que efectivamente tengan en sus cajas. Pero ni siquiera ésto es necesario, una vez se le haya vedado a la banca oficial el recurso de imprimir moneda.

Efectuando lo que antecede, quedará detenida la continua tendencia al alza de las divisas y del oro. Después, de algunas oscilaciones, aparecerá un tipo de cambio sustancialmente estable. El nivel de este cambio libre dependerá del poder adquisitivo de la moneda nacional y se fijará en una paridad de acuerdo con la cual resultará indiferente tanto comprar como vender en rures, dólares, oro o cualquier otra valuta.

Sin embargo, esta paridad no puede quedar indefinidamente estabilizada. Ruritania tiene ahora una moneda cuya cuantía se halla rígidamente delimitada; por tanto, si, en el exterior, continúa la producción de oro o la fabricación de dólares, el valor del rur tenderá a subir. Si los precios mundiales expresados en oro o en dólares tienden al alza, expresados en rures, permanecerán estacionarios o bajarán. Con un rur se podrá comprar cada vez, mayor cantidad de oro o dólares. Aparecida esta tendencia, ha llegado el momento propicio para completar la reforma monetaria. El precio del oro que prevalezca en esta coyuntura debe ser fijado como valor oficial del rur. En adelante y según la indicada cotización del mercado, un rur valdrá tantos gramos de oro y tantos gramos de oro serán un rur. Con ello queda implantado el patrón cambio oro. El valor del rur, a todos los efectos prácticos, se halla estabilizado. Conjurados los peligros de la inflación, Ruritania puede esperar tranquilamente a ver qué hacen los demás países antes de seguir adelante en su política monetaria. Lo conseguido ya es bastante.

Según se vé, la contemplada reforma consta de dos partes. En primer lugar, impidiendo el incremento de la cantidad de dinero existente, se busca estabilizar los cambios, de tal manera que el oro, libremente comerciado, pueda hallar su natural paridad con el rur, determinada, en definitiva, por el poder adquisitivo de éste. Después, se trata de salvar la relativa deflación que la primera medida, con el transcurso del tiempo, provocaría, equiparando oficialmente el oro a la moneda de curso legal, de tal suerte que no sólo quien tiene dinero puede cambiarlo por oro, sino que, además, cualquier poseedor de metal, puede acudir al Estado para que se lo canjee por moneda legal de pleno poder liberatorio. Ahora bien, para ello es preciso montar un servicio oficial, facultado para emitir billetes con el único objeto de entregarlos a quien le traiga oro, cumpliendo así la primera regla del patrón oro, la referente a la adquisición obligatoria de oro por parte de la administración a un precio fijo. Los nuevos billetes, por tanto, han de tener un pleno respaldo oro. Ni se puede emitir ningún billete con otro objeto que el del compensar el oro recibido por el centro oficial, ni cabe sacar oro de las arcas del servicio más que retirando de la circulación el correspondiente billete. Este centro de contratación del oro, en un principio, ha de recibir una pequeña cantidad de oro, donada por el gobierno, para conformar con la segunda regla fundamental del sistema consistente en que cualquiera puede cambiar los billetes circulantes, ya sean antiguos o modernos, por su valor nominal en oro.

El gobierno puede seguir acuñando moneda fraccionaria de valor intrínseco inferior a su nominal. Ahora bien, para impedir que la administración, con la excusa de proporcionar "cambio" a la gente, haga torpe uso de esa autorización es necesario limitar el poder liberatorio de dicha moneda, con la única excepción de tenerlo pleno cuando se trate de hacer pagos al Es

tado, quien, a su vez, ha de verse constreñido a canjear, por oro o billetes, cualquier cantidad de moneda fraccionaria que le sea presentada.

Conviene aclarar que, después de la primera entrega de oro, ninguna otra relación ni dependencia debe de haber entre el gobierno y el aludido centro emisor. El servicio trata, única y exclusivamente, con el público, en el bien entendido de que no goza de monopolio alguno en la contratación del oro. Nadie está obligado a vender ni a comprar oro del centro. Dicho comercio es libre totalmente. La gente acude al servicio oficial voluntariamente, cuando cree que le conviene.

Pero, llegado a este punto, nuevas dudas inquietan al dirigista recalcitrante. En efecto, piensa si la libertad de contratación del oro no será aprovechada por los antipatriotas, por la inescrupulosa alta finanza, por los extranjeros que un día invirtieron fondos en el país, para huir, con sus capitales, a otras zonas donde las perspectivas comerciales sean mejores. Veamoslo.

Augusto Ricote es un ruritano y Will Yank, un americano, que invirtieron, hace tiempo, sus capitales en Ruritania. Ricote tiene una mina, Yank una fábrica. Un buen día, Ricote y Yank creen apercibirse de que el gobierno ruritano se ha embarcado en una política fiscal que no solo viene a expropiarles el beneficio, sino incluso el capital. De tal amenaza pretenden salvarse vendiendo sus propiedades, cuyo producto destinarán a la compra de dólares u oro, trasladándose a otros países más acogedores. Pero, se les plantea el problema de hallar comprador. Si el ambiente ruritano es, en verdad, tan hostil a la vida mercantil como Ricote y Yank piensan, indudablemente, por más que rebajen el precio no encontrarán quien quiera invertir su dinero en negocio ruritano. Yank y Ricote han llegado tarde. Pasó ya el momento propicio para vender.

Pero, tal vez, encuentren, pese a todo, comprador. El ruritano, Cándido Pérez que, ahorrando durante toda su vida, ha logrado reunir un pequeño capital y Samuel Morgan, el conocido financiero internacional, considerarán que las perspectivas de los negocios en Ruritania no son tan malas como Ricote y Yank suponen. Samuel, que tiene dólares y oro, puede ponerse en contacto directo con Yank para concertar la transacción o, también, puede acudir al servicio ruritano del oro para comprar rures a cambio de la moneda que posee. Yank se procura así el oro o los dólares deseados, ya sea directamente de Samuel, ya sea acudiendo al correspondiente centro oficial ruritano. Cándido invierte sus ahorrados rures en la adquisición de la mina de Ricote. Nótese que Cándido podía haber dado a sus ahorros otro empleo, comprando bienes de consumo o de producción en Ruritania. El hecho de que no proceda así provoca una baja en el precio de estos artículos o evita un alza que, en otro caso, habríase registrado, siendo afectada de tal suerte la estructura de los precios ruritanos que o bien es posible realizar exportaciones nuevas o bien reducen las importaciones que, en otro caso, hubiéranse efectuado. Este mecanismo produce los dólares que Ricote necesitaba. Ningún perjuicio ha producido a Ruritania el que Yank y Ricote hayan decidido dar a sus capitales nuevo empleo.

Otro fantasma que suele preocupar a los amantes de la intervención de divisas es la idea de que, bajo un régimen de libertad absoluta, los exportadores pueden tender a dejar en el extranjero parte de sus divisas, provocando una escasez de las mismas en el país.

Imaginemos un ruritano dedicado a la exportación de naranjas, por ejemplo. Un buen día, encontrándose cansado y con menos fuerzas que de joven, decide vender sus explotaciones agrícolas y marcharse a los lagos suizos para terminar allí plácidamente sus días. Este planteamiento despierta de inmediato la suspicacia del intervencionista, que se conturba entrevien-

do ya una evasión de capitales, con el consiguiente empobrecimiento del país. Ahora bien, la alarma es ociosa, ya que, si la producción y exportación de naranjas es un buen negocio, inmediatamente vendrán nuevos capitales de origen ruritano o extranjero a interesarse en el mismo. Será ruritano este capital si en Ruritania hay suficiente para atender tal cometido, sin desatender otros. En otro caso será extranjero. Es más, si el capital ruritano, para financiar la exportación de naranjas, ha abandonado otras explotaciones, volverá a suceder lo mismo que en el caso de las naranjas. Por que, para tapar un agujero, se ha abierto otro, que atraerá a su vez nuevos capitales.

VIII. - EL CONTROL DE LOS CAMBIOS EXTRANJEROS.

Para completar el análisis de las medidas merced a las cuales los gobiernos pretenden influenciar el valor de la moneda, conviene dedicar cierto espacio al exámen del tema epigrafiado.

Cuando el estado pretende sobrevalorar la valuta nacional con respecto al oro y las demás divisas, estableciendo precios máximos para estos últimos medios de pago, pone en marcha el mecanismo descrito por Gresham. Se produce lo que, inadecuadamente, el gobierno denomina escasez de divisas.

Como ya antes se hacía notar, el dinero, al igual que todo bien económico, por fuerza, ha de ser escaso. De ahí que hablar de la escasez de cualquier signo monetario supone incurrir en manifiesta tautología. Ahora bien, cuando el dirigista se queja del estado de cosas gestando al calor de su propia injerencia, no se percata de que, con sólo elevar, al nivel del mercado libre, la tasa, arbitrariamente fijada, desvanecerá la deplorada escasez de divisas. Por sí solo, el hecho de envilecer el dinero nacional mediante inflación, no provoca la temida escasez. Al nuevo precio - naturalmente más elevado - que fije el mercado seguirá habiendo toda la moneda extranjera que se quiera.

Pero el gobierno prefiere poner en marcha el aparato de compulsion y coacción al objeto de impedir toda transacción que no conforme con los precios oficiales y es esta segunda medida la que provoca la escasez de divisas.

* Los corifeos gubernamentales aseveran que el alza de la moneda extranjera es consecuencia de una desfavorable balanza de pagos aprovechada, para su personal beneficio, por los especuladores internacionales. Con miras a remediar las cosas, el Estado adopta medidas tendentes a restringir la demanda de divisas. Así prohíbe la importación de toda mercancía que no haya sido previamente aprobada por los órganos de la administración. Se dificulta la entrada en el país de aquellos bienes considerados como superfluos por el gobierno. Véase el pago de principal e intereses de las deudas extranjeras. Restríngense los viajes allende las fronteras. Ahora bien, es evidente que tales medidas no pueden, en modo alguno, mejorar la balanza de pagos. Reducidas las importaciones, las exportaciones parejamente disminuyen también. Cuando se impide a los ciudadanos gastar su dinero en el extranjero, la moneda es invertida dentro del país, ya sea en bienes de consumo ya sea en factores de producción, desatándose una tendencia alcista en los precios nacionales y, cuanto más suban éstos, más se restringirán las exportaciones.

* Ante tal situación, el Estado se cree en el caso de proseguir por el camino de la injerencia y procede a nacionalizar el comercio exterior. To

do aquel que tenga moneda extranjera ha de venderla, al precio oficialmente señalado, al correspondiente centro de divisas. Evidentemente, ello supone penalizar las exportaciones de tal suerte que pueden hacerse prohibitivas. Esta posibilidad contraría al gobierno, el cual, sin embargo, tercamente desatiende las voces que le aconsejarían un retorno a los cauces de la libertad. Es más, por cuanto la administración, que quiere suponer reales las paridades monetarias legalmente decretadas, concede divisas a los importadores. Como sucede con toda intervención estatal, de esta suerte, provócanse consecuencias diametralmente opuestas a los efectos perseguidos por el gobierno. Si la administración persiste en mantener los arbitrarios cambios, las exportaciones, cada vez se reducen más, mientras aumentan las importaciones. La disparidad entre los cambios oficiales y los del mercado libre va en aumento, provocándose insoluble círculo vicioso. Su propia actuación ha conducido al gobierno ante un callejón sin otra salida más que la de aceptar la efectiva virtualidad de los cambios libres. Ahora bien, la administración dirigista, víctima de su soberbia, es incapaz de admitir un humilde "mea culpa", prefiriendo enmascarar la aceptación de los cambios reales mediante penalizar las importaciones con aranceles, fondo de retorno y toda clase de gabelas y primar las exportaciones con exenciones tributarias, bonificaciones y diversas ayudas.

* El fracaso del gobierno ha sido lastimoso. El Estado ha tenido que humillarse y reconocer la procedencia de la libre valoración de las divisas. Pero lo lamentable es que el aparato ortopédico montado en torno al comercio extranjero le seguirá perjudicando mientras se mantenga, dándosele además, carta blanca a la Administración, para que, mediante la oportuna manipulación de bonificaciones y gravámenes, pueda favorecer a amigos y protegidos, y perjudicar a los desafortunados.

* Para provocar mayor confusión y ocultar mejor las consecuencias de la injerencia estatal en el comercio exterior, se tiende a canalizarlo a través de "clearings" y convenios de intercambio bilateral. En tales casos, ciertamente, se rehuye toda referencia al valor de las respectivas monedas, si bien, en realidad, ambas partes calculan sus respectivas prestaciones en términos de oro o de divisas fuertes, de tal manera que el tratado, de verdad, no es más que una apariencia tras la cual se esconde el propio comercio de base dineraria tan condenado en principio.

Ahora bien, desde el punto de vista dirigista, existen razones de peso en favor de dichos convenios, mediante los cuales se sabotea la mecánica normal del comercio exterior. En efecto, los "clearings", como las demás intervenciones, constituyen instrumento idóneo para premiar a unos grupos (los afectos al gobierno) y castigar a otros (aquellos a quienes el gobierno no detesta). Para conocer el funcionamiento de los modernos convenios de trueque es oportuno examinar el régimen comercial a este respecto instaurado por la Alemania nacional-socialista, en especial con sus vecinos balcánicos, sin que quepa inferir que todos los convenios comerciales sigan idéntico patrón al marcado por el sistema hitleriano, si bien el espíritu es el mismo.

Los convenios comerciales nazis. -

El Ministerio de Comercio del III Reich entablaba relaciones, por ejemplo, con el gobierno de una imaginaria Balkania, firmándose el correspondiente tratado, en cuya virtud los dos países intercambiarían mercancías que el mercado internacional valoraba en 20 millones de dólares. Balkania tenía que entregar productos agrícolas y materias primas de un valor real de 10 millones de dólares. Alemania, por su parte, suministraría productos ma

manufacturados valorados internacionalmente también en 10 millones de dólares. Ahora bien, nota característica de tales convenios era que las mercancías en cuestión no se valoraban a los precios del mercado internacional sino más caras. De esta suerte resultaba que Alemania pagaba por sus importaciones 11 millones de dólares en vez de 10 millones y lo mismo sucedía a Balkania con las suyas. Esta realidad se enmascaraba a base de fijar una oportuna paridad artificial entre el reichsmarck y el balcano, el signo monetario de Balkania.

Imaginemos que un dólar, en el mercado internacional, valía 10 balkanos. Sobre esta base, gracias al tratado, Balkania vendía a Alemania 110 millones de balkanos en alimentos y primeras materias por lo que los importadores ingleses o americanos no ofrecían más que 100 millones de balkanos. De otro lado, Balkania pagaba 110 millones de balkanos por unos productos manufacturados que podía adquirir en América o en la Gran Bretaña por sólo 100 millones.

Las mutuas pérdidas y beneficios que tan extraño proceder implicaba en el conjunto de las dos naciones firmantes del convenio comercial, se compensaban. Ahora bien, por lo que se refiere a los ciudadanos particulares no había tal compensación. Muy distinto resultaba ser comprador de bienes artificialmente encarecidos que vender la propia producción a precios superiores a los del mercado.

Es decir, cabía dirigir los diez millones de beneficio extraordinario proveniente de los bienes exportados hacia unos grupos y los diez millones de pérdida innecesaria ocasionada por las importaciones sobrevaloradas hacia otros sectores.

La clase gobernante de Balkania derivaba indudables ventajas del tratado. Aun cuando se perjudicaba su independencia política con respecto a Alemania, reforzaba su poderío dentro del país. Habían descubierto estos políticos una subrepticia fuente de ingresos con la que les cabía premiar los buenos servicios de los "amigos". Por otra parte, contaban, ahora, con un arma decisiva, para suprimir rebeldes y disidentes. Sólo aquellas firmas y entidades "afectas" obtenían licencias para exportar a Alemania. Los fabricantes y empresarios "desafectos" tenían que vender en el país o fuera de él a precios notablemente inferiores. Convenía mucho estar a bien con el gobierno.

Por su parte, Alemania, de esta suerte, conquistó una posición verdaderamente monopolista en lo que atañe al comercio con la Europa sud-oriental. Los ciudadanos alemanes, a diferencia de los de Balkania, ni ganaban ni perdían ya que implantado por Hitler un auténtico régimen socialista, cada alemán sabía que, con tratados comerciales o sin ellos, tenía los ingresos y consumía los artículos que el gobierno le asignaba, pagando los precios oficialmente marcados. A los alemanes lo que les empobrecía era el régimen socialista implantado por el Führer. Pero esto ahora no interesa, bastando con resaltar las expuestas interioridades de los tan alabados tratados comerciales nazis.

LA CUESTION SOCIAL

LA CUESTION SOCIAL

I. - TRABAJO Y SALARIOS: El trabajo, factor de producción. - Determinación del salario. - Salarios netos y salarios brutos. - Paro voluntario y paro institucional. - Capital y salarios. - "El Salario vital". - II. - SINDICALISMO Y CORPORATIVISMO. - Concepto del sindicalismo. - Errores del pensamiento sindicalista. - Modernas influencias sindicalistas. - Socialismo gremial y corporativismo. - III. - CONTRA LA ECONOMIA DE MERCADO. - Pobreza. - Desigualdad económica. - Inseguridad. - Justicia social. - IV. - ANÉKOS. - El derecho de huelga. - La esclavitud. - La revolución industrial. -

Aspirase a agrupar, bajo el presente apartado, aquellos temas económicos de una índole más acusadamente "social", pues, aunque cabía encuadrar su examen entre otras materias ya analizadas, ha parecido oportuno segregar y distinguir, de las cuestiones que sólo a minorías de especialistas o curiosos interesan, estos otros problemas, surgidos en torno al trabajo y a su valoración, que a todos, hoy en día, preocupan y cuya existencia ha impelido al gran público contemporáneo a fijar la atención en ciencia tan árida y hosca cual es la Economía, "the dismal science".

De acuerdo con esta idea, examínanse, a continuación, diversas cuestiones relativas al trabajo como factor de producción, para, seguidamente, analizar teorías económicas, como el sindicalismo y el corporativismo, que pueden considerarse esencialmente "proletarias", concluyéndose con el estudio de las realidades más comúnmente esgrimidas, desde el punto de vista "social" contra la mecánica del mercado. Por último, se incorporan a este apartado unos anexos que proporcionan cierta perspectiva histórica a los temas examinados.

I. - TRABAJO Y SALARIOS.

El trabajo, factor de producción. -

Entendemos por "trabajo" a efectos del presente examen, aquella actuación que el hombre realiza para conseguir un fruto, ajeno y distinto a la propia actividad laboral, ya sea de modo directo, al gozar del bien producido o, de modo indirecto, a través del salario. Quedan excluidos, por lo tanto, del estudio todos aquellos supuestos en los que el individuo actúa movido por un impulso religioso, animado por el deseo de mejorarse física o mentalmente, o impelido por la voluntad de evitar el malestar propio de la inactividad. Aún cuando estos supuestos también tienen consecuencias económicas, al hablar de trabajo, nos referimos, solo, al concepto primero.

El trabajo es, pues, por esencia, desagradable y penoso; cansa, fatiga. El hombre trabaja, pese a ello, porque, al comparar el fruto que espera alcanzar con la penosidad, con la desutilidad del trabajo - término consagrado por los autores anglosajones -, valora en más el primero que la segunda. A los efectos contemplados, es indiferente que el trabajo, a veces, pueda producir, también, satisfacción o placer, ya que, en ningún supuesto rigurosamente laboral, aquella satisfacción constituye motivación bastante para inducir a la tarea, sin la concurrencia, además, del premio - salario o bien producido - que retribuye al trabajador. Cuando alguna condición inmanente impulsa al individuo a actuar, sin gratificación externa, no hay trabajo. Es el caso del propietario y del mecánico, conduciendo un automóvil,

la actividad es la misma, pero, para uno, es trabajo, y, para el otro, no. Resulta, pues, por definición, falaz la afirmación de Engels, según la cual en la comunidad socialista, el ciudadano laborará voluntaria y alegremente, sin necesidad de coacción o premio, porque el trabajo producirá placer. Como el trabajo es, "per se", desagradable, cuando el hombre comienza a pensar que resulta penoso, no por su propia esencia, sino por una defectuosa organización social, comulga ya, tal vez, inconscientemente, en el credo marxista.

Desde el punto de vista económico, el trabajo es un factor de producción que, como tal, se compra y se vende en el mercado. Para el empresario y para todos aquellos que no sean el propio laborador, el trabajo, unido a los demás factores de producción - capital, materias primas - es un sumando más del proceso productivo. Para el trabajador interesado, constituye el medio de obtener, directa o, indirectamente, a través del salario, bienes económicos, a costa del esfuerzo que lleva aparejado. La valoración comparativa entre la penosidad del trabajo y el salario, decidirá, en última instancia, la situación de empleo o de paro. Estas afirmaciones son absolutamente exactas, pese a las consideraciones sentimentales que puedan sugerir a marxistas, paternalistas y partidarios del dirigismo. No es la conducta del empresario, sino la del consumidor, la que determina que el trabajo queda sujeto a las leyes del mercado, como un factor más de producción.

Conviene hacer una advertencia al hablar del trabajo o de los salarios, generalizando, puede inducir a graves errores. Ni hay un tipo uniforme de trabajo, ni hay un nivel general de salarios. Existen múltiples clases de trabajo, de características y calidades distintas que, por razón de su misma diversidad, alcanzan demandas y remuneraciones diferentes. Entre el trabajo de un cirujano y el de un estibador, por ejemplo, no existe, evidentemente, ninguna conexión directa, ninguna analogía. Si un individuo necesita un cirujano para extirparse el apéndice, de nada le servirá la oferta de uno, ni de mil estibadores. Sin embargo, cada sector laboral se halla relacionado, indirectamente, con todos los demás. Así, cualquier aumento en el número de los trabajadores empleados en la industria de la madera, producirá una disminución proporcional en el trabajo ofrecido a las industrias similares, que, a su vez, será compensada por aportaciones provenientes de otros sectores. En este solo sentido indirecto, cabe decir que todos los grupos laborales se hallan entre sí relacionados.

Pero esta conexión o interdependencia no se da solo entre los distintos tipos de trabajo y los salarios correspondientes, sino también entre el trabajo, por un lado, y los factores materiales de producción, de otro, de tal suerte que éstos pueden sustituir a aquel y viceversa. Tales sustituciones dependerán de los respectivos precios que el mercado asigne a los diferentes factores de producción, incluido el trabajo.

Determinación del salario. -

Solo hay precios y salarios dentro de lo que la economía llama el mercado. Fuera de esto no existen, en sentido propio, ni unos ni otros. Al igual que sucede con los precios de los demás factores de producción, el nivel de cada salario viene determinado por la actuación de empresarios y consumidores. Aquellos aspiran a conseguir los tipos de trabajo, que necesitan para realizar sus planes - ingenieros, torneros, conductores -, al precio más bajo posible. Ahora bien, el salario ofrecido ha de ser suficientemente alto para detraer al trabajador de las ofertas de los demás empresarios interesados en su contratación.

Esta competencia inevitable, provoca una tendencia alcista, de tal modo, que si los salarios pudieran fijarse sin relación con los precios de los bienes producidos, su nivel subiría, en teoría, constantemente. Ocurrir, sin embargo, que existe un límite máximo, marcado por el precio que el consumidor estará dispuesto a pagar por la cosa ofrecida. De la conjunción de estas dos variables surge el valor del salario. Por ello, se dice que el salario correspondiente a cada tipo de trabajo, viene dado por su productividad marginal. Esta explicación de la determinación del salario ha sido objeto de los más apasionados ataques, desprovistos, sin embargo, de toda justificación lógica.

En efecto, se suele aducir la existencia de un supuesto monopolio de la demanda de trabajo, que formarían los empresarios, deseosos de rebajar el nivel de los salarios. Invócase la autoridad de Adam Smith, quien, efectivamente, habló de "una especie de tácita pero constante y uniforme combinación" entre los patronos para mantener bajos los salarios (1).

Pero no cabe olvidar que el empresario se halla, con respecto a la oferta de trabajo, en la misma posición que frente a quienes le venden los restantes factores de producción. Intentará, ante unos y otros, contratar al precio más bajo posible. Pero si, de acuerdo con esta tendencia, un grupo de empresarios o todos los existentes, ofrecieran salarios inferiores al nivel del mercado, para triunfar en su propósito, habrían de eliminar la posibilidad de toda competencia, impidiendo el acceso al empresariado a aquellos nuevos industriales que, atraídos por el señuelo de las ganancias a cosechar, acudirían al mercado, procurando atraerse, con mejores salarios, a los trabajadores precisos. Es decir, la maniobra solo podría tener éxito amparada en barreras institucionales que hicieran imposible o muy difícil la aparición de nuevos empresarios; sería precisa la connivencia del poder público. Porque, si todos los miembros de la comunidad tienen acceso a la condición empresarial, gozando de igual y plena capacidad jurídica, una baja artificial de cualquier factor de la producción - y particularmente del precio del trabajo - abre un horizonte de ganancias, que tienta a gentes nuevas, quienes provocan una inmediata recuperación en los precios. Por tanto, la tácita combinación imaginada por Adam Smith, solo podrá provocar la baja cuando se halle perturbado el libre juego del mercado; es decir, si, para el ejercicio del comercio, además de inteligencia y capital - este último siempre accesible al que ofrece mejor rentabilidad - son precisas licencias o patentes, concedidas discrecionalmente.

También se ha dicho que el trabajador ha de vender su esfuerzo a cualquier precio, por bajo que sea, pues su vida depende de aquella su capacidad laboral; el obrero, asegúrase, no puede, por lo tanto, esperar; tiene que conformarse con lo que el empresario quiere darle.

Admitido, a efectos dialécticos, el argumento, resulta que el empresario, una vez lograda la arbitraria reducción, puede hacer dos cosas; o rebajar, en la misma proporción los precios o mantener éstos, con miras a lucrarse gracias a la conseguida disminución del costo. En el primer caso nada ganaría; los únicos que derivarían beneficios serían los consumidores y, como tales, los propios trabajadores. Ahora bien, para que la segunda maniobra tuviera éxito sería necesario que todos los empresarios se pusieran de acuerdo para mantener los precios a su anterior nivel. Esto, en todo caso, como cualquier experiencia comercial enseña, es muy difícil y deviene im-

(1) Vid. Adam Smith. "An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations" (Basle, 1791), vol. I, Lib. I, cap. VIII, p. 100. Adam Smith parece que más tarde abandonó su primera idea. Vid. W.H. Hutt "The Theory of Collective Bargaining" (London, 1930) pp. 24-25

sible tan pronto como se hace libre el acceso al empresariado. Pero, dejando aparte estas objeciones que, por sí solas, invalidan la tesis de referencia, resultaría que aquellos empresarios habrían de formar un monopolio, no de demanda, sino de producción. Un cartel que mantuviera el nivel de precios. Para ello, tendrían que controlar todos los factores de producción necesarios. Así, si fueran zapateros, tendrían que monopolizar el mercado del cuero, para eliminar la posibilidad de competencia. Hay más; se verían, también, obligados a controlar efectivamente todos los productos complementarios que la producción de cuero precisa, y así hasta el infinito. Esto solamente es posible en un sistema socialista, en un orden del que se haya desterrado la libre competencia, en el que no rijan las leyes del mercado.

Muchas otras objeciones a las doctrinas que hablan de una explotación monopolítica del trabajador, cabe suscitar. Históricamente, en una economía libre, nunca se ha comprobado la existencia de aquellos conciertos supuestos por Adam Smith. Tampoco es cierta la incapacidad de los trabajadores para esperar, rehusando salarios bajos; las frecuentes huelgas prueban, suficientemente, que las reservas de los trabajadores y su capacidad de resistencia son mucho mayores de lo que generalmente se imagina, sin contar con que ningún empresario pueda tampoco esperar ilimitadamente. En la economía de mercado, no es posible la baja artificial de los precios de los factores de producción, entre los cuales está el trabajo. En una economía dirigida, apoyada en los mecanismos ortopédicos de las barreras institucionales, sí. La libertad económica no es, por lo tanto, la opresora del obrero, sino la seguridad de salarios reales y suficientes.

Salarios netos y brutos. -

En el mercado se compra y se vende, por un precio cierto, determinada cantidad de trabajo idóneo para producir los efectos deseados. El precio, que el empresario paga por esta cantidad de trabajo, regulado, como hemos visto, por la utilidad marginal del mismo, constituye lo que los autores llaman "salario bruto", siendo "salario neto", lo que, efectivamente, percibe, en mano, el asalariado. Ambas cantidades, la que paga el empresario y la que recibe el trabajador, pueden ser iguales, pero sucede, frecuentemente, que, por la existencia de impuestos, seguros sociales y demás exacciones, ajenas a la propia relación laboral, la cantidad que percibe el productor es inferior a la desembolsada por el empresario.

Ahora bien, cuando el patrono contrata a un obrero, computa solo, lógicamente, el salario bruto. El destino asignado a las cantidades deducidas de tal cifra por impuestos, seguros sociales y cualesquiera otras percepciones o cuotas, no le interesa. Es cuento, en todo caso, del trabajador. El hace las suyas, considerando, únicamente, el desembolso total que debe efectuar por cada salario abonado.

Ninguna clase de intervención estatal o sindical puede evitar esto. Cuando el empresario busca obreros para comenzar un proceso de producción no es libre nunca para fijar el salario que le plazca. Necesita siempre ofrecer una cantidad suficiente para atraer al trabajador, para hacerle abandonar su ocio o inducirle a cambiar de ocupación. Esta cantidad, como ya sabemos, encuentra su límite máximo en el precio que el empresario espera obtener en el mercado por los bienes producidos. Si tiene que pagar impuestos por el obrero o abonar seguros sociales, descontará estas cantidades de aquel salario original que hubiese previsto pagar. Es indiferente que el Gobierno fije un salario base y ordene, además, el abono de los correspondientes beneficios y seguros sociales. Si la cantidad total resultante es superior al salario que se hubiera determinado en un mercado libre, como en el caso de cualquier elevación artificial de salarios, aparecerá el paro. En el caso contrario, sucederá

que una parte de lo que el obrero habría percibido en mano pasará al fisco o a nutrir las cajas especiales del sistema de seguridad social. En suma, el obrero o no encontrará trabajo, al precio arbitrariamente impuesto, o percibirá un salario disminuído. Las supuestas "conquistas sociales" las paga siempre el asalariado de su propio peculio.

En el mercado, las preferencias de los consumidores conceden más o menos valor a cada trabajo. Pero como la cantidad y clase de trabajo que puede ofrecer cada individuo está, salvo en estrechos límites, predefinida por la naturaleza, es cuestión de suerte, como ser guapo o ser feo, rubio o moreno, que el mercado sobrevalore o deprecie la aptitud de cada uno. Seguramente, si Greta Garbo hubiese nacido cien años antes, habría ganado mucho menos dinero que en el siglo del cinematógrafo.

El hombre puede, desde luego, cultivarse, especializándose en determinado trabajo, y lograr así un aumento de su capacidad laboral, por lo que se refiere a cierta función. Esta educación, que transforma al individuo en tornero o cirujano, ingeniero o taquígrafo, requiere gastos, de mayor o menor cuantía, y vivir durante un tiempo, más o menos dilatado, sin los ingresos derivados de otra ocupación. El educando o sus padres adoptan así una postura de verdaderos empresarios o especuladores. Efectúan una inversión de capital y trabajo esperando lucrarse con los beneficios que luego obtendrán. Como sucede en toda inversión mercantil, si la previsión fué errónea, sufrirán la pérdida consiguiente, mientras que si acertaron cosecharán las ganancias apetecidas. Una vez más, reaparece aquí la voluntad de los consumidores, castigando y premiando la actuación del individuo.

Paro voluntario y paro institucional. -

El paro llamado voluntario, natural o de elección, se produce en una economía libre, cuando el trabajador, al comparar la penosidad o "desutilidad" del trabajo con el fruto que éste puede producirle opta por la desocupación o desempleo. El paro institucional, por el contrario, aparece por la interferencia en el libre juego del mercado.

En contra de una generalizada opinión que afirma que el trabajador constreñido a mantenerse él y su familia de su salario, no puede esperar, lo que origina el paro voluntario es precisamente lo contrario: que sí puede retraerse del trabajo y aguardar a una mejor oportunidad de empleo. Claro está que ningún trabajador puede estar permanentemente en paro, pues, agotadas sus reservas, tiene que volver al trabajo para subsistir. En este sentido, su libertad no es amplia. Pero también es limitada en los demás órdenes de la vida y, por otra parte, esa libertad mediatizada resulta la máxima de la que es posible gozar en un régimen de convivencia y división de trabajo. Nótese que el hombre autárquico, el "Robinson", tampoco podría vivir en ocio absoluto.

En la economía de mercado, quien no encuentra un empresario dispuesto a pagar el salario solicitado o reduce sus pretensiones o permanece en situación de desempleo. También cabe que busque otro puesto de trabajo, trasladándose a distinta zona geográfica o cambiando de ocupación. El imperio de los consumidores se manifiesta, en el mercado, a través de las distintas retribuciones asignadas a los diferentes trabajos. De esta suerte se distribuye la capacidad laboral entre las diversas ramas de la producción. La desobediencia a los deseos de los consumidores se penaliza reduciendo los salarios en aquellos sectores comparativamente superpoblados. Y, al contrario, hay un premio para quienes deseen trabajar en las ocupaciones menos atendidas.

Ningún sistema puede variar este estado de cosas. La única diferencia entre el capitalismo y el socialismo consiste en que, bajo este último, el imperio de los consumidores queda sustituido por el imperio estatal. El jefe socialista, indica a cada uno el trabajo que debe realizar. Aquella h milde, pero indudable, libertad, para atender o desafiar la voluntad de los consumidores, queda anulada. Y, lo que es más doloroso, los deseos de la comunidad se hallan peor atendidos.

El paro institucional es más grave. Lo que se pretende fundamentalmente con la intervención, por la acción coactiva del Gobierno o de las organizaciones sindicales, es elevar los salarios por encima del nivel que normalmente hubiesen alcanzado en un mercado libre. Con ello, afirmase, no solo se sirve a la justicia, sino también al progreso económico. Y si alguien, hoy en día, se atreve a poner en duda estas dos nobles finalidades, si alguien discute o niega tales dogmas, verá caer sobre él las más graves acusaciones de bajeza moral e ignorancia supina. Sin embargo, en estas discusiones, ra vez se aborda el problema fundamental, consistente en resaltar que una elevación forzada de los salarios - cualquiera que sea su causa - provoca siempre desempleo, del mismo modo que un alza de precios contrae la demanda y ocasiona un aumento de la oferta.

Ante una subida de salarios de esta naturaleza, las explotaciones marginales dejan de funcionar. La única solución consiste en aumentar, co rrelativamente, el precio de los productos. Pero, si la elevación de los salarios ha sido general, la nueva carestía de precios afectará a todas las ramas de la producción. Y nadie habrá ganado nada; todo seguirá igual (1). Por el contrario, si el aumento de salarios y retribuciones solo se ha producido en algunos sectores, soportarán la carestía los trabajadores de las restantes ocupaciones, que tendrán que pagar pretios más altos.

Hoy en día, es popular la teoría que afirma la conveniencia de aumentar la capacidad adquisitiva de las masas como único medio para lograr el máximo desarrollo económico. Propugnan sus defensores que la elevación de los salarios constituye requisito previo para la expansión industrial, pues, si no se aumenta la capacidad adquisitiva, de bien poco servirá incrementar la producción de bienes, ya que éstos, en gran parte, quedarán sin comprador.

La tesis no resiste un análisis serio. El requisito previo ineludible para lograr cualquier aumento de la producción es otro: la aportación de nuevos capitales, engendrados por el ahorro. Sin nuevos capitales, no es posible hacer más que trasladar los existentes de unos a otros sectores económicos. O lo que es igual, aumentar la producción de un sector a costa de disminuir la de otro. Ahora bien, tan pronto como se logra aumentar o mejorar la producción, gracias a la aplicación de nuevo capital, crece la demanda de los factores de producción, y particularmente la de trabajo, la cual se traduce en una subida de salarios. La elevación de éstos no es lo que dá lugar al aumento de la producción, sino al revés; es el incremento de ésta lo que empuja hacia arriba a los salarios.

Es interesante, a este respecto, analizar el llamado "efecto de Ricardo" (2). Afirmó Ricardo que un alza de salarios induciría al empresa -

(1) Esto es cierto en cuanto la organización general económica se ha amoldado a la nueva situación, porque, durante el proceso de acomodación, al no variar simultáneamente todos los precios, unos grupos se benefician a costa de otros.

(2) El término fué empleado por Hayek en "Profits, Interest and Investment" (London, 1939), p. 8.

riado a sustituir el elemento laboral humano por maquinaria y viceversa (1). Si se admite la certeza de esta afirmación, forzoso es concluir que toda política de elevación de salarios beneficia a la comunidad, al estimular la introducción de mejoras técnicas en los métodos de producción, lo que ha de determinar notable incremento de la misma. Pero, al pensar, así, en la posibilidad de sustituir el trabajo por las máquinas, se incurre en grave confusión. En realidad ocurre que las máquinas, por sí solas, no provocan una reducción del número de obreros empleados. Este efecto secundario aparece cuando el aumento de la producción reduce la utilidad marginal del bien fabricado y, entonces, el factor humano se traslada a otro sector económico, donde su presencia resulte más interesante, desde el punto de vista del consumidor, y donde, por lo tanto, conseguirá mejores salarios.

Lo que sucede es que la mecanización hace más fecundo el trabajo. Gracias a las máquinas, una misma inversión de trabajo da lugar a más y mejores productos. Pero no puede olvidarse que toda mecanización exige mayor capital; si no hay aportación de nuevo capital, las máquinas por interesantes que sean, no pueden emplearse. Los ingenieros chinos conocen perfectamente los adelantos de la técnica norteamericana, pero no pueden adoptarlos, única y exclusivamente, porque les falta el capital preciso. Y el capital no puede inventarse, ni producirse por una subida de salarios, ni ningún otro arbitrio; solo hay una fuente de capital: el ahorro.

Capital y salarios.

Por todo lo dicho, únicamente un incremento porcentual de la cifra de capital con relación al número de trabajadores, puede dar lugar a la subida de los salarios. Si el Gobierno o las organizaciones autorizadas por aquél logran imponer, mediante una intervención coactiva, salarios superiores a los que en semejante coyuntura fijaría el mercado, indefectiblemente surge el paro. Ya para combatirlo, los gobernantes actuales, incapaces de abandonar sus principios intervencionistas, se ven obligados a recurrir a medidas que no solamente no resuelven el problema, sino que lo empeoran. Así, crean subsidios en favor del parado, establecen comisiones de arbitraje o tribunales especiales para resolver conflictos laborales o se lanzan a las más dispendiosas obras públicas.

Evidentemente, un subsidio al desempleo no es la medida más eficaz para terminar con el paro; antes al contrario, incita a la inactividad, con tanta mayor fuerza cuando más se aproxime su importe a la cuantía que el mercado habría fijado al salario; las subvenciones al paro resultan, en definitiva, auxilios para que perdure. Tampoco los múltiples sistemas de arbitraje laboral sirven de nada; si van a fijar los salarios al nivel en que los habría situado el mercado, son inútiles; si sobrepasan ese nivel, provocan, como hemos visto, más paro institucional. La realización de grandes obras públicas, menos aún consigue los fines deseados, ya que, si el gobierno las financia a base de impuestos, reduce, en la proporción consiguiente, la capacidad económica de los ciudadanos; con ello, las posibilidades de dar trabajo no se han modificado, en todo caso, se habrán reducido, habida cuenta de la inveterada capacidad empresarial de la Administración. Si, por el contrario, el Gobierno, para financiar sus obras, recurre a la inflación, creando moneda o imponiendo una expansión artificial del crédito, provoca una elevación general de los precios; en este supuesto, si el nivel de los salarios se retrasa con respecto al alza de aquéllos, prodúcese, pese a la subida nominal, una baja real en los jornales y, consecuentemente, puede ocurrir que el paro disminuya o, incluso, que llegue a desaparecer. El propio Lord Keynes consideraba bueno

(1) Vid. Ricardo, "Principles of Political Economy and Taxation" cap. I. Sec. V.

este camino para combatir el desempleo, en la creencia de que la "gradual y automática rebaja de los salarios reales, a consecuencia de la subida de los precios" (1), pasaría inadvertida a los interesados. Pero la verdad es que tan cínico artilugio jamás ha tenido éxito en la práctica y que, por otra parte, para acabar aceptando la solución de una rebaja real, pese al alza nominal, de los salarios, mejor y más eficaz habría sido no empezar elevando los artificialmente.

Solo hay una fórmula segura y eficaz, para incrementar los salarios y ahuyentar el paro; acelerar el proceso de capitalización, incrementando el porcentaje de capital "por capita". Incluso la política laborista reconoce, tácitamente, la verdad de esta afirmación, cuando prohíbe el trabajo extranjeros o se opone a la exportación de capitales. Si no fuese cierto que la cifra porcentual de capital influye decisivamente en la determinación de los salarios, ¿cómo fundamentar lógicamente, aquellas medidas?

El propio Lord Beveridge, tan conocido por sus "planes" y difundidas tendencias socializantes, advierte que "ninguna persona competente puede negar que una política de elevación de salarios ha de producir desempleo" (2). Los propios apologistas de los movimientos obreros de la pasada centuria reconocían que la acción sindical solo podía beneficiar a determinados grupos con correspondiente perjuicio para los demás productores (3). Ni siquiera Carlos Marx creía en la posibilidad de una elevación general de salarios que beneficiase a toda la clase trabajadora; antes al contrario, afirmaba que "en la producción capitalista hay una tendencia continua a la rebaja de los salarios"; por ello, lo más que, en su opinión, podían conseguir las organizaciones obreras era "aprovechar las coyunturas ocasionales para elevar transitoriamente los salarios" (4). La función de la acción sindical, para Marx, no consistía en elevar la remuneración laboral, sino en crear un instrumento adecuado para la destrucción "de la propia esclavitud del salario y de los actuales métodos de producción" (5); la orden del día revolucionaria debía de ser: "Abolición de los salarios" (6).

El examen de los problemas laborales exige analizar su honda base económica. Enarbolar una bandera de progreso, propugnar una política popular de protección a los desvalidos, volviendo la espalda a la realidad y no queriendo ver las consecuencias que indefectiblemente van a producirse, constituye cruel burla contra la propia justicia social que se invoca.

El salario vital. -

Cierto es que, actualmente, se plantea, a veces, el problema de la insuficiencia del salario, para cubrir las necesidades del obrero, suscitándose la cuestión del llamado "salario vital", que tan hondas preocupaciones presenta a las autoridades. Ahora bien, los propios gobernantes, que tan graves

(1) Vid. Keynes, "The General Theory of Employment, Interest and Money" (London, 1936) p. 264.

(2) Vid. W. H. Beveridge, "Full Employment in a Free Society", (London 1944) pp. 362-371.

(3) Vid. Hutt, "The Theory of Collective Bargaining", pp. 10-21

(4) Vid. Marx, "Value, Price and Profit" (Chicago, Charles H. Kerr & Company) p. 125

(5) Vid. Marx, op. cit. pp. 126-127

(6) Vid. Marx, op. cit. pp. 126-127

inquietudes sienten, guiados, generalmente, por la más absoluta buena fé, no se percatan de que es su propia actuación el origen y causa de aquellas consecuencias, luego, tan lamentadas. En efecto, el dirigista, al llegar al poder, se encuentra con que el país produce determinados bienes y descuida la producción de otros. Esta realidad le hace concluir que la actividad privada es insuficiente, procediendo sea completada mediante la acción estatal. De tráfese, con este objeto, el capital de las manos de los particulares, para financiar los ambiciosos proyectos del gobierno, reduciéndose la producción de aquellos bienes más deseados por el consumidor para dar lugar a otros de menor interés social. La restricción impuesta hace precisos mayores salarios para poder adquirir los bienes aludidos en primer término, ocasionándose, así, la temida insuficiencia de las retribuciones. El problema fundamental es insoslayable; desde la limitación del capital existente, extremo éste que nadie pone en duda, un país solo puede producir o unos u otros bienes, los que quiere el Estado o los que interesan a los consumidores, quienes expresan, a través de los precios, sus deseos, haciendo improductivas determinadas actividades, precisamente aquellas que las autoridades quisieran ver atendidas. ¿Cual de las dos voluntades debe, en definitiva, prevalecer? Esta interrogante, sin embargo, constituye tema puramente político, ajeno a la ciencia económica, la cual se limita a afirmar enérgicamente que si triunfa el parecer estatal los consumidores estarán peor atendidos y que, en razón a la restricción de la producción, los bienes mayormente apetecidos pueden llegar a hacerse prohibitivos para las economías más débiles.

Es más, resulta, en los supuestos contemplados, que aquellos bienes, coercitivamente producidos por la acción estatal, son más caros o de inferior calidad, o las dos cosas al tiempo, que los mismos productos de procedencia extranjera; y ello es natural, por cuanto, si no fuera así, la actividad privada, sin presión oficial alguna, se hubiera dedicado a su producción y exportación. El Estado, entonces, se ve forzado a dar sucesivos pasos por el camino del intervencionismo - mediante barreras protectivas, intervención de divisas, discriminación contra el capital extranjero, etc. - todo lo cual da lugar a que se cierre otra válvula de seguridad de la economía en libertad y que las cosas, en vez de mejorarse, vayan, sucesivamente, empeorando(1). En efecto, si por cualquier razón, los salarios de un país devienen inferiores a los correspondiente del exterior, se abre un horizonte de ganancias para los capitalistas extranjeros, quienes, presurosos, acudirán a cosecharlas, si no hay barreras y cortapisas que les detentan. Las nuevas apostaciones de capital, indefectiblemente, elevarán los salarios, tendiendo a igualarlos con los de allende las fronteras. Pero esta tabla salvadora, también, han creído oportuno negársela a sus súbditos aquellos gobernantes "soi dissant" paternos.

En definitiva, no debe ocultarse, por más tiempo, a las gentes que es el Estado quien provoca la insuficiencia del salario, con su inmoderado consumo de capital y restantes medidas intervencionistas. A esto queda reducido el tan traído y llevado problema del "salario vital", con independencia de que, en razón a las cambiantes valoraciones de las cosas por el consumo, el precio de los distintos salarios también es variable dentro de la órbita

(1) El término "empeoramiento" no se emplea en forma absoluta, sino solo relativamente, al comparar la situación creada por el intervencionismo con los resultados que hubiera producido la libertad económica. Porque, es incluso posible que un país, gracias a la concurrencia de circunstancias favorables, tales como períodos de paz, inventos o adelantos técnicos y demás fenómenos que abogan por el incremento de la producción, vea elevarse el nivel de vida, pese al intervencionismo de sus gobernantes. En términos absolutos, no podría decirse, entonces, que esa situación fuera "peor" que la anterior; pero, ello no obstante, es lícito utilizar el adjetivo peyorativo al percatarse de que, sin el intervencionismo dados los mis -

del mercado, circunstancia merced a la cual el factor trabajo se distribuye entre las distintas ocupaciones y se asigna a las mayormente estimadas por el público.

SINDICALISMO Y CORPORATIVISMO

Concepto del sindicalismo. -

Llevar el nombre de sindicalismo dos ideas, bien distintas.

Para Sorel y sus seguidores, el término tiene un significado esencialmente político, en cuanto ha de ser la palanca que abra las puertas al socialismo, mediante la "action directe" la violencia sin escrúpulos, la lucha de clases declarada y sangrienta (1). El proletariado no debe perder su tiempo intentando mejorar las condiciones de trabajo, recurriendo a medios pacíficos y democráticos; debe, por el contrario, ir a la destrucción total del capitalismo y la burguesía; ésta - asegúrase - "es, esencialmente, cobarde y abandonará sus posiciones en cuanto se la presione un poco y se la asuste con el aspecto de la revolución; el futuro será de aquellos que mejor exploten la violencia" (2). Pese a la trascendencia que tales ideas han tenido y tienen en la historia contemporánea, el sindicalismo, en este sentido, carece de interés económico, al no constituir más que una teoría política, que aspira a la conquista del estado, usando de determinados medios.

Pero, el vocable posee otra acepción, que merece ser analizada. Cuando se exige "la tierra para el que la trabaja", "los ferrocarriles para los ferroviarios", etc. proclámanse las metas del sindicalismo examinado, distinto del socialismo, pues, mientras éste pretende entregar la propiedad de los medios de producción al estado, aquel quiere dársela, sin interferencias gubernamentales, a los propios productores que en cada industria trabajan.

Errores del pensamiento sindicalista. -

El fundamento lógico del sindicalismo, su idea madre, parte de un presupuesto falso, consistente en creer que empresarios y capitalistas se equiparan a dictadores económicos, que llevan adelante los negocios, caprichosamente, como mejor les place, sin responder ante nadie. El liberalismo decimonónico - dícese - que logró sustituir el despotismo real y aristocrático por el gobierno democrático, debe completar la obra, reemplazando la actual tiranía capitalista por una auténtica "democracia industrial", y dar las fábricas y las industrias a quienes las hacen funcionar con su trabajo. Así se aspira evitar que la omnímoda libertad de acción reconocida al empresario por el capitalismo pueda distraer la producción de los bienes deseados por el pueblo, en favor de otros que solo el capricho o el afán de lucro aconseja fabricar.

Pero, el error inicial es manifiesto, por cuanto el empresario, dentro de la economía de mercado, se halla, incondicionalmente, sujeto a la

mos factores y circunstancias, la libertad económica hubiera centuplicado los favorables resultados alcanzados.

(1) Georges Sorel, "Reflexions sur la violence" (París, 1910)

(2) Sorel, op. cit. p. 71.

soberanía del público, quien le indica lo que debe producir, cómo y en qué cuantía; cualquier desviacionismo, voluntario o involuntario, recibe inexorable castigo, en forma de pérdidas, que pueden llegar hasta la ruina del interesado y a su relevo por otro empresario más hábil y dócil a los mandatos del consumo. El mercado es una democracia de consumidores; y ésto es, en definitiva, lo que, sin que ellos mismos se den cuenta, exaspera a los sindicalistas, quienes quisieran instaurar una dictadura de productores, los cuales, autoritariamente, decidirían los objetos a fabricar, sin consultar al mercado. Pero la idea no admite ni siquiera el planteamiento, ya que el único fin y objetivo de la producción es el consumo, por lo cual, si se quiere servir a la comunidad en conjunto y no a un sector privilegiado, tienen que ser los consumidores quienes libérrimamente decidan, en cada instante, los cauces a seguir por la producción.

Nótese que es el público quien obliga al patrono a despedir a quien no da el rendimiento convenido, a establecer mejoras técnicas de producción, que pueden perjudicar los intereses de algunos de sus obreros, y a adoptar todas las medidas conducentes a la mejor gestión de sus negocios. Frecuentemente, el propio empresario no se da cuenta de este planteamiento de las cosas, por cuanto su actitud de servidumbre con respecto al público no nace de motivaciones altruistas, sino de consideraciones puramente egoístas. Al hombre de empresa no le importa, para nada, el bienestar de su prójimo, preocupándole solo la posibilidad de lucrarse y obtener ganancias; ahora bien, es precisamente esta codicia la que, dentro de la economía de mercado, le fuerza a atender, con la mayor solicitud, los deseos del consumo, pues solo, de esta suerte, puede alcanzar los apetecidos beneficios personales.

De acuerdo con lo expuesto, resulta que son los consumidores, al desear productos mejores y más económicos, quienes fuerzan al empresario, por ejemplo, a instalar maquinaria que ahorrará mano de obra; puede ser que con ello, se dañe, transitoriamente, a algunos operarios, obligándoles a buscar otra ocupación. Ahora bien, si los compradores hubieran preferido contentarse con el producto antiguo, ningún cambio habríase producido. Si el obrero pide un aumento de salario, porque su mujer ha dado a luz, pongamos por caso, cuando el patrono se opone, no está actuando más que como mandatario del público, que, en modo alguno, está dispuesto a pagar más porque el productor incrementa su familia; a este profliguo individuo, incidentalmente, lo que el mercado le aconseja, por intermedio del patrono y de los precios, es que, si desea aumentar su descendencia y, consecuentemente, sus gastos, debe dedicarse a otra producción más valorada por el consumo. Resulta, pues, evidente el error inicial de la doctrina contemplada, cuando habla de dictadores o autócratas, dentro de la economía del mercado. Es más, el propio sindicalista, una vez en poder de todos los medios de producción, si quería servir, de verdad, a los consumidores, no tendría más remedio que repetir los gestos y actos todos del odiado capitalista.

Con independencia de lo anterior, el sindicalismo pasa por alto otra realidad de la economía libre, a la que ya se aludía anteriormente. En efecto, cuando el trabajador piensa que puede él fácilmente sustituir al director de su fábrica, en principio, argumento alguno cabe oponer a esta autovvaloración. Ahora bien, al que está por encima del director, a quien le nombró, al verdadero capitalista y hombre de empresa, a ése es imposible le sustituya, salvo que el sindicalista se erija también en empresario, igual que el otro, lo cual, por otra parte, en modo alguno, le está vedado, dentro de la economía de mercado.

El sindicalismo vé la industria y la economía, en general, del país, como una cosa estática que, sin variación, ha de continuar siempre las mismas producciones. Pero esta idea pugna con la realidad, por cuanto lo carac-

terístico del mercado es el cambio, bajo el impacto de las mudables voliciones del consumo.

Estas variaciones de la demanda obligan a cerrar determinadas industrias, a abandonar ciertas producciones, imponen crear empresas, montar nuevas plantas, ampliar negocios, mejorar producciones, lo cual exige siempre capitales adicionales. Y ahora, es cuando aparece el auténtico empresario, que arriesga su propio dinero o el ajeno que ha logrado traer a la constitución de la nueva empresa, con el espejuelo de los beneficios.

En este terreno financiero está perdido el sindicalista: porque de dos cosas una, o acude al ahorro para procurarse el capital, prometiendo congrua retribución al mismo, o, suprimidos los medios capitalistas de financiación, recurre al estado para que se lo proporcione. El sindicalismo, en ambos supuestos, ha desaparecido; lo que hace ver que, como doctrina autónoma, se parada igualmente del capitalismo y del socialismo, no puede aplicarse en la práctica. Tiene interés, sin embargo, examinar algunas ideas de origen sindicalista, recogidas por las modernas tendencias intervencionistas.

Modernas influencias sindicalistas. -

El sindicalismo, en definitiva, aspira a otorgar situaciones de privilegio a determinadas minorías (generalmente los componentes de una misma rama industrial); infligiendo los daños correspondientes a la mayoría, que paga con un descenso en su nivel de vida, las ventajas otorgadas a los favorecidos de la situación. Esta tendencia a beneficiar a unos, perjudicando a todos los demás, se manifiesta, con energía, en la política sindical. Aún cuando el público, por ejemplo, desearía tener más y mejores libros, revistas y periódicos, y los obtendría si el mercado no se viera mediatizado, la acción sindical, frecuentemente, impide el acceso a las imprentas de personal nuevo, se opone a la instalación de maquinaria y adelantos técnicos, o adopta medidas que perturban el libre juego económico. Con esto, efectivamente, logra elevar los salarios de los miembros del sindicato, pero provoca, al tiempo, un alza de los precios de la materia impresa y un descenso en la retribución de aquellos otros sectores a donde afluyen quienes no pudieron ingresar en las instalaciones tipográficas. Entre el público, en general, que ha de pagar más, y aquellos productores cuya retribución se mengua, por el irregular incremento de la oferta de mano de obra, son pagados los beneficios de la minoría sindicada.

Otra idea de origen sindicalista muy en boga es la de participación en beneficios. El sindicalismo aspira a suprimir radicalmente toda retribución al capital, ya sea en forma de dividendos, ya sea en forma de intereses, destinando al obrero la totalidad de los beneficios alcanzados. Ante estas pretensiones, el intervencionista, con su afición a las soluciones medias, pretende aplacar al extremismo, concediendo las llamadas participaciones en beneficios, a las que, por doquier, modernamente, se quiere recurrir, como pancea social. No es necesario enumerar aquí los complejos problemas que, en la práctica, se suscitan, al pretender aplicar estos principios, hasta el punto de que, donde han sido impuestos coactivamente, esa participación se ha transformado en un simple incremento del salario, sin correspondencia alguna con los verdaderos resultados obtenidos. La idea, aún en el terreno teórico, conduce a los mayores absurdos y los propios interesados se rebelarían contra su efectiva aplicación, por cuanto resultaría que, por trabajo idéntico, un obrero ganaría mucho más que otro. El jornal se transformaría en una lotería y la retribución no dependería de la función desempeñada sino de la suerte de entrar en una factoría u otra. ¿Qué justificación hay para que un tornero, por ejemplo, cuyo patrono ha ganado mucho, cobre más que otro compañero tornero, dependiente de un empresario inmenso afortunado?

Una caricatura de la participación en beneficios es la idea lanzada por las organizaciones sindicales americanas, según la cual el salario debe depender de la "capacidad de pago" del empresario (ability to pay). No se trata ya de distribuir resultados efectivamente obtenidos, sino de repartirse, de antemano, los beneficios que un tercero calcula se obtendrán. Todos los inconvenientes antes apuntados pueden darse, ahora, por reproducidos, incrementados con la imposibilidad práctica de prever beneficios, así como la desorganización del mercado laboral que se produciría, al ignorarse el valor de cada trabajo.

Otros ejemplos cabría citar de influencias sindicalistas en las modernas tendencias sociales, pero parece basta con lo expuesto para evidenciar que la doctrina examinada resulta impracticable en todo y en parte, abocando a injusticias y absurdos cada vez mayores.

Socialismo gremial y corporativismo. -

Al finalizar el siglo pasado, formáronse, especialmente, entre los universitarios ingleses, cenáculos de admiradores de las instituciones medievales, entre las cuales destacábase los antiguos gremios como perfectas organizaciones laborales, cuya reinstauración resolvería todos los problemas sociales. Tales ideólogos no llegaron nunca a concretar su pensamiento político o económico, limitándose a vacías peroraciones, comparando unas supuestas virtudes de aquellas organizaciones cuasirepresentativas como los "Etats Generaux" franceses o el "Standische Landtag" alemán con los modernos parlamentos y cámaras.

Pese al indudable "snobismo" de esos grupos universitarios, sus ideas fueron recogidas por algunos socialistas ingleses cuando, al declararse la primera guerra mundial, viéronse en la necesidad de crear un socialismo genuinamente británico, distinto del alemán, que antes tanto habían admirado. Aspiraban estos teóricos a encontrar una fórmula que permitiera sustituir el rígido dirigismo teutónico por una organización que, sin dejar de ser socialista, respetara al individuo, conformando con el principio del "self government" tradicionalmente inglés.

Revivieron, así, las ideas expuestas por los eulogistas medievales, en el nuevo "socialismo gremial" (guild socialism). Se quiso ennoblecer el sistema con los atributos más estimados por el pueblo inglés; así, cada gremio industrial gozaría de autogobierno, de acuerdo con el principio político fundamental en Inglaterra, de reconocer autonomía en lo particular y unidad en lo general; la voz cantante la habían de llevar las poderosas "trade unions"; el estado quedaba relegado a un segundo término, triunfando, en principio, la libertad individual sobre la coacción gubernamental. Pero, pese a todos estos atractivos, el "guild socialism" pronto fué descartado por el propio partido socialista inglés, quien, con la paz, volvió a integrarse en la clásica doctrina marxista universal, dando al olvido aquella aventura intelectual de los tiempos de guerra (1).

Pero el pensamiento fué ahora recogido por el fascismo. Carece de objeto entrar en la discusión de si los italianos copiaron a los ingleses o no. El hecho es que, habiéndose separado Mussolini del socialismo internacional, tuvo necesidad de crear una doctrina económica fascista, igualmente distante del capitalismo occidental y del estatismo germánico. Así fué como los principios, ya expuestos por el "guild socialism", reaparecieron en lo "stato corporativo".

(1) El estudio más completo del socialismo gremial es de Sidney Y Beatrice Webb. "A Constitution for the Socialist Commonwealth of Great Britain" (London 1920).

* El éxito de las viejas ideas inglesas bajo esta nueva presentación, bien apoyadas por el aparato de propaganda, fué, en verdad, impresionante. Numerosos autores extranjeros estudiaron el fenómeno y proclamaron los maravillosos resultados del sistema. Los gobiernos de Austria y Portugal se proclamaron también corporativistas. En España apareció el nacionalsindicalismo, doctrina evidentemente corporativista, con sus "sindicatos verticales". Y no faltó quien, incluso, interpretara la encíclica "Quadragesimo Anno" en favor de la organización económica fascista.

Pero, la verdad es que nadie, ni dentro ni fuera de Italia, pretendió implantar, seriamente, la utopía corporativa. Los fascistas agregaron el adjetivo "corporativo" a toda una serie de instituciones, transformando la clásica disciplina universitaria en cátedra de "economía política o corporativa", pero jamás establecieron el autogobierno de cada rama industrial, característica esencial del corporativismo. El gobierno italiano, por el contrario, comenzó aplicando a la economía los principios bien conocidos del intervencionismo, para terminar con un sistema que, cada día, se acercaba más al socialismo germano.

La idea fundamental, tanto del socialismo gremial como del corporativismo, es que cada rama industrial forma una unidad monolítica, encuadrando a cuantos en el sector trabajan en un "guild" o "corporazione" que goza de plena autonomía, para organizar la producción (1). Las cuestiones entre las distintas ramas de la industria deben resolverse, directamente, por las corporaciones interesadas, sometiéndose, en caso de desacuerdo, a la decisión de una asamblea general de delegados de las distintas corporaciones. Normalmente, el gobierno no tiene por qué intervenir; solo en casos excepcionales, para dirimir conflictos insolubles, las partes han de acudir al poder central (2).

Esta autonomía de cada rama industrial, que, teóricamente, puede aparecer atractiva, en la práctica resulta impracticable, por cuanto no existen problemas que solo afecten a los integrados en determinada industria; las cuestiones económicas interesan a todos, a productores y a consumidores. Así, si en cierto ramo, sea el que sea, hay ineficiencia, se malinvierten los factores de producción, dejan de aplicarse adelantos y mejoras técnicas, todo el mundo sale perjudicado. Evidentemente no pueden dejarse en manos del gremio los asuntos relativos a los métodos de producción, a la cantidad y calidad de las fabricaciones, a los salarios y las horas de trabajo y otras mil cuestiones que directamente afectan al consumidor, no menos que al miembro de la corporación. La competencia del mercado obliga al empresario a acomodar su actuación a los deseos del consumo, pero, bajo la organización corporativa, la competencia desaparece, constituyéndose cada gremio en soberano monopolista, que puede beneficiar a sus miembros, perjudicando al público.

Desde luego a la "corporazione" fácil ha de resultarle dar satisfacción a sus componentes mediante elevados salarios, jornadas cortas, prohibiendo la instalación de maquinaria y la introducción de adelantos técnicos, etc. etc. Ahora bien, ¿qué sucederá si en todas las ramas industriales se procede igual? Indudablemente, los gremios que controlan las producciones más esenciales, como la alimentación, el transporte o la energía, impondrán la más rigurosa servidumbre sobre el resto de la nación. Si el estado no interviene ha de abocar a sangrientas conmociones sociales; ahora bien, si el poder público toma cartas en el asunto, se terminó la autonomía corporativa, para dar paso a un socialismo de tipo germano, al "Zwangswirtschaft", que,

(1) El tratado más amplio y documentado sobre el corporativismo es de Ugo Papi "Lezioni di Economia Generale a Corporativa", vol III. (Padova 1934)

(2) A este respecto, Mussolini declaró, ante el Senado Italiano en 13-1-34: "So

precisamente, se quería evitar.

Innecesario es aludir a otros serios inconvenientes de que adolece el corporativismo. El socialismo gremial, al igual que el sindicalismo, descuidan las cuestiones económicas fundamentales; rehuyen, dejan sin resolver los problemas relativos a la distribución de los existentes factores de producción entre las diversas explotaciones, pretenden desentenderse del ahorro, de la acumulación de capital. Constituyen sistemas que nunca se han aplicado, en la práctica, porque se autodestruyen.

III. - CONTRA LA ECONOMIA DE MERCADO. -

Los críticos de la economía de mercado o desconocen los más elementales postulados de la ciencia económica o pretenden ignorarlos, repitiendo, una y otra vez, las mismas erróneas afirmaciones que la doctrina, con lógica incuestionable, tiempo ha, destruyera. Verdaderamente, no es fácil el diálogo con socialistas e intervencionistas, por su tendencia a rehuir el coloquio, en cuanto el interlocutor pretende llevar el tema al terreno económico, único desde el cual cabe examinar los problemas debatidos. Ahora bien, si se logra asir su atención, aquellos propagandistas del socialismo o dirigismo acaban siempre por reconocer que la economía de mercado no es, en fin de cuentas, tan mala como quisiera hacernos creer, incrementando día a día, la riqueza de pueblos y naciones, en forma impresionante. Pero, admitido esto, el dirigista rearguye que, pese a todo, el "laissez faire" es rehusable desde el punto de vista de la justicia social, mientras exista pobreza, desigualdad económica e inseguridad.

Impertinente sería repetir, ahora, aquellos razonamientos que evidencian la imposibilidad de suprimir estas supuestas lacras mediante el socialismo o el intervencionismo, sistemas que solo empeoran la situación, pero, ello no obstante, parece oportuno examinar, con cierto detenimiento cada uno de estos supuestos (1)

lo in un secondo tempo, quando la categorie non abbiano trovato la via dell'accordo e dell'equilibrio, lo Stato potrà intervenire".

- (1) Frente al desdén de los "libertad, ¿para qué?", de Lenin, autores tan poco sospechosos de propugnar un liberalismo a ultranza, como Ropke y Rustow, que una y otra vez, condenan en sus escritos el "laissez faire", en obsesiva búsqueda de "terceras soluciones", al final, véanse obligados a reconocer, explícitamente, el interés que, en el orden social, encierra el mercado libre, diciendo: "Grandes sacrificios económicos justificaría la conquista de aquellos dos valores - justicia y libertad - de carácter no económico, mayormente apreciados por el hombre. Pero, resulta curioso comprobar que esos sacrificios son totalmente innecesarios, por cuanto, aunque parezca mentira, la propia ordenación, que mejor salvaguarda tanto la justicia como la libertad, es precisamente la misma que mayor riqueza material produce, para todos. La libre competencia constituye el único orden que puede servirse del más fuerte y común impulso anímico - el egoísmo - para la consecución de sus fines. Cualquier otra organización económica, lejos de aprovechar esta poderosísima fuerza, se ve inmersa, desde un principio, en una lucha, contra ese inmodificable egoísmo humano, agotadora, tenaz y, en definitiva, siempre perdida. Como sistema económico, el de la libre competencia, puede preciarse de ser el único que proporciona, de un lado, justicia y libertad al hombre y, de otro, la máxima riqueza y bienestar. (W. Ropke, "International Economic Disintegration", William Hodge, London, 1940, con un apéndice de A. Rustow, p. 283.)

Pobreza. -

Cuando, en la era precapitalista, filósofos y gobernantes hablaban de los pobres y la pobreza, se referían a aquel estrato numerosísimo, sin acomodo ni posible ocupación dentro del orden social existente. El mercantilismo imperante, según en otro lugar se hace notar (1) con sus barreñas y cortapisas, tenía condenados a millones de seres al hambre y a la indigencia, resultando imposible hallar, sin una mutación ideológica, solución alguna a tan pavoroso problema. Al conjuro de la libertad económica, aquellos mendigos se transformaron en laboriosos trabajadores, que podían atender al sustento propio y al de su familia. Bajo la égida del mercado desaparecía la hoy inconcebible pobreza de los siglos pasados, haciéndose posible un progresivo aumento de la población y una continua elevación del nivel de vida. Ciertamente es que las tendencias modernas, socavando la economía de mercado, han producido ya, en muchos países, paro institucional permanente y pueden hacer cambiar de signo aquella tendencia bisecular hacia un continuo mejoramiento social, al conjugar todo género de impedimentos a la acumulación de nuevo capital con una creciente dilapidación del existente. Imposible es adivinar el futuro; la historia enseñará si los pueblos occidentales, en un mañana difícil de demorar, tuvieron carácter y catamina suficiente, para comprender el peligro y reemprender el camino de la salvación.

Pero el liberalismo capitalista, aún en su apogeo, quedó reducido a estrechas áreas geográficas; en el resto del mundo, cientos de millones se revuelcan en la suciedad, el hambre y la enfermedad. Estos son pobres en el antiguo sentido, antes supérfluos y supernumerarios. Ahora bien, la penuria de esos miserables, en modo alguno, es consecuencia del capitalismo, sino fruto de las filosofías allí imperantes, que rechazan la economía del mercado. Sin el triunfo del "laissez faire" los occidentales vivirían hoy peor que los "coolies" chinos.

No cabe culpar a las potencias europeas de la pobreza de sus antiguas colonias. Invirtiendo ingentes capitales en aquellas zonas, el occidente hizo cuanto pudo por mejorar el nivel de vida de los pueblos tutelados. No son responsables los blancos de que las tribus orientales se resistan a abandonar su xenofobia y demás erróneas doctrinas. Pronto el imperialismo habrá desaparecido por completo, pero las nuevas naciones no por ello sabrán resolver mejor sus problemas económicos y, como ya se está viendo, en vez de acudir a la libertad económica, única salvación y panacea, se echarán en brazos de toda clase de dirigismos y regimentaciones (2).

(1) Vid. "La revolución industrial"

(2) Los europeos, indudablemente, actuaron movidos por consideraciones egoístas. Pero las motivaciones, a este respecto, importan muy poco. Lo trascendente es que el capital occidental vino a vivificar las economías coloniales, permitiendo la construcción de puertos, la apertura de vías de comunicaciones, la explotación de riquezas naturales, hasta entonces, infecundas, que a nadie beneficiaban. Paralelamente a las ventajas disfrutadas por las metrópolis, el nivel de vida se elevaba impresionantemente, en países sumidos, durante siglos o milenios, en la más espantosa pobreza y marasmo. Sin la concurrencia del capital inglés, francés u holandés, los indios, los marroquíes o los malayos no hubieran estado mejor, como quieren ahora, hacernos creer, sino mucho peor. El hecho de que también las potencias coloniales derivaran beneficios para nada afecta al argumento; precisamente ésa es la característica esencial del mercado, cuya operación permite a ambas partes ganar en cada transacción. A este respecto, puede decirse, con Sancho: "Hágase el milagro, aunque lo haga el diablo".

Con el mercado, la pavorosa pobreza precapitalista desaparece. Para el indio o el chino, el obrero americano, que conduce su propio coche al trabajo, es un "burgués", perteneciente a aquel 2% de la población terrestre, cuyos ingresos son mayores. El famélico oriental piensa, con evidente error, que esa riqueza ha sido fabricada gracias a su pobreza y rumia la futura venganza.

En el marco de la economía de mercado el concepto pobreza se refiere a aquellos hijastros del Señor que, por razones físicas, no pueden trabajar. Es éste un problema específico de la civilización. El animal inutilizado sucumbe pronto y las tribus salvajes suelen eliminar violentamente al ser innecesario. Toda sociedad civilizada, sin embargo, ha considerado la atención a los desvalidos siempre como una obra de caridad. Las órdenes religiosas y diversas instituciones privadas, en noble emulación, han coronado empresas dignas del mayor encomio.

A la labor caritativa, sin embargo, suelen oponérsele dos fallos. En primer lugar, destaca la escasez de sus medios. Pero, no cabe ocultar de un lado, que es el dirigista inflacionario quien volatiliza las rentas y patrimonios de hospitales, asilos y demás instituciones benéficas y, por otra parte, que la generosidad donataria aumenta al elevarse el nivel de vida, delo cual es buena prueba el desprendimiento de la caridad privada americana. En su consecuencia, la libertad económica, al propugnar medidas que incrementan continuamente la riqueza, impidiendo, al tiempo, la arbitraria manipulación de la moneda, aboga, más que ninguna otra organización económica, por la multiplicación de los fondos caritativos. No es esto solo, ya que, en el ámbito del mercado libre, el individuo, aún el económicamente débil, al amparo de igualatorios, mutuas y demás instituciones de aseguramiento y previsión, así como por el ahorro, puede protegerse contra las consecuencias de la vejez, la orfandad, la muerte o la enfermedad y es el dirigista, supuestamente paternal, quien, con sus medidas inflacionistas, sabotea y envilece estos eficaces remedios que, contra la miseria, ofrece la libertad. Al lamentarse la exigüidad caritativa los intervencionistas, no hacen sino llorar las consecuencias de su propia política.

El segundo defecto que suele atribuirse a la caridad privada es de índole espiritual, por una especie de repugnancia moral que ocasiona la entrega limosnara. Es cierto que la dádiva corrompe, en cierto modo, tanto al que la dá, como al que la recibe. Aquel se autobeatifica, mientras éste, perdida la confianza propia, se rebaja. Ahora bien, nótese que tan refinados sentimientos, antes desconocidos, han florecido, precisamente, al amparo del capitalismo, que rehuye cualquier servicio sin contraprestación. Durante siglos, la mecánica social se basó en puros actos de gracia del poderoso al inferior, sin que nadie se molestara, ni se sintiera herido.

La única alternativa a la caridad privada es que el Estado, previa la exacción de los correspondientes impuestos, se cuide de los menesterosos. La sensibilidad del hombre moderno, sin embargo, igual ha de sufrir con la limosna estatal, y el engreimiento del funcionario encargado de la beneficencia, indudablemente, ha de resultar, todavía, más insufrible que la autocomplacencia del benefactor particular, aparte de que éste puede regular y distribuir el auxilio, evitando fraudes y engaños, mucho mejor que aquél, quien, en vez de guiarse por sentimientos de solidaridad humanitaria, ha de atenerse a los preceptos fríos de casuísticas reglamentaciones, terreno propicio para todo género de arbitrariedades y simulaciones.

Pero el tema desborda ya el campo de la ciencia económica, la cual se limita a proclamar que el mercado libre restringe extraordinariamente la miseria, relegando esta lacra al estrato de los seres subnormales.

Todo género de dirigismo, por el contrario, engrosa las filas de los menes-terosos, agregando, al número de los desvalidos, millares de seres, física y mentalmente, útiles, quienes no pueden, sin embargo, atender a su sustento por la aparición del paro institucional, por el encarecimiento de las cosas que las tendencias autárquicas llevan siempre consigo, por la inflación y el envilecimiento de la moneda, o en fin, por razón de cualquiera de las amargas situaciones ocasionadas por la injerencia.

En definitiva, el que la miseria sea atendida mediante la exacción fiscal, tiene la misma trascendencia que cualquier otro incremento de los impuestos: distraer parte del capital a cometidos distintos de los deseados por el consumo. Lo que conviene es no engañarse; el gobierno no crea cosas de la nada; la beneficencia puede ser privada o estatal, pero, en todo caso, siempre será pagada por los ciudadanos, habiendo razones potentísimas para encargar a éstos de la función, por cuanto han de saber emplear siempre mejor que la Administración los bienes distraídos del consumo normal.

La desigualdad. -

La desigualdad económica constituye nota característica del capitalismo. Sin ella, desaparece el mercado.

No es necesario, ahora, recordar aquella verdad, tantas veces proclamada, de que la libertad e igualdad son antitéticas. Al ser los hombres, por naturaleza, desiguales, tanto física como mentalmente, concedida la libertad, la igualdad se desvanece. Es más, la división del trabajo y la convivencia social se basan, precisamente, en la disparidad de los individuos; si todos fueran iguales, ninguna ventaja reportaría la asociación humana. Los miembros de la comunidad nada podrían intercambiarse entre sí. Las hormigas y abejas, por ejemplo, se reúnen en colonias, precisamente, por su diferente capacidad y función; si todas fueran reinas, la colmena o el hormiguero carecería de sentido.

La libertad del mercado, evidentemente, aboga por la desigualdad. Ahora bien, gracias a la división del trabajo, incrementase de tal modo la productividad y la riqueza que, el nivel de vida de todos se eleva, como por milagro. Así resulta, que el obrero americano, con automóvil, televisión y nevera eléctrica, vive mejor que los jefes chinos o los jefes beduinos. La riqueza de un Rockefeller no empobrece a su limpiabotas, sino al contrario. Puede este último cobrar 15 pesetas por un servicio en vez de la peseta que cobra su compañero marroquí - y disfrutar de un nivel de vida incomparablemente superior - precisamente porque existe Rockefeller.

Sentado lo anterior, no cabe olvidar, aunque solo sea incidentalmente que, al hablar de nivelar la riqueza, nadie piensa en reducir sus propios ingresos, sino en aumentarlos a costa de otros. El sindicalista americano no desea suprimir las cantidades pagadas al capitalista, en concepto de dividendos e intereses, pero airado se opondría a cualquier disminución de su salario en favor de aquel 98% de la población humana que gana menos que él.

La filosofía liberal atacaba al sistema tradicional de castas y estamentos porque resultaba incompatible con la operación del mercado. Abogaba contra las licencias y privilegios reales porque impedían al individuo más hábil, en cada momento y en cada rama económica, producir más y mejor. Reclamaba la igualdad de todos ante la ley para permitir que cada uno pudiera aplicar sus peculiares facultades, allí, donde mayor fruto dieran. Ahora bien, nunca pensó cabía modificar la natural desigualdad entre los hombres; antes al contrario, aspiraba a sacar de ésta el máximo partido, en beneficio

de toda la humanidad. Los liberales se aproximaban al problema desde un punto de vista social y utilitario, dejando de lado aquellos supuestos derechos inalienables del hombre, que algunos querían derivar de un Derecho natural autofabricado en conflicto con la evidente realidad.

El triunfo de estas ideas produjo el conjunto de fenómenos que se conocen bajo el nombre de "civilización occidental". Ahora bien, la victoria del liberalismo fué posible en razón a que, por herencia de siglos anteriores, la aspiración a la igualdad resonaba débilmente en el alma europea. Si el inglés dieciochesco hubiera sentido la obsesión igualitaria, habría resultado imposible la implantación del "laissez faire", filosofía que, por lo mismo, no puede ni pudo nunca triunfar entre los pueblos mahometano, indio o chino, por ejemplo.

Al considerar inferiores a estas civilizaciones, la estimación peyorativa se refiere solo al aspecto económico, queriéndose destacar, únicamente, que las instituciones, allí existentes no producen los resultados materiales logrados por la civilización occidental, que tan atractivos, sin embargo, resultan a las naciones en cuestión. Por lo demás, la economía nada tiene que decir. Pero es curioso analizar las causas que congelaron a las grandes civilizaciones asiáticas, impidiéndoles todo progreso. En el caso de la India, la respuesta es evidente: el férreo e inflexible sistema de castas impetrante hacía imposible toda iniciativa individual, prohibiendo cualquier desviación de los cauces tradicionales. Sin embargo, tanto China como las nacionalidades musulmanas constituyen experiencias distintas. Con excepción de un reducido número de esclavos, el súbdito, en estos supuestos, era libre y, si bien es verdad que el sistema de gobierno fué siempre autocrático y personal, no había ni castas ni clases; todos, incluso esclavos y eunucos, tenían acceso a las más altas dignidades.

Ahora bien, esta igualdad ante el gobernante, similar a la que en Europa preconizara el liberalismo, con miras a implantar la economía de mercado, llevaba implícita una específica aspiración oriental a la igualdad económica, inexistente en occidente. Tal deseo igualitario, confuso y vago, en general, devenía, sin embargo, diamantidamente concreto y claro en cuanto a condenar y repudiar cualquier acumulación seria de riquezas en manos del particular. Las autoridades consideraban al ciudadano rico como latente amenaza y todos, gobernantes y gobernados, comulgaban en la idea de que solo explotando la pobreza de la mayoría podían las minorías enriquecerse. Por eso, la posición del mercader, del hombre de negocios, que quería traficar e intercambiar productos y servicios, resultaba siempre extremadamente precaria; no había dádivas bastantes que le aseguraran tranquilidad y protección y todo el pueblo se regocijaba cuando un próspero comerciante caía víctima del odio y la envidia de los funcionarios públicos. Este espíritu impedía, como es obvio, cualquier progreso económico y sirvió para mantener a las desgraciadas masas sumidas en el hambre y la miseria, durante siglos, ya que, al prohibirse la acumulación de capital, devenía imposible toda mejora o ampliación de la producción, mediante la implantación de las correspondientes técnicas.

Las ideas de igualdad económica que animan a nuestros contemporáneos vienen a ser réplica fiel del pensamiento asiático. Al igual que éste, son vagas e imprecisas en todos sus aspectos, salvo en uno: abominar de las grandes fortunas personales y de las grandes entidades mercantiles. Para servir a tales ideologías, que hallan apoyo en la envidia de la masa invidiosa, han sido arbitrados múltiples medios, al objeto de impedir el crecimiento de cualquier empresa, individual o colectiva, recurriéndose fundamentalmente a la expropiación fiscal de rentas y patrimonios.

Las consecuencias de esta política confiscatoria luego serán exami

medas (1) Es evidente que tales medidas abogan no solo por la reducción y aún anulación de toda acumulación de nuevos capitales, sino además por la deteriorización y pérdida del existente. La implantación de estos conceptos, forzosamente, ha de detener la tendencia hacia una creciente prosperidad material y aún puede cambiar el signo de la vida moderna, abriendo caminos nuevos a una progresiva miseria general. Por estos cauces cabe el triunfo del ideal asiático y podrán, entonces, Oriente y Occidente darse la mano, sumidos en un mismo nivel de pobreza.

El ahorro, la actividad inversora y la acumulación de capital implican dejar de consumir una parte de los bienes existentes para dedicarla a mejorar las condiciones futuras. El sujeto prescinde de incrementar su satisfacción, con miras a aumentar su propio bienestar o el de su familia en un porvenir más distante. El móvil de quien, así, procede es puramente egoísta, en el sentido más común del término, pero los efectos de ese egoísmo resultan altamente beneficiosos para los intereses de toda la sociedad y de cada uno de sus miembros.

Ahora bien, el moderno afán igualitario destruye el incentivo que, dentro de la economía de mercado, impale al ahorro. En efecto, por una parte, los impuestos progresivos, impiden ahorrar a los de mayores medios, es decir, a aquel estrato de la población que, libre de injerencias, se ve obligado, casi por la fuerza, a ahorrar, al no poder dar otro destino a sus bienes. Esto, con ser grave, tal vez, sea menos trascendente que la manipulación a que se someten los ahorros del común de las gentes, divirtiéndoles de aquel su destino, para canalizarlos hacia el consumo inmediato. Efectivamente, antes, cuando un individuo ahorra, a través de una entidad bancaria o suscribiendo una póliza de seguros, por ejemplo, el banco o la compañía aseguradora invertían aquellas sumas, incrementándose la cifra de capital existente. Aún cuando, posteriormente, el interesado detrajera la cantidad y la consumiera, en conjunto, no había desinversión, ni disminución de capital, creciéndolo, continuamente, los saldos deudores de las empresas financieras.

Tal estado de cosas ha sido gravemente perturbado por la injerencia gubernamental. Hoy en día, las autoridades fuerzan a los bancos, compañías de seguros y, en general, a todas las entidades de ahorro, a invertir el dinero de sus depositantes en la deuda pública. El particular sigue ahorrando, se priva de satisfacciones, pero interviene el gobierno y enerva los beneficios efectos de esa actuación. Cuando el hombre actual ahorra, por ejemplo, 1.000 pesetas, ingresándolas en las arcas de los correspondientes seguros sociales (2), el Estado le garantiza que, en determinado futuro, le serán devueltas y, aún incrementadas. Esto, en la economía libre, resulta posible sobre la base de una oportuna inversión del capital originario. Ahora bien, si el gobierno, por unos u otros medios, se apropia de las 1.000 pesetas y las consume o malinvierte no se incrementa la riqueza y, entonces, la promesa de pago no supone sino gastar por adelantado el dinero de los futuros contribuyentes, quienes sin derivar beneficio alguno, habrán de devolver las mil pesetas al actual depositante.

Pero, si el gobierno impide a los súbditos acumular e invertir nuevos capitales, es indudable, habrá de ser él quien cumpla esta función, si no se quiere recaer en la abyecta pobreza de siglos pasados. Sin embargo, por fuerza, el Estado atenderá el nuevo cometido de manera altamente insatisfactoria, no solo por la propensión prácticamente ilimitada a gastar de la administración, sino además por la incapacidad pública para invertir precisa

(1) Vid. "Confiscación y redistribución".

(2) Es indiferente que la entrega la haga el propio interesado o el patrono, en su nombre.

mente en aquellos cometidos mayormente deseados por el mercado. Entre malas inversiones (1) e hinchados gastos públicos poco quedará, indudablemente, para incrementar el existente capital. No empece al argumento, el que la Administración pública puede, en algunos casos, realizar inversiones procedentes y oportunas, por cuanto lo lamentable es que una parte, mayor o menor, del capital social se dilapida en gastos suntuarios y en operaciones que el consumo no apetece.

Ante estas realidades, resulta evidente que la desigualdad, hija de la libertad, aboga por una progresiva y creciente acumulación de capital y que es solo este incremento de capital lo que permite el progreso técnico, el alza de los salarios y la elevación del nivel de vida.

En este orden de ideas, tal vez sea oportuno referirse, incidentalmente, a un problema que a muchos preocupa. Es el referente a los gastos "inútiles" de los ricos. En efecto, preguntase la gente ¿no es inicuo que los ricos gasten grandes sumas en artículos suntuarios, en embarcaciones de lujo, en caballos de carreras y fincas de recreo, siendo así que estos capitales, invertidos en otras producciones, servirían para cubrir necesidades vitalmente sentidas, por los económicamente más débiles?

La interrogante, indudablemente, merece ser examinada. Dejemos de lado, aunque el hecho es manifiesto, la serie de personas humildes que viven gracias a estos "innecesarios" gastos, gentes cuyo nivel de vida descendería al abandonar estas ocupaciones y que, además, podrían provocar seria competencia, a todas luces indeseada, en los sectores laborales a donde acudieran en busca de trabajo. Esto, realmente, tiene poca trascendencia.

Más importante es percatarse de que esas inversiones suntuarias vienen financiadas, mediante fondos obtenidos sirviendo al consumo. Es decir, no se trata de sumas aparecidas por generación espontánea, sino del premio alcanzado al haber sabido cubrir acuciantes necesidades del consumo. Si se limita la facultad de disposición, se enerva el propio impulso que induce al hombre a servir a sus semejantes y se vá contra la esencia del mercado, dentro del cual los sujetos laboran y atienden los deseos ajenos, precisamente, para procurarse beneficios y placeres personales. El "quid" de la cuestión está en que estos placeres y beneficios solo pueden ser alcanzados sirviendo devotamente a los demás.

Conviene notar, por otra parte, que no hay razón alguna para detenerse, después de prohibir el yate al millonario. Con arreglo a estas ideas, habría, igualmente, que vedar a los de menores medios que gastarán sus salarios, honradamente ganados, en el cine o en la copa popular. Esas mentes superiores que comprenden la inutilidad de las embarcaciones lujosas, fácilmente hallarían otras inversiones de mayor interés "social" que los tóxicos o las sombras chinescas. Y, aún, habría que seguir, por ejemplo, haciendo trabajar al vago, cuya capacidad laboral dilapidada debiera ir a enriquecer a la comunidad. Es más, ¿no habrá otros innumerables supuestos en que también convendrá intervenir, para corregir, completar y mejorar, la operación del mercado? El emprendido camino conduce directamente al Eliseo socialista, donde, como reconocía Trotsky, "la antigua ley, que decía: quien no trabaje no comerá, ha sido sustituido, por esta otra: quien no obedezca, no comerá".

Pero, no puede abandonarse el tema sin hacer notar que la libertad del mercado aboga por la reducción máxima de estas inversiones suntuarias que nos ocupan. En efecto, el rico, al percibir ciertos beneficios, se encuentra en el dilema de gastárselos o reinvertirlos y obtener, de esta suerte,

(1) Malas desde el punto de vista del consumidor.

nuevas ganancias. La codicia humana es tan fuerte que, como resulta fácil comprobar, en el 99 % de los casos, el interesado, impulsado por móviles puramente egoístas, hace precisamente lo que aquellos críticos deseaban y vuelve a adquirir factores de producción, para producir más y ganar más. Basta contemplar el caso de cualquier millonario, grande o pequeño, para comprobar la desproporción enorme entre el valor de sus yates, sus fincas de recreo, sus coches y sus caballos, de un lado, y el de sus inversiones en fábricas, explotaciones agrícolas o mineras, empresas de transporte y mil otros negocios. Nadie se enriquece gastando, sino invirtiendo conforme a los deseos de los consumidores (1).

Lo que conviene no ocultar es que bien distinto es el supuesto planteado cuando no se gasta el dinero propio, sino el de los contribuyentes. La inmodificable estructuración del alma humana impulsa a administrar a aquél convenientemente y a dilapidar éste sin preocupación alguna.

Así, pues, al considerar un poco más detenidamente el tema, se comprueba que, también, en esta materia, opera la ley de la utilidad marginal. Evidentemente, la idea de la glotonería de los ricos es, a todas luces, inexacta, ya que la capacidad del estómago es, más o menos, la misma en todos los hombres. Por lo mismo, si seguimos adelante, pronto descubrimos que aún tratándose de objetos suntuarios, en los cuales es más reducida la velocidad de caída de la utilidad marginal, existen límites rápidamente alcanzados. En el caso de las grandes rentas, ni siquiera esas necesidades que pudiéramos llamar de orden superior - cuadros, joyas, pieles - resultan suficientemente elásticas, para absorber la totalidad de los beneficios, de tal modo que la mayor parte ha de ahorrarse, casi por fuerza. Esa es la razón por la cual sea particularmente grande la participación de las clases sociales de rentas crecidas en la formación de capital y lo que no debe nunca perderse de vista es el hecho de que el ahorro es absolutamente indispensable, si se quiere evitar el derrumbamiento económico.

La riqueza de un Henry Ford, por ejemplo, no consiste en dinero, sino en fábricas, que fueron creadas gracias al ahorro, a la reinversión de beneficios. Un Estado comunista, para construir estas fábricas, igualmente, hubiera tenido que ahorrar, es decir, dejar de construir. Desde este punto de vista, las personas como Ford se nos presentan a modo de funcionarios sociales, que administran una parte de los bienes producidos, como fiduciarios de la nación y que, si su administración es mala, son castigados, de manera dura e inmediata, con las pérdidas que sufren en su propia carne, no en la de los contribuyentes (2).

Es curioso, en verdad, comprobar cómo el crítico de la economía de mercado se enfurece cuando ve a un rico que escatima sus gastos personales, atento solo a la reinversión de sus beneficios, deseoso siempre de mayores riquezas, calificándolo de desgraciado usurero, que, ni sabe vivir, ni disfrutar de su fortuna. Ahora bien, estos juicios no le impiden condenar, también, airado, al otro millonario que gasta su dinero en cacerías, fiestas y francachelas. ¿Qué es, pues, lo que quiere este intervencionista distributivo? Ciertamente, la consistencia lógica no es virtud que prevalezca entre socialistas y dirigistas.

(1) El capital, impelido siempre por motivaciones egoístas, se pone al servicio del consumo popular, según testimonia el hecho de que toda la gran industria - transportes, alimentación, tejidos, siderurgia - está directa e inmediatamente relacionada con las necesidades de las masas.

(2) En esta materia, vid. W. Ropke "Introducción a la Economía Política" (Madrid, Revista de Occidente, 1955) pp. 25 y sigs.

Inseguridad. -

La vaga aspiración a la seguridad social, que, actualmente, prevalece, equivale a pretender una especie de garantía, en virtud de la cual la sociedad habría de asegurar, a cada uno, independientemente de sus merecimientos, aquel nivel de vida que el propio interesado considera satisfactorio. Esta idea, abrigada, hoy en día, por asalariados y agricultores modestos, se corresponde exactamente con el concepto que expresan millonarios y capitalistas cuando hablan de "estabilizar las cosas, de "estabilidad". Por lo mismo que el rico quisiera disfrutar permanentemente de su posición e independizar sus ingresos de las mudables realidades económicas, el proletario desearía sustraer el salario al impacto de las vicisitudes del mercado. Ambos pretenden evadirse del flujo de los acontecimientos; el curso de la historia, para ellos, debería detenerse y ningún cambio producirse que les obligara a ajustar de nuevo sus actividades a las mutaciones del consumo. Pero, es evidente que los deseos de quienes, así piensan, solo podrían verse complacidos en un mundo congelado, sin vida.

Porque la esencial característica de la sociedad libre es una total despreocupación por los intereses preestablecidos; los triunfos pasados de nada valen, si entorpecen el progreso y el mejoramiento económico. Los partidarios de la seguridad tienen razón cuando acusan al mercado de ocasionar esa temida inseguridad. Pero lo que resulta, a todas luces, improcedente es culpar de la situación a patronos y empresarios. Son los consumidores en su afán por lograr la mejor satisfacción de sus necesidades, quienes lesionan las posturas que el curso de los acontecimientos ha superado.

Evidentemente, es oneroso tener que ajustarse una y otra vez, a mudables situaciones. Pero el cambio y la mutación constituyen la misma esencia de la vida y, dentro de la economía de mercado, la inseguridad, es decir, el que no se conceda ninguna protección especial a las situaciones preestablecidas, a los intereses creados, constituye la palanca que abre horizontes insospechados al mejoramiento y al bienestar material del hombre.

Justicia social. -

Por lo menos en un aspecto, los modernos dirigistas resultan superiores a los antiguos reformadores sociales, al haber abandonado la idea de implantar, a toda costa, unas autofabricadas normas de justicia social, cuyos arbitrarios pronunciamientos los pueblos habrían de respetar por disparatadas que fueran las consecuencias ocasionadas. Prefieren ahora, atenerse a principios utilitarios; comprenden que los sistemas de cooperación social solo pueden ser juzgados a la vista de su idoneidad para producir los efectos deseados.

Ahora bien, en cuanto tales ideólogos detienen la atención en la economía de mercado, pronto olvidan todas sus buenas intenciones y, mostrando diversos decálogos de normas metafísicas, distintos según las tendencias, condenan de antemano la libertad económica, por no conformar con aquellos principios. Buscando esotéricos remedios a la pobreza, la inseguridad y la desigualdad recaen, paso a paso, en las mismas falacias, mil veces evidenciadas, de las antiguas escuelas socialistas e intervencionistas. Inmersos en un mar de absurdos y contradicciones, no encuentran otra tabla de salvación que la de recurrir, como los primitivos reformistas, a la infinita sabiduría y bondad del gobernante perfecto. La solución a los males económicos, al final, piensan encontrarla siempre en el "Estado", el "Gobierno", la "Sociedad", o cualquier otro hábil sinónimo del dictador sobrehumano, dechado de gracias y carismas.

Dignos de señalarse, en este sentido, son los esfuerzos de los Kathedorsozialisten, los socialistas de cátedra, y de sus discípulos los institucionistas americanos, escuelas que han publicado miles de volúmenes cargados de la más puntillosa información acerca de las insatisfactorias condiciones, existentes en muchos órdenes de la vida. En su opinión, los datos reunidos claramente evidencian las lacras e inconvenientes del capitalismo, cuando, en realidad, tales materiales no vienen sino a proclamar que las necesidades humanas son, prácticamente, ilimitadas, existiendo enorme campo abierto para el mejoramiento material del hombre. Lo que, en modo alguno, prueban tan documentados estudios, es la procedencia e idoneidad de las medidas intervencionistas para mejorar la suerte humana.

Es, indudablemente, una perogrullada decir que mejor se estaría si hubiera mayor abundancia de pan, vestido, habitación o de cualquiera otro bien económico. El problema no está ahí, sino en determinar si existe algún medio de aumentar la producción que no sea incrementar la productividad del trabajo, mediante la inversión de capitales adicionales. Toda la palabrería dirigista no tiene más objeto que de ocultar esta trascendente disyuntiva. Solo la acumulación de nuevo capital permite el progreso económico y, sin embargo, los modernos arbitristas quieren confundir a las gentes de buena fé, hablándoles de "ahorro excesivo", de "inversiones desproporcionadas", de la necesidad de gastar más, de la conveniencia de restringir la producción, etc. Predican así la filosofía de la desintegración social, del retraso económico, de la pobreza progresiva. Una sociedad, ordenada con arreglo a tales ideas, podrá parecer "justa" desde un punto de vista subjetivo y personal; ahora bien, su implantación supondría un tremendo descenso de nivel de vida y un retorno a aquella primitiva miseria de la que la humanidad se ha ido, poco a poco, liberando.

Durante una centuria, viene engañándose a la opinión pública occidental con fantasmas de cosas tan inconsistentes como la "cuestión social" y los "problemas laborales", en el deseo de presentar a la economía de mercado como la explotadora de las sufridas masas obreras. Pero la verdad es otra. La libertad económica no solo ha multiplicado las cifras de población, sino que además ha elevado el nivel de vida general en forma sin parangón posible. La lógica científica y la experiencia histórica convienen que no cabe pensar en otra organización más beneficiosa para la masa que el capitalismo. Los hechos, por sí solos, hablan. La economía de mercado, no precisa de oficinas de propaganda, ni de apologistas. Puede aplicarse a sí misma, con toda justicia, las célebres palabras grabadas en la catedral de San Pablo, sobre la severa losa mortuoria de Sir Christopher Wren, arquitecto de la impresionante fábrica: "Si monumentum requieris, circumspecte" (1).

IV. - ANEXOS

El derecho de huelga. -

La acción sindicada, en todas partes, ha adquirido el privilegio de poder, impunemente, recurrir a la violencia, habiendo abdicado los Estados modernos, en su favor, del esencial tributo de gobierno, es decir, del derecho exclusivo a servirse de la compulsión física. No quiere ello decir que hayan sido derogados aquellos preceptos legales que prohibían al individuo, salvo en caso de autodefensa, servirse de la fuerza, haciéndose la justicia por su mano. Pero, sin embargo, la intemperancia sindical está tolerada, dentro de los más anchos límites. En la práctica moderna, los sindicatos pueden impedir, por cualquier medio, que nadie desobedezca sus dicta -

(1) Si buscas su monumento, contempla tu alrededor.

dos en materia de salarios y de política laboral. Así, por ejemplo, son libres para inferir daños graves a cualquiera que desatienda sus órdenes de huelga, sean patronos u obreros, para destruir las propiedades ajenas y aún perjudicar a terceros - clientes - si así lo estiman conveniente. Las autoridades, con el consenso de la opinión pública, condenan tales actuaciones; la policía no detiene a los transgresores, ni el ministerio público les acusa, ni jamás comparecen a responder de sus actos ante los Tribunales.

Este es el estado de cosas existente en todos los países democráticos; por su parte, los supuestamente férreos gobernantes totalitarios, de acá del telón de acero, amedrentados por la amenaza de conmociones sociales, han ido más lejos y han puesto la fuerza pública estatal al servicio de las exigencias obreras. Al contemplar estas realidades, la economía ni enjuicia ni censura; limitase a señalar las circunstancias que han concedido a las organizaciones sindicales poder para decretar salarios superiores a los que el mercado hubiera fijado, dando entrada, así, a las nocivas consecuencias anteriormente examinadas; paro institucional, reducción de las retribuciones correspondientes a otros sectores laborales, descenso del nivel de vida de los consumidores, etc. (1).

Ahora bien, estas cuestiones tan simples son interpretadas generalmente, con error, al pensarse que, mediante tales afirmaciones, aspira-se a conculcar los "inalienables derechos" de asociación y huelga. Pero el problema no gira en torno a estos asuntos, ya que consiste, exclusivamente, en determinar si procede conceder a determinados grupos o facciones de ciudadanos autorización para recurrir impunemente a la acción violenta o intimidatoria. Eso es todo; en definitiva, se trata de resolver un caso similar al que plantea el bandolerismo en España o el Ku Klux Klan en América. Me nos aún se quiere prohibir a nadie que vaya a la huelga si así lo estima conveniente a sus intereses; lo que se combate es la supuesta facultad de unos para forzar a otros a no trabajar, si tal es su deseo. En realidad, el sindicato, que, para justificar sus actos, invoca el "derecho a la huelga" equipárase a la secta religiosa que quisiera ampararse en la libertad de cultos para perseguir a los disidentes.

La esclavitud. -

Desde hace más de un siglo, el Manifiesto Comunista viene adoc-trinando a los proletarios acerca de su condición de esclavos, que nada tie-nen que perder más que sus cadenas. No parece, por tanto, impertinente, ahora, examinar la faceta económica de esta institución, tan antigua como la humanidad y que, por desgracia, una y otra vez, reaparece entre los hom-bres (2)..

A lo largo de los siglos, la esclavitud, como es bien sabido, ha tenido detractores furibundos, pero también ha contado con defensores no me-nos apasionados, habiéndose llegado a afirmar que la institución incluso be-neficiaba al propio esclavo (3). Pero, al examinar el tema, desde el punto de

(1) A este respecto, vid. el interesante estudio de Peter Wiles, publicado en el núm. de septiembre de 1956 de la revista londinense "Encounter", bajo el sugestivo título de "Are Trade Unions Necessary?"

(2) El Manifiesto concluye con aquel párrafo tan bien conocido: "Tiemblen las clases dominadoras ante la perspectiva de la revolución económica. Los proletarios no tienen para perder más que sus cadenas y, en cambio, todo un mundo para ganar. ¡Obreros de todo el mundo, uníos!"

(3) Por lo que se refiere a las doctrinas justificativas de la esclavitud en Nor-teamérica, resulta instructiva la consulta de Charles y Mary Beard, "The Rise of American Civilization" (1944) I. 703-710; y C.F. Merriam, "A His-

vista del siervo, aquellas afirmaciones resultan, a todas luces, insostenibles, máxime cuando no ha habido nadie que, en serio, haya supuesto atractiva la suerte de los esclavos de la agricultura romana, hacinados en los "ergástula", ni la de los negros americanos, en las plantaciones de azúcar y algodón. Es más; siempre los eulogistas de la esclavitud, desde sus elegantes estudios, prefieren referirse a los servidores domésticos de las grandes casas y olvidar a los desgraciados que perforaban las minas o movían las galeras (1).

Si no cabe dudar que el esclavo ha de preferir la libertad y aborrecer la esclavitud, resulta curioso comprobar que el propietario de siervos tampoco, por su parte, deriva beneficios específicos de la institución. En efecto, el dueño, contrariamente a la opinión más extendida, no obtiene "gratis" el trabajo servil, ya que si bien no paga un salario a su servidor, por un lado, tiene que comprar al esclavo, pagando un precio mayor o menor, y por otra parte, ha de cuidarse de su mantenimiento y supervivencia.

El único que se lucra de la esclavitud "per se" es el negrero, el vendedor de esclavos, cuyos beneficios serán función de los gastos en que deba incurrir, para la captura de su mercancía, y el precio que ésta pueda alcanzar en el mercado.

Sentado lo anterior, es de hacer notar que la productividad del trabajador libre es tan superior a la del esclavo que, aún cuando el salario puede representar una suma superior al precio de adquisición y a la manutención del siervo, en ningún tiempo, ni en ningún escenario histórico, logró la esclavitud competir con la empresa libre. El trabajo, la obra realizada con esclavos ha resultado siempre mucho más cara que la ejecutada con operarios asalariados. La esclavitud, por tanto, únicamente puede subsistir donde el propietario el patrono, no tenga que preocuparse de los costos. Pero esa situación privilegiada, esta despreocupación por el costo solo es posible al amparo de las instituciones sociales o políticas coactivamente impuestas; es decir, cuando el aparato estatal se desvía de su cauce e impide el libre juego del mercado. Ante el embate de la economía en libertad, la esclavitud se desvanece, por cuanto los costos devienen entonces la preocupación primordial, debiendo abandonar las palestras aquellos empresarios que no sepan reducirlos convenientemente.

No fueron las enseñanzas de filósofos y moralistas lo que acabó con la esclavitud en Occidente, sino potentísimas razones económicas. Ni un Séneca, ni un Marco Aurelio indujeron a los grandes terratenientes romanos a transformar a sus esclavos en colonos; antes al contrario, si éstos así procedieron, fué para lograr una explotación más remuneradora de sus propiedades (2) Por iguales impulsos, egoístas y económicos, en las aglomeraciones urbanas, aparecía el liberto, dotado de peculio propio, prefigurando la categoría empresarial, por cuanto resultaba más económico al "quirite" adquirir las telas y trebejos del hogar a su antiguo esclavo que tenerle, en casa, fabricando los mismos objetos. Esto sin olvidar que la manumisión, suponía, en el fondo, una compra, a plazos, de la libertad, viniendo obligado el beneficiario a prestar, durante muchos años servicios a su dueño, quien conservaba, incluso, derechos sucesorios con respecto a la herencia del liberto (3).

tory of American Political Theories" (New York, 1924) pp. 227-251.

(1) En este sentido, la novela de Margaret Mitchell, "Lo que el viento se llevó"

(2) Vid. Ciccotti, "Le Déclin de l'esclavage antique" (París, 1910) pp. 292 y ss. Salvioi, "Le Capitalisme dans le monde antique" (París, 1906) pp. 141 y ss. Cairnes, "The Slave Power" (London, 1862) p. 324.

(3) Vid. Eugene Petit, "Tratado de Derecho Romano" (Madrid, 1940) pp. 90 y s.

Las manumisiones se generalizaron por todo el imperio, minando los cimientos de la propia institución servil, hasta que desapareció, por el libre juego de las leyes del mercado y no por ninguna otra razón.

Cuando, siglos más tarde, reaparece en las plantaciones americanas y en el oriente europeo - Polonia, Bohemia y Moravia, Hungría, Rusia (1) - de nuevo la vemos protegida por situaciones de carácter político, guarecida del irresistible empuje de la economía libre, por instituciones sociales. En América, los peligros, la penosidad de los viajes y, sobre todo, la inseguridad ante las arbitrariedades de forajidos y funcionarios públicos, la imposibilidad, en suma, de hacer triunfar el imperio de la ley y el orden, impidió la aparición del trabajo libre. En Europa, el sistema de castas, la existencia de un verdadero monopolio de las explotaciones agrícolas por parte de una aristocracia cerrada, reimpuso la esclavitud en los campos.

Esclavitud y economía de mercado son términos antitéticos. Si ésta se implanta, aquella desaparece y no es necesario recurrir a disquisiciones metafísicas para diferenciar al trabajador libre del esclavo. Es libre quien, pese a la "desutilidad" del trabajo, labora, por el fruto que piensa recoger, ya sea directamente, ya sea indirectamente, a través del salario. No es libre ninguna otra forma de trabajo, llámese como se quiera. En estos términos hay que plantear el problema. Si el hombre no abraza el trabajo, libremente, porque le atraiga el fruto de la labor más que el placer del ocio, la obra que en tales condiciones se vea obligado a ejecutar será de carácter servil; se estará operando en la órbita de la esclavitud, bajo la férula del látigo, ya que todo trabajo que no sea libre exige, como premissa, la posibilidad de aplicar castigos corporales. Como quiera que las cárceles reducen la capacidad del trabajo, la solución más socorrida ha sido siempre la de azotar al remiso y ha quedado el látigo como emblema pertinente de la institución. La organización socialista, que suprime el trabajo libremente elegido y retribuido, viene a abrir, de nuevo, las puertas a la esclavitud, por lo cual gravemente se equivocan quienes piensan en la posibilidad de un socialismo sin castigos corporales.

En la economía de mercado, por el contrario, no es necesario ningún sórdido aparato coercitivo para que la gente trabaje. El patrono no precisa de facultades punitivas. El asalariado vende sus servicios, en el mercado, lo mismo que los demás agentes que allí concurren venden los bienes económicos que puedan poseer. El empresario compra aquellos servicios al igual que adquiere los demás factores de producción. Si, en tales actuaciones, procede caprichosamente, es decir, en desacuerdo con la voluntad de los consumidores, explícitamente manifestada a través de los precios, sufrirá las pérdidas correspondientes y, en último término, será sustituido por otro empresario más diligente. Resulta así, que el libre juego del mercado constituye la mejor defensa del obrero, quien no tiene necesidad de preocuparse de las valoraciones subjetivas del patrono, ya que su salario no depende de éste, sino de la voluntad soberana de los consumidores.

La revolución industrial. -

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, el sistema económico de producción sufre, en las Islas Británicas, un cambio profundo. Esta mutación, principio de la industrialización del Occidente europeo, ha recibido un nombre que todos conocen pero que pocos interpretan, sin incurrir en graves errores: "revolución industrial". Solo es posible llegar a un entendi-

(1) La esclavitud en la Rusia prerrevolucionaria está admirablemente descrita por Gogol en su novela "Las almas muertas".

miento correcto de los problemas modernos, partiendo de un concepto exacto, de un análisis desapasionado, de lo que fué y significó aquella revolución.

Por influencia de los Fabianos, de Marx y sus seguidores, de la Escuela Histórica de Prusia y el Institucionalismo americano, ante el simple enunciado de la "revolución industrial", suele imaginarse un cuadro sombrío, un episodio decisivamente desgraciado en la evolución de la humanidad, que la mayoría de los autores explica, poco más o menos, así: "Antes de 1760 - dicen - el clima social era satisfactorio. Los labriegos vivían felices cultivando sus tierras y los artesanos veían transcurrir los días, en paz, al frente de sus talleres. Ambos gozaban de libertad e independencia económica, dentro de un orden que les permitía sentirse propietarios de sus campos y sus instrumentos de trabajo, bajo el paternal tutelaje de los mejores. Pero, de pronto "cayó sobre ellos la revolución industrial, como una guerra, como una plaga maldita" (1). La fábrica - asegúrase - redujo al trabajador a evidente esclavitud; rebajó su nivel de vida; hacinó a mujeres y niños en infestados telares y sórdidas minas; permitió, en fin, que una minoría sin escrúpulos impusiera servil yugo sobre la mayoría hasta entonces feliz y libre.

Pese a la indudable popularidad de tales afirmaciones, la verdad es muy otra. El drama de aquella época, contemplado con visión más limpia, consistía en que la organización económica derrocada por la revolución industrial carecía de elasticidad suficiente para atender las necesidades de una población en continuo crecimiento; en que los nuevos miembros de la comunidad, para encontrar pan y trabajo, tropezaban con el doble obstáculo, casi inexpugnable, de la rígida distribución feudal de las tierras y el cerrado sistema laboral de los gremios; en que la vida mercantil, por último, era de forma más rudimentaria, enrarecida por monopolios y privilegios reales, donde cada negocio exigía el previo salvoconducto de una licencia o una patente, con la consiguiente eliminación de toda competencia.

A consecuencia de ello, sucedía que los descendientes de las prolficas familias de la época, salvo el mayorazgo, en el mejor de los casos, carecían de posible acomodo en aquella sociedad. Millares de ingleses no encontraban otra salida que alistarse en el ejército o en la Royal Navy, donde morían o desaparecían, si antes no habían sucumbido por la bárbara disciplina, las enfermedades tropicales o la peste (2). Muchedumbres de desheredados, vagabundos, pordioseros, prostitutas y salteadores infestaban los caminos, los campos y las ciudades. El hambre aumentaba y el problema devenía insoluble para los gobiernos.

En este ambiente, mucho menos feliz y bastante más desesperado de lo que suele creerse, comienza la revolución industrial. En lucha contra los intereses de los grupos privilegiados, contra la resistencia de los gremios, contra la animosidad de los poderosos y los prejuicios populares, aparecen las primeras industrias, se montan las primeras fábricas. El capital de aquellas empresas era escaso; el crédito resultaba difícil y caro; no había experiencia técnica ni comercial; las ganancias eran poco seguras y pérdidas importantes arruinaban a muchos nuevos empresarios. Tenían que transcurrir todavía varias décadas para que, la reinversión de los beneficios permitiera la creación de capitales más sólidos (3)

(1) J. L. Hammond, "The Skilled Labourer 1760 - 1832" (2ª ed. London 1920) p. 4.

(2) Durante la guerra de los Siete Años, 1512 marinos ingleses murieron en acción de guerra, pero hubo, al mismo tiempo, 133.708 bajas por enfermedades y otros motivos. Vid. Dorn: "Competition For Empire 1740-1763" (New York, 1940) p. 114.

(3) F. A. Hayek en un interesante estudio "Capitalism and the Historians" -

Por estas razones y por otras derivadas de la pugna política contra los primeros empresarios industriales, las primitivas condiciones de trabajo resultaban durísimas, comparadas con las actuales. Ahora bien, lo cierto es que los empresarios carecían de todo poder coactivo para obligar a los trabajadores a enrolarse en las fábricas y que los salarios, aún siendo tan reducidos, representaban, para aquellas masas de desheredados, un ingreso mucho mayor del que en puesto alguno podían conseguir. No se arrebató a las mujeres de sus hogares y a los niños de sus juegos. Las madres y sus hijos acudieron a las fábricas en demanda de trabajo para librar se del hambre, para salvarse, literalmente, de la muerte por inanición. Es deplorable, desde luego, que los hombres tuviesen que trabajar en condiciones tan duras. Pero, una interpretación desapasionada de los hechos prohíbe ignorar, ni silenciar, los beneficios innumerables que, pese a su mala fama, trajo consigo la revolución industrial, desde el primer momento, comparativamente a la situación anterior, imponiendo el maquinismo, hecho que, por sí solo, bastaría para catalogar aquel fenómeno entre los movimientos más progresivos de la historia, al liberar a los trabajadores, a los antiguos "siervos de la fatiga" del yugo del trabajo manual (1).

Estas son ideas que conviene retener. La nueva era de riqueza y abundancia no aparecía por casualidad, porque hubiera surgido una nueva raza de hombres, más activos e ingeniosos; antes al contrario, fué la tan motejada filosofía del "laissez faire" la palanca que abrió posibilidades impensadas a la humanidad.

Los pioneros del industrialismo triunfaron sobre el ambiente hostil, apoyados por las enseñanzas de los economistas, hoy llamados clásicos, que demolieron el prestigio del mercantilismo, paternalismo y restriccionismo, destruyendo, al paso, el supersticioso temor a la máquina, que ni producía pero, ni empobrecía a la clase obrera.

Sin la existencia de aquel cuerpo de doctrina la revolución industrial deviene impensable. La energía, la pasión por la aventura de los ingleses, las riquezas de su subsuelo, infecundas a lo largo de los siglos, de nada servían mientras no se permitiera la libre circulación de las mercancías; mientras la implantación de una industria precisara el previo "placet" gremial o administrativo; mientras el comercio ultramarino estuviera canalicado, a través de Casas de Contratación, cupos y licencias; mientras la posesión de la tierra fuera un privilegio; mientras la circulación del capital se viera mediatizado dentro y fuera de las fronteras políticas; mientras las prerrogativas reales impusieran un continuo envilecimiento de la moneda; mientras un permanente dirigismo perturbaba el libre juego del mercado. Cuanto con mayor rigor se aplicaban aquellos principios tanto más progresaba Inglaterra. No fué la máquina de vapor la que hizo la revolución industrial, sino al revés. Los inventos y descubrimientos modernos fueron de posible aplicación y explotación precisamente porque habían previamente triunfado las enseñanzas de los economistas clásicos. Y la experiencia confirma lo anterior; tan pronto como en cualquier zona del mundo, pobre o rica, avanzada o retrasada, se implanta una economía de mercado, se reproduce, con todas sus consecuencias, la revolución industrial inglesa.

Routledge and Kegan Paul London 1954) ha reunido distintas monografías que resumen las investigaciones científicas más recientes referentes al problema histórico planteado por la Revolución industrial analizando no solo los hechos ocurridos, sino también las razones que fácilmente inducen al error al examinarse los temas de referencia.

- (1) "Lo que un ser humano podía producir mecánicamente una máquina a lo podía hacer con más fuerza y mejor. El ser humano solo hacía falta ya donde se requiriera inteligencia y discernimiento; es decir que los seres hu

Los gobiernos de la Gran Bretaña, aunque no veían con buenos ojos a la nueva clase de empresarios, tuvieron pronto que reconocer que las fábricas y las industrias les resolvían problemas anteriormente insolubles. Las masas de indigentes, gracias al proceso industrializador pudieron pronto bastarse a sí mismas; los asilos, las casas de caridad y las cárceles se vaciaban; los depauperados mendigos se transformaban en vigorosos trabajadores, que podían atender sus necesidades y las de su familia.

Estos hechos, recogidos por la historia de los países de Occidente, tienen especial interés para nosotros, ya que España - absorbida, desangrada y empobrecida por invasiones, guerras coloniales y conflictos civiles - no se incorpora a aquel movimiento europeo hasta un siglo después. Sucede así, que la revolución industrial española casi la hemos conocido y son innumerables los españoles que han visto a sus padres o abuelos instalar las primeras fábricas, compañías mineras, líneas de navegación, telares y demás industrias modernas (1).

Aun hoy, el proceso industrializador no está más que comenzado en nuestro país y existen áreas enormes del globo - el Oriente asiático, los países árabes, la Europa sudoriental, la América latina - que, influidas solo superficialmente por el moderno capitalismo, presentan climas sociales y condiciones de trabajo iguales a las inglesas del siglo XVIII. Millones de seres humanos sucumbirán, en estos territorios, a causa de la pobreza, el hambre y las enfermedades. Su única salvación consiste en que no se entorpezca la fácil aparición de capitalistas y promotores libres. Pero, hay dogmas económicos que desean ocultar el camino de la salvación, impidiendo un análisis lógico de la situación, para defender los intereses de determinados grupos. Esta intransigencia, que presume de progresiva y democrática, tiene condenados a millones de hombres - desde los "colíes" chinos a los "peones" mexicanos, pasando por los "fellagah" musulmanes - a la más abyecta pobreza. La solución consiste en rehacer el camino de la Inglaterra decimonónica; abrir el país a la libre competencia, acabando con dirigismos y estériles proteccionismos. Las primeras etapas, indudablemente, serán duras, pero no peores que las situaciones que aquellos pueblos, ahora soportan; como sucedió a los ingleses, desde el inicio, todos gozarán de enormes ventajas, en comparación con la era anterior. No podrá, tal vez, el obrero indio o egipcio tener inmediatamente coche, a su disposición como el americano; sin embargo, desde un principio, se liberará del espectro del hambre, acabará con el tracoma, que ciega a sus hijos, vestirá y vivirá decentemente. Téngase presente, además, que el camino a recorrer es mucho más corto y llano que hace un siglo. Los enormes progresos económicos del Occidente han producido una ingente masa de capital, que acudirá, presuroso, a estas zonas retrasadas, en cuanto las condiciones locales lo permitan. Sirva la contemplación de la experiencia pasada de feliz augurio para los pueblos, hoy, sometidos al caciquismo de sus gobernantes y al pernicioso influjo de las organizaciones paraestatales, sindicales o de cualquier orden.

manos se necesitaban únicamente como tales seres humanos". Vid. H.G. Wells: "Breve Historia del mundo" (Madrid, 1935) pg. 338.

(1) Vid. Antonio Robert. "Un problema nacional: la industrialización necesaria", pp. 21-39.

CONFISCACION Y REDISTRIBUCION

CONFISCACION Y REDISTRIBUCION

I. - LA FILOSOFIA CONFISCATORIA. - Antecedentes. - La reforma agraria. - La fiscalidad expoliatoria. - II. - BENEFICIOS Y QUEBRANTOS. - El origen de las ganancias empresariales. - El diario plebiscito del mercado. - La función social de las pérdidas y las ganancias. - III. - ANEXO. - El poderío capitalista. -

Dedícase este apartado a examinar los efectos de esa obsesión confiscatoria y redistributiva que, fundamentalmente, encarna en la tributación progresiva, mecánica por cuya virtud se penaliza, en grado cada vez mayor, al individuo, a medida que más trabaja y mejor sirve a los consumidores. Examinase, con cierto detenimiento, el origen de la ganancia empresarial y diversas cuestiones conexas, para terminar con el estudio de ese llamado "poderío capitalista" que tanto amedrenta a las gentes.

I. - LA FILOSOFIA CONFISCATORIA -

Antecedentes. -

Suponen los intervencionistas que las medidas atentatorias contra el derecho de propiedad para nada afectan al volumen total de producción. Imaginar que el rendimiento de las actividades productivas constituye una cantidad dada e independiente del orden social adoptado. Tales premisas les inducen a pensar constituye cometido estatal proveer a la equitativa distribución de esa renta nacional entre los distintos miembros de la comunidad.

De acuerdo con las tesis marxistas, estos ideólogos afirman que los bienes económicos son creados por un especial "proceso social de producción". Llegado éste a su término, comienza un nuevo proceso, en virtud del cual se distribuye entre los individuos la producción anteriormente obtenida. El mayor defecto del sistema capitalista - para ellos - estriba en la desigualdad de las respectivas cuotas asignadas, a cada uno, en dicho reparto. Hay quienes - empresarios, capitalistas y terratenientes - se apropian demasiado, con lo cual el resto de la población ve su participación injustamente cercenada. De ahí que sea imperativa la intervención estatal, al objeto de proceder a una más equitativa distribución de la riqueza nacional, previa la "expropiación de los explotadores"(1).

La realidad económica, sin embargo, es bien distinta de lo que socialistas e intervencionistas piensan. La supuesta dualidad entre un proceso de producción y otro de distribución no resiste el análisis. Esa imaginaria apropiación, a la rebatida, de cuotas partes de una riqueza sin dueño carece de presentación dialéctica. Todos los bienes, desde un principio, son siempre propiedad de alguien. Si se quiere redistribuirlos es obligado proceder previamente a su confiscación. Desde luego el aparato estatal de compulsión y coerción puede lanzarse a todo género de expropiaciones. Ahora bien, lo que interesa es ponderar los efectos económicos de tales medidas.

(1) Acerca del problema de la redistribución de la riqueza social, difícilmente cabe mejorar los estudios realizados por A. L. Bowley en su libro "Wages and Income in the United Kingdom Since 1860", Macmillan, 1938.

Cuanto los piratas Vikingos reembarcaban en sus naves, después de asolar una comunidad de autárquicos campesinos, los supervivientes procedían a la reconstrucción de lo dañado. Si los corsarios volvían, al cabo de unos años, encontraban nuevas riquezas que expoliar. La organización capitalista, sin embargo, es, en el orden económico, mucho más delicada que aquellas primitivas comunidades y no resiste reiteradas incursiones expoliatorias. Bajo el signo del mercado, la acumulación de capital y la inversión productiva es impensable, sin un régimen que asegure al particular contra la confiscación arbitraria. En ausencia de tales garantías, como una y otra vez comprueba la historia, el ahorro pierde todo atractivo, las gentes producen solo lo que han de consumir y el nivel de vida de la sociedad, por la ausencia de capital, desciende a límites infrahumanos. De ahí la íntima contradicción de aquellos planes propugnadores de un orden económico que combine la propiedad privada de los medios de producción con la reiterada expoliación de la riqueza individual.

La reforma agraria. -

Los antiguos reformadores sociales propugnaban el establecimiento de comunidades de campesinos autosuficientes. Las parcelas asignadas a cada individuo o familia debían de ser iguales entre sí. Tales utopías excluían la división del trabajo y la especialización en las artes industriales. Con evidente error este sistema, a veces, ha sido denominado "socialismo agrario", cuando, en realidad, no se trata más que de la mera yuxtaposición de unas economías familiares autárquicas.

En el marco de la economía de mercado, la tierra es solo un factor material más de producción. Desde este punto de vista todo plan que propugne la redistribución de la tierra implica privilegiar a los productores ineficientes, con daño para la mayoría, integrada por el resto de los consumidores. Es lo mismo que si se distribuye, coactivamente, cualquier otro factor de producción entre un cierto grupo de privilegiados. La mecánica de mercado pone los factores de producción en manos de los productores que, desde el punto de vista del consumidor, son más competentes. La economía libre, consecuentemente, elimina y separa de la función productora a aquellos campesinos cuyos costos son superiores a los marginales que el mercado está dispuesto a pagar, determinando, así, la extensión de las explotaciones agrícolas y los métodos de producción. Si el estado interviene y, mediante la intimidación y la fuerza, varía el "statu quo" agrario, indefectiblemente, provoca un alza en el precio medio de los productos del campo. Perjudicase, de esta suerte, los intereses de la mayoría, que tiene que invertir mayor trabajo para adquirir el mismo alimento, beneficiándose a una corta minoría.

Para justificar las reformas agrarias es inútil acudir al derecho natural ni a ideas de índole metafísica. La realidad es que tales medidas elevan el precio de los productos agrarios y perjudican, además, la producción no-agraria, ya que cuanto mayores sean los costos de la explotación agrícola, menos factores de producción - materiales y humanos - tendrá a su disposición la industria manufacturera. Restringese la producción, con el consiguiente descenso del nivel de vida general.

La fiscalidad expoliatoria. -

El arma principal con que, hoy en día, cuenta el intervencionismo, en su afán confiscatorio, es de índole fiscal. La tributación ha cambiado de objetivo. No se trata ya tanto de financiar el gasto público como de nivelar la riqueza, a base de rebajar el vértice de la pirámide económica.

El hombre medio se enfrenta a estos problemas con envidia mal disimulada, preguntándose por qué ha de haber nadie más rico que él. La altivez del intelectual inducele a encubrir su resentimiento con disquisiciones filosóficas. Argúyese que quien tiene diez millones no será mucho más feliz con un aumento de otros noventa. Inversamente, el poseedor de cien millones no ha de sentir menguada su felicidad por el hecho de prescindir de noventa. Preténdese, así, ocultar el problema decisivo. Porque no se trata de ponderar la desgracia o la felicidad de ningún Crespo, ni sus méritos o vicios personales. Los problemas que se plantea la ciencia económica son siempre de carácter social, nunca individuales. Interesa, simplemente, descubrir las consecuencias generales que las medidas confiscatorias provocan.

Pues bien, cuando la ley, por ejemplo, prohíbe acumular más de diez millones o ganar más de un millón al año, aparta, en determinado momento, del proceso productivo a aquellos individuos que mejor saben atender los deseos de los consumidores. Si una disposición de este tipo hubiera sido dictada, en los EE. UU., hace cincuenta años, muchos de los que hoy son multimillonarios vivirían en condiciones bastante más modestas. Ahora bien, la gran industria americana, que ha elevado sin parangón posible el nivel de vida de las masas, con mercancías y productos nunca soñados, operaría, si es que se había llegado a montar, en escala muy reducida, hallándose, en consecuencia, sus producciones fuera del alcance del hombre de la calle. Es contrario al interés del público coartar la actuación de los empresarios más eficientes. La conducta de los consumidores, comprando o absteniéndose de comprar, bajo el signo del mercado, determina, en definitiva, los ingresos y las riquezas de cada uno. Cuando el estado interviene y, con sus medidas expropiatorias, modifica las situaciones creadas por la propia mecánica mercantil, no hace más que violentar los deseos y las preferencias que los consumidores explícitamente expresan.

Pero los adoradores de la injerencia estatal objetan que no es la codicia de riquezas lo que impulsa al gran hombre de negocios a actuar, sino la pasión del mando y poder, de tal suerte, que no restringiría aquél sus actividades aún cuando tuviera que entregar al recaudador de impuestos la totalidad de sus ingresos. Consideraciones puramente dinerarias - afirmase - no bastarían para debilitar su ambición. Admitamos el argumento, a efectos dialécticos. ¿Ahora bien, sobre qué se asienta el poder del capitalista si no es en sus riquezas? ¿Cómo habría podido un Rockefeller o un Ford adquirir poderío sin el auxilio de sus millones? En verdad que son más consecuentes aquellos otros dirigistas a quienes repugna la acumulación de riquezas, precisamente, por cuanto éstas confieren al hombre indudable poderío económico.

Los impuestos, ciertamente, son necesarios. Ahora bien, la imposición discriminatoria, que se enmascara bajo el equívoco nombre de tributación progresiva constituye torpe y estéril sistema fiscal (1). Más bien se trata de expropiar y penalizar a los empresarios de mayor capacidad. Es incompatible con el mantenimiento de la economía de mercado, digan lo que quieran los acólitos del gobierno. En la práctica, solo sirve para abrir las puertas al socialismo.

Al enjuiciar las presentes cuestiones, escritores y políticos nos hablan siempre de lo que es "socialmente deseable". En su opinión, "el objeto de la imposición fiscal no consiste en recoger dinero", ya que el gobier-

(1) A este respecto, vid. el artículo de F.A. Hayek "Progressive Taxation Reconsidered" en "On Freedom and Free Enterprise", editado por Mary Senholz, Princeton, Van Nostrand, 1956, pp. 265 y sig.

no "puede procurarse todo el que precise, imprimiéndolo". Mediante la exacción fiscal lo que se pretende es dejar "menos dinero en manos del contribuyente" (1).

Pero la economía enfoca el problema desde otro ángulo. El estudio de la ciencia económica quiere averiguar cómo afectan a la acumulación del capital y a la actividad inversora las medidas confiscatorias, mediante las cuales se pretende nivelar las rentas y las fortunas. No cabe duda que la mayor parte de los elevados ingresos, cercenados por la imposición fiscal progresiva, habría sido destinada por los interesados a la formación de capital, es decir, no se hubiera consumido, sino reinvertido, en ulteriores producciones. El estado, por el contrario, no invertirá, sino que gastará la mayor parte del ingreso fiscal, provocando así una reducción del capital existente. Aún cuando lo invirtiera en actividades productivas, si éstas no coinciden, precisamente, con el destino que libremente hubiera dado el mercado a dichas sumas, también se empobrece al país, descendiendo el nivel general de vida, ya que los bienes producidos por el estado, desde el punto de vista de los consumidores, tienen menor valor que las cosas dejadas de producir a causa de la expropiación fiscal.

Lo mismo sucede con los impuestos progresivos sobre las transmisiones "mortis causa", que obligan a los herederos a vender una parte considerable de la fortuna del testador. Los ahorros empleados por los compradores, que pasan a engrosar las arcas del erario, hubieran buscado, en otro caso, inversiones distintas, incrementando el capital existente. Demóstrate, de esta suerte, la formación de capital nuevo; la adopción de los últimos progresos y adelantos de la técnica, el incremento de la productividad del trabajo y, por ende, la elevación de los salarios reales. De propósito, el dirigista induce a la masa al error, haciéndola creer que la rapacidad fiscal perjudica, únicamente, al rico, es decir, a la víctima inmediata, cuyo daño puede percibirse por los sentidos.

Con independencia de lo anterior, como el propio Hayek hace notar, el impuesto progresivo desarticula, además, la mecánica de los precios y las retribuciones (2). En efecto, por un mismo trabajo, el carácter progresivo de la imposición dá lugar a que el interesado cada vez reciba menos. Un ejemplo: si dos médicos cobran los mismos honorarios brutos, por operaciones idénticas, el líquido percibido por aquél que, con mayor ahínco, haya trabajado durante el año y por tanto cobrado más, será, una vez reducidos los impuestos, notablemente inferior al de quien se dedicó al ocio en el mismo lapso de tiempo. Es decir, no son los consumidores quienes libremente valoran y aprecian cada servicio, sino que es el estado, prefigurando ya el leviatán socialista, quien premia de distinto modo una misma actuación del particular.

También suelen los autores llamar la atención acerca de la extraordinaria carga fiscal que el impuesto progresivo impone a quienes cobran en un momento determinado el resultado de años o décadas de trabajo sin retribución alguna. Es el caso de los profesionales, escritores, artistas, inventores y demás gentes cuya obra exige larga preparación (3).

(1) Vid. A. B. Lerner "The Economics of Control", New York, 1944 pp. 30/308

(2) Vid. op. cit. p. 277.

(3) Acerca de éstos y otros muchos argumentos de igual peso que militan en contra de la tributación progresiva y en favor de la proporcional, los cuales no pueden, sin embargo, ser examinados cumplidamente en un trabajo como el presente, vid. W. Blum. "The Uneasy Case for Progressive Taxation", University of Chicago Press, 1953.

Con independencia de lo anteriormente expuesto, la tributación progresiva dificulta el progreso económico y la creación de riqueza no solo por sus efectos sobre la acumulación de capital, sino además porque protege del embate de la libre competencia a las empresas más poderosas, las cuales pueden rechazar los útiles y modernos perfeccionamientos técnicos, sin temor al ataque del "parvenu" eficiente y activo, que las obligaría a renovarse o perecer.

La nota característica del sistema capitalista consiste en que no respeta ni los intereses anteriormente creados, ni las posiciones, un día, conquistadas. El empresario ha de ajustar, continuamente, su actuación a la siempre cambiante estructura del mercado. Nunca puede descansar. Mientras permanezca en la palestra mercantil, jamás, podrá disfrutar, pacífica y tranquilamente, la fortuna otrora ganada o la que sus antepasados le legaron. Si olvida que su única misión consiste en servir a los consumidores de la mejor manera, en cada caso, posible, no tardará en ver comprometida su posición privilegiada y en ser empujado, de nuevo, a las filas de los hombres comunes.

Dentro del mercado, cualquiera puede iniciar negocios y operaciones nuevas. Tal vez, en un principio, los fondos del interesado sean modestos o incluso cabe los tenga solo prestados, pero si posee ingenio y perspicacia bastante para satisfacer, mejor que los demás, la demanda de los consumidores, cosechará beneficios, los cuales, comparados con su exiguuo capital, parecerán excesivos a la envidia. Reinvirtiendo tales sumas, hará que sus negocios prosperen con rapidez. La actividad de tales "recién llegados" es la que imprime al mercado su dinamismo. Estos "ricos-jóvenes" son quienes provocan el progreso económico y la producción de riqueza. Su amenazadora competencia obliga a las antiguas y poderosas firmas o bien a ajustarse, sin desmayo, al mejor servicio del público o bien a retirarse de los negocios, si el paso del tiempo las ha privado de la necesaria agilidad mercantil.

Sin embargo, hoy en día, los impuestos absorben la mayor parte de aquellos "excesivos" beneficios del nuevo empresario, que comienza de la nada. Pese a sus indudables condiciones personales, no puede acumular capital, ni emplear la esfera de sus actividades. Jamás logrará formar una empresa grande, capaz de amenazar a los de arriba. Las firmas antiguas no tienen por qué temer su competencia. La mecánica fiscal las protege. Pueden abandonarse a la rutina, fosilizarse en su conservadurismo, desafiar impunemente los deseos de los consumidores. Ciertamente es que tampoco a ellas se les permite acumular nuevos capitales. Pero ya nadie amenaza sus posiciones, porque el estado cuida de que quien llegaría a ser gran empresario no puede reunir el capital preciso. En este sentido, el impuesto progresivo viene a ahogar el progreso económico, fomentando el inmovilismo y la rigidez. Mientras, bajo la libertad capitalista, la posesión de capital obliga a servir incansablemente a los consumidores, so pena de perder la riqueza y posición social, los modernos métodos fiscales convierten la propiedad en un privilegio.

Quéjense los dirigistas de la creciente burocratización y estancamiento de la gran empresa. Inquiétanse ante la imposibilidad de que el joven de humilde origen amenace seriamente las posiciones alcanzadas por las viejas familias ricas. Ahora bien, es evidente que, si algo hay de verdad en sus protestas, no hacen más que lamentar las consecuencias provocadas por su propio idcario.

II. - BENEFICIOS Y QUEBRANTOS. -

El origen de las ganancias empresariales. -

Bajo el capitalismo, dirigen la producción los empresarios, es decir, quienes emplean en la gestión mercantil, sus propios fondos o los que otras personas, atraídas por el señuelo de los beneficios, voluntariamente, ponen a disposición de aquellos. Ahora bien, los empresarios, en su función rectora, hallanse incondicionalmente sujetos a la soberanía del público comprador, es decir, de los consumidores. Los empresarios que no logran producir, del modo mejor y más económico, dadas las circunstancias concurrentes, aquellas cosas que el consumo, con mayor urgencia, requiere, sufren pérdidas patrimoniales, siendo, finalmente, eliminados de la actividad empresarial. Otros, más dóciles a la voluntad de los consumidores les sustituyen.

Si todo el mundo pudiera prever, con exactitud, el futuro del mercado, no cabría ni la pérdida ni la ganancia empresarial. Los factores complementarios de producción valdrían, una vez descontado el factor tiempo, lo mismo que el producto terminado. Aparecen los beneficios por cuanto el empresario, que adivina los precios de mañana, adquiere aquellos factores de producción que, a la vista del futuro estado del mercado, registran unos precios demasiado bajos. Por el contrario, el empresario que yerra en la anticipación del precio futuro, paga demasiado por los factores de producción, de tal suerte que sus costos exceden el precio que el público está dispuesto a pagar. Al hacer subir, con sus compras, el valor de los factores de producción, la actuación empresarial impulsa la fabricación de los mismos, permitiéndose así la mejor satisfacción de las necesidades sentidas por los consumidores. Las pérdidas, por su lado, restringen la demanda, y por ende, la producción de aquellos factores que registran precios demasiado altos (siempre desde el punto de vista de las apetencias del consumo), liberándose de esta suerte el capital necesario para incrementar la producción de otros factores más interesantes.

Las ganancias y las pérdidas son originadas por la capacidad o la incapacidad del empresario para ajustar la producción a las necesidades más urgentemente sentidas por los consumidores. Tienden a desaparecer a medida que mejor se acomoda la producción a la demanda, al irse aproximando el precio de los factores productivos al de la mercancía terminada. Ahora bien, como el mercado se halla en permanente mutación, no solo por los cambios de población, los adelantos y progresos técnicos, los descubrimientos de fuentes de energía antes desconocidas, el hallazgo de nuevos depósitos de materias primas y el agotamiento de los antiguos, sino, además, fundamentalmente, por la propia utilidad marginal de las producciones, resulta que, de continuo, resurge la posibilidad de cosechar ganancias o de sufrir pérdidas.

El diario plebiscito del mercado. -

Los consumidores, comprando o dejando de comprar, designan, en una especie de permanente referendun, a los empresarios, determinando quienes deban poseer y cuanto cada propietario ha de acumular en su poder. El diario plebiscito del mercado eleva a los puestos directivos a aquellas personas que mejor atendieron ayer los deseos de los consumidores. Si, mañana, los elegidos no hacen honor a la confianza en ellos depositada, de inmediato, son otra vez relegados a las filas de los hombres corrientes.

Lo mismo sucede con los herederos de quienes, sirviendo dócilmente a los consumidores, lograron encumbrarse a las posiciones más enviadas. Si estos causahabientes mantienen su postura preeminente, es por que saben aplicar el capital heredado a la mejor satisfacción de la demanda consumidora. Como el hielo en el cuenco de la mano, las mayores fortunas se deshacen, cuando sus poseedores dejan de utilizarlas en la forma deseada por el mercado, pasando a manos de otros individuos que, desde el punto de vista de los consumidores, saben emplear mejor los fondos en cuestión.

Un popular pero erróneo razonamiento supone que la mayor capacidad financiera de las clases acomodadas influye decisivamente en el mercado, de tal suerte que no se producen las cosas verdaderamente necesitadas por el pueblo sino solo las que caprichosamente desean los ricos. La simple contemplación de la realidad evidencia la falsedad del supuesto, al comprobarse que toda la gran industria se halla al servicio directo de la masa. Los comerciantes dedicados a la fabricación de artículos puramente suntuarios constituyen estrecha minoría y, en su conjunto, manejan capitales infinitamente menores que los empleados en aquellas otras empresas que atienden a amplios mercados populares. Y ello es natural, por cuanto la capacidad de consumo de los ricos no es sensiblemente superior a la de los pobres. Su riqueza les permite invertir mucho más. Ahora bien, su condición humana les impide incrementar el consumo en una proporción ni remotamente similar a aquella su extraordinaria capacidad inversora. Para comprobar el aserto basta contemplar el caso de cualquier millonario y advertir la desproporción entre su consumo y sus inversiones productivas. Ahora bien, como la producción viene determinada por el consumo, resulta que, en definitiva, son las clases más numerosas, cuya capacidad de consumo, en conjunto, es muy superior a la de las gentes acomodadas, quienes regulan y dirigen las actividades productoras.

Si la producción de una mercancía "P" no es mayor, es porque los factores complementarios precisos para ampliar su fabricación han sido empleados en la obtención de otros bienes. Hablar de la insuficiencia de "P" constituye peroración, carente de sentido, si no se indica, al tiempo, la serie de bienes "O" que fueron producidos en demasía. Aún, en ese caso, que, a posteriori, argüiría haber sido malgastados, en la fabricación "O" factores productivos, los empresarios que erróneamente produjeron "O" en vez de "P" sufriendo, en su consecuencia, las correspondientes pérdidas, no lo hicieron intencionadamente, sino por manifiesta equivocación, la cual fué sancionada de inmediato por el mercado.

El empresario, mientras tenga capital, reduce la producción solo cuando ésta comienza a no ser rentable y aparecen otras inversiones más lucrativas. Si, por ejemplo, un individuo tiene un capital de 100, del cual destina la mitad a la producción de "P" y la otra mitad a la de "O", siendo ambas producciones igualmente rentables, haría mal en aumentar una de ellas, ya que ello obligaría a reducir la otra, incrementándose el valor marginal de ésta y disminuyéndose el de aquella. Tal vez el crítico objete, por estimar que la producción de "P" es de mayor interés social o vital que la de "O". Pero, en tal caso, ese descontentadizo, de verdad, aspira a que su propia voluntad y subjetivas valoraciones, prevalezcan sobre las de los consumidores.

La función social de las pérdidas y las ganancias. -

La ganancia no es nunca "normal". El beneficio aparece tan solo, como antes se veía, cuando hay disconformidad entre la producción tal cual es y tal como debería ser, si han de utilizarse los factores de producción

existentes del modo mejor para satisfacer los deseos del consumo. Cuanto mayor sea esa disconformidad, ese desajuste de la producción, mayores beneficios cabe cosechar, remediando la insatisfactoria situación. El desajuste puede estimarse "excesivo", tal vez, pero no resulta lógico aplicar este mismo adjetivo a las ganancias derivadas de remediar tan perniciosa realidad.

La gente considera excesivos los beneficios al compararlos con el capital empleado. Quiérese hacer aplicación del criterio empleado para la distribución de beneficios entre los socios o accionistas de la empresa de carácter no personal. En este caso, indudablemente, está justificado este régimen distributivo, por cuanto los interesados, aportando diferentes capitales, contribuyeron en grado distinto a la obtención de los correspondientes beneficios líquidos.

Pero, a los efectos que ahora interesan, lo trascendente es advertir que los beneficios o las pérdidas no dependen de la cantidad de capital empleado. Contrariamente a lo que pensaba Marx, por sí solo, el capital no "engendra beneficio". Los bienes de capital, como tales, son cosas muertas que nada producen. Solo si son utilizados, para la satisfacción de las apetencias del mercado, reportan beneficios. Por el contrario, si la idea que guía ese empleo contraría los deseos de los consumidores, el empresario padece pérdidas. Es la actividad mental del empresario la que engendra las pérdidas o las ganancias.

De ahí la absurdidad lógica que implica calificar de "excesivo" cualquier beneficio. Tratándose de valorar el interés social de una idea, en modo alguno interesa ponderar la cantidad de capital que la ejecución de ese pensamiento pueda precisar. Imaginemos que una empresa, con un capital "C", ha producido una mercancía "M", cuya venta ha reportado un beneficio "B", que equivale a un porcentaje "N", del capital empleado. Si el ingenio y capacidad del empresario hubiera sido menor, habría precisado un capital "2C" para producir la misma cantidad de "M". El beneficio entonces en vez de "B" hubiera sido solo "N/2". La "excesiva" ganancia parecería entonces "justa". Pero ello solo porque la eficiencia del empresario había sido inferior, malgastándose un capital "C" que podía haber sido empleado para atender otras necesidades.

Al calificar los beneficios de excesivos y penalizar con impuestos progresivos a los empresarios más idóneos, la gente se perjudica a sí misma. La función social por excelencia de las pérdidas y las ganancias consiste en que su mecanismo pone el capital inexistente en manos de aquellos que mejor saben servir al público. La tributación discriminatoria, que perturba esa mecánica, solo sirve para perjudicar y restringir la producción, sustrayéndola a quienes se hallan, desde el punto de vista de los consumidores, mejor dotados para dirigirla.

La envidia supone que las ganancias empresariales son íntegramente invertidas en el consumo personal del beneficiario. Una parte de ellas, naturalmente, es consumida, pero un porcentaje incomparablemente superior es objeto de reinversión. No se enriquece, ni alcanza posiciones rectoras, el empresario que gasta sus ingresos en bienes de consumo, sino aquél otro que dedica sus ganancias a la financiación de ulteriores actividades productivas.

Todo el mundo, empresarios y no empresarios, propende a vituperar los beneficios ajenos. La envidia constituye flaqueza común al género humano. Nos molesta a todos reconocer que hubiéramos podido disfrutar de los mismos ingresos que el prójimo si hubiéramos demostrado la misma capacidad que él para servir a los consumidores. Nuestro resentimiento

miento es tanto mayor por cuanto, subconscientemente, advertimos la certeza de lo anterior, pese a todas las excusas y justificaciones mentales con que gratifiquemos a nuestro dolorido yo.

ANEXO. -

El poderío capitalista. -

Las órdenes e instrucciones cursadas por el empresario, al dirigir sus operaciones mercantiles, son percibidas por todos. Hasta el botones sabe quién manda en la oficina. Pero, preciso es un grado mayor de discernimiento para percatarse de cómo el consumidor gobierna y dirige la producción. Las órdenes de los consumidores, a las cuales han de incondicionalmente atenerse los empresarios, no las registran los sentidos corporales, por lo cual, la inmensa mayoría cae fácilmente en el error de creer que los grandes industriales, los terratenientes y los capitalistas vienen a ser autócratas económicos que a nadie rinden cuentas (1).

Pero la equivocación es crasa. Los llamados REYES del chocolate o del algodón, es obligado reconocer, carecen de todo poder coactivo sobre sus clientes. Ni REINAN sobre ellos ni les cabe influir los gustos de éstos, quienes pueden, libremente, dejar de comprar los productos ofrecidos, adquiriéndolos de otros proveedores. Esos potentados, para conservar sus reinos han de mantenerse continuamente al servicio de la clientela, proporcionándole siempre lo que más desee, al precio más barato posible. En el mismo sentido, los empresarios tampoco gobiernan a sus asalariados. Les compran sus servicios, pagándoles exactamente la cantidad que los consumidores están dispuestos a abonar por tal contribución laboral, al adquirir el producto terminado. Menos aún ostentan poderío político, en la economía del mercado, sistema, dentro del cual, de nada sirve el soborno de políticos y funcionarios, haciéndose imposible, además a estos últimos ejercer presiones o exigir gabelas a quienes operan en la esfera mercantil.

Pero, las cosas cambian, fundamentalmente, en cuanto se instaura un régimen dirigista. En este caso, tiene grán interés obtener una de las múltiples licencias o autorizaciones necesarias para poder comerciar y también cabe que el funcionario competente exija una participación en las ganancias que, gracias a su placet, obtendrá el particular. Ahora bien, es de notar que, aún entonces, el empresario actúa en nombre del público consumidor, que, en definitiva, es quien paga, por cuanto el bien económico, arbitrariamente encarecido, le resulta extremadamente necesario.

La libertad económica hace libres a los ciudadanos, mientras el intervencionismo los sojuzga. El poderío capitalista es un fantasma hábilmente manejado por los demagogos para, en beneficio propio, engañar a las masas. En la órbita del mercado, el consumidor abandona y descarta al comerciante que quiere cobrar precios excesivos. Igualmente, se arruina quien, en desleal competencia, pretende echar abajo los precios, ya que, aún cuando, transitoriamente, pueda eliminar a algún competidor, son cientos de miles los competidores potenciales que tiene siempre enfrente, contra los cuales no puede prevalecer sus pueriles argucias, según es evidente.

El poder capitalista se basa en el continuo servicio a los consumidores. De ahí que jamás pueda perjudicar al pueblo. Solo los políticos e

(1) La propia Lady Passfield (Beatrice Webb), hija de un acaudalado hombre de negocios, constituye manifestación singular del aludido pensamiento. En este sentido, su libro "My Apprenticeship", New York, 1926, p. 42.

ideólogos, que quieren sustituir por su voluntad la del mercado, tienen motivos para criticar la empresa libre. Y la mejor prueba de la total indefensión del empresario es la serie de medidas adoptadas en contra suya durante las últimas décadas por todos los gobernantes del mundo, ya sean grandes o pequeños, fuertes o débiles. Contra esas medidas expoliatorias de nada ha servido el supuesto "poderío capitalista".

ARMONIA Y CONFLICTO DE INTERESES

ARMONIA Y CONFLICTO DE INTERESES

I. - ARMONIA SOCIAL. - La operación del mercado. - La armonía de los intereses sociales. - La propiedad privada. - El problema de la competencia imperfecta. - II. - PERTURBACIONES DEL ORDEN ECONOMICO. - La limitación de la descendencia. - Los monopolios. - Los modernos conflictos. - III. - ECONOMIA DE GUERRA. - La guerra total. - La guerra y la economía de mercado. - La autarquía. - La inutilidad de la victoria. -

En las páginas subsiguientes, después de contemplar el armónico funcionamiento del mercado, libre de injerencias y adulteraciones, aspirase a examinar las perturbaciones de aquel orden económico y las consecuencias que, así, se producen, para terminar con un análisis de la economía bélica, ya que la conflagración armada, tanto civil como internacional, es la sangrienta meta a la que apunta el dirigismo.

I. - ARMONIA SOCIAL. -

La operación del mercado. -

Continuamente, se producen en el mercado cambios de circunstancias que favorecen a unos y perjudican a otros, originando pérdidas y ganancias. Se ha dicho, por ello, que "nadie gana, más que a costa de la pérdida de otro". Esta afirmación, que ya escritores de la antigüedad mantuvieron, fué recogida por Montaigne y goza de popularidad, constituyendo la quintesencia del mercantilismo y de aquellas doctrinas modernas para las cuales, dentro de cada país, existe una pugna irreconciliable entre los intereses de las distintas clases sociales y, en la esfera internacional, entre los de las diferentes naciones (1).

Pese a su general aceptación, esto llamado "dogma de Montaigne" no rige dentro del ámbito de la economía libre. Se cumple, sin embargo, en cuanto aparecen las medidas intervencionistas, por ejemplo cuando varía el valor adquisitivo de la moneda, en caso de deflación, ya que, unos grupos se benefician a costa de las pérdidas de otros. Ahora bien, en el mercado, sin interferencias extrañas, las ganancias de uno no viene dada por el correspondiente quebranto de otro, sino que la origina el hecho de haber proporcionado cierta satisfacción o evitado determinada incomodidad a los consumidores. Lo que perjudica al enfermo es su dolencia, no el médico que se la cura. La ganancia de éste no nace de la enfermedad de aquél, sino del auxilio que le proporciona.

En la economía libre, los beneficios brotan siempre de la previsión de futuras situaciones, de saber vislumbrar cuales serán, en el porvenir, los deseos y necesidades de los consumidores. La ganancia, en este sentido, es el premio que cosecha quien acierta. Las pérdidas de quienes ofrecen mercancías que el consumidor ha dejado de estimar o necesita menos son el castigo a la falta de perspicacia y no vienen, en modo alguno, dadas por las ganancias de aquellos que ofrecieron los bienes y servicios más solicitados. Ganancias y pérdidas en suma, se producen porque el hombre no es omnisciente. Si lo fuera, ni unas ni otras aparecerían. En efecto, el sujeto económico percibe que determinado bien el mercado lo valora en más que los fac

(1) Vid. Montaigne, "Essais", ed. F. Strowski, lib. I. cap. 22 (Bordeaux, 1906), I. 135-136; E. F. Heckscher, "Mercantilism" (London 1935) II, 26-27.

tores de producción necesarios para fabricarlo; consecuentemente, adquiere estos últimos y, producido el bien en cuestión, lo ofrece al consumo. Si su previsión se cumple, cosechará ganancias; en otro caso, sufrirá pérdidas. Pero tal actuación no solo origina una tendencia alcista de los factores de producción correspondientes, sino que además produce otra serie de fenómenos conexos, a veces imprevisibles, todo lo cual abre posibilidades para nuevos reajustes del mercado y, consecuentemente, ocasión para ulteriores ganancias y pérdidas, pero todo ello, siempre, en un continuo acomodo de la producción a los deseos del mercado.

Las variaciones de la oferta y la demanda son a veces tan súbitas que resultan imprevisibles y, entonces, la envidia, al referirse a quienes se hallan en situación de atender los nuevos deseos de los consumidores, dice que los consiguientes beneficios son injustos. Olvidan que el enfermo prefiere la curación a los elevados honorarios que deba pagar al médico y, además, que los altos precios pagados en tales coyunturas sirven para atraer nuevos empresarios y nuevos capitales a la producción, lo que redundará en favor de una satisfacción, más rápida y mejor, de los deseos de los consumidores.

Toda operación de trueque o compraventa reporta ventajas a ambas partes y se equivocan los que creen que las mutuas prestaciones se igualan. La realidad es distinta: cada contratante valora en más lo que recibe que lo que ofrece; si ocurriese de otro modo, no llegaría a concluirse ningún trato. Aún en el caso del que vende con pérdida se cumple lo anterior.

Las ganancias de uno corresponden a las pérdidas de otro solamente en los casos de latrocinio o botín. No es posible asimilar la actividad mercantil al robo o a la guerra y, sin embargo, el propio Voltaire, gran debelador de falacias y supersticiones, incurrió en este error, cuando, al explicar en su "Diccionario Filosófico" el término "patria", escribe: "El ser buen patriota consiste en desear que la propia comunidad se enriquezca mediante el comercio y adquiera poder por las armas; es obvio que no puede prosperar una nación sino a costa de otra y no cabe la corquista sin inferir daño a otros pueblos". Seguramente, si Voltaire se hubiera preocupado de leer los ensayos de su contemporáneo David Hume, habría aprendido a diferenciar la guerra del comercio internacional.

Cuando el panadero suministra pan al dentista y éste le arregla la boca, ninguno sale perjudicado. Es un grave error equiparar este intercambio de servicios al pillaje de la panadería por una banda de orajidos. El comercio exterior se diferencia del interno en que el intercambio se realiza a través de fronteras políticas. Pero ahí para todo. Es injustificable, por ejemplo, que el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, luego emperador de los franceses, escribiese, después de Hume, Adam Smith y Ricardo, que "la cantidad de mercancías exportadas por una nación es directamente proporcional al número de cañonazos que puede descargar sobre los enemigos, cuando su honor o dignidad lo requieren" (1).

Pese a los demoleedores argumentos de los economistas, siguen los mercantilistas actuales pregonando las mismas viejas falsedades: "el objetivo del comercio exterior es depauperar a los extranjeros" (2). Desde luego, el problema enfocado desde un punto de vista económico, está resuelto. Las razones que inducen a las masas a seguir creyendo en éstas o parecidas inexactitudes desbordan los límites del presente análisis, para entrar en el campo del psicólogo o del historiador.

(1) Vid. Luis Napoleón Bonaparte, "Extinction du pauperisme", (París 1848) p. 6.

(2) Con estas palabras, H. G. Wells quiere plasmar la opinión de un típico mercantilista inglés ("The World of William Clissold")

Armonía de los intereses sociales. -

La gran productividad de la división del trabajo permite el nacimiento de los vínculos y lazos sociales. Una vez establecidos, el deseo de mantenerlos y aumentarlos hace que la mayoría aspire a evitar aquellos conflictos que puedan poner en peligro la existencia de la comunidad y, generalmente, basta la labor normal del servicio de policía para cortar las actitudes antisociales de los sediciosos.

En la sociedad, la propia razón de ser de la lucha, es decir, el que, más o menos, todos desean las mismas cosas, opera como una fuente de armonía. Precisamente, porque hay muchos que desean pan y vestido, zapatos y automóviles, es por lo que puede montarse la producción en gran escala, con lo que se reducen, de tal modo, los costos que es posible abaratar los precios. En el ámbito social, el que mi vecino quiera zapatos no hace más difícil que yo llegue también a tenerlos, sino al revés. Lo que encarece los zapatos es, por un lado, la propia Naturaleza, al no proporcionar el cuero y las demás materias primas con mayor abundancia y, por otro, la necesidad de emplear mano de obra, también escasa. Ahora bien, esta carestía o escasez natural se reduce extraordinariamente con la división del trabajo; al hombre autárquico y solitario le costaría muchísimo más que al miembro de una sociedad civilizada llegar a disponer de un par de zapatos. La competición económica entre todos los que desean calzado hace que los zapatos sean más baratos y más abundantes; todo lo contrario de lo que sucede en el reino, sin alma, de la Naturaleza.

El que no puedan satisfacerse todas y cada una de las necesidades del hombre no debe atribuirse, en principio, a defectos de las instituciones sociales, sino al hecho de que los bienes que precisa el individuo son siempre escasos, comparativamente a sus necesidades, prácticamente ilimitadas. Cuando una cosa abunda verdaderamente deja de ser "bien económico". El ejemplo clásico es el aire. Constituye error grave creer que la Naturaleza derrama continuamente sobre la humanidad del cuerno inagotable de la abundancia y que la miseria es producto del hombre, incapaz de organizar adecuadamente la sociedad. La vuelta al "estado de naturaleza", deseada en tantas utopías, equivaldría a retornar a situaciones de la más extremada pobreza (1).

Aunque es posible existan, en el desierto de Gobi, minas inagotables; que la selva del Amazonas encierre riquezas fabulosas o que haya en los Fosos depósitos insospechados, por ahora, falta el capital necesario para explotar dichas posibilidades. Todo el que poseemos está ya invertido, para atender necesidades perentorias. Tal vez un día, si se mantiene el ritmo de capitalización de los últimos 100 años, será posible lanzarse a inversiones de más altos vuelos. "La pobreza - decía Bentham - no es fruto de las leyes, sino la condición primitiva de la raza humana" (2).

Aquel anhelo que los antiguos expresaran por la "aurea aetas", reaparece en los reformistas modernos, cuando miran al futuro, comparando la supuesta depravación del capitalismo con el ideal Ediseo socialista. En su opinión, el sistema de producción socialista destruirá las barreras y obstáculos con los que el capitalismo perturba la natural abundancia; la productividad se incrementará hasta el punto de que desaparecerá, para siempre, la pobreza.

(1) Desde las filas mancheviques se acusó al reino de la Naturaleza con auténtica dicción soviética, de ser "el más despiadado explotador del hombre" Vid. Mania Gordon, "Workers Before and After Lenin" (New York, 1941) pp. 227-458.

(2) Vid. Bentham, "Principles of the Civil Code", en "Works", I, 309.

za; la abolición de la propiedad privada y la empresa capitalista impedirá que una minoría de explotadores se beneficie a costa del esfuerzo de las masas; la propia lucha de clases - inevitable en la economía del mercado libre, por la imposible conciliación de los intereses del capital y del trabajo - concluirá, al sustituirse este injusto sistema de producción por una organización social nueva, más ordenada y equitativa.

Tales pensamientos, si no inventados, popularizados por Marx y sus seguidores, constituyen la filosofía del día. Todos los partidos políticos y todos los movimientos sociales coinciden en estos modos de pensar, aún aquellos que enfáticamente se proclaman anticomunistas y pretenden respetar la empresa privada. Desde la Socialpolitik, pasando por los partidos llamados cristianos (1) de cualquier confesionalidad, el fascismo italiano y el nazismo alemán, hasta el New Deal, imperante en América desde los días de Roosevelt, y los nacionalismos asiáticos o sudamericanos, todo el mundo cree que el capitalismo perjudica gravemente los intereses vitales de la mayoría, integrada por obreros, profesionales, artesanos y cultivadores del campo. En nombre de la justicia social, hay un clamor que exige la abolición del capitalismo.

Pero quienes así piensan, al impugnar la economía de mercado, incurren en dos graves errores, consistentes, por un lado, en pasar por alto la imposibilidad de atender todas las necesidades y deseos humanos, prácticamente infinitos, cuando los medios que están al alcance del hombre son, proporcionalmente, siempre escasos. Por otro lado, parten de un concepto erróneo del salario, que invalida todos sus argumentos.

En efecto, presuponen las doctrinas examinadas, sin que el aserto suscite en sus teóricos la menor inquietud, que el jefe o director de la comunidad socialista sabrá, en todo momento, sin dificultad alguna, cuales sean las necesidades de sus súbditos y, por lo tanto, no tendrá más que ordenar la producción de los correspondientes artículos. Pero la tesis solo sería admisible si fuera cierto que el capital de la comunidad, es decir, los factores de producción, pudiera tenerlos aquel director a su disposición inmediata, en cantidades inagotables. Únicamente, entonces, cabría ordenar, "ad libitum", la producción de energía eléctrica, la construcción de carreteras, la fabricación de calzado, hasta satisfacer todas las necesidades de la sociedad. Pero lo que sucede, en la realidad, es bien diferente: el capital, en el sentido más amplio de la palabra, es siempre limitado y, por tanto, insuficiente para atender, al tiempo, todos los deseos que puedan suscitarse en el hombre. Siendo ello así, es preciso graduar estas apetencias y necesidades en una escala de valores, atendiendo a la satisfacción de las que, en cada momento, sean más perentorias.

Los consumidores expresan, a diario, su cambiante voluntad, a través del mecanismo de los precios. Las veleidades de la demanda no pueden ser condenadas ni defendidas, por cuanto constituyen un hecho inmodificable, con el que es preciso contar, teniendo, por otra parte, sencilla explicación para quien haya calado la moderna teoría subjetivista. Como cada unidad supletoria tiene menos valor marginal, sucede que, al incrementarse la producción, los bienes económicos cambian continuamente de lugar en la escala valorativa de los consumidores. Privado del auxilio de los precios, el director de aquella deseada comunidad anticapitalista, no tendrá a su alcance

* (1) El anglicanismo tuvo su mejor expositor en el Arzobispo de Canterbury, William Temple: "Christianity and the Social Order" (1942). El más destacado representante del protestantismo continental es Emil Brunner: "Justice and the Social Order" (New York, 1945). Las ideas de la Iglesia Ortodoxa están resumidas en el libro de Nicolás Beryaew, "The Origin of Russian Communism" (London, 1937).

medio alguno para conocer las cambiantes valoraciones de los consumidores; actuará a ciegas, con evidente perjuicio para sus súbditos, cuyos deseos, por fuerza, han de verse desatendidos.

El segundo error, antes aludido, consiste en suponer que, si no hay en la sociedad capitalista mayor producción y abundancia de bienes, ello se debe a que el trabajador no pone interés en su obra al darse cuenta de que nunca recoge el fruto pleno de su esfuerzo, sirviendo sus sudores solo para enriquecer al patrono, al parásito, al ocioso explotador. En la comunidad socialista - síguese diciendo - , el obrero sabrá que el beneficio de su trabajo pasa íntegro a la propia sociedad de la que es miembro; el interesado comprenderá que labora para sí mismo, sin que nadie le escamotee su esfuerzo.

Ahora bien, identificar los intereses de cada trabajador con los de la república socialista no pasa de ser una ficción poética, un "slogan" publicitario, sin reflejo alguno en el mundo real. Contrariamente a lo que suponen aquellos panegiristas, el obrero se dará cuenta inmediata de que, pese a soportar él, personalmente, todo el esfuerzo supletorio exigido por el incremento de la producción, solo una fracción infinitesimal del beneficio resultado le revierte; por el contrario, si se entrega a la holganza, mientras disfruta íntegro el descanso u ocio, solo obtiene de menos, en el reparto social, una cantidad, a todas luces, despreciable. Por ello, puede afirmarse, con pleno fundamento, que el socialismo, lejos de lo que suponen sus eulogistas, destruye los incentivos, puramente egoístas, que impulsan al trabajo en la sociedad capitalista, premiando la desidia y el abandono.

Una exacta comprensión de lo que es el salario hace ver que el patrono no compra el tiempo del trabajador, sino el resultado de su trabajo, la obra que éste pueda realizar. Lo que el asalariado, por su parte, ofrece y vende en el mercado, es su propio esfuerzo, en tanto en cuanto puede producir un cambio en el mundo económico. No es cierto, por ende, que el trabajador carezca de interés; tiene tanto como todo el que pretende vender cualquier bien económico. El trabajo es un factor de producción que interesa, al empresario, porque, gracias a su concurso, puede realizar la obra deseada, y, al obrero porque, vendiéndolo, se procura, a través del salario, los bienes que necesita.

La propiedad privada. -

La institución fundamental y característica de la economía de mercado es la propiedad privada de los medios de producción. El derecho de propiedad, en sentido económico, exige que el propietario goce de pleno control sobre todos los servicios que el bien pueda proporcionar. La definición legal de la propiedad es, a estos efectos, indiferente, ya que, si bien hubo una época en que las leyes y los economistas coincidían en el significado del término, existen hoy tendencias que pretenden abolir el derecho de propiedad, modificando el contenido del mismo. Para no asustar a los timoratos, se dan hábiles rodeos, se recurre al empleo de expresiones ambiguas, pero, en definitiva, siempre se llega, al fin, a coincidir con la célebre denuncia: "La propiedad es un robo". Explícito como nadie fué, a este propósito el filósofo nacional-socialista Othmar Spann, asegurando que, una vez realizados sus planes, la propiedad perviviría solo "en un sentido formal, cuando, de verdad, no existiría más que la propiedad pública". En definitiva, propiedad privada significa que el dueño es quien determina cómo han de emplearse los factores de producción y propiedad pública que es el gobierno quien controla su destino.

* Conviene destacar que la propiedad, como institución, es una

creación puramente humana; no es de derecho divino, ni posee ningún atributo carismático. Surgió, en las primeras épocas de la prehistoria, cuando las gentes comenzaron a apropiarse de las cosas que tenían a su alcance. Por ello, toda propiedad se remonta, siempre, a un acto arbitrario. Tal circunstancia, por mucho interés que pueda encerrar para filósofos e historiadores, es intrascendente en el mercado, donde los consumidores deciden, a diario, quienes deban poseer y en qué proporción, adjudicando los medios de producción a aquellos que mejor satisfacen sus necesidades. Ni la economía ni los consumidores se preocupan del vetusto ayer; solo del hoy y del mañana.

Mucho se habla, actualmente, de la función social de la propiedad, vana expresión, cuando no hábil argucia para minar la institución. No cabe olvidar que el mercado concede la propiedad, precisamente, a quienes mejor sirven los deseos de los consumidores, acrecentando los bienes de aquellos que, con mayor tesón y perseverancia, se ajustan a ese objetivo, mientras sume en la ruína a los que desafían, voluntaria o involuntariamente, sus mandatos. Esta eterna ley del mercado se cumple no solo con respecto al que se enriquece merced a su propio esfuerzo, sino también en cuanto a aquellos cuyas fortunas proceden de herencia o donación. Si el beneficiario invierte bien sus capitales, es decir, los destina a las producciones deseadas por el consumo, no solo los conservará, sino que, con toda seguridad, los acrecentará; por el contrario, si, desde el exclusivo punto de vista de los consumidores, los malinvierte, soportará la inexorable sanción del mercado: la ruína, la pérdida de sus propiedades. En este sentido, de continuo servicio a la comunidad, cabe hablar de la función social de la propiedad; función que, fuera del mercado, desaparece, como sucede en el caso del individuo aislado, del Robinson, cuyas propiedades solo beneficios personales al dueño pueden producir.

Y no es necesario insistir más en el examen del derecho de propiedad privada, clave y sustentáculo del capitalismo, ya que, basta la simple enunciación de estos principios para cabalmente aprehenderlos, como sucede con todos los conceptos básicos y fundamentales de las ciencias.

El problema de la llamada competencia imperfecta. -

Los economistas clásicos propugnaban la abolición de aquellas barreras y cortapisas comerciales que impedían a las gentes competir en el mercado. Opinaban que las medidas restrictivas no solo desplazan la producción de las localidades más idóneas, sino que servían de amparo y protección al productor menos eficiente contra sus más industriosos rivales, tendiendo, además, a perpetuar métodos de producción atrasados y antieconómicos. En definitiva, tales medidas no servían más que para restringir la producción y rebajar el nivel de vida. Para que la gente gozara de la mayor prosperidad posible convenía instaurar un régimen de libre competencia entre todos. Ahora bien, cuando aquellos economistas aplicaban el adjetivo LIBRE, no pretendían dar al concepto ningún sentido metafísico. Simplemente querían resaltar que, en su opinión, ni licencias, ni privilegios, debían de vedar el acceso de nadie a ninguna actividad mercantil.

Porque conviene advertir que libre, en sentido absoluto, la competencia solo podría serlo si los objetos económicos no fueran, por definición, escasos. Únicamente tratándose de bienes libres cabe pensar en una competencia de verdad LIBRE. Es más, siendo las condiciones personales, que a cada uno adornan, dispares, la competencia en cada sector económico solo puede plantearse entre personas de análoga capacidad. De ahí que, por razones objetivas y subjetivas, la competencia económica, por fuerza, ha de ser siempre "imperfecta" Ahora bien, esa "imperfecta" competencia es la

que enriquece y eleva el nivel de vida de todos cuando la operación del mercado no se halla sabotada por intervencionismos e injerencias estatales o sindicales. Tal vez los clásicos hubieran clarificado más su idea si, en vez de hablar de "libre" competencia, hubieran preferido la expresión competencia "natural". Por tratarse de un problema puro de terminología no parece deba preocuparnos excesivamente, bastando lo expuesto para permitirnos emplear en el presente trabajo, los vocablos consagrados por el uso, sin necesidad de ulteriores explicaciones.

Al tratar del tema de la competencia es preciso advertir, ante todo, que, en el mercado, son a fin de cuentas, los consumidores quienes asignan a cada uno su posición social. La libre competencia permite el acceso del individuo a cualquier sector económico, pero solo si los consumidores están conformes en que se amplie esa producción o si el interesado vá a desempeñar su función mejor que quienes ya trabajan en el mismo cometido. Cualquiera, dentro de la órbita del mercado libre de injerencias, puede, por ejemplo, estudiar para médico. Ahora bien, si la demanda consumidora no exige la ampliación de la profesión médica, salvo que el nuevo doctor vá a superar a los colegas ya establecidos, el mercado le sancionará minimizando sus ingresos. El capital, el trabajo y el tiempo empleados en la preparación y en el ejercicio de su profesión convenían más fueran dedicados a otros cometidos más estimados por el público. Lo mismo sucede en todos los campos y actividades económicas.

Hace cincuenta años la gente se quejaba de que no cabía competir con las compañías de ferrocarriles estableciendo nuevas líneas férreas. En la esfera del transporte terrestre - decíase - no cabe hablar de libre competencia. Pero lo cierto era que, dado el capital existente, no era oportuno invertir mayores sumas en el negocio ferroviario. Esos capitales debían ir a fertilizar otros campos, cuyo interés resaltaba el mercado mediante premiar esos cometidos con beneficios muy superiores a los que cabía alcanzar en la ampliación de la red férrea. Aquel enorme poderío de las compañías de ferrocarriles, que aparentemente vedaba toda competencia, no pudo, sin embargo, impedir la aparición del transporte por carretera o aéreo, ni tampoco evitar la ruína de muchos empresarios empeñados en enterrar millones en un negocio que no debía ampliarse más.

La gente, actualmente, también segura que, en diversos campos mercantiles, no es posible ya la competencia con las grandes firmas existentes. Tal vez, algunas de estas quejas sean fundadas, ya que las innumerables medidas restrictivas impuestas al mercado, por la coacción estatal o sindical, han limitado la competencia, en ciertos sectores, solo para incrementar la en los restantes. Pero, esto, de momento no interesa. Conviene ahora, fijar la atención en el hecho de que la libre competencia no significa que el individuo pueda prosperar, base de imitar servilmente lo que otros realizan. Antes al contrario, libre competencia quiere decir que nadie encontrará obstáculo alguno si trata de servir a los consumidores de un modo mejor o más barato, aún cuando su actuación perjudique los intereses de otros productores. Para desafiar a las grandes empresas, le basta al audaz advenedizo con disponer de una mente clara y despierta apoyada por una voluntad resuelta. Si sus proyectos son idóneos para atender necesidades de los consumidores todavía insatisfechas o para suministrar a mejor precio las mismas mercancías consumidas, el nuevo empresario encontrará fácilmente el apoyo financiero precisado y pronto se impondrá en el mercado, cosechando congruos beneficios, pese a ese tan manoseado poderío de las grandes firmas y sociedades.

Las imperantes doctrinas anticapitalistas, en definitiva, aspiran a la implantación de regímenes socialistas, donde toda competencia habrá sido abolida. Mientras derraman lágrimas de cocodrilo por la supuesta

desaparición de la libre competencia, los representantes más conspicuos de tales idearios, no cesan de vilipendiar la "loca" competencia del régimen capitalista. La consistencia lógica, desde luego, no prospera entre las mentes dirigistas.

II. - PERTURBACIONES DEL ORDEN ECONOMICO. -

Limitación de la descendencia. -

* Si el hombre no aspirase más que a alimentarse y reproducirse, como los animales, no solo la civilización moderna, sino todo lazo social, resultaría imposible. La vida humana sería, igual que la de las ratas o la de los microbios, una continua lucha para apoderarse de medios de subsistencia, siempre insuficientes y escasos.

* La división del trabajo, dentro de un orden social, incrementa extraordinariamente la productividad. Ahora bien, como ésta no depende solo del elemento trabajo sino también de la cuantía de los demás sumandos que intervienen en el proceso productivo, existe una cifra óptima de población, proporcional al capital utilizable, es decir, a los factores de producción existentes. Si aquella crece en medida desproporcionada, los nuevos ciudadanos serán cada vez más pobres y llegará un momento en que la cooperación social devendrá imposible. El semejante se transmutará en el enemigo, que aspira únicamente a aumentar la exigua ración propia: "Homo hominis lupus".

* En la sociedad capitalista, naturalmente, cada uno tiende a no engendrar más hijos que aquellos que puede mantener sin exponerse él mismo y exponer a sus seres queridos, a la pobreza y al hambre. El mercado, en este terreno, castiga, con la miseria, las actitudes antisociales. De ahí el grave error de aquellos doctrinarios que consideran altamente beneficiosa la multiplicación sin límite de las familias. Argüir que la regulación de la descendencia resulta antinatural, es engañarse lamentablemente. Porque la naturaleza es avara; tal como los hechos se producen, el hombre queda frente al dilema de vivir en permanente lucha con sus semejantes o establecer una fórmula de cooperación social y división de trabajo, que permita aumentar suficientemente la producción. Pero esta cooperación se hace imposible si quedan irreprimidos los impulsos genésicos. Al reducir voluntariamente su capacidad procreadora, el individuo no hace más que atemperar su conducta a las condiciones naturales de la vida en la tierra. La racionalización de las pasiones es la condición indispensable para la existencia armónica de la comunidad. El ejercicio del instinto reproductor, sin coto ni medida, a la larga, no haría aumentar la población, sino que la reduciría, ofreciendo a los supervivientes una vida tan mísera y desgraciada como la soportada por nuestros antecesores hace miles de años.

En la economía libre la población tiende automáticamente a estabilizarse en su cifra óptima. Si se interfiere a esta tendencia, puede destruirse el equilibrio necesario para el bienestar de todos. Pero cabe preguntar: ¿Conviene mantener y reforzar los lazos sociales o es mejor volver al estado de naturaleza, al hombre autárquico? Tal interrogante ya no la contesta el economista; quede su resolución en manos de los sociólogos, de los políticos, de los conductores de masas. Reaparece, aquí, el carácter instrumental de la ciencia económica, que no señala las metas, limitándose a indicar los medios más idóneos para alcanzarlas, una vez han sido fijadas. Ahora bien, en ésta su función auxiliar, la Economía se pronuncia, libre de toda duda o titubeo; si se quiere mantener la cooperación social, es imperativo limitar la descendencia proporcionalmente al capital existente.

Los monopolios. -

Al tratar de las desarmonías que pueden producirse en el funcionamiento del mercado, conviene contemplar el fenómeno del monopolio, que tanto preocupa, hoy en día, a especialistas y profanos.

Si, por monopolio, se entiende aquella situación en cuya virtud un individuo o un grupo de personas, actuando de consuno, logran controlar la oferta de cierto bien, entonces, obligado resulta concluir que el monopolio es un hecho casi omnipresente en el terreno económico. Efectivamente, gracias a las leyes de propiedad industrial, por ejemplo, el autor de estas líneas, cualquier compositor de "tuplets" y bailables, lo mismo que el inventor de la máquina "Gillette", constituyen verdaderos monopolistas, ya que son los únicos que pueden ofrecer su particular mercancía; en el mismo sentido, no es menos cierto, siguiendo con los ejemplos, que el vino de Jerez o la champaña francesa solo en estrechas regiones puede cultivarse, circunstancia ésta que hace pensar en cartels de viticultores o, incluso, en monopolios individuales; igualmente, de acuerdo con el concepto apuntado, son monopolistas también, el médico afamado, el abogado ilustre y todos los profesionales cuyos apreciados servicios solo ellos pueden prestar. Es evidente que esta enumeración de ejemplos podría proseguirse indefinidamente, pero basta con lo expuesto para ilustrar la idea.

Si bien el hombre medio puede sorprenderse, al contemplar, por primera vez, estas realidades, su inquietud presto se disipa, ya que intuitivamente vislumbra falta algo en dichas situaciones para que constituyan el verdadero y temido monopolio. En efecto, aún cuando el control unipersonal de determinado factor de producción constituye condición "sine qua non" para la aparición del monopolio, resulta éste económicamente inócuo, si no va acompañado de una especial estructuración de la demanda, que permita al monopolista exigir los llamados "precios de monopolio" superiores a los que el mercado libremente hubiera fijado, mediante restringir la oferta.

El monopolista puede siempre reducir la producción y, consiguientemente, provocar un alza en el precio. Sin embargo, normalmente, la consiguiente disminución de las ventas volatiliza aquellos beneficios que podría reportar el incremento del precio. La demanda reacciona de múltiples formas que, por lo común, impiden la aparición de los precios de monopolio.

Si, por ejemplo, ante una elevación del precio de un artículo monopolizado, la demanda no se restringe y continua el consumo absorbiendo la misma cantidad que antes, aquel nuevo precio no es, en modo alguno, precio de monopolio, sino valoración libre del mercado y no se reduciría aunque el objeto monopolizado pasara a depender de múltiples proveedores. Por el contrario, si la demanda reacciona con una contracción tal que el valor global de las ventas no supera a la anterior cifra invertida por el consumo en la adquisición del bien monopolizado, el monopolista no gana nada, e incluso pierde como es fácil comprobar; y si la restricción de la demanda llega a reducir el valor total de las ventas, entonces, el monopolista padece quebranto evidente.

Un ejemplo. Imaginemos la formación de un cartel mundial del café que controla toda la producción, encontrándose esta entidad con un "stock" "x" cuyo valor en el mercado libre sería "y". En su deseo de lograr un precio de monopolio, el cartel procede a quemar la mitad del café, con lo que hace subir el precio del ofrecido al mercado; ahora bien, siendo "z" el valor global del "stock" restante, si "z" es igual a "y", la organización monopolista nada gana con el nuevo precio, mientras que pierde el costo de producción del café quemado; innecesario es decir que si "z" fuera menor que "y"

sería manifiesto el quebranto producido, emervándose, en ambos casos, las pretensiones del cartel.

La conclusión resulta evidente en tan esquemático ejemplo, pero podría argüirse que no era preciso para el monopolista llegar a destruir el café y caña, por el contrario, que redujera la producción a la cantidad deseada, destinando el capital así ahorrado a otras inversiones lucrativas, con lo que aumentaría sus beneficios. Pero este paradójico argumento se quiebra al comprobar que, siendo así las cosas, aquel precio "z" no resultaría ya, en modo alguno, de monopolio, sino de mercado, y la posibilidad de efectuar otras lucrativas inversiones evidencia que el deseo del consumo consistía precisamente en que no se produjera más café, aplicándose, por el contrario, el capital liberado a la obtención de otros productos más apetecidos que el exceso de café dejado de producir. Esta es la ley general del mercado y precisamente la mayor virtud del sistema, que hace se distribuya el limitado capital existente, para servir, en cada momento, los deseos más acuciantes sentidos por los consumidores.

Dejando aparte estas cuestiones que se desvían del tema examinado, cabe colegir de lo expuesto que para la aparición del precio de monopolio, el monopolista ha de encontrarse con una estructuración de la demanda que, restringiendo la oferta, le proporcione mayores ingresos con una reducción en las ventas. En estas condiciones surge el verdadero precio de monopolio, mediante el cual, evidentemente, se burlan los deseos de los consumidores, quienes lograrían imponer sus valoraciones, si la oferta no estuviera en una sola mano.

A los dos indicados prerequisites del monopolio - la propicia configuración de la demanda y la monopolización de cierto factor de producción - conviene agregar que el incentivo monopolista desaparece cuando se trata de una producción con costos decrecientes, como sucede, generalmente, en toda la gran industria moderna. En efecto, si cada unidad tiene un costo medio, cada vez más bajo, el monopolista se perjudica si restringe la producción.

Al comprobar esta serie de circunstancias necesarias para que puedan darse precios de monopolios, los economistas clásicos concluían que, dentro de una economía libre, en la práctica, no llegaban a aparecer nunca, tratándose de una construcción puramente teórica. Tal vez tuvieran razón aquellos precursores, pero la ciencia moderna, en su deseo de no dejar piedra sin remover, ha creído oportuno corregir, un tanto, aquel dogmatismo pensando que, si bien es precisa la concurrencia de los enumerados requisitos, para la aparición de los precios de monopolio, tal vez pueda surgir incluso, dentro de la órbita de mercado, en algún caso concreto. Así cabe concebir la posibilidad de algún monopolio local y, en el terreno de la minería, donde los costos son generalmente crecientes, también son posibles ciertos monopolios, tratándose de minerales escasos y rígidamente ubicados (diamantes, mercurio).

De ser ciertas estas raras posibilidades hipotéticas resultaría que la economía de mercado participaba de aquella imperfección, característica de toda obra humana. Si los limitados supuestos monopolistas contemplados resultaran imposibles bajo la égida de la libertad económica, en efecto, nos hallaríamos ante una creación perfecta del hombre, lo cual parece excesiva aspiración. Ahora bien, el reconocimiento de estos hechos en modo alguno hace más atractivo al socialismo, ni al intervencionismo, a cuyo amparo, florecen los temidos monopolios, como en riquísimo cultivo.

El orden socialista es monopolista, por esencia y definición; cada uno produce lo que el jerarca económica le ordena, prohibiéndose toda

competencia. Es más, bajo aquella organización, desaparecido el mercado, ya no hay lugar a distinguir entre precios de monopolio y precios de competencia; los precios, en sentido económico, han desaparecido, para convertirse en simples órdenes administrativas.

Fuera de la órbita socialista, el intervencionismo estatal constituye también fuente inagotable de monopolios. Déjanse aparte aquellos supuestos en los que el poder público monopoliza abiertamente la producción y venta de determinados artículos. Mayor gravedad tienen las cosas cuando la actuación estatal obliga a formar el monopolio, con el único objeto de elevar los precios.

Un ejemplo señero, al respecto, lo constituyen los tan vilipendiados cartels alemanes, cuya formación fué abiertamente impuesta por el Estado. Al finalizar el siglo XIX el Reich alemán se lanzó a un vasto plan de "Sozialpolitik", pretendiendo elevar los ingresos y nivel de vida del proletariado, mediante los seguros sociales de Bismarck, otras "conquistas obreras", amplia libertad a las organizaciones sindicales para forzar la subida de los salarios con violencias y presiones. Tales medidas incrementaron, como no podía ser menos, los costos de producción, hasta el punto de que Alemania se encontró ante la imposibilidad de competir con la industria extranjera, ni dentro ni fuera del país. Ahora bien, si el Reich hubiera podido renunciar a la exportación, una elevada tarifa proteccionista habría nominalmente resuelto la cuestión, permitiendo una elevación general de los precios en el interior, con lo cual, realmente, se hubieran desvanecido todas las supuestas "conquistas sociales", pero no habrían perdido cara los dirigistas y sus organizaciones sindicales.

Sin embargo, Alemania, país netamente industrial, no podía renunciar a la exportación, por lo que fué necesario recurrir a la formación de cartels, que igualmente volatizaron todas las ganancias de aquella "política progresiva". Los cartels cobraban precio de monopolio en el interior, compensando así las pérdidas que les ocasionaba el vender, a precios de competencia, en el exterior. Para la formación de estos monopolios, como en el caso del carbón y de la potasa, fueron necesarias durísimas medidas por parte del gobierno, según es bien sabido. Ahora bien, ninguno de ellos hubiera surgido en una economía libre de injerencias.

El ejemplo de los cartels alemanes ilustra bien el caso, pero no puede olvidarse que cualquier intervencionismo económico, igualmente abre las puertas al monopolio. Las barreras mercantiles, que impiden la competencia extranjera, las supuestas medidas de protección a la industria nacional, las cortapisas a la importación, las concesiones y licencias para instalar industrias, discrecionalmente otorgadas, las propias tasas y precios máximos de los productos, son injerencias, entre otras muchas que, fácilmente se comprende, abona el terreno al monopolio.

De acuerdo con lo anterior, frente a la opinión, hoy día tan extendida, de que nuestro sistema económico cada vez vá estando más saturado de monopolios, debe afirmarse enérgicamente que no cabe hablar en modo alguno de esa supuesta inexorable evolución. Más bien resulta asombroso el hecho de que, en todos los casos, la competencia logre siempre imponerse, tarde o temprano, en cuanto se le ofrece ocasión. El "capitalismo competitivo" no se transforma por sus propias fuerzas en un "capitalismo monopolista". La verdad es que, si existe una gravitación natural, ésta se inclina a la competencia y no al monopolio y la tendencia es tan fuerte que, salvo con todas excepciones, siempre han sido necesarias intervenciones coercitivas del Estado para lograr establecer un monopolio. Casi no existe un monopolio digno de citarse en cuyo nacimiento no haya actuado de comadrona el Estado,

de una forma u otra. Probablemente se darían, hoy, en el mundo muy pocos monopolios, si el poder público, por diversas razones, no hubiera intervenido con todo el peso de su autoridad, de su legislación y de su política económica monopolizante contra la natural gravitación hacia la competencia. Esto hay que afirmarlo con tanta mayor energía, por cuanto suele mantenerse lo contrario, como si estuviera fuera de toda discusión.

Los modernos conflictos.

Suele atribuirse el origen de las guerras y las revoluciones a la colisión de los intereses económicos, nacidos al amparo del mercado capitalista; la rebelión de las masas explotadas contra las clases explotadoras - dícese - enciende las pugnas civiles y, la injusta apropiación de las riquezas naturales del mundo, lanza a las naciones pobres contra las que todo lo tienen.

Cierto es que el azote bélico se incuba en conflictos económicos. Pero, forzoso es reconocer que el libre juego del mercado jamás conduce a la guerra; las conflagraciones mundiales nacen de aquellas medidas con las que los gobiernos o las asociaciones por ellos autorizadas, perturban el funcionamiento de las economías nacionales, mediante intervencionismo, barreras mercantiles, prohibiciones migratorias, artificiosidad en los cambios de divisa, etc. etc. En un mundo, donde el individuo pudiera abandonar el su perpopulado lugar de nacimiento y trasladarse a otros países; trabajar donde sus habilidades percibieran mejor retribución; vender sus productos donde tuviera por más oportuno; y cubrir sus necesidades, comprando donde más económico le resultara; en un mundo así, repetimos, no hay lugar para la guerra. La expansión territorial y la conquista deviene improductivas, anti-económicas; no pueden proporcionar nada que el hombre no tenga ya a su disposición. Si un pueblo, como Alemania, por ejemplo, necesita petróleo, no precisa ocupar militarmente los campos de Bakú, bastará con que los gobiernos interesados no perturben el comercio internacional, para que los alemanes queden perfectamente suministrados y a un costo infinitamente menor que el que supondría la invasión. Dados los astronómicos gastos bélicos y el terror que al hombre infunden las modernas armas, suprimidas aquellas medidas discriminatorias, amadas por los gobiernos y las organizaciones sindicales, la guerra se hace, verdaderamente, inconcebible.

Hasta hace poco, las gentes utilizaban y consumían los productos de su propia comarca. Pero, la extensión a la esfera internacional de la división del trabajo vino a variar, en forma dramática, aquel estado de cosas. Las naciones occidentales consumen, masivamente, alimentos y primeras materias provenientes de las zonas más apartadas, de tal suerte que si se vieran privadas de aquellas importaciones, su nivel de vida sufriría un descenso impresionante. Hace cien años, resultaba indiferente, para el pueblo sueco o inglés, el que determinado país dejara de explotar convenientemente sus recursos naturales, pues el daño consiguiente solo los indígenas lo sufrían. Pero, hoy en día, si las condiciones políticas y sociales, reinantes en el Golfo Pérsico, en las Indias Orientales o en el Valle del Nilo, perturban la producción o movilidad del petróleo, del caucho o del algodón, no solo se perjudican gravemente los pueblos sometidos a aquellos gobiernos, sino también las comunidades más civilizadas, cuyas avanzadas economías exigen la importación de tales productos. Y la guerra resulta ineludible para regularizar la situación.

La economía de mercado, es decir, orden público y propiedad privada, impide esas perturbaciones de la producción y del intercambio que encienden la guerra. Por el contrario, dentro de un mundo, donde triunfa in

contestada la interferencia gubernamental, en el orden económico, la soberanía de cada país constituye una amenaza, constante y grave, para todos los demás.

Pero, nótese bien, no son las diversas nacionalidades, la existencia de múltiples pueblos soberanos, lo que origina la guerra. Hoy en día se habla mucho de uniones de estados, de "pools" internacionales, precisamente por aquellos socialistas e intervencionistas que, agotado el campo nacional, desean llevar sus teorías, a la esfera continental o mundial. Pero no es necesario, en aras de la paz, suprimir los estados actuales, lo cual, mientras pervivieran los principios económicos hoy dominantes, sería incluso, contraproducente, ya que una organización, sin mercado ni libertad económica, sería imposible explicar por qué la provincia suiza vivía mejor que la húngara; los sectores más pobres se lanzarían sobre las zonas mejor dotadas, que, a su vez, se opondrían por la fuerza de las armas, a que se rebajara su nivel de vida, en beneficio de los menesterosos; ni un solo paso se habría adelantado en el camino de la paz. No, no es necesario suprimir los estados independientes para acabar con la guerra; lo que es ineludible, si se aspira a la convivencia internacional, es que los gobiernos abandonen el intervencionismo, ya que éste impone el nacionalismo económico, incompatible, a todas luces, con la paz, por cuanto es ilusorio creer que ningún grupo, nación o estado pueda soportar indefinidamente el que otros dañen sus intereses.

La Sociedad de las Naciones no fracasó porque su organización fuera deficiente, sino por la feroz guerra económica que, entre sí, se hicieron sus miembros. Las tarifas proteccionistas de 1914 parecen juegos de niños comparadas con las medidas después adoptadas por las naciones representadas en Ginebra. Sin que ningún gobierno alzase una voz, ni advirtiese del peligro, se decretaron, sin pausa, embargos de mercancías, cuotas de importación, devaluaciones monetarias, intervenciones de divisas, merced a las cuales se incubió la guerra (1). En nuestros días, las perspectivas de las Naciones Unidas son aún peores.

Si, hoy, los pueblos aceptan y reconocen los principios de la economía de mercado, habrá paz. Si no, todos los tratados, tribunales, congresos y organizaciones internacionales, solo serán, como decía Hitler, papel mojado y papel mojado.

III. - LA ECONOMIA DE GUERRA. -

La guerra total. -

El mercado presupone una pacífica colaboración entre los individuos. Desaparece, cuando el ciudadano se transforma en guerrero y, antes que intercambiar bienes y servicios con sus semejantes, prefiere la pugna y la violencia.

Las luchas entre tribus primitivas no podían afectar a aquella cooperación, bajo el signo de la división del trabajo, característica del mercado, por cuanto, entre las partes contendientes, lo normal era que no se mantuvieran relaciones de ninguna clase. Constituían aquellos conflictos verdaderas guerras totales, aspirándose a la victoria absoluta. Los vencidos, que no lograban escapar, o eran exterminados o reducidos a la esclavitud. Tales pugnas, catastróficas para el derrotado, en cierto modo, venían a ser como un lance de azar, en el cual, cada parte, se jugaba todo su propio bien-

(1) Hay que reconocer que la Sociedad de Naciones hizo algunos intentos para acabar con la guerra económica, siempre malogrados, por cuanto entraña -

estar contra todo el del contrincante. Ahora bien, la guerra cobra una nueva dimensión cuando existen previas relaciones de convivencia entre los contendientes, ya que éstos, independientemente de los demás perjuicios que puedan sufrir, al batallar, han de renunciar a los servicios anteriormente intercambiados. Si el panadero hace la guerra al aastre, no podrá ya contar con los trajes que éste le proporcionaba. Por eso, presuponiendo el mercado una situación de convivencia, al examinar su funcionamiento, forzoso es detenerse, siquiera sea ligeramente, en el análisis del aspecto económico de la guerra moderna.

El espíritu de conquista no reconoce otro límite que la fuerza del adversario. Los forjadores de imperios aspiraron siempre a ampliar los dominios conquistados todo lo posible; cuanto más, mejor. Los grandes conquistadores asiáticos y los emperadores romanos solo se detenían cuando el avance devenía imposible. Las mismas ideas animaban a los gobernantes medievales; sin embargo, las instituciones feudales solo muy escasos medios guerreros les proporcionaban, ya que el vasallo no estaba obligado a servir a su señor sino en cuantía limitada, de tal manera que el egoísmo personal de los súbditos restringía la agresividad real. Por estas razones, el occidente, poco a poco, fué abandonando aquellas ideas que consideraban al imperio ecuménico como la organización ideal. La hegemónica "pax romana" dió paso al concepto de soberanía nacional, cuya teoría fué articulada, ya en el siglo XVI, por el francés Bodino, y más tarde, completada por el holandés Hugo Grocio y el español Suarez, con el estudio de las relaciones internacionales en la guerra y en la paz.

Al desintegrarse el feudalismo, los reyes dejaron de depender de sus vasallos para sus aventuras bélicas, procediendo a la "nacionalización" de las fuerzas armadas. Pero el equipar y mantener a tales tropas implicaba, ahora, un esfuerzo financiero excesivo para el parvo erario real. Los estados hubieron de abandonar la idea de conquistar naciones y reinos, conformándose con expugnar ciudades y fortalezas y ocupar reducidos territorios. Tales razones económicas y los peligros que implicaba todo intento de modificar el "statu quo" político y territorial, dieron lugar a que, durante los trescientos años anteriores a la Revolución Francesa, las guerras, en el continente europeo, fueran limitadas y de poca trascendencia, entre ejércitos profesionales, de escasos medios. El pueblo ni se interesaba ni intervenía activamente; la pugna afectaba solo a la minoría gobernante. Los beligerantes, incluso, consideraban, en cierto modo, neutrales a los paisanos. La propiedad privada de los civiles llegó a tenerse por inviolable en la guerra terrestre, principio que el Congreso de París de 1856 quiso extender también a los mares.

Estas realidades indujeron a muchos hombres eminentes a plantearse la posibilidad de acabar con la guerra, para siempre. Al contemplar su mundo, filósofos y pensadores coincidían en que el esfuerzo bélico a nada conducía; ocasionaba muertes y mutilaciones, destruía las riquezas pacientemente acumuladas, devastaba países, pero, en todo caso, solo beneficiaba al rey y a su camarilla. La ambición de los déspotas - pensaban - constituye el origen de las guerras; en su consecuencia, dada la aversión del pueblo por ellas, si se lograba sustituir el despotismo real por un gobierno representativo, impondríase la paz, en el mundo. Pero como esa mutación constitucional no podía practicarse pacíficamente, por la resistencia de los poderosos, era precisa una última guerra, del pueblo contra los tiranos, para acabar definitivamente con el azote bélico.

ban medidas liberales, que repugnaban al triunfante intervencionismo. Vid. Rappard. "Le nationalisme économique et la Société des Nations" (París 1938).

Estas eran las ideas - hacer la guerra a la guerra - que tácitamente animaban a los ejércitos de la Revolución cuando, después de repe-
ler a las fuerzas de Prusia y de Austria, se lanzaron sobre Holanda, Bél-
gica y otros vecinos en el deseo de imponerles gobiernos democráticos. Pe-
ro el primitivo impulso, sin embargo, pronto se desvaneció para dar lugar
a las guerras napoleónicas de agresión. Vencido el emperador por las po-
tencias europeas coaligadas, pronto resurgió, no obstante, el prístino an-
helo de una paz universal y permanente, aspiración fundamental del libera-
lismo decimonónico, cuyos principios fueron particularmente elaborados
por la hoy tan motejada escuela de Manchester.

Ahora bien, los liberales ingleses y sus amigos del contenien-
te, avanzando un paso más, veían, con toda claridad, que la gestión demo-
crática no era, por sí sola, bastante para preservar la paz, ya que resulta-
ba igualmente ineludible que los nuevos gobernantes atemperaran su actua-
ción al "laissez faire" económico. Para ellos el comercio libre, tanto den-
tro como fuera de las fronteras políticas, constituía requisito "sine qua
non" para conservar la paz; toda vez que, en el marco de una organización
carente, por completo, de barreras mercantiles y migratorias, se desva-
necían los incentivos mismos que militan por la conquista y la guerra. Con-
vencidos de la autocoherencia de sus pensamientos, abandonaron la idea de la
última guerra, seguros de que todas las gentes "de mottu proprio" reconoce-
rían las ventajas derivadas de la libertad mercantil, con la paz como secuela,
haciéndose posible la implantación del nuevo régimen sin necesidad de más
conflictos armados.

Modernamente, cuando los historiadores pretenden explicar las
causas que han sustituido las guerras limitadas del "ancienne régime" por los
conflictos "totales" de nuestros días, suelen hablar de la composición de los
ejércitos, de nuevos principios tácticos y estratégicos, de armas bélicas, de
problemas de transportes y de otros mil detalles técnicos, confundiendo los
efectos con las causas. Tan doctos estudios, nunca logran dilucidar el proble-
ma principal, consistente en aclarar por qué las naciones modernas prefie-
ren la agresión a la paz (1).

La explicación, como más arriba hacía-se notar, es de carácter
puramente económico. El intervencionismo impone un nacionalismo tanto
más agresivo cuanto mayor sea la interferencia económica. Mientras el "lai-
ssez faire" elimina las causas mismas de la guerra, el socialismo y la inge-
rencia gubernamental crean conflictos imposibles de solucionar por medios
pacíficos. Si la libertad económica dá lugar a que el individuo se despreocu-
pe de la extensión territorial de su país, las medidas protectoras del nacio-
nalismo económico obligan al ciudadano a interesarse vitalmente por estas
cuestiones, ya que la expansión victoriosa equivale a un mejoramiento de su
nivel de vida, o al menos, a verse libre de las restricciones que a su bien-
estar imponen los gobiernos extranjeros. Lo que ha transformado las gue-
rras limitadas en conflictos totales, en luchas entre pueblos enteros, no son
trivialidades técnicas del arte militar, sino los postulados económicos que
hoy triunfan por doquier.

Si Napoleón hubiera alcanzado sus objetivos, en España e Italia
habrían gobernado reyes de la Casa Bonaparte-Murat, en vez de los provinien-
tes de otra familia francesa, los Borbones. El palacio de Kassel habría sido
ocupado por algún oficial napoleónico en lugar de uno de aquellos egregios elec-

(1) En este sentido, vid. "Makers of Modern Strategy, Military Thought from
Machiavelli to Hitler", editado por E.M. Earle (Princeton University Press
1944), especialmente el artículo de R.R. Palmer, pp. 49/53.

tores de Hesse. Nada de todo ésto hubiera hecho, sin embargo, al ciudadano francés más próspero ni más feliz. Pero las modernas ideologías han cambiado radicalmente este planteamiento; todos los alemanes, por ejemplo, esperaban ver mejorado su nivel de vida con los planes de Hitler, convencidos de que la aniquilación de franceses, polacos o checos reportaría riquezas efectivas para cada uno de ellos. La lucha por el "Lebensraum" era la lucha del pueblo alemán, en su totalidad.

El "laissez faire" hace posible la coexistencia de diversas naciones soberanas, pero esta convivencia deviene imposible si los gobiernos controlan las actividades económicas. El trágico error del Presidente Wilson fué ignorar esta trascendental realidad. Los conflictos modernos no tienen nada en común con las guerras de las viejas dinastías, al constituir lucha abierta de las naciones superpobladas contra las de menor densidad humana; pugna contra las barreras mercantiles y migratorias; contra las instituciones que perturbaban la natural tendencia a la nivelación de los salarios; contra las medidas que obligan a trabajar tierras pobres y estériles, habiendo otras fecundas sin cultivar. En definitiva la guerra, hoy en día, es la lucha de los obreros y campesinos de los países "pobres" contra los campesinos y los obreros de las naciones "ricas"; una rebelión de la "miseria" contra la "opulencia". Ahora bien, la certeza de lo anterior no autoriza a inferir que el triunfo de los primeros resolvería el problema, ya que, mientras no se modifiquen las ideologías triunfantes, el intervencionismo reproducirá, una y otra vez, las situaciones que inexorablemente conducen a la guerra.

Innecesario es decir que, "mutatis mutandis", el dirigismo, beneficiando a unos con perjuicio de otros, en la esfera interna de cada país, al igual que en las relaciones internacionales, también aboga por los conflictos armados, las guerras civiles y las revoluciones. Dentro de la economía libre, al devenir imposible la graciosa y discrecional concesión de favores económicos, nadie puede considerarse injustamente tratado; en el ámbito del mercado posee más quien mejor ha sabido atender la necesidad de los consumidores.

La guerra y la economía de mercado. -

La libertad económica, suele afirmarse, constituye un sistema que, en el mejor de los casos, solo si la nación goza de plena normalidad y paz, cabe pensar en aplicar. Al estallar la guerra, cuando la propia existencia nacional se halla en juego, constituiría locura o criminal imprevisión mantener la economía de mercado, beneficiando a una minoría de traficantes, con grave quebranto de los intereses superiores. La guerra y, sobre todo, la moderna guerra total - conclúyese - exige, perentoriamente, que el gobierno controle todos los resortes económicos del país.

Verdaderamente, que muy pocos han tenido valor para enfrentarse con tales dogmas, a cuyo amparo, fueron impuestos, a lo largo de las dos últimas guerras, innúmeros intervencionismos hasta llegar al llamado "socialismo de guerra". Reinstaurada la paz, los amantes de la ingerencia lanzaron un nuevo "slogan". La transición, la "reconversión" industrial - afirmaron - hace preciso el control, estatal, en mayor grado, aún, que durante el conflicto. Y, admitida la premisa, suscitábase la pregunta ¿conviene a los intereses superiores de la comunidad volver a un sistema social que, si acaso, sólo en el intermedio entre dos guerras puede funcionar? ¿No será mejor mantener el dirigismo, al objeto de estar siempre debidamente preparados para cualquier emergencia?

Fácil resulta desenmascarar tales sofismas. El caso de los Estados Unidos durante la última guerra mundial, sirve de clara ilustración.

América, para ganar la guerra, necesitaba transformar totalmente su producción. Era preciso eliminar el consumo civil, en cuanto no fuera absolutamente indispensable. La industria y los campos habían de apoyar enteramente el esfuerzo militar y abandonar las producciones de antes de guerra. Pues bien, para llevar adelante este plan no solo resultaban innecesarios los consabidos controles, racionamientos y prioridades, sino que, además, tales medidas no servían sino para retrasar y perjudicar la ineludible transformación económica. En efecto, si el gobierno hubiera financiado sus enormes gastos bélicos, a base de impuestos y empréstitos, los ciudadanos no hubieran tenido más remedio que reducir drásticamente su consumo. Consecuentemente, industriales y agricultores, al desvanecerse la demanda privada, no hubieran tenido más remedio que producir lo que el Estado precisaba. El gobierno, gracias a su incomparable capacidad financiera, hubiera sido, en el mercado, el comprador preeminente. Ni aún financiando la guerra a base de inflación se cambiaban las cosas; cierto que, después, la inflación daría lugar a otros problemas, pero el esfuerzo bélico, en nada se hubiera perjudicado. Efectivamente, la creación de moneda y nuevos medios de pago habría desatado una tendencia alcista en los precios, pero no por ello dejaría de ser la Administración el comprador más solvente ni, amparada en sus facultades emisoras, cabía tuviera dificultades para pagar, más que nadie, por las cosas.

Sin embargo, el gobierno americano, deliberadamente, se apartó de este camino. En vez de dejar completa libertad a los precios estableció tasas, prácticamente en todas las ramas de la producción, no atreviéndose a incrementar decisivamente los impuestos, por no molestar a los sindicatos, quienes vigilaban, para que, por ningún motivo, se redujeran los salarios reales, percibidos en mano, por el interesado.

Sucedió así que el estrato más numeroso de la población, constituido, fundamentalmente por obreros y empleados, pero también por granjeros y algunos industriales, grandes y pequeños, que trabajaban para el gobierno, gozó de mayor capacidad económica que nunca. Naturalmente, la existencia de este enorme grupo de compradores potenciales constituía un serio peligro para los planes bélicos, ajenos al esfuerzo militar. Hízose, por tanto, ineludible el establecimiento de cartillas, racionamientos, cupos y prioridades industriales.

El resultado final no se modificó. En definitiva, se redujo el consumo civil, en beneficio del suministro de guerra. Las preocupaciones sindicales de nada sirvieron a los obreros, quienes tenían dinero, pero, por el racionamiento, nada qué comprar. Ahora bien, las guerras no se ganan mediante órdenes ministeriales e inspectores de abastos. Prohibir, por decreto, a los particulares consumir acero no produce automáticamente cañones y carros de combate. El abastecimiento de las fuerzas armadas exige una transformación completa de la industria de paz. La manera más rápida y eficaz de realizar esa hazaña consiste en aprovecharse del incontenible afán de lucro del hombre, siendo esta realidad insoslayable. Nos guste o no, obligado resulta reconocer que el hombre trabaja más y mejor cuando se moviliza voluntaria y libremente, impulsado por los beneficios previstos, que si lo hace en cumplimiento de una orden fría, sin derivar para sí ventajas apreciables.

Cualquiera que no esté irremediablemente cegado por los prejuicios, comprende fácilmente que lo más eficaz para el gobierno, si quiere proveerse de aviones, por ejemplo, es pedirlos a la industria privada, siem

pre y cuando se halle ésta en pleno uso de su potencialidad, despreocupando se de la forma y el modo, en que aquella se los proporciona. Nótese que, por más cupos, distribuciones y prioridades que ingenie la Administración no es posible crear de la nada un solo bien que el mercado, por sus propios medios, no pueda producir. Pero no es grato el camino de la libertad a la imperante estatolatría. En el ejemplo contemplado, la acción gubernamental indudablemente, procedería a requisar e intervenir la totalidad del acero y de más materiales idóneos, para la fabricación de aviones, sin indemnización o por un precio nominal, notablemente inferior al del mercado. Tal decisión, inexorablemente, desataría una tendencia a la ocultación de los productos en cuestión; sus poseedores, al menos en una parte, los harían desaparecer, esperando colocarlos en el mercado negro. La producción tendería a decaer. Nuevas mermas padecerían aquellas materias tan apreciadas en manos de los funcionarios y agentes del gobierno y mayores problemas surgirían cuando hubiera que entregarlas de nuevo a la industria. La calidad de los productos también habría de perjudicarse, ya que si, en régimen de plena libertad, el gobierno tiene como proveedores a todos los comerciantes de la nación y, además a la industria extranjera, implantada la intervención, ya solo cabe contar con aquellos suministradores que "nominatim" haya designado, entregándoles los correspondientes materiales. En definitiva, siguiendo con el ejemplo, el Gobierno dispondría, interviniendo, de menor número de aviones y éstos de peor calidad.

Tales inconvenientes habríanse evitado si la Administración hubiera preferido acogerse al mecanismo de los precios; ni un solo gramo de los deseados materiales se habría desaprovechado. El único problema que puede plantearse es que el fisco no logre recaudar los impuestos necesarios, bien porque la economía del país no lo permita o bien porque los ciudadanos opongan resistencia invencible (en el caso de una guerra totalmente impopular, por ejemplo). Pero, entonces, es que ya no hay solución para el país. El esfuerzo exigido resulta excesivo. Ningún dirigismo permite sacar de las cosas más de lo que éstas materialmente pueden dar de sí. Nadie puede comerse dos veces la misma manzana.

Cabe concluir, pues, que el intervencionismo, forzosamente, ha de perjudicar la acción bélica, no solo restringiendo directamente la producción, sino además, indirectamente, distrayendo capital y trabajo para el montaje del ineludible aparato burocrático de inspección y vigilancia.

Pero, llegados a este punto el dirigista recalcitrante vé la oportunidad de jugar la carta que cree decisiva. En efecto, -dice- admito que el esfuerzo bélico pueda perjudicarse, pero es que, si no se interfieren los precios, empresarios y capitalistas, al calor de la emergencia nacional, en la retaguardia, acumularán beneficios enormes, estigmatizados con la sangre de los mejores; y esto, indudablemente, no puede tolerarse.

Un poco desplazadas de la realidad parecen tales preocupaciones justicialistas. Nada en la guerra es justo. Desde luego, no lo es el que los fuertes aniquilen siempre a los débiles y que los batallones más eficazmente armados destruyan inexorablemente a sus adversarios por potísima que pudiera ser la razón de éstos en el terreno moral o jurídico. De poco les sirvió a los alemanes el "Gott ist mit uns", en las dos últimas guerras. No es justo, no, que la flor de la raza sucumba anónima, al tiempo que, atrás, caducos generales se cubren de gloria y de medallas; ni tampoco lo es el que, mientras Juan muere y Pedro regresa inútil, Pablo, sano y salvo, terminada la guerra se reincorpore a la vida civil, dispuestos a explotar los privilegios de excombatiente y su aureola de soldado.

Puede llegar a admitirse que, en efecto, no sea "justo" que la

guerra incrementa los beneficios de aquellos empresarios que mejor contribuyeron al esfuerzo de la nación, pero sería imperdonable ceguera negar que el señuelo de las ganancias ha de producir más y mejores armas que la regimentación dirigista. No fué la Rusia soviética la que auxilió a la América capitalista; sus tropas, todo el mundo lo sabe, estaban condenadas al desastre, cuando comenzaron a llover bombas sobre Alemania y empezaron los envíos masivos de armas y materiales fabricados por los grandes industriales americanos. Lo trascendente en cualquier conflicto armado es que las tropas estén lo mejor equipadas posible. Escolásticas discusiones en torno al "beneficio justo", cuando el país se debate entre la vida y la muerte, parecen verdaderamente fuera de lugar. Sucede muchas veces; tanto en la guerra como en la paz, que los peores enemigos de la nación no son sus adversarios declarados, sino aquellos torvos demagogos que quisieran hacer prevalecer su envidia, por encima de los supremos intereses comunes.

La autarquía. -

Como antes se decía, al entrar en colisión dos comunidades autárquicas, no surge problema alguno de "economía de guerra". Estos temas solo cobran interés cuando la pugna se entabla entre entidades que previamente estaban ligadas por relaciones económicas. Si el sastre ataca al panadero, tendrá que producirse su propio pan y, si no logra hacerlo, se hallará en desfavorable posición antes que su adversario, quien podrá aguantar más, sin hacerse un traje nuevo. Al sastre se le han planteado problemas de "economía de guerra".

La división del trabajo en la esfera internacional, extendiendo lazos comerciales por todo el mundo, suscitó nuevas cuestiones al arte militar. Para la escuela de Manchester el comercio interregional y la paz resultaban términos consustanciales e inseparables. Es más, los pioneros decimonónicos, que implantaron un comercio de ámbito mundial, creían firmemente que la guerra había desaparecido de la superficie terrestre. Ahora bien, cuando, después de mutación tan trascendental, el intervencionismo desató los mayores conflictos bélicos, la ciencia militar tropezó con problemas que ni a un Federico de Prusia ni a un Napoleón I jamás se habrían planteado. El más diligente estudio de las gloriosas batallas, desde Cannes a Austerlitz, de nada servía para resolver los nuevos aspectos de la guerra. Por otra parte, el primer conflicto, en el que ya se habían suscitado modernos temas de economía bélica, el secesionista de los Estados Unidos, no pareció nunca digno de estudio a las politécnicas y academias europeas, que negaban carácter militar a una pugna en la que operaban partidas de irregulares mandadas por civiles, como Lincoln, que abiertamente despreciaba a sus oficiales profesionales. Los estados del Sur, eminentemente agrícolas, no sucumbieron en los campos de batalla; perdieron la contienda, en cuanto las fuerzas navales de la Unión fueron capaces de establecer un bloqueo efectivo de sus costas, privando a los confederados de las manufacturas europeas que no podían fabricar por carecer de la necesaria industria.

Las dos últimas guerras mundiales decidieronse igualmente en las batallas del Atlántico; el Reich estuvo vencido en cuanto no pudo forzar el bloqueo inglés, ni imponerlo a la Gran Bretaña (1).

Pero, al comprobar esta realidad, los belicistas alemanes vieron en la autarquía el remedio de todos sus males y recurrieron al "Ersatz"

(1) Refleja el dramatismo de la lucha la descripción de un testigo presencial Wolfgang Frank, en "Die Wolfe und der Admiral" (Traducción francesa, Arthand, 1956).

(el sucedáneo, el producto sintético), lanzándose a la obtención de carburantes, grasas, tejidos, etc. todos de tipo "Ersatz", en la creencia de que tan simple arbitrio les había liberado de las leyes económicas. La propaganda totalitaria sembró a los cuatros vientos estas ideas, que encontraron cordial acogida entre los círculos socializantes e intervencionistas de todos los países del mundo. La mayor parte de los nuevos discípulos, desde luego, no se interesaba por la aplicación guerrera de aquellos principios, conscientes de que, a sus naciones, potencias de tercer o cuarto orden, de antemano, les estaba vedada toda aventura bélica, de carácter autónomo; pero, sin embargo, la autarquía les atraía enormemente para justificar sus afanes dirigistas; en efecto, veían que el cerrar las fronteras a los productos extranjeros, les permitía adueñarse de todos los resortes económicos del país. En su consecuencia, pronto empezó a oírse, por doquier, que la autarquía era conveniente para todas las naciones, tanto en la guerra como en la paz.

Ahora bien, hay una realidad que belicistas e intervencionistas pretendieron siempre escamotear al conocimiento del público. El producto "ersatz", por definición, es siempre de peor calidad o más caro, o las dos cosas a la vez, que el genuino que se pretende sustituir, pues, en otro caso, no se trataría de un sucedáneo, sino de un adelanto técnico, de un mejor método de producción, que la industria adoptaría sin presiones de ninguna clase. Sentadas estas esenciales características del producto autárquico, es preciso notar que igualmente debe darse el apelativo "ersatz" a todo bien fabricado gracias a medidas proteccionistas. Si hay que proteger al trigo nacional, por ejemplo, contra la competencia extranjera, es porque resulta más caro o de peor calidad que el otro, cuya importación se prohíbe. En el terreno industrial sucede lo mismo; todos los objetos producidos al amparo de barreras arancelarias o fiscales y que, en ausencia de tales instituciones, no se hubieran fabricado, constituyen otros tantos casos de "ersatz".

Consignado esto, procede examinar las consecuencias económicas a que conduce el afán autárquico. Nadie puede dudar que imponer la autarquía a una nación, en tiempo de paz, ha de ocasionar lamentable descenso del nivel de vida. Si, para alcanzar el mismo resultado obtenido mediante el producto genuino, es necesario invertir más capital y trabajo en el sucedáneo, resulta manifiesto que, siendo limitados ambos aludidos factores de producción, forzosamente, el público ha de verse privado de satisfacciones que habría podido gozar, con idéntica capacidad económica, en un régimen libre(1).

Al tratar de la autarquía, el dirigista incurre en el error, tantas veces aludido, de creer que el capital es ilimitado. Pero, no; los factores de producción que tiene a su disposición la comunidad son siempre limitados (en otro caso no serían bienes económicos) y, por lo tanto, es preciso adminis -

(1) Las doctrinas autárquicas, intencionadamente, pretenden escamotear el problema de los costos de producción, ya que, en cuanto se estudia la cuestión desde este punto de vista, queda evidenciada la falacia subyacente. A este respecto, conviene recordar las palabras de Schacht, a la sazón todavía, Ministro de Economía del III Reich, cuando, públicamente, a comienzos del año 1937, ante la Cámara de Comercio del Reich, desvelaba los errores económicos de Hitler y del plan quinquenal de Goering, de factura netamente soviética, en un discurso memorable, que le costó el cargo. Entre otras cosas, criticando la tesis de que la industria alemana debía trabajar a marchas forzadas, tanto si obtenía beneficios como si sufría pérdidas, dijo: "La producción económica que no rinde beneficio es una pérdida. Si alguien les dice: Lo principal es producir, tanto si se obtienen como si no se obtienen beneficios, yo les digo a ustedes: Si trabajan de un modo improductivo desperdician Vds. la sustancia y riqueza de nuestro pueblo alemán. Si siembro una tonelada de trigo y cosecho solo 750 Kg., mi conducta representa la mayor estupidez que cabe imaginar" (Hjalmar Schacht, "Memorias", AHR, Barcelona, 1954, pp. 405 y sigs.).

trarlos para sacarles el mayor fruto posible. Otros intervencionistas, pese a librarse de la apuntada equivocación, caen en error igualmente grave, pensando que el capitalismo propende a restringir, a contraer la producción, a dejar de utilizar parte de la riqueza del país. Sin embargo, contrariamente a tales ideas, el capital de la nación se halla siempre totalmente empleado; lo que se puede discutir es si el existente se destina a unas producciones (las deseadas por los consumidores) o a otras (las del gobierno), pero, en modo alguno, hay un capital "en activo" y otro "en reserva".

El problema del "ersatz", en guerra, es el mismo. La autarquía no permite crear cosas de la nada; se trata sólo de variar el destino normal de los factores de producción. Por eso, si dos naciones de igual capacidad económica se ponen en guerra y una de ellas utiliza "ersatz", es indudable que será inexorablemente vencida, ya que, para lograr un mismo efecto bélico, habrá de consumir mucho más capital que su contrincante, lo cual le obligará a contentarse con fuerzas armadas notablemente inferiores a las de su rival. El único caso en que aquel país podría triunfar es si la fuerza económica del oponente fuera tan exigua que compensara el mayor costo del armamento "ersatz"; pero nótese que el supuesto es puramente hipotético, ya que no explica cómo tan despreciable enemigo lograba impedir a la gran potencia el acceso a las riquezas del mundo. De todo ello se infiere conclusión evidente: que la tan alabada doctrina autárquica nunca incrementa la riqueza y potencialidad de ninguna nación, ni en la guerra, ni en la paz, antes al contrario, minimiza el propio esfuerzo, al implicar malinvertir los factores de producción existentes.

La inutilidad de la victoria. -

Si bien los escritos hegelianos contribuyeron al nacimiento de las modernas tendencias deificadoras del Estado, cabe excusar a Hegel muchos de sus errores, al haber acuñado aquella conocida frase que nos habla de "la inutilidad de la victoria" (die Ohnmacht des Sieges), pensamiento que bien plasma el presente estado de nuestra civilización.

La cultura occidental es hija de la filosofía del "laissez faire" y no podrá pervivir en un mundo donde triunfa incontestada la omnipotencia gubernamental. Tal vez estemos abocados al desastre final, pero no confundamos las causas con los efectos, atribuyendo esta triste situación a la desintegración del átomo. La ciencia, seguramente, hallará defensas oportunas contra las modernas armas, al igual que sucedió, siempre, con todo nuevo mecanismo bélico; pero, ello no obstante, la civilización, consuntiva y clorótica, puede morir por haber perdido los pueblos occidentales aquella su indomable atracción por la libertad, dentro del orden.

Es estéril, en efecto, la victoria, en las guerras actuales, gestadas al calor de los conflictos económicos que provoca el dirigismo, por cuanto el triunfo, inmodificadas las ideologías que incubaron la pugna, no sirve sino para abrir las puertas a otra nueva conflagración. No es bastante, para preservar nuestro mundo, rechazar a los agresores, sean blancos o rojos, nazis o soviéticos; para salvar a la civilización y a la paz, es, además, ineludible derrocar las vigentes ideologías que, forzosamente, desembocan en el conflicto armado, ya sea civil, ya sea internacional.

ooooOOoooo

Cuenta William C. Bullit, en el prefacio de su libro "La amenaza mundial" la siguiente anécdota: La noche anterior a la invasión del Sur de Francia por los ejércitos norteamericano y francés, en agosto de 1944, los oficiales reunidos en la mesa del general Bethouart, sostenían una conversación cuyo tema no era la conflagración en que estaban implicados, sino la próxima guerra mundial. Sabían que todas las grandes potencias estaban tratando de resolver el problema de emplear para fines homicidas la energía atómica y su imaginación los hacía prever una guerra futura a base de aviones "robot" y "cohetes" cargados de bombas atómicas.

El general puso fin a la conversación con la siguiente parábola: Me preguntan ustedes por el final de la próxima guerra mundial. El género humano es destruido por las bombas atómicas. No quedan vivos más que dos aviadores que se persiguen alrededor de la tierra con sus aviones. Sobre una selva africana, donde los abandona la fuerza propulsora, se estrellan, primero el uno y luego el otro, viniendo a caer al pie de un árbol gigantesco, en cuyas ramas se halla sentado un vetusto chimpacé con su cónyuge. Se encoge de hombros el viejo simio, se vuelve a su esposa y le dice: "Ya lo vés, querida, ahora tenemos que empezar todo de nuevo". Rieron los contertulios y, con ellos, nosotros, ahora, pese a constarnos que la risa puede, de pronto, transformarse en rictus letal.

Porque, no tenemos mucho tiempo. Ya dijo Homero en la Ilíada que, "Después de un suceso los tontos se vuelven sabios" Pero todos los estadistas y países del Universo y especialmente nosotros, los pueblos de occidente, tenemos hoy la terrible obligación de ser sabios antes de que se produzcan los acontecimientos. Porque, después de la próxima guerra mundial

MIRANDO AL FUTURO

MIRANDO AL FUTURO

La mayoría de los pensadores que creen en la bondad y procedencia de la economía de mercado consideran que su ideario tiene muy pocas posibilidades de imponerse. A las masas, intencionadamente cegadas por la demagogia, les repugna la libertad económica. Atráenlas más los vitriólicos "Slogans" de socialistas e intervencionistas que los claros razonamientos de las mentes preparadas. El hombre medio rehuye el esfuerzo de razonar y gustoso se deja embaucar por falsos profetas. La envidia, unida a subconscientes complejos de inferioridad, empuja a las gentes hacia los partidos de izquierda. La multitud se regocija pensando en la expropiación de las clases acomodadas, en el reparto social, sin percatarse de que tal política les ha de perjudicar directa e inmediatamente. Desoyendo las advertencias de los mejores, el individuo común quiere creer en mesianismo y taumaturgias, que han de depauperarle. Aún en los E. U., donde se disfruta del más elevado nivel de vida jamás alcanzado por la humanidad, la gente condena al capitalismo como "la economía de la escasez". En tal ambiente universal es imposible creer puedan imponerse aquellas ideas que engendran libertad y bienestar para todos. El futuro pertenece a los demagogos, dilapidadores de riquezas pacientemente acumuladas. La humanidad retorna a la miseria y pobreza de épocas ya casi olvidadas. La civilización occidental está perdida.

Pero este pesimismo que, hoy en día, por doquier, se extiende, gravemente yerra al pensar que fué el proletariado, en una auténtica "rebelión de las masas" quien ideó la imperante política de destrucción y social retrogresión. Porque, la muchedumbre, como ya Ortega hiciera notar, es incapaz de pensar de modo creador, por lo cual jamás ha inventado ninguna ideología original. El hombre-masa se deja dócilmente llevar por sus jefes. Los idearios, que tanto daño han producido, no fueron engendrados por la mente del proletariado, sino por seudofilósofos y torcidos economistas. Fueron los intelectuales quienes convirtieron a la masa al socialismo e intervencionismo. Cambiará el signo de esta marca, al parecer, inmodificable, en cuanto a la intelectualidad se convenza de los errores que encierran las actuales doctrinas. Las masas, entonces, como han hecho siempre, seguirán, conformadas y gustosas, las pautas que les sean trazadas.

Es más: Tal vez los pesimistas hayan menospreciado excesivamente la capacidad mental del hombre medio. Hoy en día, después de los grandes progresos realizados por la ciencia económica, en las últimas décadas(1), los teoremas referentes a la mecánica del mercado se presentan con una claridad tan meridiana que difícil es suponer resulten demasiado complicados para su aprehensión por el individuo medio. ¿Cabe pensar que la estulticia del hombre-masa es tal que le impida advertir que la única forma de elevar el nivel general de los salarios consiste en incrementar el capital existente? ¿Es admisible imaginar que el asalariado jamás se dará cuenta del carácter perjudicial para sus personales intereses de toda política tendente a la desacumulación de capital? ¿Por qué, entonces, buscan todos los países atrasados el auxilio del capital americano? ¿Por qué no recurren a Rusia, en solicitud de ayuda?

(1) Intervencionistas y socializantes quieren suponer que la ciencia económica liberal, a partir de Marshall, se estancó, sin enriquecerse con ulteriores progresos, abogando toda la moderna investigación por la injerencia estatal.

Ya para nadie es un secreto que las actuales políticas socializantes e intervencionistas vienen a elevar los precios de los bienes de consumo por encima de los que libremente hubieran registrado en el mercado capitalista. Esta realidad adviértese incluso en los EE. UU., gracias a las medidas implantadas desde los días del New Deal rooseveltiano, si bien en una escala menor que entre los demás países de occidente. Ahora, como en otras ocasiones, a lo largo del presente estudio, vá a tomarse, a modo de ejemplo, el caso americano precisamente porque los supuestos europeos son idénticos al estadounidense con la sola diferencia de que las cosas entre nosotros han sido llevadas más adelante, habiéndose provocado resultados más nocivos.

Pues bien, es evidente, en este sentido, que solo una fracción infinitesimal del pueblo americano tiene interés en el mantenimiento de los altos precios del azúcar que actualmente rigen en los EE. UU., a causa de la política adoptada por aquel gobierno en el sentido de pagar precios superiores a los del mercado por el azúcar que se le ofrezca, y restringir la producción nacional, prohibiendo, al tiempo, las importaciones. La inmensa mayoría de los americanos, que no es ni productora ni vendedora de azúcar, si no compradora y consumidora, se vé perjudicada por tales medidas. Análogas disposiciones han sido adoptadas para incrementar el precio del pan, la carne, la mantequilla, los huevos, las patatas, el algodón y muchos otros productos agrícolas. Menos de una quinta parte de la población americana se dedica a la agricultura, pero aún dentro de esta minoría los intereses de sus componentes no son, en modo alguno, idénticos. Los lecheros, por ejemplo, se ven perjudicados con la protección otorgada a los precios del trigo, la cebada, el azúcar o el algodón. A las granjas avícolas les podrá convenir la elevación del precio de los huevos, pero les daña el alza artificial de todas las demás producciones. Esta supuesta política de protección, es evidente, no solo lesiona los intereses de la mayoría no agrícola, sino incluso a muchos de los sectores aparentemente privilegiados.

En las esferas industriales las cosas suceden de modo parecido. Así, por ejemplo, cuando los sindicatos ferroviarios o de la construcción imponen prácticas en apariencia dirigidas contra los patronos, que incrementan artificiosamente los costos de producción, amparados en los vastos poderes reconocidos a las grandes organizaciones laborales, no hacen sino explotar a la inmensa mayoría de sus conciudadanos. La llamada política prolaboral solo sirve para privilegiar a unos estrechos grupos a costa del resto de la población, integrada fundamentalmente por trabajadores.

La verdad es que hoy en día nadie sabe ya si obtiene con las medidas que protegen sus intereses más de lo que pierde a causa de las protecciones deparadas a ajenos sectores. Ahora bien, lo que no ofrece duda es que el conjunto de la sociedad se empobrece y el nivel de vida de toda la población se perjudica a causa de la restricción de la producción provocada por las medidas determinadas.

Hasta hace poco, los defensores de estas perniciosas prácticas pretendían justificarse alegando que, con ellas, no se venía más que a reducir las riquezas de los favorecidos por la fortuna, beneficiándose el pueblo, a costa solo de unos cuantos parásitos inútiles. No sería oportuno, ahora, demostrar una vez más los errores que el aserto implica. Basta, de momento, resaltar que, prácticamente, en todo el mundo y, desde luego en los países europeos y afroasiáticos, esos "inagotables fondos de los ricos" han sido ya consumidos. Mr. Hugh Gaitskell, al suceder a Sir Stafford Cripps, en la dictadura laborista de la economía inglesa, hubo de reconocer que "la expropiación total de las riquezas que les quedan a los ricos en la Gran Bretaña no serviría para elevar apreciablemente el nivel de vida de estas islas".

Aquellos capitales efectivamente han sido consumidos, de tal suerte que, en adelante, será la masa quien sufra el impacto directo e inmediato de todas las intervenciones, proteccionismos y demás "conquistas sociales".

Así las cosas, un retorno a la libertad económica parece posible. En los países democráticos, más de la mitad de los votantes son mujeres, la mayor parte de las cuales o son ya amas de casa o lo serán en un próximo futuro. El sentido común femenino hace ver muy claro en materia económica. La experiencia demuestra cómo las mujeres desconfían de la fijación de precios máximos y cómo les repugnan los inspectores de abastos que, supuestamente, protegen sus intereses. Todo ideario que, de verdad, con un programa lógico, milite por el abaratamiento de la vida contará con el cálido concurso femenino. La mujer apoyará a los políticos que exijan la abolición de todas las medidas tendentes a la artificial elevación de los precios por encima del nivel que el mercado libre señalaría; que quieran acabar con esa empobrecedora mecánica de tarifas y cuotas, de precios máximos y mínimos, de protecciones y privilegios; que se impongan a la inflación, volatizadora de los salarios honradamente ganados. Las mujeres quieren que bajen los precios y el costo de la vida, de verdad. Y hasta es posible que estas juiciosas esposas, al final, convengan a sus obtusos maridos.

Marx y Engels aseguraban en el Manifiesto Comunista que "los bajos precios constituyen la artillería pesada con la cual el capitalismo derriba todas las Murallas de China". Cabe esperar que esos mismos bajos precios pulvericen la más imponente de todas las murallas chinas, aquélla que levantarán las torpes medidas económicas imperantes por doquier.

-----ooOoo-----

CONCLUSIONS

CONCLUSIONES

Se pretende plasmar, en los subsiguientes apartados, las ideas fundamentales que derivan de las consideraciones reunidas en este trabajo. Indudablemente los asertos consignados podrán parecer gratuitos al lector cuyas ocupaciones múltiples le impidan la lectura de las páginas que integran la tesis o no le hayan permitido familiarizarse, anteriormente, con las enseñanzas de ciencia tan hosca y árida cual es la economía. Pero el propio carácter de unas conclusiones veda proceder de otro modo. Para facilitar, sin embargo, cualquier deseada ampliación o aclaración, consígnase, al final de cada una de ellas, las páginas del estudio que más directamente aluden al tema de que se trate.

Primera. - Conviene advertir, ante todo, que la economía es una ciencia modesta, de escasos vuelos, puramente instrumental, interesada no por los fines, en sí, sino por los medios idóneos para alcanzarlos y que, desde luego, no pretende estructurar la vida del hombre ni el orden social. Quedan esas altas preocupaciones en manos de otros pensadores. La economía no aclara, por ejemplo, si el empleo total, el incremento de los salarios, la multiplicación de la riqueza y la elevación general del nivel de vida constituye o no objetivos dignos e interesantes de alcanzar. Simplemente asevera que si otros, los conductores, los jefes, quienes tienen a su cargo la cura física y espiritual de los hombres, consideran buenas y aconsejables aquellas metas, para conquistarlas, fatalmente, habrán de aplicar las fórmulas que, al efecto, han sido descubiertas por los estudios económicos, sin que ninguna otra sistemática pueda provocar esos apetecidos resultados, sino todo lo contrario. (pp. 38, 80, 126, 136, 142, 167).

Segunda. - La producción no puede estar dirigida más que por individuos deseosos de cosechar ganancias propias o por funcionarios estatales a quienes se conceda, al efecto, supremo y exclusivo poder. En el primer supuesto, serán producidas aquellas cosas de las que el particular piense derivar los máximos beneficios y, como quiera que éstos han de cosecharse a través de los bienes sobrevalorados por el mercado, resulta que, pese a su impulsión puramente egoísta, la propiedad privada de los medios de producción labora por la mejor satisfacción de las apetencias de todos los consumidores. Por el contrario, en el segundo caso, serán fabricados aquellos objetos que el funcionario subjetivamente decida. Y se plantea la pregunta: ¿Quién conviene más que mande, los consumidores o el jerarca? ¿Quién debe decidir si determinado capital se destina a la producción del bien A o del bien B? Estas preguntas no admiten respuestas ambiguas ni evasivas. Hay que contestarlas limpia y derechamente (pp. 24, 154, 158).

Tercera. - El socialismo constituye sistema impracticable, por cuanto hace imposible el cálculo económico. Admitido ya por todo el mundo que ningún módulo objetivo sirve para conocer el valor de las cosas, pues el valor es siempre de índole subjetiva, resulta evidente que, desprovisto del auxilio de los precios libremente contratados, a través de los cua

les los consumidores expresan sus valoraciones y preferencias, el director socialista, que de verdad quiera atender las necesidades del pueblo, no puede saber ni qué, ni cómo ni cuánto ha de producir. Siendo así que el capital, es decir, los factores productivos, que el hombre tiene a su disposición son siempre limitados e insuficientes para atender las necesidades humanas, prácticamente infinitas, no hay duda que aquella ignorancia acerca de las valoraciones subjetivas de los consumidores, forzosamente, ha de dar lugar a la máxima dilapidación del siempre escaso capital invertido en las distintas producciones que, evidentemente, no serán las mayormente apetecidas y más urgentemente precisadas por la comunidad, con el consiguiente empobrecimiento general. Un régimen socialista universal haría retornar a las sufridas masas obreras a la miseria y pobreza de épocas ya casi olvidadas por la historia (pp. 10-23, 31-32.)

Cuarta. - Todos los pueblos y gobiernos que operan fuera de la órbita del comunismo totalitario laboran obsesivamente por hallar "terceras soluciones" que, en su opinión, hallaríanse equidistantes del socialismo y del capitalismo, sin advertir, de un lado, que todo intervencionismo económico provoca efectos diametralmente opuestos a los apetecidos al implantar la injerencia y, de otro, que el dirigismo aboca indefectiblemente al socialismo.

La implantación de tasas y precios máximos restringe la oferta y la producción. Cuando el gobierno interfiere el precio de un bien determinado, es porque lo considera de especial necesidad y conveniencia social. Precisamente marca la tasa máxima para permitir que el mayor número posible lo adquiera. Ahora bien, la regulación estatal impide producir a los proveedores marginales. Con independencia del artificioso incremento de la demanda, la producción se contrae, dedicándose los factores de producción a la obtención de otros bienes cuyo precio no haya sido coactivamente rebajado. La interferencia, por tanto, provoca un efecto totalmente contrario al apetecido. Si antes aquel bien tan deseado resultaba escaso y había gentes que no podían adquirirlo, ahora es más escaso todavía y menos personas pueden disfrutarlo.

Puede el Estado, ante este inesperado giro, proseguir por el camino de la intervención, regulando todos los precios y salarios, pero, entonces, paso a paso, destruye el mercado, para implantar el "Zwangswirtschaft" alemán. Los consumidores dejan de dirigir la producción; es el gobierno quien, sin apelación, decide qué, cuánto y cómo debe producirse. El intervencionismo, como se vé, conduce al socialismo; pero, mientras se produce este cambio, evidentemente, la manipulación estatal no sirve sino para empeorar las propias situaciones que se pretendían resolver (pp. 30-44).

Quinta. - Mediante distintas fórmulas el poder público puede divertir la producción de aquellos cauces que hubiera seguido bajo un régimen de libertad económica. Lo característico de esta interferencia restrictiva de ciertas producciones es que, contrariamente a lo que sucede con las tasas máximas, la disminución de la oferta de ciertos bienes, lejos de ser un efecto secundario e indeseado, constituye, precisamente, el objetivo apetecido por la autoridad. La restricción afecta, evidentemente, al bienestar de los consumidores y el gobierno lo sabe, pero, desde su punto de vista valora - equivocadamente, si es que quiere atender los deseos y necesidades del público - en más lo que piensa alcanzar gracias a la medida restrictiva que la satisfacción que el consumidor deja de disfrutar. Es el caso de las prohibiciones decretadas contra la importación de mercancías extranjeras, de las tarifas proteccionistas,

de las jornadas laborales coactivamente fijadas, de las cortapisas a la implantación de industrias y centros mercantiles, de las limitaciones impuestas a ciertos modos de transporte, etc.

En definitiva, mediante tales medidas restrictivas, se suprime o dificulta la producción, transporte o distribución de determinados bienes económicos, o la aplicación de ciertos sistemas de producción, transporte o distribución. Las autoridades, nulifican así, algunos de los medios puestos a disposición del hombre para la satisfacción de sus necesidades. La interferencia impide a los individuos utilizar sus conocimientos y habilidades, su capacidad de trabajo y los factores materiales de producción del modo que les reportaría los máximos beneficios y la mejor satisfacción de sus necesidades. Tal injerencia, por tanto, hace más pobre a la gente.

He aquí el nudo de la cuestión. En el mercado prevalece una irresistible tendencia a emplear cada factor de producción de aquella forma en que mejor se satisfagan las más urgentes necesidades del consumo. Si se interfiere el proceso, solo cabe desvirtuar aquella tendencia, nunca favorecerla. Y es de trascendencia, a este respecto, advertir la sustancial inocuidad que, bajo la égida del mercado, encierran las situaciones llamadas de monopolio, así como la supuesta "imperfección" de la competencia mercantil, fantasmas éstos que, como consejas de vieja, gustan de esgrimir socializantes y dirigistas, para, en beneficio propio, atemorizar a las almas cándidas (pp. 52-74, 155-167 y 169-171).

Sexta. - El tráfico mercantil con el extranjero no presenta ninguna característica sustancial que lo distinga del comercio interior. No hay razón científica alguna para hacer de aquel coto cerrado y particular, tema oscuro, envuelto en misteriosos velos, que solo esotéricos especialistas pueden descorrer.

Suele afirmarse, con notable error, que el encarecimiento de las divisas extranjeras es consecuencia del desfavorable saldo de la balanza de pagos con el exterior. Es, por el contrario, la inflación interior la causa que, con carácter único y exclusivo, envilece la moneda y provoca congruo encarecimiento de las valutas extranjeras. Incidentalmente es de notar que no hay balanzas de pagos desfavorables; el comercio exterior, lo mismo que el interior, cuadra inexorablemente. Exportaciones e importaciones siempre se igualan.

La intervención del comercio exterior y del tráfico de divisas, solo sirve para empobrecer a los consumidores, si bien cabe, a su amparo, privilegiar y enriquecer a ciertos grupos minoritarios favorecidos por la situación (pp. 63-74, 110-116).

Séptima. - Las medidas inflacionarias, es decir, la expansión crediticia coactivamente impuesta o el incremento de la circulación fiduciaria, solo sirven para empobrecer a la comunidad y, especialmente, a los estratos de economía más débil, dilapidándose, en producciones indeseadas por las gentes, dada la constelación de realidades concurrentes, el siempre escaso capital, con lo que se provoca una tendencia bajista en los salarios reales.

No abogan por el bien común, por la elevación del nivel de vida ni por los intereses generales de la nación, las autoridades que provocan inflación o deflación, antes al contrario, con tales medidas no hacen más que beneficiar a unos grupos con el consiguiente perjuicio de la mayoría.

La inflación aboca indefectiblemente a la temida crisis, que será tanto más grave cuanto más inmoderada haya sido la creación de artificiosos medios de pago (pp. 76-116)

Octava. - El trabajo es un factor de producción y, como tal, se compra y se vende en el mercado. Toda elevación coactiva del precio del trabajo, como el de cualquier otro factor de producción, contrae la demanda. Provócase, de esta suerte, paro. La minoría de trabajadores privilegiados que logran conservar sus empleos se beneficia a costa de la gran masa mayoritaria integrada por sus hermanos obreros cuyas retribuciones quedan nulificadas o arbitrariamente reducidas.

En la economía de mercado, no es posible la baja artificial de los precios de los factores de producción, entre los cuales está el trabajo. En una economía dirigida, apoyada en los mecanismos ortopédicos de las barreras institucionales, sí. La libertad económica no es la opresora del obrero, sino la seguridad de salarios reales y suficientes, siendo de advertir a este respecto, que todos los seguros, protecciones, jubilaciones y demás "conquistas sociales" las paga el propio obrero, de su exclusivo peculio (pp. 118-127).

Novena. - Grandes sacrificios económicos justificaría la conquista de aquellos dos valores - justicia social y libertad individual de carácter no económico - mayormente apreciados por el hombre. Pero, resulta curioso comprobar que esos sacrificios son totalmente innecesarios, por cuanto, aunque parezca mentira, la propia ordenación, que mejor salva guarda tanto la justicia como la libertad, es, precisamente la misma que mayor riqueza material produce para todos. La libre competencia constituye el único orden que puede servirse del más fuerte y común impulso anímico - el egoísmo - para la consecución de sus fines. Cualquier otra organización económica, lejos de aprovechar esta poderosísima fuerza, se vé inmersa, desde un principio, en una lucha agotadora, tenaz y, en definitiva, siempre perdida, contra ese inmodificable egoísmo humano. Como sistema económico, el de la libre competencia, puede preciarse de ser el único que proporciona, de un lado, justicia y libertad al hombre y, de otro, la máxima riqueza y bienestar (pp. 127-147).

Décima. - El arma principal con que, hoy en día, cuenta el intervencionismo, en su afán confiscatorio, es de índole fiscal. La tributación ha cambiado de objetivo. No se trata ya tanto de financiar el gasto público como de nivelar la riqueza, a base de rebajar el vértice de la pirámide económica.

Cuando la ley, por ejemplo, prohíbe acumular más de diez millones o ganar más de un millón al año, aparta, en determinado momento, del proceso productivo a aquellos individuos que mejor saben atender los deseos de los consumidores. Es contrario al interés del público coartar la actuación de los empresarios más eficientes. La conducta de los consumidores, comprando o absteniéndose de comprar, bajo el signo del mercado, determina, en definitiva, los ingresos y las riquezas de cada uno. Cuando el Estado interviene y, con sus medidas expoliatorias, modifica las situaciones creadas por la propia mecánica mercantil, no hace más que violentar los deseos y las preferencias que los consumidores explicitamente expresaran.

La mayor parte de los elevados ingresos, cercenados por la imposición fiscal progresiva, habría sido destinada por los interesados a la formación de capital, es decir, no se hubiera consumido, sino reinvertido, en ulteriores producciones, provocándose el alza real, no nominal.

de los salarios. El Estado, por el contrario, no invertirá, sino que gastará la mayor parte del ingreso fiscal, provocando así una reducción del capital existente y la baja de los salarios. Aún cuando lo invierta en actividades productivas, si éstas no coinciden precisamente con el destino que libremente hubiera dado el mercado a dichas sumas, también se empobrece al país, descendiendo el nivel general de vida, por cuanto los bienes producidos, desde el punto de vista de los consumidores, tienen menor valor que las cosas dejadas de producir a causa de la expropiación fiscal.

Los impuestos, ciertamente, son necesarios. Ahora bien, la imposición discriminatoria, que se enmascara bajo el equívoco nombre de tributación progresiva, constituye torpe y estéril sistema fiscal. Más bien se trata de expropiar y penalizar a los empresarios más eficientes y capaces para mejor servir a los consumidores, siendo éstos últimos en su consecuencia, los más perjudicados. Es incompatible con el mantenimiento de la economía de mercado. En la práctica, solo sirve para abrir las puertas al socialismo (pp. 149-153).

Undécima. - La conflagración bélica es la sangrienta meta a la que el socialismo y el dirigismo apuntan. Mientras el "laissez faire" elimina las causas mismas de la guerra, el socialismo y la injerencia gubernamental crean conflictos imposibles de solucionar por medios pacíficos (pp. 171-175).

Duodécima. - La mejor gestión económica de la guerra exige, también, implantar un régimen de "laissez faire" a ultranza tan pronto como el azote bélico descarga sobre el país. Socialismo y dirigismo constituyen lujos que la nación no puede permitirse cuando la comunidad se debate entre la vida y la muerte, cuando está en juego el futuro de la república. Sucede muchas veces, tanto en la guerra como en la paz, que los peores enemigos de la nación no son sus adversarios declarados, sino aquellos torvos demagogos que quisieran hacer prevalecer su resentimiento por encima de los supremos intereses comunes (pp. 175-181).